

SANTA ANNA EL TRAI­DOR  
EN LA HISTORIOGRAFÍA  
Y EN EL SENTIDO COMÚN

Tomo I

de

PERFIL DEL TRAI­DOR  
SANTA ANNA EN LA CONCIENCIA NACIONAL  
(DE LA INDEPENDENCIA AL NEOLIBERALISMO)  
ENSAYO DE ANÁLISIS PSICOSOCIAL SOBRE  
LA CULTURA POLÍTICA MEXICANA

Jorge Veraza Urtuzuástegui



SANTA ANNA EL TRAI­DOR  
EN LA HISTORIOGRAFÍA  
Y EN EL SENTIDO COMÚN,

Tomo I

de

PERFIL DEL TRAI­DOR.

SANTA ANNA EN LA CONCIENCIA NACIONAL  
(DE LA INDEPENDENCIA AL NEOLIBERALISMO)  
ENSAYO DE ANÁLISIS PSICOSOCIAL SOBRE  
LA CULTURA POLÍTICA MEXICANA

de Jorge Veraza Urtuzuástegui

Primera edición, 2000.

Editorial Itaca

Piraña 16, Colonia del Mar, Del. Tláhuac

C.P. 13270, México, D.F.

Tels. 58 45 14 76, 56 39 95 28,

55 77 52 54, (01 735) 352 52

Portada de Efraín Herrera,

© 2000 Editorial Itaca

© 2000 Jorge Veraza Urtuzuástegui

ISBN 968-7943-18-1

Impreso y hecho en México

## ÍNDICE

Índice .....	7
Introducción .....	26
1. Santa Anna, su época, México y Marx .....	27
2. Santa Anna, el santanismo y la nación .....	30
3. El papel del individuo en la historia y el plan expositivo del libro.....	35
4. Mi riesgo y mi estrategia en el contexto dominante .....	44
a. Opiniones y verdades, fetiches y contrafinalidades.....	44
b. Opinión, verdad, ideología y psicología social sobre Santa Anna .....	44
5. La historia universal del siglo xx y Santa Anna .....	45
Parte I. ELABORACIÓN HISTORIOGRÁFICA DEL SIGNIFICADO SANTA ANNA.....	50
Sección primera. LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA FRENTE AL DIPUTADO RAMÓN GAMBOA .....	50
Presentación .....	50
Apartado A. EL PROBLEMA Y SU RESPUESTA.....	52
Capítulo I. SANTA ANNA PALIDECE EN LAS HISTORIOGRAFÍAS MEXICANA Y NORTEAMERICANA SOBRE LA GUERRA DEL 47.....	52
1. Historiografías mexicana y norteamericana sobre la guerra del 47 .....	52
2. Santa Anna en los libros sobre Santa Anna .....	56
3. Santa Anna frente al batallón de San Patricio.....	59
Capítulo II. MARX, ENGELS, JUSTO SIERRA Y LA CRÍTICA DE RAMÓN GAMBOA A SANTA ANNA.....	61
1. Débiles mexicanos y malos gringos .....	65
2. El centro del problema histórico y la acusación del diputado Gamboa ....	66
3. Gamboa denuncia .....	67
a. Resumen de las acusaciones a Santa Anna por Ramón Gamboa .....	67
b. El método militar del señor Santa Anna .....	70
Capítulo III. TODO SE DISUELVE EN LAS CONDICIONES OBJETIVAS Y EL CLIMA CULTURAL .....	74
1. Entreguismo sin plan preestablecido (ad Ramón Gamboa).....	74
2. Línea normal de la historiografía mexicana en torno a Santa Anna y la guerra con Estados Unidos .....	75
Capítulo IV. SOBRE SANTA ANNA COMO SUJETO .....	81
1. Santa Anna es sujeto histórico en la crítica que le hace Ramón Gamboa.....	82
2. En Glenn W. Price Santa Anna no es sujeto histórico .....	83
Capítulo V. QUÉ CLASE DE SUJETO ES SANTA ANNA.....	86
1. Sobreprotegido .....	87
2. Criollo y militar .....	90

3. Pragmatismo y desconfianza emocional .....	92
4. Honor .....	93
5. Romanticismo y <i>ethos</i> barroco .....	93
6. Gloria y poder .....	98
7. La máquina, una vez echada a andar, ya no se detiene .....	100
8. Las apuestas de Santa Anna y las posturas del desarrollo de su personalidad .....	101
9. “Retroceder para mejor saltar”, o los retiros a Manga de Clavo .....	108
Apartado B. LOS HITOS DE LA ACUSACIÓN DE GAMBOA CONTRA SANTA ANNA .....	111
Capítulo VI. DEL MÉTODO SANTA ANNA AL PROCESO SANTA ANNA .....	111
1. La acusación de Gamboa contra Santa Anna .....	111
a. La batalla de Puebla .....	112
b. Defensa de la ciudad de México. Santa Anna frente a Jarauta .....	114
2. El Método de Santa Anna .....	117
3. La psicología culpable/entreguista de Santa Anna (de Texas a la guerra con Estados Unidos) .....	119
4. Ego ensoberbecido y narcisismo por sobre su contradicción (el proceso Santa Anna) .....	119
5. Culpar a otros de lo propio Filisola y los tratados secretos de Santa Anna .....	123
Capítulo VII. REPRODUCCIÓN DE LA DERROTA Y SÍNTESIS DE LOS MÉTODOS SANTANIANOS .....	126
1. El método santaniano en Chapultepec .....	126
2. Sentimiento antiespañol, un artificio .....	128
3. Resumen: método militar, político, psicológico y cultural Santa Anna y su relación con México .....	129
Apartado C. GAMBOA EN LAS BIOGRAFÍAS DE SANTA ANNA .....	131
Capítulo VIII. ESCASAS REFERENCIAS A GAMBOA EN RAFAEL F. MUÑOZ .....	131
1. La entrevista con McKenzie en Cuba y otras acusaciones .....	131
2. El arreglo con Scott y la violación del mismo .....	133
3. ¿Gamboa a sueldo de Luis de la Rosa? .....	134
4. ¿Quién es Luis de la Rosa y quién es Gamboa? .....	135
Capítulo IX. OTROS HISTORIADORES Y BIÓGRAFOS DE SANTA ANNA (JOSÉ C. VALADÉS, JOSÉ FUENTES MARES, GASTÓN GARCÍA CANTÚ, AGUSTÍN YÁÑEZ) .....	137
Capítulo X. SANTA ANNA, SU PSICOLOGÍA Y SU ÉPOCA, SEGÚN AGUSTÍN YÁÑEZ .....	139
1. El “delirio de interpretación” de Santa Anna .....	139
2. La retirada de la Angostura (el desmentido de Balbontín) .....	141
3. ¿Quién fue Manuel Balbontín? .....	144
Capítulo XI. EL ARREGLO CON SCOTT RELATADO POR FUENTES MARES .....	147
1. Cubrirle la espalda a Santa Anna .....	150
2. Crítica a los liberales puros .....	151
Capítulo XII. LA REIVINDICACIÓN SISTEMÁTICA DE SANTA ANNA POR LA HISTORIA MILITAR ABSOLUTA DE JOSÉ C. VALADÉS .....	156
1. Santa Anna es intocable por ser mexicano, soldado y presidente .....	156

2. El culpable fue Filisola .....	157
3. La mentira para exaltar el falso patriotismo.....	158
Capítulo XIII. ENRIQUE KRAUZE: UNA DEFENSA VULGAR DE SANTA ANNA .....	162
Capítulo XIV. SEMBLANZA DE LOS BIÓGRAFOS DE SANTA ANNA (RAFAEL F. MUÑOZ, JOSÉ C. VALADÉS, AGUSTÍN YÁÑEZ).....	164
Sección Segunda. SANTA ANNA EN LA HISTORIOGRAFÍA CHICANA .....	169
Capítulo XV. CHICANOS ENTRE MÉXICO, ESTADOS UNIDOS Y SANTA ANNA (AD <i>AMÉRICA OCUPADA</i> Y OTROS TEXTOS DE RECUPERACIÓN DE LA HISTORIA CHICANA).....	169
1. La conciencia histórica chicana en un texto clásico.....	169
2. Capitalismo, racismo y relación colonialista sobre los chicanos .....	171
3. La paradoja chicana .....	172
4. La sociedad civil mexicana no es lo mismo que el Estado mexicano y Santa Anna .....	172
a. Arizona: minerales y geopolítica.....	173
b. La traición de Santa Anna soslayada.....	174
c. Los texanos bien asentados en Texas .....	177
d. Texas, paradojas entre propiedad legal y ocupación efectiva.....	177
e. El tratado secreto firmado por Santa Anna, soslayado.....	179
f. El esforzado soldado Santa Anna..., pero entreguista.....	180
g. Churubusco entregado .....	182
h. Más tratos secretos favorables a los yanquis .....	183
i. De cuando Santa Anna abandonó la ciudad al invasor.....	183
j. El efecto Santa Anna en los acontecimientos.....	183
k. Conciencia histórica chicana y mexicana..... libre del sometimiento al Estado mexicano.....	185
5. La liberación de los chicanos no es idéntica con el hundimiento del pueblo norteamericano .....	187
a. MASOQUISMO Y LUCHA POR LA LIBERACIÓN .....	188
b. XENOFOBIA Y OCULTAMIENTO DEL CAMPO DE BATALLA.....	189
6. Condiciones histórico-materiales soslayadas y emigración continua.....	189
a. Apropiación formal y apropiación real del territorio.....	190
b. Situación colonial, territorio no colonial .....	192
c. Situación colonial y facilidades para la real apropiación territorial...	193
d. La relación fundamental y la específica .....	195
e. Dos modos de plantear la continuidad de la situación chicana y de su lucha.....	196
f. Desarrollo capitalista y emergencia del movimiento chicano .....	200
g. Recolonización del sudoeste de Estados Unidos y movimiento chicano .....	202
Sección Tercera. SANTA ANNA Y SU MUNDO .....	205
Capítulo XVI. EL MUNDO DESPÓTICO-ORIENTAL DEL MÉXICO INDEPENDIENTE (1821-1856).....	205
1. La corona española y la Nueva España y el despotismo oriental.....	206

a. La corona española despótico-oriental .....	206
b. El orientalismo despótico del virreinato novohispano.....	207
c. El modo de producción dominante en Nueva España, una indecisión de Enrique Semo .....	210
d. Feudalismo virreinal y asiatismo novohispano .....	212
e. La hacienda como pieza de la reproducción de un modo de producción despótico .....	212
2. México: de colonia a nación independiente .....	213
a. México: rasgos de imperio tribal .....	214
b. Desarrollo histórico de 1810 a 1833: feudalismo, capitalismo y asiatismo .....	220
b.1. Heterogéneas raíces de la guerra de Independencia.....	221
b.2. La república independiente enclavada en un mar mexicano .....	223
b.3. El ejército insurgente como relación de producción .....	225
b.4. Capitalismo naciente, apariencia republicana y asiatismo .....	225
c. Panorama paradójico del México colonial y del independiente.....	227
d. Del virreinato, no directamente al capitalismo sino al asiatismo.....	229
3. Desarrollo del México Independiente en sus paradojas .....	231
a. ¿Desarrollo histórico mexicano sin guerra con Estados Unidos? .....	231
a.1. Subsanemos la carencia de la reconstrucción histórica intentada ...	232
a.2. El Regimiento de la Reina. Cruce económico, político, militar, feudal y asiático .....	235
b. Despotismo oriental, desarrollo capitalista y destrucción del feudalismo.....	239
c. ¿República liberal como despotismo oriental?.....	244
d. La expresión política múltiple e interrumpida .....	246
e. Ejército e Iglesia componentes del Estado .....	247
y disolución del despotismo oriental mexicano .....	247
f. Rasgos de los cuatro tipos de sociedades hidráulicas combinadas en el México Independiente	247

**b;Error! Marcador no definido.óWóW**

†Ôù



¶h #

ÿÿ

14 ÿÿ

ÿÿ

14;Error! No se



$\int_{L_T} \tilde{\alpha} \bullet 15$      $\tilde{\phantom{\alpha}} 15$      $\tilde{\phantom{\alpha}} 16$      $\tilde{\phantom{\alpha}} \hat{1}$   
**nombre**    **al**    **marcador.16**    DM 16; **Error! No se le ha dado un**  
DM    DM P    "M Ü-4YÁ Y

$$|i\rangle + |17\rangle$$

bjbjóW6W 18;Error! Marcador no definido.18

†Ôù







DM	DM	DM	DM	P	"M	Ü	diente.....	254
	e. Los poderes despóticos reales (iglesia, ejército y hacienda):							
	el capitalismo como sobreestructura.....							255
	f. El ejército y la cohesión del conjunto .....							257
	g. Los cuatro grandes trabajos colectivos del asiatismo .....							259
Parte II.	SANTA ANNA EN EL SENTIDO COMÚN, LA LITERATURA Y EL CINE .....							262
	Presentación .....							262
	1. Sentido común, literatura y cine .....							262
	2. La psicología para fortalecer mitos en lugar de para analizarlos							
	(ad. Enrique Krauze) .....							263
	3. Publicidad comercial e historiografía sometida .....							264
Capítulo I.	LAS ECUACIONES QUE SUSTENTAN							
AL	SENTIDO COMÚN MEXICANO SOBRE SANTA ANNA .....							266
	1. Exploración general de las ecuaciones .....							266
	a. Tres versiones de Santa Anna en el sentido común.....							266
	b. Las ecuaciones del mito de Santa Anna. ....							267
	c. ¿Santa Anna soy yo? .....							269
	d. Las circunstancias trágicas del destino mexicano .....							271
	e. Dialéctica y alternativas del sentido común .....							272
	f. Función de Santa Anna: cómplice del poder del PRI.....							273
	g. Santa Anna como sujeto responsable y transformador .....							275
	2. La ecuación Santa Anna = México en su arquetipo .....							275
Capítulo II.	MITO CALEIDOSCÓPICO: FETICHISMO REALIZADO (AD. ENRIQUE SERNA).....							282
	1. El cine y la novísima novela sobre Santa Anna.....							282
	2. Enrique Serna frente al mito Santa Anna .....							282
	3. La opinión pública y el mito Santa Anna .....							283
	4. Caleidoscopio y crítica del fetiche Santa Anna .....							284
	5. El inconsciente social y Santa Anna hoy.....							284
	6. La eficacia de la ideología dominante y Santa Anna hoy .....							285
	7. Mito caleidoscópico en pasajes señalados							
	de la historiografía mexicana .....							286
Capítulo III.	FETICHISMO DE ESTADO Y EL FETICHE SANTA ANNA EN EL CINE: <i>SU</i>							
	<i>ALTEZA SERENÍSIMA</i> , DE FELIPE CAZALS, Y LA RESPONSABILIDAD							
	HISTÓRICA DE SANTA ANNA .....							292
Capítulo IV.	PELÍCULA NORTEAMERICANA SOBRE SANTA ANNA Y TEXAS .....							296
Capítulo V.	PELÍCULA DE HOMENAJE AL BATALLÓN DE SAN PATRICIO .....							298
Parte III.	EL PROLETARIADO FRENTE AL SOMETIMIENTO DE LA NACIÓN .....							302
	Presentación .....							302
Capítulo I.	NACIONALISMO Y PROLETARIADO .....							304
	1. El internacionalismo revolucionario,							
	condición política básica proletaria.....							304
	2. La suspensión capitalista de la politicidad proletaria básica .....							305
	3. La nación proletaria como residuo capitalista.....							305
	4. La nación proletaria, la judía y la nación esencial .....							306

5. La territorialización de la nación, condición para someter la nación proletaria a la capitalista.....	306
6. La nación capitalista es territorialista y estatalista .....	307
7. Nación burguesa y nación proletaria .....	317
8. Obligatoriedad de la lucha por la jornada laboral y de la lucha por la nación.....	318
9. La formación y resistencia del proletariado ante la disputa por la nación burguesa .....	319
10. Explotación mundial de la fuerza de trabajo, colonialismo y nacionalismo.....	320
11. Anticapitalismo, anticolonialismo, internacionalismo y nacionalismo .....	321
Bibliografía .....	323
Hemerografía.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>



## INTRODUCCIÓN

¿Cuántas veces —entre 1957 y 1963— visité de niño el castillo de Chapultepec? ¿Cuántas imaginé la batalla que allí tuvo lugar en 1847? ¿Cuántas veces fui al Castillo trepando el cerro y escalando su muralla por un costado de fácil acceso que nos permitía a mi tío Miguel —por él pude conocer esta vereda— y a mí unas veces y otras a mis amigos y a mí no pagar la entrada al museo? Pero el verdadero sentido de estas hazañas consistía en imaginar sobre el terreno —y en medio de algunos episodios de combate— el momento y, sobre todo, el lugar preciso en el que el niño héroe Juan Escutia había chocado en tierra (¿partiéndose la cabeza contra una roca?), luego de lanzarse al vacío desde la torre del Castillo envuelto en una bandera para no entregarla al invasor.

He aquí no un hecho heroico y patriótico sino un mito inflamado de heroísmo trágico y orgullo patrio, según me entero más de treinta años después. Pero para mí —como para casi todos los mexicanos— era algo real. Remaché los detalles más de treinta veces por aquella ladera y recorriendo los pasillos del Castillo con las imágenes daguerrotípicas de los colchones agujereados por las balas en la mente. Ésos detrás de los cuales los cadetes del heroico Colegio Militar se habían parapetado —lo que sí ocurrió— defendiendo palmo a palmo el Castillo frente a los norteamericanos, hasta terminar acribillados. Detalles que siempre terminaban —y desde allí nacía mi afán por revivirlos— en el lanzamiento a bandera envuelta desde el torreón del Castillo.

Xicotécatl había sido el oficial que comandara a los soldados que defendieron las faldas del cerro y —me enteré luego— Nicolás Bravo, el general del ejército mexicano que defendió el castillo. Jamás supe entonces que Santa Anna tuviera algo que ver con todo ello. Sí que había vendido Tejas y más de la mitad del territorio nacional a los yanquis (otros dos mitos), pero no que hubiera tenido que ver con los combates ocurridos, en especial el del Castillo. Mi imagen era perfecta e inmaculada. Hoy pienso que no sólo la falta de información sino también la intensidad de la imagen heroica impiden que las referencias a Santa Anna ocupen un lugar correlativo al del mito del niño héroe, de suerte que este mito oculta la realidad de los actos de Santa Anna y al cubrirle la espalda apuntala el mito acerca de Santa Anna, subordinándosele por contrario que en apariencia le sea. Sobre todo, porque los mitos acerca de la venta del territorio por cuenta de Santa Anna suplantán el lugar que debía ocupar la traición a la Patria.

El objeto del presente libro consiste en analizar el mito Santa Anna confrontándolo con la realidad histórica y ambos con el presente.

## 1. SANTA ANNA, SU ÉPOCA, MÉXICO Y MARX

1. A fines de 1971 escribí un ensayo sobre Santa Anna y su época que me valió un diez de calificación en quinto de bachillerato. Superado el maniqueísmo infantil de la primaria contra el traidor que vendió-más-de-la-mitad-del-territorio-nacional, mi ensayo resaltaba la época: la oligarquía, la miseria, la desorientación política de los mexicanos, el clero avaro y pérfido, los militares soberbios y brutales, las pugnas por el poder, el boato y el despilfarro a costa de indios y mestizos. Supe datos sueltos de los generales Paredes y Valencia, de Dolores Tosta —segunda esposa de Santa Anna—, de Anastasio Bustamante, de Lucas Alamán y el Banco de Avío, y de Valentín Gómez Farías, liberal radical; en fin, de la sociedad mexicana después de la Independencia y una vez rebasado el Imperio de Iturbide, etc., y antes de Benito Juárez. Por ende, en mi ensayo la guerra del 47 era un evento entre otros en el que se ponía de manifiesto en toda su vileza la intención imperialista de Estados Unidos contra aquel pueblo polarizado, caótico y débil que era el mexicano. Aunque he olvidado los detalles y el cómo, puedo decir que en mi ensayo lograba proponer a Santa Anna como espejo de su época, y era sobre todo a ésta a la que criticaba, pues la crítica social se convirtió en mi principal interés desde 1966.

En todo caso, más allá de algunas cerraduras forzadas, y algunas cartucheras que no cabían en vista de lograr el paralelismo y el reflejo de la época en Santa Anna, yo alcancé algo cierto en mi ensayo: visualizar a esa época como condición de posibilidad de la existencia de Santa Anna. Hoy puedo deducir que lo forzado de mi ensayo adolescente consistía sobre todo en que, de rechazo, yo intentaba arraigar en esa época las singularidades del personaje de mi interés producido por ella. De hecho, fue en esta labor en la que afilé la mirada y el ingenio.

Producto de su época y siendo su forjador, Santa Anna es sin embargo no sólo algo singular, irreductible al mosaico de determinaciones que estructuran básicamente a la época, sino un *exceso* que la trabaja, se le contrapone, la transgrede, la revierte y reconduce, realizando así una de las posibilidades históricas premisiales del horizonte geopolítico de entonces. Algo sólo virtual deviene en real, pero el destino y la necesidad no son suficientes para dar cuenta del resultado sorprendente y preñado de azares. *Sorpresa, azar y exceso* se

copertenecen en esta labor histórica. Su juego abre un espacio en el que la voluntad personal incide eficazmente con base en condiciones dadas pero cuyo proceso evolutivo tenía *otra* meta particular relativa que la obtenida finalmente.

2. Por mi parte, olvidé el tema por veinticinco años o, mejor dicho, no lo volví a tratar a fondo sino en 1995, como mero complemento historiográfico ilustrativo de otro tema que ocupaba mi interés desde 1983, los escritos de Marx y Engels sobre México,<sup>1</sup> y que versan acerca de la invasión norteamericana de 1846-1848 y la francesa de 1862. Necesitaba contextualizar las manifestaciones de Marx y Engels en la historia de México y por ello me di a la tarea de revisar textos de la historiografía mexicana sobre la guerra del 47. Además, llamó mi atención subrayadamente un señalamiento de Marx acerca de la destreza de Santa Anna para las huídas, esto es, su tendencia a rehuir el combate por debilidad de carácter, en relación al carácter general de los mexicanos. El rasgo estaba perfectamente documentado al ser referido al supremo general del ejército mexicano, así que no parecía haber otra salida que asumir aquella otra idea de Marx sobre el carácter fanfarrón y cobarde de los mexicanos, producto de la degeneración del carácter español. Sin embargo, evidentemente esta idea ha parecido inaceptable a la mayor parte de los lectores —sobre todo mexicanos— viendo en ella la manifestación de un desprecio racial o por lo menos reflejo de una admiración trasnochada por los yanquis.

En todo caso, si bien nos fijamos, la solución a estas paradojas, contrastes, rechazos y, en fin, desencuentros entre Marx y América Latina —como los caracterizó José Aricó<sup>2</sup>— se encuentra en la actuación cierta, visible, documentada y documentable de Santa Anna, lo que hizo y cómo, qué apariencia ofreció y cuál era el fondo y el trasfondo de sus actos, etc. Así que me eché de cabeza en la literatura sobre Santa Anna, encontrándome pronto con que conformaba un escenario mítico, cuajado de prejuicios.

De hecho, mi punto de partida había sido el nudo de esa interacción discursiva privilegiada que es la que se establece entre el discurso de Marx sobre México y Estados Unidos, por un lado, y el de los mexicanos sobre lo mismo, por el otro. Aquí Santa Anna funciona directamente como moneda de intercam-

<sup>1</sup> En abril de 1999 presenté mi Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM con el siguiente título: “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México (Su coherencia y vigencia en confrontación con el Marx y América Latina de José Aricó)”, de donde tomé algunos materiales para componer parte de la sección cuarta del segundo tomo de la presente obra; entre ellos un capítulo entero, titulado en aquella tesis “Decadencia del centro capitalista y degeneración de los periféricos mexicanos”. A este título lo antecedí en el presente libro de un “condiciones de posibilidad del fetiche Santa Anna”.

<sup>2</sup> *Cfr.* su *Marx y América Latina*.

bio; primero, para que se malentendan los dos interlocutores, pero después, una vez revelando los secretos santánicos de la escena mexicana, para poner las cosas en su lugar. Esta dualidad y la dureza del prejuicio historiográfico que registré me evidenciaron que tenía en frente un *fenómeno de cosificación de la conciencia social*<sup>3</sup> cuya clave es la del *fetichismo* más básico de la sociedad burguesa, el fetichismo de la mercancía. El “*fetiche Santa Anna*” o el “*fetichismo Santa Anna*” es la máscara y la clave de la conciencia nacional en torno a un hecho tan traumático como el cercenamiento del territorio del Norte de México luego de la invasión norteamericana, y no sólo de la conciencia nacional de entonces sino de la posterior hasta nuestros días, pues se trata del borde de una herida cuya cicatriz sigue siendo evidente. Amén de que el atropello yanqui prosigue hasta la fecha de mil otras maneras.

Cuál no sería mi sorpresa, al revisar la bibliografía sobre Santa Anna en la historiografía mexicana, al toparme con que se desleía su papel como traidor. Pero más aún cuando dí con la acusación del diputado Ramón Gamboa a Santa Anna. Fue para mí una revelación. Y, como se verá, constituye la columna vertebral del presente trabajo, pues esa acusación rescata *lo específico* de la actuación histórica de Santa Anna y *lo fundamenta*.

3. La presunta neutralidad del Estado —léase equidad y justicia estatales— por encima de las clases sociales y los intereses privados oculta las mezquindades de sus funcionarios, sobre todo de los actuales; es la clave de su impunidad. El fetichismo del Estado le cubre la espalda a la traición de Santa Anna haciéndola parecer casi imposible, impensable. Yo, que pensaba que Santa Anna era traidor por haber vendido Tejas, jamás imaginé la verdadera magnitud de su traición a México según se revela puntualmente en la acusación del diputado Gamboa ante el Congreso. El fetichismo del Estado integra la representación que se tiene de Santa Anna. Por su parte, el fetiche Santa Anna, una vez esclarecido, permite dar cuenta de la relación México-Estados Unidos y de la relación Marx-México porque permite dar cuenta de la relación entre Santa Anna y sus condiciones objetivas epocales sin perder la especificidad de cada término, sin reducir a Santa Anna a su época ni ésta a aquél, por donde permite también esclarecer el derrotero de la historiografía sobre el tema habida en estos 150 años; permite especificar a Santa Anna respecto de la época en general y respecto del Estado y la lucha de clases de entonces, y, por ende, posibilita también relacionar estos dos términos sin reduccionismos. Así, quedamos pertrechados para observar la influencia santánica en el México contemporáneo, en

<sup>3</sup> Cfr. Géorg Lukács, “La cosificación y la conciencia de clase del proletariado” (1922), en su *Historia y conciencia de clase*.

particular en la actuación de Carlos Salinas de Gortari y de Ernesto Zedillo, los dos últimos presidentes de México en el siglo XX.

## 2. SANTA ANNA, EL SANTANISMO Y LA NACIÓN

El Himno Nacional está rasurado, porque una cuarta parte de sus versos son alabanzas a Santa Anna

Felipe Cazals, glosando a José Vasconcelos.<sup>4</sup>

Además de rasurar el Himno Nacional para no exaltar a un traidor como patriota hay mucho que transformar en México, pues el santanismo ha caracterizado y caracteriza aún a no pocos mexicanos que han ocupado y ocupan puestos de gobierno.

El cineasta Felipe Cazals anunció recientemente su intención de realizar un film con el título de “Su Alteza Serenísima”. Felipe Cazals investigó a fondo a Santa Anna para redactar el guión de su película e intentó dar respuesta a las cuestiones decisivas que una personalidad como la de Santa Anna impone al historiador, al filósofo, al político, etc. Así que podemos comentar algunas ideas de Cazals sobre Santa Anna y su época con intención propedeútica antes de entrar a fondo en el tema

1. Con la intención de superar una visión ingenua y maniquea frente a Santa Anna, Felipe Cazals pone en relación a este personaje con su época, y nos recuerda que “Santa Anna no es un sátrapa; él dijo la verdad, rayando en el cinismo siempre, que era pendenciero, jugador, mujeriego, militar, héroe de la patria; que su sangre la había derramado contra el invasor francés, español, estadounidense; que sólo creía en la Virgen de Guadalupe y que el pueblo era su apoyo y soporte, y que el oro y las lisonjas no le importaban. No mintió.”

No, no mintió; pero en gracia a la verdad histórica hay que decir que *traicionó* a la nación mexicana.

2. Felipe Cazals relaciona explícitamente a Santa Anna y a su época “Lo que sucede es que México en ese momento quería tener un héroe así, si no no hubiera existido Santa Anna y eso no es materia de caricatura; si no lo sería el país entero, y no creo que la Independencia, las Leyes de Reforma ni la terrible pérdida de más de la mitad del territorio nacional sean una caricatura.”

<sup>4</sup> Entrevista a Felipe Cazals por Raquel Peguero, en el periódico *La Jornada* del 25 de agosto de 1999, pp. 35-36.

Insistí en que Santa Anna traicionó a México para resaltar que la relación entre Santa Anna y esta nación no es simple ni armónica, pero tampoco es concebible en su especificidad mediante las formulaciones recién citadas de Felipe Cazals, según las cuales se establece implícitamente una ecuación entre México y Santa Anna: Santa Anna = México. Por ende, Santa Anna pierde responsabilidad histórica, lo justifican los vicios, las carencias y la estulticia de su época. Sin embargo, no todos los mexicanos de esa época, ni la mayoría, actuaron a lo Santa Anna. El presente libro piensa la relación entre Santa Anna y su época y Santa Anna y la nuestra, y discute puntualmente, por ende, la ecuación Santa Anna = México. Ecuación que, por cierto, priva en buena parte de la historiografía mexicana, más atrasada en este punto que la visión maniquea mayoritaria del sentido común mexicano, que repudia a Santa Anna subrayando su diferencia tajante con el once veces presidente de México.

3. Felipe Cazals no admira a Santa Anna.<sup>5</sup> Hace una aguda observación que recuerda el modo en que Hegel habla del carácter español en sus *Lecciones de la Filosofía de la historia* y en que Marx habla de los mexicanos. En el segundo tomo de esta obra discutiremos con ambos autores; por supuesto, rescatando en lo posible sus apreciaciones.

4. Felipe Cazals dice que el arrojado soldado que era Santa Anna “cambió de opinión” en 1847 “a la hora de rifársela” ante el invasor norteamericano. Esto es, sugiere que no fue valiente sino cobarde o, por lo menos, que no se arriesgó. Pero el caso, insisto, es de traición, no sólo de cobardía. En realidad, Santa Anna se mostró valiente pero es cobarde no por lo que mostró sino por haber traicionado a sus compatriotas y sin dar la cara para hacerlo. Santa Anna —como dice Cazals— “es el inventor de lo que se llama la *chapucería* política” (negritas mías).

5. Santa Anna está hoy en la boca de muchos “porque lo asocian con figuras políticas contemporáneas, lo cual tampoco me parece muy exacto”, dice Felipe Cazals, y se ve obligado a matizar a renglón seguido dada la evidente analogía de Santa Anna con “figuras políticas contemporáneas”. Dice Felipe Cazals:

<sup>5</sup> “En el transcurso de mi vida he conocido personajes que se parecen mucho a él. Santa Anna es un prototipo de mexicano muy surtido: existe, no es un vulgar aventurero ni un pendenciero barato, ni un asesino rencoroso; es un hombre con arrojo, ideas muy personales, poco asentado, con una visión faraónica de las cosas y con obsesiones que podemos encontrar muy seguido en México: el honor, la patria, esa serie de conceptos que son abstractos pero que, cuando un país está convulsionado, mueven masas.” *Ibid.*

Hay muchas formas de hacer santanismo, pero es muy difícil ser Santa Anna, porque habitualmente los traidores a la patria, o lo que se entiende por ello, son cobardes, algo lejos de él que fue un general bragado desde temprana edad. Sus diversas facetas de carácter son las que se le pueden poner a muchos políticos, pero personas como él ninguna. No hay una faceta de Santa Anna que no sea siempre una sorpresa.

Aquí corresponde señalar las raíces geopolíticas (relación México—Estados Unidos, apertura de la cuenca del Pacífico al mercado mundial) que hicieron posible que una personalidad como la de Santa Anna haya surgido. Eso es lo que el presente libro investiga.

Pero, si bien nos fijamos, las raíces geopolíticas aludidas no sólo dan cuenta de la personalidad unitaria de Santa Anna sino —como bien lo puntualiza Felipe Cazals— de *facetas* singulares de Santa Anna que reencontramos en *otras* personalidades de políticos mexicanos.

El santanismo en sus diversas fases está fundado geopolíticamente y es, por ende, un fenómeno epocal, no meramente coyuntural.<sup>6</sup> Por cierto, la época que cubre la existencia de este fenómeno no es sólo la de los años en que vive Santa Anna sino que llega a nuestros días y aún no ha concluido, aunque ya amanece su ocaso, precisamente hoy, cuando más se exagera el santanismo. Me parece, pues, que tenemos que vérnoslas con un fenómeno histórico de “larga duración”, como Ferdinand Braudel lo llamaría.

6. Felipe Cazals exalta lo que llama la “capacidad camaleónica” de Santa Anna, y añade que “su talento para hacer alianzas con todos los bandos fue infinita”. Aunque muy plástica, evidentemente esta afirmación no es literal.

Santa Anna “vuelve a utilizar las armas [de manipulación política] que conoce a fondo y que, curiosamente, siguen existiendo”. La alusión crítica a los manejos del PRI es evidente. Por lo tanto, es necesario subrayar que esa capacidad de manipulación *no* es infinita. No es cierto que el “juego no tiene edad ni fin”. Lo inició Santa Anna y en 1999 se agotan sus condiciones históricas de existencia; e incluso mientras ha sido vigente su ejercicio no ha podido ser ilimitado, no digamos infinito.

7. Acerca del aspecto sorprendente o sorpresivo de las facetas de Santa Anna — justa observación de Felipe Cazals—, se intenta en este libro una explicación

<sup>6</sup> “El santanismo no es, desgraciadamente, un producto del pasado. El de hace un siglo vendía el territorio nacional por paralelos como unidad de medida. Entonces era uno sólo el comprador: la Casa Blanca. El santanismo de hoy ha democratizado su sistema de ventas: vende el país a retazos, al por menor, a un número indefinido de marchantes. Pero el resultado a la postre será el mismo. El destino manifiesto es una teoría en movimiento que se transforma según el tiempo y las circunstancias.” Mario Gill, *Nuestros buenos vecinos*, pág. 8.

doble. Por un lado, se reconstruyen los condicionamientos *familiares* y *sociohistóricos* que explican la constitución de Santa Anna en tanto sujeto; por supuesto, incluyendo la observación de Agustín Yáñez —justamente admirado por Cazals— sobre la paranoia de Santa Anna. Por otro lado, se establecen hechos decisivos para la constitución de su forma de conducta y que no era forzoso que ocurrieran —como la traición en Texas durante su encarcelamiento (1836),<sup>7</sup> o su traición en ocasión de la invasión norteamericana (1847). Estas conductas formaban parte de las posibles para una personalidad como la de Santa Anna, pero que no era forzoso que ocurrieran. Esta contingencia es análoga a la existencia misma de Santa Anna en tanto mexicano que compartió con otros los condicionamientos epocales pero no las peculiaridades santánicas.

#### 8. Felipe Cazals afirma lo siguiente:

Hay un fenómeno muy interesante, Santa Anna a ojos de la reacción es un republicano; para los federalistas es un centralista, y en la apreciación de éstos es un liberal y frente a los liberales es un reaccionario. Este hombre supo dividir su entorno y atarlo al mismo tiempo, porque les hizo creer siempre lo que ellos querían creer. Es el destructor de todo lo organizado y conceptualizado en el México del siglo XIX.

<sup>7</sup> El 14 de marzo de 1836 Santa Anna firmó dos tratados con sus captores texanos, uno público y otro secreto, en los que se obliga “a proponer las cosas en el gabinete de México” para que se negociara el reconocimiento de la independencia de Texas. Cfr. Alejandro Sobarzo, *Deber y conciencia. Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la Guerra del 47*, pág. 129 y ss., en donde el autor sigue con detalle las vicisitudes históricas y diplomáticas de la coyuntura y las actitudes vergonzosas, primero cobardes y egoístas, luego traidoras, la pérdida de la dignidad (p. 131) y el cinismo de Santa Anna (p. 137). Alejandro Sobarzo es de los pocos investigadores que cita la acusación del diputado Ramón Gamboa a Santa Anna: “Del lado mexicano el armisticio [concedido por Santa Anna al general Soctt ante la ciudad de México] también suscitó diferencias de opinión. Por ejemplo, el diputado Ramón Gamboa en escrito de fecha 27 de agosto entregado al presidente del Congreso, no sólo acusó a Santa Anna de traición por su conducta en La Angostura y en Cerro Gordo; por no haber auxiliado a Valencia en Padierna; por no haber brindado ayuda a los defensores de Churubusco y por su actitud en varios otros episodios de la guerra, sino también «por el infame armisticio que ha celebrado, cuando sabe que el enemigo no tiene arriba de 7000 hombres útiles, que carece de muchísimos artículos necesarios, que su tren es voluminoso y lleno de estorbos, y que espera auxilio por Veracruz y aun por San Luis; y cuando, por otra parte, en la capital hay más de 15000 hombres y es público el ardor de venganza en que están los mexicanos.»” (*op. cit.*, pág. 243). Alejandro Sobarzo reconoce ampliamente la traición de Santa Anna en el 47: “El contubernio, la traición y la falta de dignidad no tuvieron límites: Santa Anna, en esa misma entrevista [La Habana, 1846], ofreció a su interlocutor información detallada de los lugares que el ejército estadounidense debía atacar en territorio nacional; cuántos hombres le serían suficientes para hacerlo; las ciudades que sugería se tomaran primero; en qué época del año debían invadir para que la invasión se diera en un clima propicio y todo lo que pudiera facilitarle la tarea al enemigo. Según el propio comisionado [almirante Alex Slidell Mackensie] Santa Anna habría llegado al extremo de afirmar que en caso de que las gestiones fracasaran o siguiera reinando el caos en el país, se establecería en Texas y adoptaría la nacionalidad norteamericana.” (*Ibid.*, pág. 198).

La última afirmación sitúa a Santa Anna como anarquista, lo cual es incorrecto. Antonin Artaud supo entrever el principio de anarquía integrando la personalidad y la actuación del emperador romano Heliogábalo.<sup>8</sup> Algo de ello hay en Santa Anna, pues las contradicciones que Santa Anna reúne en su persona y que despliega su conducta son interiorización de las contradicciones sociales de su época y él las potencia y las desvía originalmente. Pero, justamente, su *originalidad no es libertaria* o antiautoritaria, sino al contrario. Mucho fue lo que en su momento organizó autoritariamente, pero asimismo de modo decadente... Por ejemplo, la *chapucería política* que institucionalizó, ciertamente contradictoria con la lealtad, la democracia y la rectitud socialmente instituidas, pero al servicio de motivos y relaciones sociales y personales opresivas.

Otra cosa es lo contradictorio y disfuncional de Santa Anna respecto de “todo... lo conceptualizado en el México del siglo XIX.” Santa Anna no es detractor de lo conceptualizado en aquel entonces, comenzando porque poco lo entiende. No fue el concepto su fuerte y menos la crítica o aun la contraargumentación. Si se opone al concepto es inconscientemente, como una piedra que en caída libre no lo hiciera en línea recta.

Ahora bien, como “detractor” inconsciente de lo conceptual así es que revela lo *específico de la realidad mexicana* en una variante degradada y, por ende, extrema, así que ejemplar aunque no edificante ni generalizable. Revela lo específico del México del siglo XIX frente a la generalidad discursiva proveniente de Europa, pues tal era lo “conceptualizado en el México del siglo XIX”, es decir, lo que se entendía por liberalismo, por federalismo y centralismo, por conservadurismo o por república, etc. El país no podía realizar adecuadamente esos conceptos o formas de relación acordes con otras latitudes y Santa Anna personificó esta inadecuación. En todo ello Santa Anna no es una presencia “exótica” para los mexicanos del siglo XIX, al revés de lo que Felipe Cazals cree. Pero, ciertamente, no era necesaria su traición a la patria. Y es decisivo subrayar que *traicionó a la patria*, y no confundir esta particularidad con otras de su personalidad básica resonante con sus coetáneos, cuyas peculiaridades —como las de los personajes de *Cien años de soledad*— parecen exóticas a una mirada europea, pero se integran perfectamente en el ambiente barroco de su época, como su gusto por los gallos o su peinado que —según creyó— copiaba a Napoleón, etc. “Puntadas” y “zorrerías” del jalapeño, podría decir José Fuentes Mares. Pero algo muy distinto fue su traición a la patria y su impunidad asesinas.

<sup>8</sup> Cfr. Antonin Artaud, *Heliogábalo, el anarquista coronado*.

### 3. EL PAPEL DEL INDIVIDUO EN LA HISTORIA Y EL PLAN EXPOSITIVO DEL LIBRO

1. ¿Cuánto bien o cuánto mal le hizo Santa Anna a México? O, más allá del juicio moral, ¿qué efectos en magnitud y forma tuvieron sus actos para la sociedad mexicana de su época y para sucesivas generaciones?. En fin, ¿cuál fue el papel del individuo Santa Anna en la historia en general, no sólo mexicana, precisamente por los efectos que tuvo para la mexicana y, por supuesto, para la norteamericana? Pues, si en México para nada le corresponde un “sepulcro de honor”, Estados Unidos le debe no sólo eso sino un laurel de victoria por ser Santa Anna su gran benefactor. El papel del individuo en la historia es, ciertamente, un tema clásico de la historiografía y de la filosofía de la historia, siendo el materialismo histórico donde encontramos la reflexión más honda al respecto.<sup>9</sup>

Resulta ejemplar para nosotros la semblanza hecha por Jorge Pléjanov del desempeño desastroso del General Soubise —protegido de Madame Pompadour, amante de Luis XIV— en la “Guerra de los Siete años” (1756-1763), en la que propició la pérdida de la mayor parte de las colonias francesas a favor de Inglaterra, en un entramado de asuntos militares, pasionales y territoriales enmarcados en el contexto de la decadencia de la nobleza francesa. Uno de los sucesos menudos del evento ocurrió cuando el general Broglie, amigo de Soubise, atacó a los prusianos en Wellinghausen, y éste, “que había oído los disparos de cañón, no acudió en ayuda de su compañero... y Broglie se vio obligado a retirarse.”<sup>10</sup> Aunque “otros dicen que la culpa no fue de Soubise sino de Broglie

<sup>9</sup> Comenzando por el célebre libro de Jorge Plejánov, *El papel del individuo en la historia* (1898). Pero habría que recordar a autores como León Trotsky, con su Joven Lenin o su Stalin; y de Geórg Lukács, su Thomas Mann o su Joven Hegel, o de Karl Korsch su *AntiKautsky* o su *Karl Marx*, o Paul Mattick, con sus esbozo biográficos sobre Karl Korsch y sobre Anton Pannekoek; o a otros como Karel Kosik, con su “Dialéctica de la moral o moral de la dialéctica”, o la *Crítica de la razón dialéctica* (1960) de Jean Paul Sartre; o a Adolfo Sánchez Vazquez en capítulos decisivos de su *Filosofía de la praxis*, o libros tan ejemplares como el *Thomas Münzer* y el *Avicena o la izquierda aristotélica*, de Ernst Bloch; o bien, del propio Marx su tesis doctoral, *Diferencias entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro* (1841), o la “Introducción a la filosofía del derecho y del Estado de Hegel” (1844), o de Marx y Engels, *La Sagrada Familia o la crítica crítica de Bruno Bauer y consortes* (1845), o la *Ideología alemana* (1846), y de sólo Marx *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1851), o sus *Héroes del destierro* (1856), o su monumental *Herr Vogt* (1860) y su equívoco pero aleccionador “Bolívar y Ponte” (1858), o los tres tomos de la *Historia crítica de la plusvalía* (1861-1866), etc., y de Engels el *Antidürring* (1878) y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1886) e, incluso, su *Del socialismo utópico al socialismo científico* (1880) y su “Discurso ante la tumba de Marx” (1883), etc. La reflexión del marxismo sobre el papel del individuo en la historia es en verdad notable por su amplitud y desarrollo tanto conceptual como en estado práctico.

<sup>10</sup>J. Pléjanov, *op. cit.*, pág. 50.

que no esperó a su compañero por no compartir con él los laureles de la victoria”,<sup>11</sup> (análoga disputa debate a la historiografía mexicana en la batalla de Padierna siendo Santa Anna nuestro Soubise y el general Valencia, Broglie). De suerte que las envidias personales se muestran como aspectos y potencias objetivas de la historia, sobre todo cuando la ley histórica general de un siglo es la de tales cambios caprichosos, como fuera la del siglo XVIII de Luis XV o de la primera mitad del XIX en el México de Santa Anna. Entiéndase que son una potencia histórica para el mapa geopolítico de toda Europa y, sólo por allí, también *para* el pueblo francés o para el ruso. Aunque Plejánov sugiere a éste en primer lugar, perdiendo de vista por allí a la geopolítica del conjunto,<sup>12</sup> pues cruza el tema del general Soubise con el del pusilánime general ruso Buturlín, quien no atacó cuando podía y debía a Federico II, rey de Prusia (análogamente a Santa Anna contra Taylor en la batalla de la Angostura en 1847). Plejánov restringe chauvinistamente la mirada sugiriendo que si otro ruso, el general Suworov, hubiera estado en lugar de Buturlín otro habría sido el destino de Rusia, pues “la indecisión de Buturlín salvó a Federico de una situación desesperada”.<sup>13</sup> Jorge Plejánov no observa a las fuerzas productivas en su eficacia total, lo cual lo conduce desde el chauvinismo a hablar de las *casualidades* en la historia, y cita a Hegel: “En todo lo finito hay un elemento casual”, y añade “en la ciencia nos tenemos que ver únicamente con lo «finito».”<sup>14</sup> Lo que no excluye la posibilidad del conocimiento científico, insiste, pues “*la casualidad es algo relativo*. No aparece más que en los puntos de intersección de los *procesos necesarios*”. Y pasa a resaltar como una de las más célebres y magníficas casualidades históricas la sorpresa de la llegada de los europeos a América, en especial la conquista de México y del Perú<sup>15</sup> (sabido es que la invasión norteamericana fue explícitamente analogada con la española, de modo crítico, por Carlos María de Bustamante.

En fin, la semblanza del general Soubise por Plejánov concluye así:

¿Por qué pudo el destino de Francia hallarse en manos de un hombre privado en absoluto de capacidad y deseo de servir al bien público? Porque tal era la organización de la sociedad. Es esta organización la que determina en cada época concreta el papel

<sup>11</sup> *Ibid.*, nota a pie de página número 56.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 50-59.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 59.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 60.

<sup>15</sup> *Ibid.*

y, por consiguiente, la importancia social que puede tocar en suerte a los individuos dotados de talento o que carecen de él.<sup>16</sup>

2. La cuestión de fondo es que Jorge Plejánov más allá de sus aciertos tan caros para nosotros, no logra captar en su auténtica magnitud la determinación objetiva de las fuerzas productivas históricas —según apuntamos— pero tampoco la dimensión del azar histórico, introducido por él bajo el nombre de casualidad e que inmediatamente pasa a limitar al referirla sólo “a los puntos de intersección de los procesos necesarios”. En realidad, esas intersecciones se extienden hasta el infinito hacia todos los puntos del proceso en la misma medida en que éste se haya internamente cohesionado o unificado. Pero, sobre todo, el azar no sólo está en medio, en la intersección, sino que es premisa histórica material. Lo que pasa es que Plejánov se ha basado aquí en Hegel quedando preso de su idealismo, así que es la dura materialidad de la historia, una con su contingencia y azar, lo que se le escapa.

En efecto, el papel del individuo en la historia es una forma de existencia de la relación entre lo general (la sociedad) y lo particular (el individuo). Si el lazo entre ambos es sólo necesario lo general suprime a lo particular, no hay papel ninguno del individuo en la historia. De ahí que para pensar el auténtico papel del individuo en la historia sea obligado relacionar lo general y lo particular con la necesidad y el azar. Sin embargo, Plejánov, de la mano de Hegel, identifica la libertad con la necesidad y, por allí, suprime al azar, sustento material de la libertad. Veamos cómo.

Para Jorge Plejánov, “el individuo se convierte en una gran fuerza social y ningún obstáculo puede ni podrá ya impedirle —dice citando a —«lanzarse con la furia de los dioses/Sobre la pérfida iniquidad»”, con la condición de que act-

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 58. Plejánov explica su idea con matiz así: “Tanto la posibilidad misma de esta influencia como sus proporciones son determinadas por la organización de la sociedad, por la correlación de las fuerzas que en ella actúan. El carácter del individuo constituye un «factor» del desarrollo social sólo allí, sólo entonces y sólo en el grado en que lo permiten las relaciones sociales.” (*Ibid.*) Y ya que hemos ido acotando críticamente el texto de Plejánov, vale la pena reparar respecto de este pasaje, en lo fundamental correcto, que resulta decisivo superar una confusión de Plejánov a propósito de las fuerzas cuya correlación indaga, etc. Lo decisivo es diferenciar el tipo de condiciones sociales y de fuerzas a las que aludimos y no basta sólo la referencia genérica a éstas, no sólo porque en esas condiciones materiales se confunden las fuerzas productivas con las relaciones de producción, las fuerzas transformadoras con los factores organizados y estabilizadores y aún sofrenadores del desarrollo, sino porque se confunden las fuerzas productivas técnicas con las fuerzas productivas procreativas o relativas a la organización sexual, familiar, social, política y cultural de los sujetos sociales. Resultado de estas confusiones es un objetivismo histórico determinista, vicio que precisamente Plejánov trataba de salvar, amén del subjetivismo irracionalista en el enfoque histórico, el cual atribuye capacidades mágicas a los individuos.

úe según la tendencia objetiva general de las condiciones históricas en las que vive; y en este punto en el que está de acuerdo con el *materialismo* histórico, pero cree —con Hegel— que ello sólo es posible si identifica libertad con necesidad, “una libertad que se ha identificado con la necesidad”, dice<sup>17</sup> y cita la *Ciencia de la lógica*: “La necesidad se convierte en libertad no porque desaparezca, sino porque se manifiesta [con ésta] su identidad, la que hasta allí permanecía aún interna.”<sup>18</sup>

3. El núcleo racional de la aludida identidad entre la necesidad y la libertad, en lo que tiene de positivo y cierto, consiste en que ambas son aspectos del sujeto humano viviente; de suerte que, sin desaparecer, la necesidad se convierte en libertad porque el organismo vivo que la soporta actúa para satisfacerla eligiendo las posibilidades objetivas para ello. Esta actuación elegida se encuentra como factor interno en la estructura corporal del viviente, del necesitante y, por ende, como factor interno de la necesidad, según el modo de exposición de Hegel. No obstante, los dos momentos del viviente son irreductibles, así como la condición material de existencia de ambos. De modo que si vemos el paso de la necesidad a la libertad, o su conversión, sólo como el paso de una identidad interna (necesidad) que al exteriorizarse deviene en libertad, esto es, como un paso de lo latente a lo manifiesto, de lo interior a lo exterior, sólo se ve *lo mismo* una vez dentro la otra afuera. Pero no captamos la novedad que conlleva el auténtico futuro —y, entonces, la producción de la historia—, con la alteración del pasado que sólo es posible sobre la base de la actuación sobre la *materia*, según que la libertad elige sus posibilidades en ella, en el mundo externo infinito, irreductible a la identidad lógica de la idea, de la que habla Hegel. Aún más, ese mundo es en verdad infinito, irreductible a la identidad finita porque es material; y puede ser infinito siendo material sólo por cuanto no está dado sino en permanente producción y transformación, lo que, por su infinitud, conlleva a que los lazos finitos entre ente y ente sean necesariamente *azarosos*. Materia, infinitud y azar son aspectos correlativos y, por ello, el materialismo de Marx puede ser *histórico*; porque la libertad se juega materialmente en medio del azar infinito.

En efecto, Marx insiste —contra Hegel, pero pareciera que también por adelantado contra el marxismo ruso cuyo padre es Plejánov— en que para estable-

<sup>17</sup> *Ibid.*, pág. 22.

<sup>18</sup> *Cfr.* Hegel, *op. cit.*, Nüremberg, 1816, parte II, pág. 281 “Die Notwendigkeit wird nicht dadurch zur Freiheit, dass sie verschwindet, sondern dass nur ihre noch innere Identität manifestiert wird.” La traducción que ofrezco quiere corregir la que ofrece la edición castellana del libro de Plejánov.

cer la relación general-particular y necesidad-libertad y necesidad-azar, ésto solo puede ocurrir en un universo material infinito. Sí, que se requiere *unificar* — que no identificar— libertad y necesidad y la acción individual en condiciones históricas generales y necesarias. Esto es posible sólo si se sustenta la acción libre en el azar, esto es, en la existencia y surgencia de posibilidades infinitas y, por ende, en la diversidad material infinita. De ahí que Marx quiera deshacerse del idealismo hegeliano y que el idealismo en general exprese una negación básica o suspenso de la libertad, pues se encuentra imposibilitado, por falta de infinitud auténtica inherente a la materialidad para la libertad auténtica.

De ahí la llamada de atención de Marx presente en su *Introducción general a la Crítica de la Economía Política* (1857): “Esta concepción se presenta como un desarrollo necesario. Pero [es necesario exponer la] justificación del azar. [¿] Cómo [hacerlo?]. [Lo que] entre otras cosas [redunda en la justificación] también de la libertad.”<sup>19</sup>

Sólo así, con una libertad arriesgada en el azar y, por lo tanto, que busca con conciencia y esperanza atinar en su posibilidad, la libertad que *reconoce* a la necesidad no es mera tautología ni determinismo sino un *logro* renovador para el individuo y, por allí, para la sociedad y, aún, para el universo previamente determinado en general, pero no en esta *particularidad* irreductible recién puesta por el individuo, la cual éste hace *real* y con la que, por ende, *transforma* al todo en su conjunto.

De hecho, Jorge Plejánov sólo *añade* a lo general —esto es, a las condiciones dadas— la particularidad del individuo. No ve que *esto particular* del individuo es puesto por él,<sup>20</sup> funda la posibilidad de que *realmente* ocurra lo general y no sólo formalmente, en tanto rector sobre las partes. No, sino como un general realmente producido en y por cada parte.

4. El tema del papel del individuo en la historia resalta la libertad y, por allí, el azar; pero, también, dentro de una historia racionalmente considerada, esto es, materialistamente asumida, involucra el tema de la *responsabilidad histórica* del

<sup>19</sup> Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, pág. 33.

<sup>20</sup> Fernando Díaz y Díaz, en su *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, comete un error análogo al de Plejánov, aunque un paso más atrás de él. Dice que: “la masa ignorada, vilipendiada, justipreciada, ensalzada, entronizada... es... la que en último y definitivo término hace y deshace las individualidades históricas” (p. 7). Así se opone a la idea de Carlyle acerca del héroe en tanto extraño al trabajo histórico de las masas. No obstante, se equivoca a favor de Santa Anna al anular en general la responsabilidad histórica del individuo. En efecto, amén de que Santa Anna por supuesto no fue héroe, Fernando Díaz y Díaz se equivoca metodológicamente al disolverlo en la época y, peor aún, en la “masa”, sin preguntarse acerca de si nada hace la individualidad histórica (aquí, Santa Anna) que la masa no haga ni deshaga.

individuo. De tal modo, aquel tema ontológico y antropológico de la estructura material de la historia y de la práctica humanas y de su libertad involucra este tema *ético*.

La relación ética del individuo con su sociedad vista concretamente —esto es, espacio-temporalmente— es la de su actitud ante la nación, es decir la relación nacionalista, antinacionalista o indiferente del individuo para con la sociedad en la que nació. Pero como la concreción espacio-temporal de la historia no sólo lo es de objetos materiales externos sino de relaciones sociales entre hombres de carne y hueso, ese *nacionalismo* se relaciona *ética y materialmente* y desde dentro con el internacionalismo. La relación entre el *individuo* y la *nación*, pero también de éste con la *humanidad*, con la *clase*, la *revolución* transformadora de las condiciones materiales limitantes, antagónicas, y con el *internacionalismo*, es lo que involucra la relación del individuo con la *historia*, dada la omnilateralidad e integridad de la historia.

5. Ahora bien, cuando la libertad —basada en el *azar*— se apoya en un sector de materialidad determinado para realizarse en vista de satisfacer una necesidad individual o social, el producto rebasa las condiciones dadas de la riqueza social. O, en otros términos, es un *exceso* frente a lo dado. Exceso *condicionado* por la existencia de un *excedente* material por mínimo que sea. El despliegue del individuo en la historia asociado a ese exceso y a ese excedente lo propone a él mismo como un *lujo* y como una *sorpresa*, algo extraordinario frente a lo previo. Veremos reaparecer singularmente estas estructuras históricas en el trazo de ese hombre de la escasez que fuera Santa Anna, así que tanto más *contradictorios* serán por esa escasez de base, el lujo, el exceso y la sorpresa que instaure. Un *despropósito*, una *contrafinalidad*, es lo que veremos escenificarse. Y porque Santa Anna se aferra a ella —él sí como niño héroe a la bandera nacional— lo que veremos será una *traición*.

6. Ahora bien, la finalidad de este libro no es hacer una historia exhaustiva de Santa Anna o siquiera de su intervención en la Guerra del 47 sino plantear las *condiciones de posibilidad* para superar un mito histórico mexicano de más de 150 años de vigencia y que aprisiona a la conciencia histórica nacional, en particular la de las clases sometidas. Por ello, me interesa puntualizar las *notas* que caracterizan las posturas de éste o aquel autor porque de ellas depende el progreso en el esclarecimiento teórico y político del caso, y aun el éxito.

Cabe especificar más las partes que componen el libro, o en las que distribuyo mi argumento:

6.1. Por cierto, este libro es de *crítica a la ideología*, de una particularmente decisiva para la conciencia nacional mexicana: la ideología en torno a Santa Anna.<sup>21</sup> Nos ocuparemos de hacer una exploración crítica de la conciencia nacional en sus diversos niveles. En primer lugar, el científico —en este caso, *historiográfico* (parte I del tomo I)— y el del sentido común y sus desarrollos —como son la literatura y el cine (parte II del tomo I)—. Dedicamos la tercera parte a ese sector de la conciencia nacional que es el de la *cultura política*,<sup>22</sup> donde se trenzan los significados científicos y del sentido común en su aspecto más desarrollado, pues deberán tener eficacia práctica general. La última parte del libro<sup>23</sup> —después de que abordamos cada aspecto de la conciencia nacional en torno a Santa Anna— tematiza el nudo sintético que se apersonó parcialmente en cada nivel: el *fetichismo Santa Anna* en tanto factor del fetichismo de Estado, la forma más desarrollada del fetichismo del capital y, aún más básicamente, del del dinero y la mercancía.

6.2. Nuestro procedimiento expositivo consiste fundamentalmente en discutir las incoherencias de la ideología, sus falsas identificaciones, su insuficiencia de pruebas bajo su prepotencia autoevidente, sus intereses particulares que quieren pasar por generales y desde donde se fuerzan las incoherencias, etc. Pero la *coherencia* buscada por contra tiende a restablecer una *verdad* y ésta remite a la realidad transfigurada en la ideología; por lo que simultáneamente haremos la *crítica de la realidad*, y al final de cada parte —y aún de algunos segmentos cargados especialmente de significado— no tendremos más remedio que intentar describir las cosas como son: el *sujeto* que realmente fue Santa Anna (capítulo 5, parte I del tomo I), los trazos esenciales de la época en que vivió (capítulo 16, parte I del tomo I) y del *tiempo recorrido* desde entonces a la fecha; así como de en qué consiste el *nacionalismo* auténtico y su relación con el proletaria-

<sup>21</sup> La extensión del libro original obligó a que lo dividiera en dos tomos. Lo hice de tal modo que cada uno pudiera ser leído como una obra independiente. No obstante, ambos tomos son complementarios, por lo que renuncié a modificar la exposición del plan expositivo original; porque así el lector podrá apreciar mejor de los alcances de la idea de conjunto. Por supuesto, en las referencias a partes y capítulos en que no haya coincidencia entre el plan original y la distribución final, haré la aclaración pertinente en nota a pie de página.

<sup>22</sup> En el plan original esta parte estaba compuesta por cinco capítulos y fue trasladada al tomo II como su parte II. El último capítulo del presente libro lleva por título “Nacionalismo y proletariado”, y en él quedó sintetizada la cuestión de la crítica política que la parte III del libro original —y que fuera trasladada al tomo II como parte II— reflexionaba.

<sup>23</sup> Esta parte fue trasladada al final del tomo II, como parte III del mismo. Pero su temática de crítica al fetichismo Santa Anna, así como a los del Estado y del capital, etc., pudo integrarse en diversos pasajes del presente tomo, y en especial la desestructuración del fetichismo del Estado que somete a la nación la ofrezco con nitidez en el último capítulo del presente libro.

do (capítulo 1 de la parte III del tomo I) y con el socialismo (capítulo final del tomo II), nacionalismo que Santa Anna retorciera y transgrediera cada vez que hablaba del *pueblo* y del patriotismo, etc.

6.3. El diagnóstico sobre los tres distintos niveles de la conciencia nacional —el científico, el del sentido común y el político—, según se encuentran intervenidos por el fetiche Santa Anna, señala que la conciencia científica nacional se encuentra *desarmada* ante un posible neo Santa Anna y ante una nueva invasión extranjera (capítulos 1 a 15 de la parte I del tomo I);<sup>24</sup> y que el sentido común nacional se encuentra sólo débil y aparentemente armado contra estos enemigos, pues resulta fácil desarmarlo (parte II del tomo I, capítulos 1 a 5). Además, observamos que la conciencia política nacional se muestra escindida en un lado defensor del santanismo y otro opuesto al mismo, amén de encontrar constantes *dificultades para armarse eficazmente* al respecto (parte II del tomo I, capítulos 1 a 5).

El develamiento del hecho de que sea el fetichismo Santa Anna el instrumento decisivo del fetichismo del Estado para distorsionar el sentido democrático, patriótico y nacionalista de la conciencia nacional, según se demuestra en la parte IV, nos conduce —para superar dicho fetichismo— a replantear la relación entre nacionalismo y socialismo (capítulo final del tomo II), con base en establecer la necesidad del nacionalismo para el proletariado (capítulo final del tomo I), así como el papel estratégico de Santa Anna para el dominio de la conciencia nacional (capítulo 10 de la parte I del tomo II) y la capacidad manipuladora de su estilo de liderazgo (capítulo 1 de la parte II del tomo II) dadas las condiciones objetivas de su época y los rasgos de ella que aún perviven (capítulo 16 de la parte I del tomo I), así como mediante la denuncia del uso manipulatorio del concepto de *pueblo* y de un cierto pseudopatriotismo (capítulo 6 de la parte II del tomo II).

Todo ello apunta —y ya lo inicia— a un firme *rearme* de la conciencia nacional a nivel científico en vista de que la conciencia política nacional resane su escisión, *facilitando su pertrechamiento*. Por aquí, el sentido común virtualmente inerte y sólo aparentemente armado, pasa a ser retroalimentado desde la conciencia histórica científica, y desde la política hasta *artillarse eficazmente*. Pero, se preguntará, ¿dónde está la lucha?, ¿es que estamos en guerra o siquiera en peligro? Si no hubiera otros síntomas de ello, bastaría para demostrarnos que

<sup>24</sup> Esta parte de crítica a la historiografía estaba integrada originalmente por 29 capítulos. Los capítulos del 16 al 28 quedaron situados en la primera parte del tomo II de la presente obra. Mientras que el capítulo 29 culmina la parte I del presente tomo.

hay guerra y estamos en peligro la sola existencia de un instrumento de sometimiento como es la máquina santánica de eficacia práctica.

#### 4. MI RIESGO Y MI ESTRATEGIA EN EL CONTEXTO DOMINANTE

##### *a. Opiniones y verdades, fetiches y contrafinalidades*

El libro que el lector tiene en sus manos es un ensayo crítico que denuncia directamente la traición de Santa Anna a la patria a la vez que denuncia la existencia de un fenómeno que denomino *el fetichismo Santa Anna*. Me esfuerzo por describir su contorno, funciones y recovecos, así que me enzarzo en el asunto. ¿No engordo con este proceder el mito Santa Anna que denuncio, y aun le añado dimensiones que no tenía y que yo, creyendo descubrirlas y denunciarlas, más bien las acabo de crear a su favor? Todo puede acabar siendo un trabajo quijotesco contra molinos de viento que se multiplican mientras uno los embiste..., a menos que otros me salven y yo dé la pista para ello...

Así las cosas, no vi más alternativa que arriesgarme intentando indagar la *esencia* del papel histórico de Santa Anna como sujeto, así como reunir hasta donde me fue posible las *pruebas* de su traición. Esto es —aunque falto de erudición sobre el tema—, me atreví a no dar mi opinión mera sino que pensando en que he rescatado las notas esenciales del asunto, pretendo que puedo *contribuir* a la crítica científica del mito Santa Anna, aunque entiendo que en todos sus pasos mi argumentación pueda no ser científica porque me falte habilidad y conocimiento para lograrlo. Dar cima a esta tarea no me incumbe sólo a mí, pues habrá quien esté más calificado para hacerlo. Mi riesgo está en lanzar el guante abiertamente y en esperar que quienes me lean se enteren de unas verdades decisivas sobre el asunto, que entiendan que no lanzo una mera opinión y que por ello asumiré mi error si me equivoco hasta reconstruir la verdad del caso.

##### *b. Opinión, verdad, ideología y psicología social sobre Santa Anna*

Por su parte, el juego de las opiniones que sólo nada en las apariencias es muy otra cosa. En efecto, una opinión es un *hueso*; se la ofrece o se la retira de acuerdo a intereses, pero no puede vislumbrarse su error. Como cosificación del pensamiento que es, se mantiene permanentemente como una perspectiva posible; y si se la retira es porque así conviene aunque en secreto se la siga manteniendo. También puede ser que una opinión se deseche pero no porque se reconozca su error sino porque ya no se cree en ella porque los intereses de uno cambiaron simplemente y les corresponde mejor otra opinión. En todo caso, si

desecho una opinión ya no la uso pero sigue allí, tan dura como antes, para que otro la haga suya. Eso, la opinión, es objeto del que me apropio privadamente.

Claro que se puede ver el error de una opinión. Pero eso ya alude a un plano epistemológico distinto, el de la verdad más allá de las apariencias y que las explica.

Ahora bien, habiendo un contexto ideológico en el que *interesa* cubrirle las espaldas a Santa Anna como a cualquier traidor vende-patrias, es natural que comiencen a brotar las *opiniones* adecuadas a tal efecto. Más todavía si las salvajes privatizaciones neoliberales sumen en depresión a la gente, de forma que ésta pase a creer que ya sólo tiene caso apropiarse de alguna opinión, la que sea; esto es, que la salvación ante la desgracia ya sólo es privada y el único modo de contestar a un proceso global privatizador es con un arma análoga, privatizándose. Es entonces cuando circulan más y más opiniones, y más y más gente se apropia de ellas como de globos, sin que les interese la verdad, análogamente al hecho de que circulan más y más mercancías que alimentan el mercado mundial.

Es el momento de lanzar verdades en el universo privatizado, pues su presencia sugiere que quizá haya otra estrategia contra la privatización que la privatización y el opinionismo.

Ahora bien, ahí va una verdad que quiero subrayar. Detrás de las opiniones están los individuos sumidos en soledad, mientras que la verdad es asumida por la comunidad de los hombres libres. Es ésta su única ventaja en medio de la incoherencia social privatizadora que el capitalismo impone de modo creciente en las sociedades que domina y como parte de sus aparatos de dominación.

## 5. LA HISTORIA UNIVERSAL DEL SIGLO XX Y SANTA ANNA

Ahora visualicemos dos ciclos históricos que se trenzan y cuyas imágenes fetiches se destruyen recíprocamente como las de dos vampiros enfrentadas la una a la otra por medio de un espejo de agua. Helos aquí. Las dos grandes revoluciones sociales con las que dio inicio el siglo XX abrieron sendos ciclos históricos. Uno, la revolución rusa de 1917; el otro, la revolución mexicana de 1910. Ambos ciclos históricos se cierran con el final del siglo. A principios de los noventa se cerró uno con la caída de la URSS. El otro comenzó su franca decadencia con la irrupción del neoliberalismo en México durante la presidencia de Miguel de la Madrid, y se profundizó en la de Carlos Salinas de Gortari y, actualmente, en la de Ernesto Zedillo; así que parece que con las elecciones del 2000 por la presidencia de la República llegará a su fin.

Se trata del fin de la dictadura del PRI en México y, más específicamente, del “régimen de partido de Estado”, según lo llama Luis Javier Garrido.<sup>25</sup>

Por su parte, la caída de la URSS cierra un ciclo histórico que ha dominado la historia mundial del siglo, el ciclo del *simulacro epocal*<sup>26</sup> en el que se zambulló el modo de producción capitalista en vista de mundializarse, pasando a desarrollarse incluso en zonas periféricas que oponían fuertes obstáculos a la acumulación de capital, obstáculos entre los que podía contarse el propio desarrollo capitalista previamente intentado en ellos pero llegado a un callejón sin salida por el monopolio que instaurara recién entrado en la escena rusa.<sup>27</sup> El simulacro consistió en que la industrialización capitalista de estas zonas —aquí hablamos de Rusia— se operó bajo el aspecto de la construcción de una sociedad socialista relativamente aislada del mercado mundial, así que preservada de la depredación del imperialismo capitalista, el cual fungía como el obstáculo más grande para la promoción de la acumulación de capital en un nuevo territorio. Se *simuló socialismo y lo que se construyó fue un tipo peculiar de capitalismo* que podía salvarse de la voracidad del cosmos capitalista ya existente.

A su vez, la defensa antiimperialista de estos ámbitos ocurrió bajo la figura de un *nacionalismo revolucionario* presuntamente proletario pero en realidad procapitalista, eficazísimo para combatir con todo el pueblo al imperialismo.

En síntesis, el capitalismo apareció como *socialismo* y el nacionalismo burgués como *nacionalismo proletario*, así como la ideología revolucionaria burguesa adecuada a tal efecto apareció como *marxismo* y al que se le llamó marxismo-leninismo, etc.

El *simulacro epocal* al que la caída de la URSS dio término en lo fundamental es de uso internacional porque unos países generaron unas revoluciones presuntamente socialistas variantes de la rusa; y otros no, pero todos los países periféricos se ven ante el horror de enfrentar sus propios obstáculos internos y al imperialismo como obstáculo mayor en vista de promover la modernización capitalista en su territorio.

Ahora bien, con la caída de la URSS tal simulacro epocal ya no tiene cuerpo y de él queda sólo el *fantasma*, esto es, la creencia falaz y más o menos generalizada de que lo que allí cayó fue efectivamente el socialismo, el marxismo y el nacionalismo revolucionario proletario. Al respecto han cabido varias actitudes, ora soberbias e imperialistas, ora depresivas y sometidas. *Soberbias e imperia-*

<sup>25</sup> Cfr. Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada*.

<sup>26</sup> He tratado el tema de este simulacro epocal en mis obras *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad* y *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto*.

<sup>27</sup> Cfr. Karl Marx, “Los borradores de Marx” y “Karl Marx a Vera Zasúlich”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, pp. 31-61.

*listas*, de quienes sugieren posmodernamente que entonces ha llegado, afortunadamente, el fin de las utopías. Francis Fukuyama y Octavio Paz son, cada uno en su estilo, representantes de esta actitud que, inculta e irresponsablemente — no sólo reaccionariamente—, dan por concluido al marxismo, al socialismo y, de refilón y sin mencionarlo, al nacionalismo revolucionario proletario. *Depresivas y sometidas*, de quienes siendo socialistas creyeron que con la caída de la URSS realmente había caído el socialismo, etc. Afortunadamente, esta actitud sólo es integral y monolítica en algunos casos, pues, más bien, se fragmenta recuperando una y otra vez cierta militancia esperanzada.

En efecto, pocos renuncian unitariamente al marxismo, al socialismo y al nacionalismo revolucionario proletario. Más son los que no renuncian al socialismo pero sí al *marxismo* y quizá no al nacionalismo revolucionario pero *sin* definir con claridad si es proletario o no. Muchos más se quedan con el nacionalismo revolucionario (así, ambiguamente asumido) aunque sin *socialismo*, aunque quizá con un poco, lo que se pueda, de marxismo. Hay bastantes que aún asumen al marxismo y al socialismo, aunque no al *nacionalismo revolucionario*, por creer que de ninguna manera podría ser proletario. Así seguido, tenemos otras variantes.

Dado que la URSS simuló a los tres, su caída simuló el fin de los tres, pero realmente el marxismo, el socialismo y el nacionalismo revolucionario proletario son vigentes y están por ser definidos y desarrollados con propiedad.

Es aquí donde adquiere sentido el cierre del ciclo histórico mexicano, el cual jamás tuvo vigencia como simulacro epocal más que localmente. Pero su cierre quizá sí tenga sentido mundial y no sólo mexicano. ¿Cómo y por qué?

Porque la conclusión de la dictadura del partido de Estado en México involucra la del *presidencialismo* y éste hereda de más allá de 1910 su mito principal, el *fetichismo Santa Anna*.

Los regímenes del PRI<sup>28</sup> (y de sus antecesores, el PNR<sup>29</sup> y el PRM<sup>30</sup>), vinculando a su carro a los principales intelectuales mexicanos, se ocuparon —por mediación de éstos— de perfeccionar una doctrina política denominada *nacionalismo revolucionario*, discurso burgués pero —según las versiones— con más o menos fuertes contenidos sociales favorecedores de los anhelos populares.

Aún más, el nacionalismo revolucionario en México arraiga en necesidades de afirmación de la identidad nacional que vienen desde el inicio del México Independiente en 1821, pero que se redoblaron *obsesivamente* después de la inva-

<sup>28</sup> Cuyo lema es “democracia y justicia social” (1946).

<sup>29</sup> Cuyo lema fue “instituciones y reforma social” (1929). El órgano periodístico del partido se llamó hasta 1931 “El Nacional Revolucionario”, para quedar luego sólo como “El Nacional”.

<sup>30</sup> Cuyo lema, influido por el PCM, fue “por una democracia de trabajadores” (1938).

sión norteamericana de 1847, en la que Santa Anna fungiera como general en jefe del ejército mexicano. De suerte que la gran *carencia* de conciencia nacional patriótica, oscuramente experimentada en la fatídica guerra del 47, suscitó un esfuerzo compensatorio por construirla y consolidarla.

Pero héte allí que con De la Madrid inicia la franca decadencia y degeneración del sistema de partido de Estado en gracia a embarcarse éste en la aventura neoliberal como medio de afianzar sus dominios. Decadencia y degeneración dado que el PRI se sustentaba en una plataforma de principios nacionalistas y su sistema despótico encontraba legitimación en realizaciones nacionalistas evidentes, como la nacionalización del petróleo (Lázaro Cárdenas, 1938) y de la industria eléctrica (Adolfo López Mateos, 1960), etc.

De tal modo, resulta paradójico que el cierre de ciclo de la dictadura del partido de Estado mediante presidencialismo, básicamente asentada esta dictadura en la referida ideología nacionalista revolucionaria que caracteriza al PRI y emana de la revolución de 1910, ocurra con la formación de una ideología tecnocrática neoliberal retrógrada y antinacional, reactualizando así la carencia de auténtico nacionalismo en los dirigentes gubernamentales, al modo en que Santa Anna la mostró ante los norteamericanos y ante nuestro pueblo.

De tal suerte, el contraste entre el nacionalismo revolucionario burgués que llega a su nulidad en México y la carencia de auténtico nacionalismo (no sólo revolucionario proletario o revolucionario burgués, sino aun sólo burgués) que hay en Santa Anna y se reactualiza en Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, ensarzados en vender el país a retazos al extranjero, sí, que ese contraste, visto a la luz de la derrota sufrida por México en 1847, exalta con nitidez la necesidad histórica, en primer lugar para los mexicanos, de sustentar una actitud *nacionalista auténtica*. Aunque ésto es válido para otros pueblos, por la nitidez y dolor con que resalta en la herida infligida a todo el pueblo de México —en especial a sus clases subalternas— en 1847, y que entregó a Estados Unidos la plataforma territorial sobre la cual éstos erigieron la actual hegemonía capitalista mundial, entre nosotros resalta nítida, urgentemente, digo, la necesidad de la reasunción y desarrollo del nacionalismo revolucionario *específicamente* proletario y no sólo del burgués.

Y como a nivel mundial —y no sólo mexicano— está en entredicho la vigencia del nacionalismo revolucionario proletario, la nitidez con que brota su necesidad en México de cara al fin de siglo bien puede servir fuera de México también para recuperarlo al lado del socialismo y el marxismo auténticos. Por eso es que en este libro nos ocuparemos del análisis del *fetichismo Santa Anna*.

Agradezco a mi amigo David Moreno no sólo la corrección de estilo y la edición del libro, como otras veces, sino la solicitud e interés con que me pro-

porcionó buena parte de la bibliografía revisada para la elaboración del mismo. El presente libro hubiera sido menos documentado y de magras carnes que como ha quedado finalmente de no ser por la diligencia de mi amigo.

Aunque en los pasajes respectivos agradezco a Felipe Gálvez sus comentarios y sugerencias bibliográficas sobre la época de Santa Anna, merece que lo recuerde asimismo en este prólogo. Y bien, estoy en deuda con otro amigo. El capítulo “Nacionalismo y socialismo” redondea argumentos avanzados en otros como son “Nacionalismo y proletariado”, así como “Nacionalismo y tecnócratas”; y ello fue posible en gracia a una visita casual de mi amigo Mario Rivera en la que discutimos el tema, después de lo cual me pareció imprescindible escribir el referido capítulo. Aproveché para ello comentar dos artículos suyos en donde era discutido el nacionalismo revolucionario. Concluido el capítulo “Nacionalismo y proletariado” lo di a leer a mi amigo Andrés Barreda; cuyas observaciones me llevaron a ampliarlo. Si mi argumento logra ser convincente se debe en gran medida a las sugerencias de mi amigo, pues con base en ellas añadí todo el subinciso.

Finalmente, Diana Roldós se encargó de la captura casi íntegra de los capítulos que componen el texto, excepto la crítica a Adolfo Aguilar Zínser, a cargo de Lilia Enríquez, quien también se encargó de imprimir múltiples pasajes para su revisión. Estoy muy agradecido con ambas, especialmente con Diana, pues conforme avanzaba el proceso de elaboración del libro su esfuerzo fue cada vez más constante y entregado.

## PARTE I

ELABORACIÓN HISTORIOGRÁFICA  
DEL SIGNIFICADO SANTA ANNA

## SECCIÓN PRIMERA

LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA  
FRENTE AL DIPUTADO RAMÓN GAMBOA

## PRESENTACIÓN

En ésta, la más extensa sección del presente libro nos ocuparemos de explorar críticamente las líneas generales de la historiografía sobre la guerra del 47 (apartado I) con base en la acusación del diputado Ramón Gamboa (apartado II), así como las semblanzas biográficas sobre el dictador Santa Anna (apartado III). Continuaremos esta reflexión en la parte I del tomo II, en donde mediremos con base en aquella acusación las dificultades que muestran los historiadores para denunciar la traición santánica (apartado I). Finalmente (apartado II también del tomo II), veremos si se sostiene la crítica de Roa Bárcena a la acusación de Gamboa.



## APARTADO A

### EL PROBLEMA Y SU RESPUESTA

#### CAPÍTULO I

### SANTA ANNA PALIDECE EN LAS HISTORIOGRAFÍAS MEXICANA Y NORTEAMERICANA SOBRE LA GUERRA DEL 47

#### 1. HISTORIOGRAFÍAS MEXICANA Y NORTEAMERICANA SOBRE LA GUERRA DEL 47

Comencemos con referencias historiográficas generales con base en un texto de Josefina Zoraida Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*. En los últimos años la autora se ha convertido en una de las historiadoras más importantes del período. Este libro está formado en su mayor parte por una selección de textos sobre la guerra del 47 tanto de autores mexicanos como norteamericanos,<sup>31</sup> precedida por una introducción general al problema hecha por Josefina Z. Vázquez, al modo de una semblanza histórica del período de la guerra México-Estados Unidos.

Nuestra autora señala que hay tres etapas en la historiografía norteamericana sobre el tema:

1. De 1847 a 1851; esto es, recién terminada la guerra.
2. Durante la revolución mexicana de 1911 a 1919.
3. La década de los 60.

De la primera época tenemos una serie de crónicas —especialmente crónicas militares— que atestiguaban el brillo de las armas norteamericanas durante la guerra.

<sup>31</sup> Josefina Zoraida Vázquez completa esta labor comparativa en el libro *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776-1993)*.

No podemos dejar de comentar que estas armas brillaron no sólo por sí mismas sino, sobre todo, por la manera en que intervino Santa Anna en la mayor parte de los combates como jefe del ejército mexicano. Las armas norteamericanas brillaron *apoyadas* en Santa Anna, con un brillo prestado, pues. Evidentemente, para que mejor brillen aquellas armas, los cronistas militares norteamericanos no harán que luzca mucho la participación de Santa Anna. La exposición ulterior nos obligará a concentrarnos cada vez más en el papel jugado por Santa Anna durante la guerra.

Otro conjunto de obras todavía del primer grupo centra la atención en el general Taylor, general en jefe durante la invasión. Esta atención tiene el propósito de enaltecer la figura de este personaje para apoyarlo en su campaña política en Estados Unidos. Aquí tampoco resalta mucho Santa Anna sino que aparece como *fenómeno normalizado*, esto es, no excesivo en cuanto a valor, habilidad y astucia pero tampoco en cuanto a torpeza o traición, etc., pues esto empañaría también a Taylor; más aún, lo ensuciaría.

Otros libros son simplemente de información sobre las nuevas tierras como la Alta California; o bien de “propaganda antimexicana”, como, por ejemplo, el libro de Alen titulado *Mexican teacheries and cruelties*. Estas crueldades mexicanas se refieren sobre todo a la batalla del Álamo, en donde en 1836 Santa Anna perpetró una masacre. Hubo otros enfrentamientos pero éste es el más señalado pues otorga una justificación para hacer la guerra, invadir a México y luego realizar la anexión, etc.

De otro lado, figuran obras de propaganda antiesclavista representadas en especial por *The Biglow Papers*, de Lowell, y que estaban al servicio del grupo más consistente en contra de la guerra en el interior de los Estados Unidos, el de los abolicionistas. Asimismo, tenemos el célebre libro de William Jay y Ariel Livermore, *A review of the causes and consequences of the mexican war*, compuesto sobre todo para probar que esta guerra estaba al servicio de las ambiciones de los esclavistas, y en el que éstos ocupan el primer plano. Por cierto, no Santa Anna.

En el segundo grupo de textos —publicados a partir de 1851— tenemos el libro de Lawson,<sup>32</sup> al cual señala Josefina Zoraida Vázquez como ejemplo de la profesionalización de la historiografía debido a la influencia alemana. Lawson critica a la guerra. Otro autor, Brancroft,<sup>33</sup> con un uso increíble de fuentes, buscó aclarar por primera vez los sucesos de la guerra. Aquí nos importa menos

<sup>32</sup> Cfr. Lawson, *Essay on the Literature of the Mexican War*, 1882.

<sup>33</sup> Cfr. Hubert H. Brancroft, *History of North Mexican States and Texas*, San Francisco, 1884-1889, 2 vols.

la referencia a la historia de la doctrina —esto es de la historiografía y, entonces, la influencia alemana en la historiografía norteamericana— y mucho más la necesidad que sintió Bancroft de, finalmente, llegar a dilucidar el meollo del problema.

Así pues, tal parece que la guerra entre México y Estados Unidos no es un problema claro. Es un problema que innúmeros autores tratan, y siempre con perspectivas contrapuestas; nunca se sabe en verdad en qué consiste la verdad del suceso. Es una verdad muy problemática. Hay demasiados intereses puestos en juego como para resolver fácilmente el asunto. Pero, de otro lado, el asunto de por sí es un asunto enredado, lleno de opacidades, de espejismos. Estos tres ingredientes (asunto *enredado*, lleno de *espejismos* y pensado desde perspectivas políticas e *intereses políticos* opuestos y contrastantes) hay que tomarlos en consideración como constitutivos del fenómeno.

Saltemos las posteriores referencias de Josefina Zoraida Vázquez, sólo aludiendo de pasada al libro *The origins of the war with Mexico. The Polk Stockton Intrigue*, de Glenn W. Price.<sup>34</sup> Price hace una investigación con materiales desconocidos hasta entonces, particularmente los archivos del presidente Polk, jefe del gobierno de Estados Unidos durante la guerra del 47. Price sostiene una postura antibelicista, antiesclavista y crítica respecto de la política exterior norteamericana expansionista, etc. Tendremos ocasión de comentarlo más adelante.

Por otro lado, Josefina Zoraida Vázquez hace una breve reseña de los historiadores mexicanos que trataron el tema. Señala que sin duda los estudios más valiosos se llevaron a cabo en el primer momento, recién terminada la guerra. Con esta intención tenemos los textos reunidos en el libro *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, elaborados por Ramón Alcaraz, José María Iglesias, Manuel Paino e Ignacio Ramírez,<sup>35</sup> liberales moderados, y que según señala Josefina Zoraida Vázquez, “es en nuestra opinión el mejor libro todavía, y no debe extrañarnos su exitosa reedición en 1970”. El estudio más consultado es el de José María Roa Bárcenas, utilizado en profusión en la elaboración de *México a través de los siglos*, de José María Luis Mora. Existen las *Memorias* de Manuel Balbontín, publicadas en 1873 y posteriormente en 1883, y, del mismo Balbontín, *La invasión norteamericana 1846-1847*. Josefina Zoraida Vázquez nos dice de Balbontín que sobre todo estaba encaminado —y aquí cita a Balbontín— a señalar las faltas que produjeron las desgracias.

<sup>34</sup> Publicado por el Fondo de Cultura Económica, México, en 1974 (primera edición en español).

<sup>35</sup> Ramón Alcaraz y otros, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (1848)*.

Me salto otras referencias bibliográficas y concluyo con el resumen que hace Josefina Zoraida Vázquez del muy contrastado panorama historiográfico. Dice:

La historiografía norteamericana del siglo xx ofrecía múltiples posibilidades. [Y añade:] Nos decidimos a incluir [en la antología que prologa ella misma] dos justificaciones de los Estados Unidos: Justin Smith (1919) y Samuel Bemis (1936), y dos revisionistas, o críticos de la guerra, Glenn W. Price (1967) y Gene Brack (1971). Aunque quedan fuera muchas versiones importantes, consideramos que están incluidas las diversas voces liberales, conservadoras, positivistas, expansionistas y revisionistas.

Ante este panorama de intérpretes tan contrastado, no es ocioso observar que en el caso de la historiografía mexicana y aun de la norteamericana se abre paso un síntoma sumamente resaltante, más aún en el caso de la historiografía mexicana, y que consiste en que en la perspectiva de los historiadores se va perdiendo paulatinamente la importancia de la intervención de Santa Anna para la interpretación de los acontecimientos. En efecto, en las primeras obras publicadas recién terminada la guerra es importante el papel que juega Santa Anna en la explicación es sumamente importante, pero poco a poco se diluye.

Así, tenemos un caso extremo, casi cómico, aunque, de otro lado, serio. Se trata de un *comic* sobre la historia de la intervención norteamericana de 1847, de cuyo argumento y guión historiográfico es autor Jorge Cervantes Tomás.<sup>36</sup> Esta interpretación es sumamente aguda, basada en gran cantidad de materiales y en teorías del desarrollo histórico más sofisticadas; es decir, no se trata de una simple crónica ni de una simple narración de acontecimientos, ni simplemente se trata de hacer una reflexión para ver qué tanta culpa tuvimos los mexicanos en los sucesos o por qué nos vino este mal. Se trata de hacer una reconstrucción objetiva y profunda del problema; es decir, que, en general, una interpretación conceptual y estructural del fenómeno histórico. Pero justamente por eso pareciera que la intervención de Santa Anna en tanto elemento presuntamente sólo anecdótico pudiera ser secundaria, por donde el efecto final en esta historia de la invasión norteamericana del 47 consiste en que Santa Anna casi no juega ningún papel. Importan más las condiciones políticas generales del desarrollo del liberalismo en México, del desarrollo del esclavismo y expansionismo norteamericanos, en fin, las líneas de fuerza fundamentales de la guerra. Pero el papel de un sujeto, más de un sujeto tan campechano y tan difícil de agarrar por ningún lado como es Santa Anna, se pierde.

<sup>36</sup> “La invasión norteamericana de 1847. Ahí vienen los del Norte”, en *México, historia de un pueblo*.

Éste es un caso extremo de una tendencia general en la historiografía que se va abriendo paso en todas las historias antes referidas: Santa Anna empieza a ser borrado poco a poco del suceso histórico, no obstante el papel descollante que jugó, así fuera nada más a modo de caudillo, etc.

Lo anterior nos invita, por contraste, a hablar acerca de biografías sobre Santa Anna. Como decía, en las obras sobre la guerra o la invasión norteamericana el papel de Santa Anna poco a poco se deslee, pero este papel se vuelve a recuperar en parte en las biografías sobre Santa Anna.

## 2. SANTA ANNA EN LOS LIBROS SOBRE SANTA ANNA<sup>37</sup>

Dos obras con alto contenido biográfico sobre Santa Anna son las de José C. Valadés, *México, Santa Anna y la guerra de México* (originalmente publicada en 1935 —es decir, en el centenario de la guerra de Texas (1835-1837)—, y reeditada en 1979 y en 1982) y *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos*, que aborda los sucesos de 1846-1847. En ambos libros, pero sobre todo en el primero Valadés intenta —además de explicar los acontecimientos— hacer una defensa de la actuación de Santa Anna.

<sup>37</sup> Fernando Díaz y Díaz (*op. cit.*) ofrece en su introducción (pp. 8 a 11) una noticia —a la cual remito— sobre los principales autores y obras que se han ocupado tanto de Juan Álvarez como de Santa Anna, con breves anotaciones para cada autor y libro. Así, por ejemplo, nos dice que José María Luis Mora es “severo con Santa Anna”, o que Francisco Bulnes y Carlos Pereyra “dejaron un análisis decididamente desfavorable a Santa Anna”, o que el Antonio López de Santa Anna (1937) de Rafael F. Muñoz “se caracteriza por una mayor objetividad en el tratamiento del caudillo, con el apoyo de un mayor acervo documental”. Esto lo dice frente a la obra de José C. Valadés sobre Santa Anna y la de Wilfried H. Callcott, *Santa Anna. The story of an enigma who once was Mexico* (1936); y dice que esa mejoría la “hizo posible la obra del general Juan Gualberto Amaya, *Santa Anna no fue un traidor. “Federalismo y Centralismo”, depuraciones y refutaciones históricas* (1952), etc. Por su parte, el libro de Fernando Díaz y Díaz es excelente, y la comparación y contrastes de caudillos y caciques en la vida nacional ingeniosa e inteligente, no obstante la excesiva parcialidad favorable que muestra hacia Santa Anna, la que, si bien miramos la cosa, arraiga en la estructura misma del proyecto de Fernando Díaz y Díaz, de intentar asimilar la abigarrada historia mexicana y los comportamientos de los referidos personajes con “tipos ideales”, según la metodología weberiana. De tal manera, dada la historia de México, los caudillos se oponen a los caciques y, además, “tenemos que mientras que la actuación de López de Santa Anna es eminentemente nacional, la de Juan Álvarez es netamente regional” (p. 339). Y como la región fue uno de los principales obstáculos para la constitución de un proyecto nacional durante los primeros 60 años del siglo xix en México, tenemos que Santa Anna, el caudillo representativo entonces de lo nacional —y debiendo cumplir con el modelo weberiano—, debe ser patriota. Y así lo presenta, a veces a toda costa, Fernando Díaz y Díaz. En capítulos subsiguientes tendremos oportunidad de discutir puntos discrepantes, así como de exaltar, no sólo en lo general, aportaciones particulares del libro de Díaz y Díaz.

Rafael F. Muñoz escribe *Santa Anna, el hombre que todo lo ganó y todo lo perdió*, publicada en 1937. Biografía excelente de entrada, por lo bien escrita, pues Rafael F. Muñoz es un literato descollante; pero también por la bien equilibrada visión que ofrece de Santa Anna, observando sus pros y contras, al mismo tiempo que su intervención política y militar y la psicología del personaje. Este autor va reconstruyendo la personalidad de Santa Anna jugándose en los distintos acontecimientos. Así pues, éste no es un libro de apología a Santa Anna o de defensa de su actuación sino que intenta ser objetivo.

Todos estos textos los comentaremos con más detalle; ahora solamente damos una semblanza de ellos. Añadamos el libro de José Fuentes Mares, que en su primera edición se tituló *Santa Anna, el hombre*, y en su última edición *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*. Fuentes Mares dice hacer un libro crítico —como todos sus libros, dice—, y en realidad sopesa todas las intervenciones de Santa Anna con base en los documentos históricos que se tienen a mano. Algunas veces lo defiende de ataques de que fuera objeto, otras veces asume que esos ataques son correctos e incluso da nuevos argumentos y ofrece nuevos documentos probatorios al respecto. Así pues, aunque lo defiende —a veces en demasía—, acepta críticas que señalan a Santa Anna como traidor a la patria.

Otro texto específico sobre Santa Anna es el de Agustín Yáñez, *Santa Anna, espectro de una sociedad*, publicado en 1980 pero en realidad originado en la década de los treinta. Desde esa época Yáñez fue perfeccionando su reflexión sobre Santa Anna hasta que tuvo el libro casi terminado poco tiempo antes de morir. El libro intenta ser objetivo y mucho más cargado hacia la crítica a Santa Anna, Yáñez lo defiende en pocas ocasiones y asume como verdaderas la mayor parte de las críticas de fondo.

Acerca de los factores que mueven a María de los Angeles Yáñez de Morfín a publicar el texto de Agustín Yáñez, ella refiere un apunte de su padre y un sueño de aquél —meses antes de morir—. Dice así: “Sueño, sábado 1º de diciembre de 1979. Soñé que con José Antonio Paviles Segura, Felipe P. y María de los Ángeles Yáñez, llegamos al acuerdo de proceder lo antes posible a la edición de *Santa Anna*, y aun me vi moviendo cuadernos. Me impresionó tanto el sueño que desperté y apunté la hora...” Así pues, se trata de un motivo muy importante para Yáñez poco antes de morir. Su hija así lo asume y se aboca a la publicación. Comenzó la revisión del texto —del primer capítulo, introductorio— junto con su padre. Luego de muerto él, ella se encarga de revisar el resto del material para publicarlo en 1980.

Para concluir, hagamos un breve balance de lo visto hasta aquí.

Después de entrever distintas posturas historiográficas, tanto de historiadores norteamericanos como de historiadores mexicanos, acerca del fenómeno — por demás controvertido—, pareciera que la guerra entre Estados Unidos y México prosigue en el campo de la recuperación teórico-histórica del mismo después del campo de batalla.

Sin embargo, en medio de estas posturas contrastadas alcanzamos a observar una tendencia unitaria que se abre paso en medio de las más diversas posiciones políticas e historiográficas y que consiste en que conforme más nos alejamos del momento de los sucesos realmente ocurridos, más va desleyéndose el papel específico jugado por Santa Anna entre los historiadores. Pero si entre los relatores, cronistas o novelistas del suceso va desleyéndose el papel específico jugado por Santa Anna, algo de este papel puede recuperarse apenas en las biografías de Santa Anna cuando éstas abordan el fenómeno en cuanto tal de la guerra México-Estados Unidos.

Ahora bien, la manera en que el papel de Santa Anna se deslee es varia. Por ejemplo, se lo trata cada vez menos en términos cuantitativos, hasta llegar casi a cero. Este es el caso, casi cómico, precisamente del aludido *comic* sobre la invasión norteamericana de 1847, en donde apenas se nombra de pasada a Santa Anna. Pero también puede ser el caso de que en donde aparece centralmente Santa Anna —sobre todo en las biografías—, la disminución del papel del personaje no ocurra a través de un procedimiento cuantitativo sino disuelto en medio de las condiciones generales políticas y económicas prevaletentes a la sazón en México.

Santa Anna aparece como un simple adorno o mero epifenómeno de grandes movimientos de masas o de las condiciones materiales agrestes o miserables que prevalecían en aquel entonces. El papel que juega Santa Anna como sujeto en los acontecimientos parece ser nada específico. Una explicación general de este curioso fenómeno podría aludir a la crítica de México hacia Estados Unidos por perpetrar la invasión y a la justificación norteamericana por llevarla a cabo. Tal parece que el enemigo principal en un caso es Estados Unidos y en el otro es México, de suerte que poner a un individuo como Santa Anna —que juega un papel sumamente ambiguo en los acontecimientos— parece no venir a cuento, o que desviaría el motivo político principal que éste o aquel historiador quiere configurar a través de la narración histórica.

Vista con mayor matiz, la cuestión consiste en que a los mexicanos les parece mejor atribuir la derrota a las condiciones objetivas o a la maldad norteamericana que a un compatriota, y en que los norteamericanos no se inclinan por reconocer que el general de los ejércitos mexicanos les abrió las puertas del país, pues quieren creer mejor en sus méritos propios, etc.

### 3. SANTA ANNA FRENTE AL BATALLÓN DE SAN PATRICIO

He aquí otra razón para soslayar el papel de Santa Anna, esto es, su traición. Royal Ryal Miller escribe “Los san patricios en la guerra de 1847”, relativo a los desertores irlandeses del ejército invasor que se pasaron al lado mexicano por considerar injusta la empresa conquistadora yanqui. En el excelente ensayo de Ryal Miller encontramos referencias a Santa Anna en conexión directa con el batallón de San Patricio como, por ejemplo, que creó el Ejército Liberador del Norte, compuesto por más de 20000 hombres, al que se adscribiera el batallón de irlandeses (p. 355). Estos hombres defendieron el puente de Churubusco heroicamente. Ryal Miller relata este evento (pp. 363 a 365) pero escoge un modo según el cual, sin faltar a la verdad, pudo no aludir a la intervención de Santa Anna —que se negó a auxiliar en la defensa del puente— en los acontecimientos.

¿Por qué esta descripción recortada? Tal parece que al ser los san patricios heroicos desertores del ejército de Estados Unidos glorificados en México, relatar su gesta no es buena ocasión para hablar de que también del lado mexicano hubo traidores, en primer lugar Santa Anna. Este cerrojo es tan eficaz que una novela histórica tan amena y documentadísima sobre los san patricios como la de Jorge Labardini (*Guadalupe O’Hara, el brujo de Churubuso*) no sólo se re tiene de acusar a Santa Anna sino también de revertir la acusación de traición acerca sus tratos secretos con Slidell MacKensie, el enviado de Polk en La Habana (“Santa Anna se encontró a México en pie de guerra y en vez de gestionar la paz, les volteó el chirrión por el palito a los gringos y los dejó esperando en el norte mientras reorganizaba al ejército... Perdón, eso ya lo sabía usted”)<sup>38</sup> El bando mexicano era tan bueno y atractivo, junto con su general en jefe tan audaz, que por eso los san patricios se pasaron a él. La fuerza de la prohibición a criticar a Santa Anna es tanto más sorprendente aquí porque Labardini critica puntualmente al santanismo actual, así como a la actual invasión norteamericana a México configurada como TLC o NAFTA:

Ya entramos, y ya perdimos, en otra guerra que no se llama guerra pero es, igualmente, una nueva forma de conquista: una guerra por la hegemonía comercial, a pretexto de la globalización de los mercados. Una guerra ni caliente ni fría, pero muy perfumada, en la que las potencias industriales, formadas en elegantes bloques económicos, están repartiéndose de nuevo el mundo y anexándose “socios” sin mo-

<sup>38</sup> *Op. cit.*, pág. 156.

lestarse en invadirlos militarmente porque esto puede salir más caro y tener menos posibilidades de recuperación, que la pacífica y bonita invasión comercial.<sup>39</sup>

Y añade con humor e incisiva ironía: “el TLC (O NAFTA) debería haberse firmado simbólicamente en el Castillo de Chapultepec. Y que si no se firmó allí, fue porque no había presupuesto para mudar a otro lado las estatuas de los Niños Héroes.”<sup>40</sup>

Para concentrar todo lo dicho y llevarlo más adelante, invito ahora a que nos ocupemos de la reconstrucción historiográfica que hace Justo Sierra para observar ahí dos problemas. De un lado, ciertas conexiones o afinidades que paradójicamente existen entre la interpretación del patriota mexicano Justo Sierra acerca de la guerra contra Estados Unidos y las afirmaciones de Marx y de Engels sobre México y Estados Unidos, y, de otro lado, la peculiar manera en que aparece la figura de Santa Anna en la interpretación de Justo Sierra.

En efecto, el clima prevaleciente en la ciudad de México y, en general, las condiciones materiales de la república mexicana en ese momento, según las describe Justo Sierra, coinciden con juicios que Marx hace acerca de la coyuntura en sus cartas y artículos periodísticos, algunos de los cuales han sido interpretados erróneamente como antimexicanos o, por lo menos, proyanquis. Es ésta una paradoja adicional del fenómeno.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 279.

<sup>40</sup> *Ibid.*

## CAPÍTULO II

### MARX, ENGELS, JUSTO SIERRA Y LA CRÍTICA DE RAMÓN GAMBOA A SANTA ANNA

En los dos primeros párrafos,<sup>41</sup> Justo Sierra hace referencia a los años 1830-1848, es decir, poco antes de la independencia de Texas hasta la invasión norteamericana.

En los siguientes tres párrafos esboza una semblanza de la situación socio-política imperante en el México de ese entonces, en donde da cuenta del carácter aún fragmentario del sentido de patria o nación imperante en México.<sup>42</sup> Esta semblanza es semejante a la realizada por Marx y Engels. Pero también lo es la afirmación de Justo Sierra de que la anexión de Texas era un “hecho consumado” y que lo que había que hacer era defender el territorio restante.<sup>43</sup>

Más allá del tino que puede tener este argumento y de las posiciones extremistas, Justo Sierra señala que el problema se concentró en los deficientes re-

41 *Cfr.* Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano* (1900), en Josefina Zoraida Vázquez (comp.), *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, pág. 146.

42 “Si el patriotismo ciego e imprevisor, o mejor dicho, si las fracciones en lucha en México no hubiesen convertido en arma política la cuestión de Texas para desprestigiarse mutuamente con el reproche de traidores, grandes males habrían podido evitarse, precisamente explotando las exigencias de los partidos norteamericanos y partiendo del derecho incontrovertible de Texas para separarse, una vez roto el pacto federal. Habríamos salvado la zona entre el Nueces y el Bravo, la California acaso; habríamos obtenido una indemnización superior a la del tratado del 48, y, sobre todo, habríamos sacudido la pesadilla de la guerra con los Estados Unidos, que, desde antes de estallar, con sólo su amenaza había chupado hasta la sangre los recursos de nuestra hacienda, incapacitada de normalizarse.

“No fue así; Santa Anna se valía del espantajo de la guerra, necesaria con Texas y probable con los Estados Unidos, para tener un espectro de ejército hambriento y casi inerte apostado en el Bravo y servirse de él para pedir sin cesar dinero, que sin cesar despilfarraba, y para apremiar los anhelos constantes de la república de Texas en favor de su anexión a los Estados Unidos.” *Ibid.*, pág. 147.

43 “Bien se sabía que el hecho consumado de la anexión no tenía remedio: era ya historia, y había que partir de este punto para llegar a algo que salvase el resto de nuestro amenazado territorio. La presión de la opinión frustraba con su intervención brutal y apasionada las sutiles contemporizaciones de la diplomacia; se necesitaba aquí, no un pueblo enfermo de imaginación, de odio y de miseria sino robusto y dueño de sí mismo, para dejar a nuestros ministros desmenuzarse con notas de cancillería el formidable peligro que nos amenazaba” *Ibid.*, pp. 150-151.

presentantes (Herrera, Valencia, Paredes —quien dio golpe de Estado a Herrera—, Santa Anna, Lucas Alamán —monarquista—<sup>44</sup>) (párrafos 9 a 13).<sup>45</sup>

En otro pasaje apoya esta noción: “Al saber la noticia de los sucesos de mayo de 1846, el presidente de Estados Unidos, Polk dijo con cinismo que la guerra era un hecho” (párrafo 16).<sup>46</sup>

Por cierto, la curiosa figura de Santa Anna (1835 en adelante) resulta semejante a la figura de Napoleón III (1851 en adelante) en tanto que hombre mediocre que por la fuerza de los acontecimientos se convierte en una gran figura. A la manera del Soulouque<sup>47</sup> haitiano, Santa Anna anticipa a Napoleón III.<sup>48</sup>

Ahora bien, es cierto como dice Justo Sierra que “el gobierno mexicano hizo la declaración formal de guerra en junio [de 1846], apoyándola con tanta moderación y cordura en la justicia, que no hubo una sola conciencia honrada en los Estados Unidos y en Europa que no nos concediera la razón.”<sup>49</sup> En efecto, al inicio del artículo “Los movimientos de 1847” Engels parece asumir la existencia de la opinión de que México tuvo razón, pero los hechos fueron más fuertes, y Marx y Engels parten ahora de estos resultados.

En Justo Sierra existe una serie de pasajes que muestran el mosaico de contradicciones que era el México de entonces (cfr. párrafos 19, 20 y 21 del artícu-

44 “Bermúdez de Castro conoció a don Lucas Alamán. El representante diplomático español lo declara abiertamente: «El general Paredes —escribe— tiene por él la mayor deferencia, años hace; le consultó, siguió sus consejos, y a él se encargó que me hablara y en su nombre se entendiera conmigo.» Alamán era a juicio de don Salvador, «un hombre de talento verdaderamente superior». [...] «Con este hombre —agrega don Salvador—, a quien de reputación conocía hace mucho tiempo y cuyas opiniones monárquicas no ignoraba, he estado íntimamente unido y en la más estrecha confianza desde el principio.” (Jaime Delgado, *La monarquía en México*, pág. 46). “Por lo demás, el diplomático español solamente debía hacer una advertencia: «el General Paredes y Alamán desearían que en caso de salir bien el proyecto, fuese S.A. la Serenísima Señora Infanta Doña Luisa Fernanda la que viniese a ocupar el trono: entre otras consideraciones exclusivamente relativas al estado, carácter y circunstancias del país, piensan que como hija del Señor Don Fernando Séptimo, continuaría, volviendo al plan de Iguala, la cadena de legitimidad. La legitimidad y la elección se combinarían dichosamente así.” (*Ibid.*, pág. 59).

45 Justo Sierra, *op. cit.*, pp. 151-153.

46 *Ibid.*, pág. 154.

47 Faustino Soulouque (1782-1867) hijo de un esclavo negro, fue presidente de Haití en 1847 y “proclamado Emperador, por un senado servil, se entregó a toda clase de violencias, hasta que fue destronado”, comenta Aníbal Ponce en su “Bolívar y Marx” (1936) antologado en Oscar Terán y Aníbal Ponce, *¿El marxismo sin nación?*, pp. 224-227.

48 “En el país, espantado al saber nuestras derrotas, rugía la tormenta. La revolución estalló en Guadalajara, esto era fatal, y llamó a Santa Anna, esto era fatal también: era el hombre visible por excelencia; el pueblo tenía en él, en cuanto se alejaba, una vaga confianza de que podía hacer milagros; era el hombre de las crisis, era nuestro deus ex machina, era un salvador que nunca salvó nada.” Justo Sierra, *op. cit.*, pp. 154-155.

49 *Ibid.*, pág. 154.

lo comentado). Ciertamente México aún no era una nación sino un conglomerado coloidal de castas, clases... Citemos un pasaje magistral de Justo Sierra:

Santa Anna desplegó inmensa actividad en San Luis. Pedía dinero sin cesar, y lo tomaba en donde lo hallaba a mano. La tropa que llevaba con las incesantes levas que se hacían en las comarcas cercanas, algunos contingentes de los estados y los restos de la división del norte, llegó a tener de quince a veinte mil hombres... A medida que su ejército crecía sus exigencias tomaban proporciones gigantescas. Bloqueados nuestros puertos; paralizados la mayor parte de los estados; perdidos los del norte, Yucatán amenazado de tremenda catástrofe interior y ajeno casi todavía al patriotismo general, siempre pospuesto al apremiante patriotismo local, separándose de nuevo y neutralizándose para no caer en poder de los americanos; un déficit de siete a ocho millones, la prensa clamando contra el gobierno, que no sabía hacerse con recursos; la población de México armándose y formando batallones de milicianos, adictos unos a los reformistas que gobernaban, y otros, los burgueses, resueltos a impedir las medidas sacrílegas que se proyectaban contra el clero, que bajo la presión del miedo, más quizás que del patriotismo, se deshacía sollozando de pequeñas fracciones de su fortuna. Tal era la situación en lo que de más aparente tenía.<sup>50</sup>

Esta serie de indicaciones de Justo Sierra, por una parte, dan cuenta de las similitudes con posturas de Marx y Engels y, por la otra, dan cuenta del apoyo de Justo Sierra a Santa Anna.

Comienza por caracterizar las pugnas intrapartidistas de la época y censura las constantes exigencias monetarias de Santa Anna pero para arribar al punto en donde éste, desesperado por las críticas de que es objeto, se lanza heroico en busca del enemigo.

Los reformistas sí creían poderse imponer, porque contaban con Santa Anna; y sí creían poder obtener recursos, porque comenzarían a regalar casi los bienes desamortizados y el clero mismo los rescataría. Se dio, pues, el decreto (enero de 1847), los ministros se previnieron a luchar contra los clericales; aquí y allí comenzaron a estallar protestas en forma de pronunciamientos; unas legislaturas apoyaron, otras no, y se negaron a promulgar la ley; las plebes, azuzadas por los frailes de baja estofa, gritaban por las calles de las principales ciudades: “viva la religión y mueran los puros”; la alarma era espantosa. Nadie se presentó a adquirir lo que el gobierno no vendía, era demasiado precaria la oferta para provocar demanda. Y Santa Anna pedía, pedía siempre; llegó a tal grado su exasperación ante los ataques de la prensa que, por un lado, criticaba furiosamente la nueva ley, y por otro, achacaba su inacción al

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 156-157.

general en jefe, que decidió salir al encuentro del ejército americano a través de un espantoso desierto, sin tiendas ni provisiones suficientes, sin haber formado en sus hombres los rudimentos del soldado.<sup>51</sup>

Ahora el desesperado héroe pasa a refulgir como héroe trágico, desesperado, pues a renglón seguido Justo Sierra añade: “Con dieciocho mil hombres desfiló por las interminables estepas de aquel país de la desolación y la sed, rumbo al Saltillo (febrero de 1847), y cuando entró en contacto con el enemigo estaba vencido; había perdido cuatro mil hombres en su batalla de veinte días con el desierto.”<sup>52</sup>

Ya en este contexto, Justo Sierra puede cubrirle la espalda a Santa Anna a propósito de la batalla de la Angostura. Falsea el cuadro por sólo señalar los contrastes que exaltan a Santa Anna o, a lo más, mueven a lástima y simpatía en el infortunio. A renglón seguido identifica a Santa Anna con el miserable soldado mexicano, éste sí digno de exaltación. Citémosle:

El enemigo había escogido un admirable punto de defensa (la Angostura), y en él sostuvo dos asaltos formidables; si hubiese habido un general al frente del ejército mexicano y no un oficial que, aunque muy valiente, era muy vanidoso, inquieto e ignorante, el ataque habría sido concertado y no incoherente y sin plan fijo como fue, y Taylor se habría retirado al Saltillo. El soldado mexicano demostró en esta terrible lucha todas sus cualidades; era un soldado que se batía sin comer, que olvidaba el cansancio combatiendo, que con la pólvora mascaba a un tiempo el entusiasmo y el valor; pero sometido a súbitas depresiones como todos los mal nutridos, a pánicos, como todos los nerviosos, y que cuando pierde la confianza en su oficial o en su jefe, se va, deserta, recuerda que ha sido secuestrado por la leva y educado por la vara, y huye.<sup>53</sup>

A punto y aparte Justo Sierra explicita su idea: “Santa Anna era como él”, esto es, como el soldado mexicano.

He aquí una brillante idea de Justo Sierra: la ecuación entre México y el soldado mexicano y de ambos con Santa Anna; lo que en general es cierto, aunque no en los rasgos específicos de Santa Anna, por demás deleznable. Pero esto que es cierto en general, resulta también falseado por el primer uso que Justo Sierra hizo de esto general: situar a Santa Anna como héroe trágico, y que

<sup>51</sup> *Ibid.*, pág. 160.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pág. 160.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 160-161.

mueve a lástima y a simpatía, “como México”.<sup>54</sup> Por el concepto, por el escenario emotivo de su relato y aun por la modalidad peculiar de su descripción de los acontecimientos, Justo Sierra le cubre las espaldas a Santa Anna. Y en esa operación no puede sino exaltarlo un poco. Pero existe otro modo muy distinto de ver, por ejemplo, la batalla de la Angostura y la retirada de Santa Anna (a fines de febrero de 1847). Pero Justo Sierra todavía defiende a Santa Anna a propósito de la decisiva batalla de Padierna, en la que abandonó al general Valencia a su suerte.<sup>55</sup>

### 1. DÉBILES MEXICANOS Y MALOS GRINGOS

54 “Santa Anna era como él; Santa Anna personificaba todos los defectos mexicanos y algunas de las cualidades: el desprecio personal a la muerte. Deprimido por la lucha, la abandonó antes del momento supremo y retrocedió al desierto, en donde la enfermedad, la desnudez, el hambre y la deserción libraron el postrer combate con aquella columna ensangrentada y famélica bajo un cielo implacable, entre una perpetua tromba de polvo que la quemaba y que la devoró casi. Santa Anna huía de la victoria probable con rumbo a la derrota cierta. Huía hacia México, en donde su poder peligraba y a donde se había hecho preceder, irrisión suprema, por un boletín de victoria; cierto, no lo había vencido el enemigo; se había vencido a sí mismo.

“Era precisamente lo que hacía en esos momentos México. A fines de febrero, por los días en que fracasaba el ejército nacional en la Angostura, la situación, que parecía no poder ser peor, había empeorado: un nuevo ejército norteamericano se había hecho dueño de Tampico, de antemano abandonado, y desembarcado en las costas veracruzanas; el movimiento de penetración cesaba por el norte y comenzaba por el este, mientras nuestro ejército se empeñaba en la aventura desesperada de que acabamos de hablar. Veracruz no tenía para defenderse más que un puñado de hombres; era preciso un nuevo, un supremo esfuerzo para contener al enemigo hasta la llegada del vómito y de un ejército de auxilio. El gobierno, que se esforzaba todavía en vano en ejecutar el decreto de desamortización, vivía en perpetua alarma; los batallones en que preponderaban individuos de las clases acomodadas eran resueltamente contrarios a la reforma: el clero los acariciaba y prometía recursos, y cuando recibieron orden de partir a Veracruz, se concertaron y desobedecieron. La rebelión estalló en forma de una protesta armada contra la permanencia en el poder de Gómez Farías y contra la ley de enero y los legisladores; después de todo se concretó el primer punto. Hubo luchas incesantes en la ciudad, muy poco sangrientas. Como en los batallones rebeldes preponderaban los jóvenes de la clase acomodada a quienes se daba el nombre de polkos, así se llamó la facción, y con este nombre se contrapuso a los puros. Santa Anna, escogido como árbitro entre los contendientes, llegó a México, ocupó la presidencia de la república, y furioso al saber la capitulación de Veracruz, dejó el mando a un presidente interino (el general Anaya), después de derogar la ley, causa de tantos disturbios, y fue a cortar a los invasores el camino de la capital, más allá de Jalapa, en terrenos suyos.” *Ibid.*, pp. 161-162.

55 “El núcleo humano de la defensa era la división de Valencia, que fue a situarse al alcance de los invasores en una mala posición (Padierna). El general en jefe le ordenó abandonarla; el presuntuoso subalterno tergiversó y no obedeció; Santa Anna, a quien probablemente no pesaba la ausencia de Valencia, no se hizo obedecer y le dejó luchar, primero a su vista, y sucumbir al día siguiente sin verlo; la defensa quedaba con la derrota de Padierna absolutamente desorganizada, y los invasores habrían penetrado en la ciudad en pos de los fugitivos, que habían comunicado el desorden a todo el ejército, si la severa defensa del puente y el convento de Churubusco no los detienen heroicamente y los hacen llegar maltrechos a una de las garitas del sur, que los rechazó.” *Ibid.*, pág. 165.

Justo Sierra se basó parcialmente en la postura de Luis Pérez Verdía, autor de uno de los compendios de historia más usados por aquellos años (*Compendio de historia de México*, 1883), y cuya postura es, en parte, similar a la de aquél, pues caracteriza la debilidad del país como no adecuada para enfrentar bien la guerra con Estados Unidos, lo cual condujo necesaria e inevitablemente a la derrota.

Pero, en realidad, este historiador sostiene una postura dual: por un lado, alude a las condiciones del país en el sentido referido, pero, por otro lado, atribuye los sucesos sobre todo a la injusticia de Estados Unidos y su política expansionista.

Muestra a México, ese débil país, como lastre del liderazgo de Santa Anna. Es decir, plantea el asunto al revés, pues más bien ocurrió que las magras fuerzas del país para enfrentarse a Estados Unidos fueron pulverizadas, anuladas, por la acción de Santa Anna. Sin embargo, Pérez Verdía, bajo la apariencia de historia positiva, introduce en su compendio perspectivas *morales* inadecuadas que redundan en desleer los hechos.

En realidad es demostrable que los Estados Unidos ya habían comprado de antemano a Santa Anna. Por eso, por ejemplo, la guardia norteamericana en el puerto de Veracruz le permitió el paso al interior del país a sabiendas del gobierno de Polk de que habría de conducir al ejército.

## 2. EL CENTRO DEL PROBLEMA HISTÓRICO Y LA ACUSACIÓN DEL DIPUTADO GAMBOA

En realidad, el centro del problema histórico, tanto en la guerra con Estados Unidos, como antes ante la independencia de Texas, es el papel jugado por Santa Anna. Y la referencia obligada para observarlo y demostrarlo es un texto escrito en la época. Pertenece a un conjunto de textos publicados por Genaro García en 1910, bajo el título: *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Antonio López de Santa Anna y la guerra de México con Estados Unidos*. Textos raros en 1910, pero también hoy, no sólo raros sino extraños. Ello en dos sentidos: por un lado, es rara la publicación facsimilar, y, por el otro, es extraño que los distintos autores contemporáneos casi no los citen aunque algunos se basen en ellos. El libro contiene dos informes de Santa Anna sobre la guerra de Texas (1835-37) y la guerra de Estados Unidos (1848 y poco después); pero también incluye la impugnación a la antedicha declaración de Antonio López de Santa Anna por parte de Ramón Gamboa, diputado del Congreso a la sazón.

En efecto, casi para finalizar la guerra (1848), Ramón Gamboa acusa a Santa Anna de connivencia con Estados Unidos. Santa Anna comienza a contestar pero diferentes vicisitudes lo demoran y termina su contestación en Jamaica, año y medio después. Es entonces cuando Ramón Gamboa le contesta.

Ni más ni menos, el texto de Gamboa es el centro del asunto, la referencia obligada, aunque, como digo, casi no se le cita o siquiera se lo refiere o recuerda. Por cierto, dicho texto contiene una denuncia puntual de la participación traicionera de Santa Anna en cada una de las batallas.

### 3. GAMBOA DENUNCIA

El diputado Ramón Gamboa concuye su impugnación afirmando que: “Sea cual sea el fallo [del Congreso], yo quedaré tranquilo porque no me arrastra el capricho de anhelo por un triunfo a toda costa.” (p. 335). Y añade que la derrota de México se debió no al ejército ni al pueblo sino al mismo Santa Anna. Así, dice Gamboa:

Me anima, pues, el íntimo convencimiento que tengo de que México si dobló su cerviz al yugo y si puso sus manos y pies para recibir las cadenas del americano, esto no fué debido, como dice el General Santa Anna, á la infamia y cobardía de nuestro Ejército y á la ruindad y vileza del pueblo mexicano, sino a S. E. mismo, que estaba puesto á la cabeza y que gobernó toda la defensa.<sup>56</sup>

#### *a. Resumen de las acusaciones a Santa Anna por Ramón Gamboa*

Después de la conclusión, vale la pena que refiramos el resumen de las acusaciones. El texto de Gamboa tiene 111 páginas y termina en un resumen (páginas 332 a 334). Gamboa critica a “su excelencia” (S. E.) el general Santa Anna por:

1º Su orden de retirada al General Filisola [en la guerra de Texas, en 1835]. [Gamboa sugiere que la traición de Santa Anna inicia desde la guerra de Texas. Más aún, que la traición del 47 tiene sus raíces en la de la guerra de Texas].<sup>57</sup>

<sup>56</sup> *Cfr.* Ramón Gamboa, “Impugnación al informe del Exmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del Señor Diputado D. Ramón Gamboa.— 15 de julio de 1849”, en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, pág. 335.

<sup>57</sup> “Quien haya leído el mensaje que dio Mr. Polk, Presidente de los Estados Unidos [Monitor de 14 de enero de 1847], habrá visto que en un párrafo habla de esta manera, acerca de los convenios hechos por el General Santa Anna: «En el mes de mayo de 1836, Santa Anna, por medio de un

2º Sus convenios público y secreto con el Presidente de Tejas, reconociendo la independencia [de Texas].

3º La carta dirigida el 4 de julio al Presidente de los Estados Unidos.<sup>58</sup>

4º El salvoconducto extendido por Polk para que regresase á la República, sabiendo perfectamente que debería venir á ponerse á la cabeza del Ejército. [En efecto, Santa Anna se encontraba en Cuba y el ejército norteamericano había sitiado Veracruz, pero las tropas norteamericanas que custodiaban la costa permitieron la entrada de Santa Anna].<sup>59</sup>

5º La íntima y constante relación que siguió en la Habana con el Cónsul americano, como fue público en aquella Isla, donde se lo llevaron muy á mal.

6º Haberse encontrado en el mar con los buques bloqueadores, y, conociéndolos éstos, permitirle su arribo á Veracruz.

7º No haber proseguido en la Angostura la acción y dirigirse al Saltillo, que distaba dos leguas y media, sino retirarse haciendo repasar al Ejército el dilatado desierto que quedaba atrás.

tratado con las autoridades tejanas, reconoció en la forma más solemne la plena, entera y perfecta independencia de la República de Tejas. En consecuencia, las hostilidades se suspendieron, y el Ejército que invadió á Tejas bajo su mando, volvió sin ser inquietado á México, en espera de un arreglo.»

“Imposible es, bajo de estos datos, decir que el General Santa Anna no fué el que dispuso la retirada, haciéndose responsable de los futuros e irremediables males que debían sobrevenir; que no faltó á sus deberes y, por último, que no traicionó á la patria, sin embargo de haber hecho cesar la guerra, reconocer la independencia de aquella República, juramentándose no sólo de que no tomaría las armas, sino que regresaría á la República á influir á que jamás se volviesen á tomar contra el pueblo de Tejas ó una parte de él.

“Estos actos, tan nulos como reprobados, son unos hechos indignos y concluyentes de la infidelidad que cometió el Sr. Santa Anna, y ellos son el fundamento de la presunta connivencia que después se le ha atribuido, corroborada con sus procedimientos sospechosos.” *Ibid.*, pp. 212-213.

58 “En la carta que dirigió el Sr. Santa Anna al General Jackson, Presidente de los Estados Unidos, con fecha 4 de julio de 1836, suplicándole le prestara su protección, le dice, entre otras cosas: «La decisión del Gabinete de Tejas y mi convencimiento produjeron los convenios de que adjunto a U. copias y las órdenes que dicté á mi segundo, el General Filisola, para que, con el resto del Ejército mexicano, se retirara desde este Río de los Brazos, en que se hallaba, hasta el otro del Río Bravo del Norte. Me parece, pues, que U. es quien puede hacer tanto bien á la humanidad, interponiendo sus altos respetos para que se lleven al cabo los citados convenios, que por mi parte serán cumplidos exactamente.»” *Ibid.*, pág. 212. Así que Santa Anna comienza mostrándose miedoso y sometido, y concluye la carta, como un individuo perfectamente abyecto, por “bien de la humanidad”.

59 “Será imposible niegue S. E. el hecho del salvo conducto, después de que lo hemos visto impreso y que en las sesiones del Congreso de Washington consta que aquella asamblea requirió al Gobierno para que informase cómo o por qué había permitido al general Santa Anna su regreso, y que el Presidente dirigió sobre esto un mensaje á la Cámara, en el que dijo claramente «que era cierto que había permitido al General Santa Anna volver á México, y que esto lo había hecho porque así convenía á los intereses de los Estados Unidos.» Para convenir á estos intereses, era necesario que fuera perjudicial a México la entrada del Sr. Santa Anna.” *Ibid.*, pp. 216-217.

- 8° Haberse dejado franquear en el inexpugnable punto de Cerro Gordo.
- 9° No haber defendido la ciudad de Puebla contra 4,000 invasores que la atacaban.
- 10° No fortificar las superiores posiciones del camino de Puebla á México y ni los desfiladeros de Tezompa, Nativitas y Santa Cruz.
- 11° No atacar á los enemigos en estos senderos estrechísimos y pedregosos. Lo que les dejó el paso libre hasta la capital, a la que llegaron frescos porque nadie les presentó combate en el trayecto desde Puebla.
- 12° Dejar entrar en Tlálpam la División del General Worth, que no tenía tres mil hombres, cuando su S. E. estaba á la vista y tenía fuerzas competentes.
- 13° No auxiliar al General Valencia en Padierna.
- 14° No mandar que ese día entrase la caballería en Tlálpam y se apoderase de cuanto allí había.
- 15° No auxiliar la defensa del puente de Churubusco.
- 16° Conceder un armisticio que concedió [volvió] la vida á los americanos. [Permitiendo así que se rehicieran para proseguir los combates en la capital hasta tomarla.]
- 17° No auxiliar al Sr. Bravo en Chapultepec.
- 18° No hacer lo mismo con el Sr. Terrés en la garita de Belén.
- 19° Abandonar a México en la noche del 13 [de septiembre], sin haberlo defendido más que unas cuantas horas, y siendo así que tenía [el] doble [de] Ejército que el enemigo.
- 20° Dar por pretexto para ello la falta de parque y de municiones.
- 21° No favorecer al pueblo de México en los días 14, 15 y 16 de septiembre. [En estos días ocurre la defensa popular en contra de la dominación estadounidense. Las gestas de la lucha popular<sup>60</sup> a que dio lugar esta falla de Santa Anna forma parte, sincopadamente, de la producción de héroes desesperados que promueve el método de Santa Anna]
- 22° Dejar la artillería en Huamantla, de manera que, si el pueblo no la salva, se pierde.
- 23° No haber tomado eficaces providencias para que la caballería cargase alguna vez sobre la retaguardia del enemigo, particularmente cuando dejaron sus campamentos casi solos para venir á atacar á México.
- 24° Haberse dejado batir siempre en *detaill*, no aprovechando nunca las coyunturas favorables. [Esta aseveración significa que Santa Anna tuvo un ejército siempre más numeroso que los norteamericanos y sin embargo fue derrotado. Esto se explica porque combate tras combate usa una parte del ejército, dejándose vencer en cada ocasión; mientras que, por otro lado, no utiliza coyunturas favorables apoyando a sus

60 Cfr. María Gayón Córdova, 1847-1848. *La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México.*

oficiales en los combates parciales. Tal es el caso de los generales Valencia en Padierna; Bravo en Chapultepec; Terrés en la garita de Belén, etc.]

Ramón Gamboa concluye su resumen recordando: “Finalmente, los artículos estampados con un año de anticipación en periódicos extranjeros, que advierten esta colusión y pronosticaban lo que había de suceder y luego vimos realizado.”<sup>61</sup>

*b. El método militar del señor Santa Anna*

Ahora bien, anterior al pasaje de críticas o, si se quiere, de evidencias, se nos expone el “método del señor Santa Anna” (p. 332). Lo cito:

Desde que Napoleón admiró al orbe con sus asombrosas hazañas [lo cual es particularmente importante porque Santa Anna era admirador de Napoleón] manifestó que su programa en la guerra, y el secreto recurso que lo había coronado de laureles, consistía en atacar siempre con superioridad numérica respecto del puesto contra el cual se dirigía, y de esta manera sucedió que con fuerzas mucho menores derrotó en *detaill* a ejércitos de doble pujanza. El señor Santa Anna aplicó la regla en contra de nosotros, pues teniendo doble número de combatientes que los americanos, dejó que nos fueran venciendo en Padierna, Churubusco, Chapultepec y demás puntos; y cuando sus fuerzas atacaron de un golpe, como sucedió en la Angostura, y dejaron sin acción ni movimiento á los contrarios, no caminó adelante, y, por consiguiente, ninguna ventaja conseguimos.<sup>62</sup>

Esta acusación es importante pues sugiere que esas distintas derrotas no fueron casuales sino que ocurrieron con base en un método seguido en todas las batallas desde que llega Santa Anna hasta que se va. En efecto, Santa Anna conoce la *regla* para vencer; pierde no por casualidad sino siguiendo la regla inversa, la que propicia la derrota.

En el curso de la acusación completa de Gamboa se entrevé la sugerencia de que existe un sustrato básico, una especie de plan premeditado de Santa Anna. Esto le es criticado al diputado Gamboa por algunos biógrafos de Santa Anna.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 332-334.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pág. 332. Resulta interesante hacer notar que Justo Sierra (op. cit.) retoma el señalamiento de Gamboa —sin decirlo—, para explicar cómo fue que el ejército norteamericano triunfó, y atribuye a Scott y Taylor la habilidad napoleónica sin que Santa Anna tenga nada que ver. Sólo es un soldado valiente pero ignorante, etc. Cito a Justo Sierra: “La superioridad táctica de los oficiales norteamericanos resulta del hecho de haber en toda la campaña del valle logrado batirnos en detalle, siempre con fuerzas superiores; Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec demuestran este aserto.” *Op. cit.*, pág. 165. Véase más adelante el capítulo sobre Heriberto Frías en el tomo ii de la presente obra.

Pienso que esta idea de Ramón Gamboa se sostiene difícilmente. Pero, si bien no hay un plan general sí que hay un *método general*. Santa Anna va cambiando de planes a medida que avanza. No hay un plan global pero sí un método general para perder las batallas.

Al respecto cabe dar cuenta de la conexión entre la guerra de Texas de (1835-1837) y la guerra con Estados Unidos (1846-1847). En ambos avatares es destacada la participación de Santa Anna, con 12 años de distancia en los que él ha entrado y salido del país. Existe un ingrediente que les da unidad. Y no es un plan general, pues sus planes han ido cambiando según el clima y oportunidades de la política nacional en acuerdo a la cual Santa Anna modifica su relación con Estados Unidos. Pues bien, el gozne unificador es la actitud psicológica que mantiene Santa Anna *después* de la derrota de Texas y que habrá de funcionar como elemento inconsciente en sus posteriores intervenciones. No me refiero al carácter general de Santa Anna sino a este rasgo particular de su carácter —con un ego sumamente inflado, muy gustoso de poder, etc.— que se desarrolló a partir de su derrota y encarcelamiento en Texas. Ya profundizaremos al respecto.

Para redondear lo dicho, cabe señalar que si bien hay ingredientes socioeconómicos que hablan de la necesidad de que acaecieran los sucesos históricos, existen ingredientes que no eran necesarios pero que determinaron el *modo* en que se dieron dichos sucesos. Así pues, hay un elemento necesario, geopolítico; el desarrollo del capitalismo entre diferentes pueblos, cuya relación indica o promueve cierta tendencia histórica (expansionismo norteamericano, atraso mexicano, etc.). Pero también es cierto que Santa Anna jugó un papel decisivo en el acaecer de los hechos sobre todo por su labor a favor de la derrota mexicana.

En fin, el ingrediente muy importante que especifica las particulares vicisitudes de la guerra fue Santa Anna, el arma secreta de Polk. Este señalamiento es decisivo para matizar las afirmaciones de Marx y Engels sobre los sucesos mexicanos. Como contraste final, antes de entrar a la matización para la que Santa Anna es la pieza clave, citemos la magistral descripción que Justo Sierra hace de la situación mexicana, coincidente con la perspectiva de Marx y Engels tanto respecto de la relación México-Estados Unidos como respecto de aquello de que, según éstos, dadas las circunstancias, la anexión de Texas al territorio de Estados Unidos era lo mejor para el desarrollo de México, no sólo del capital norteamericano y de la humanidad. En primer lugar, a propósito del estado de ánimo y la opinión prevaleciente entre la “gente pensadora” en vísperas de la defensa de la capital:

El resultado era seguro, imposible de aniquilar al ejército invasor, que podía aumentarse sin cesar por el oriente y por el norte. Y luego, ¿qué significaba la pérdida de tierras que no habían sido nuestras sino de nombre: Texas, la California? Tal vez sería una ventaja; reducirse era condensarse, era adquirir mayor cohesión, mayor fuerza. El pueblo no; el pueblo creía que era indefectible vencer a los yankees; nunca el pueblo tuvo miedo al invasor; el terror vago que inspira a las masas una sucesión de reveses, no existía en este caso: “No eran los yankees los que habían ganado, eran los mexicanos los que se habían derrotado a sí mismos, con sus discordias, sus desobediencias, sus torpezas; un esfuerzo, un poco de unión y aquel puñado de intrusos desaparecería”. Esto pensaba el pueblo con odio y con desprecio; era la incompatibilidad de razas, de costumbres, de idioma, de religión, la que hablaba así dentro del sentimiento popular. Reconocer lo que había de admirable, valor y entereza en aquel puñado de intrusos, que, calculando la superioridad de su armamento y su cohesión sobre la impericia de los jefes mexicanos y las divisiones debilitantes de las luchas civiles, penetraban arrollándolo todo a su paso hasta el corazón del país, que si de veras se hubiera levantado en armas, apenas habría dejado el polvo de los invasores mezclado al del suelo profanado de la patria; reconocer esas verdades innegables, eso no, eso nunca.<sup>63</sup>

El reconocimiento de tales “verdades innegables” es lo que encontramos en los escritos de Marx y Engels sobre el asunto. Cabe decirlo a la “gente pensadora” actual.

Podemos complementar la cita anterior con los señalamientos de Justo Sierra en relación a la firma de los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo:

Sólo quien ignore cuál era la situación de anarquía del país, las tendencias al desmembramiento, ya claras en diversos Estados, la facilidad con que gran parte de la sociedad aceptaba la tutela americana por cansancio de desorden y ruina, las ideas de anexión que surgían en grupos compuestos de gente ilustrada, la actitud de la gente indígena, fácilmente explotable por los invasores; sólo quien todo esto ignore o lo ponga en olvido, puede condenar la obra de Peña y Peña y sus insignes colaboradores: un combate más, que habría sido un nuevo desastre y una humillación nueva, y una parte de Chihuahua, Sonora y Coahuila se habrían perdido; el principio de que no se puede ceder el territorio en ningún caso es absurdo, y jamás ha podido sostenerlo una nación invadida y vencida; el verdadero principio es este otro: bajo el imperio de una necesidad suprema, puede y debe una nación ceder parte de su territorio para salvar el resto. [...] [Además,] no se dejó a los americanos nada que no tuvieran ya, y sí se obtuvo la devolución de mucho que creían haber ocupado definitivamente;

63 *Ibid.*, pp. 163-164.

se trataba de una indemnización de guerra, tan necesaria, que sin ella el gobierno no habría podido sostenerse.”<sup>64</sup>

Estos resultados históricos son los que Marx y Engels tuvieron frente a sí, y son los que refieren. Ni más ni menos que al modo del patriota Justo Sierra. Sin embargo, los resultados no son simples consecuencias de las premisas geopolíticas sino que fue Santa Anna quien los forjó. Por no observar este hecho es deficiente —que no antimexicana, etc.— la caracterización hecha por Marx y Engels, así como la de Justo Sierra. No obstante, éste sabía —como no aquellos— de las fuertes críticas de que había sido objeto Santa Anna, pero las silenció. Por cierto, Marx deplora las huídas de Santa Anna; jamás lo justifica.

<sup>64</sup> *Ibid.*, pp. 167-169.

## CAPÍTULO III

TODO SE DISUELVE EN LAS CONDICIONES OBJETIVAS  
Y EL CLIMA CULTURAL

En la historia el factor individual no puede ser limitado porque no sólo héroes y genios hacen la historia, sino también, por desgracia, tiranos, imbéciles, fanáticos y criminales.

Alfonso Teja Zabre<sup>65</sup>

## 1. ENTREGUISMO SIN PLAN PREESTABLECIDO (AD RAMÓN GAMBOA)

Como hemos visto, respecto al papel jugado por Santa Anna en la guerra con Estados Unidos. La obligada referencia obligada es la documentada acusación de traición que presentó el diputado Ramón Gamboa en el Congreso —por entonces sesionando en la ciudad de Querétaro, pues la ciudad de México estaba tomada por los norteamericanos—. Ya mencionamos las 24 acusaciones formuladas por Gamboa, los motivos que lo llevaban a opinar de manera distinta que Santa Anna respecto de porqué se perdió la guerra y según los cuales Santa Anna quedaba situado como promotor de esta derrota. Vimos también el método que, según Gamboa, siguió Santa Anna en el curso de los acontecimientos; es decir, que una derrota tras otra no eran simple ni llanamente producto del azar o de las condiciones sino, en primer lugar, de una acción concertada y, en segundo lugar, de una acción metódica. Cada derrota no es resultado de una acción aislada cada vez sino de una cierta línea metódica.

<sup>65</sup> Alfonso Teja Zabre, “Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México”, en Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, pág. 452.

Así pues, aun si no hubiera un *plan* preestablecido<sup>66</sup> reconocemos un *método* en el curso de la intervención de Santa Anna en los acontecimientos. Habiendo un método, bien puede haber varios planes —cambiantes según la oportunidad— que Santa Anna va objetivando y que, sin embargo, llegan de principio a fin hasta la consecución de un cometido quizá a momentos querido por Santa Anna, quizá en otros momentos no. El resultado final así configurado —por ejemplo, bajo la figura del tratado de paz con Estados Unidos en Guadalupe Hidalgo, con la cantidad de territorio que se cede y con la cantidad de dinero que se recibe por ese territorio, etc.— quizá no es finalidad de Santa Anna, pero sí el que en distintas ocasiones favorezca a las armas norteamericanas frente a las armas mexicanas. En fin, el método entrevisto por Gamboa sí parece sustentado en los hechos

## 2. LÍNEA NORMAL DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA EN TORNO A SANTA ANNA Y LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS

Antes de que sigamos adelante exponiendo algunas opiniones de Gamboa y las distintas perspectivas con que diversos biógrafos observan a Santa Anna, vale la pena observar el modo en que la historiografía mexicana ha abordado el asunto. Ya aludimos a esta manera en términos generales, así que ahora vamos a referir a uno de los primeros historiadores del fenómeno y a uno de los últimos para que, entre uno y otro, se observen los *límites dentro de los cuales se está moviendo la historiografía mexicana*, es decir lo que podríamos llamar “la línea normal”, en torno a la cual gira esta historiografía.

En primer lugar, tenemos al historiador Luis Pérez Verdía, autor del *Compendio de historia de México* publicado en 1883. En esta obra se basó Justo Sierra para elaborar su *Evolución política del pueblo mexicano*, de 1900.

La postura de Luis Pérez Verdía respecto de la guerra es dual. Por un lado, es similar a la de Justo Sierra según que ofrece como causa fundamental para la pérdida de territorio las condiciones económicas y políticas que prevalecían en

<sup>66</sup> José Fuentes Mares, en su monografía sobre Santa Anna incluida en su obra titulada *Biografía de una Nación* (1982), cree sustentable la idea de la existencia de un plan así. Dice: “El ministro español, Bermúdez de Castro, las noticiaba a su gobierno el 2 de marzo de 1847: «El plan de campaña es de lo más a propósito para infundir sospechas —decía—, pues tras permanecer cinco meses en San Luis se adelanta al encuentro de la división americana cuando el enemigo concentraba sus fuerzas en Tampico y en la isla de los Lobos, para apoderarse de Tuxpan y Veracruz, dirigiéndose en seguida sobre México. En el momento de necesitar defensa la capital, se alejaban las tropas: cuando los invasores iban a operar en el sur, el ejército mexicano emprendía la marcha al norte.» Pág. 150.

México, las cuales pudo aprovechar Estados Unidos. De otro lado —en esto insiste mucho más Pérez Verdía que Justo Sierra—, se trata fundamentalmente de una injusticia cometida por Estados Unidos en su afán expansionista. Es sobre todo este segundo motivo el que ocupa su exposición. Pero vale la pena observar el pasaje en donde tiene lugar el primer motivo, es decir, la manera en que coincide con Justo Sierra.

Dice Luis Pérez Verdía:

No podían ser peores las condiciones del país para proveer a su defensa contra el extranjero; hay que decirlo con dolor: gobiernos inestables, completa penuria, un ejército desmoralizado y corrompido, sin organización y disciplina y sin un solo jefe capaz [ahí debe incluirse a Santa Anna], los partidos políticos efervescentes e implacables, el clero egoísta y el pueblo frío. Circunstancias funestas que originaron necesariamente la catástrofe”.<sup>67</sup>

Ésta sería la frase que resume la postura de Luis Pérez Verdía. Así, enseña “a la nación que el *patriotismo* debe ser la primera virtud de todo pueblo que quiera vivir y ser respetado.”<sup>68</sup>

En todo caso, en esta postura dual —injusticia expansionista de Estados Unidos y circunstancias funestas que prevalecían en México y que originaron necesariamente la catástrofe— el papel de Santa Anna no aparece en realidad; sólo movimientos objetivos. De un lado, tenemos al objeto México —las “circunstancias funestas”— y, de otro lado, tenemos un sujeto malvado, Estados Unidos. En México no hay que buscar sujetos sino, más bien, hay que atribuir la responsabilidad a la *objetividad*. De haber algún sujeto responsable habría que adscribirlo a Estados Unidos, pero como *sujeto malo*.

Esta repartición del bien y del mal para el lado del objeto y para el lado del sujeto, respectivamente, prescinde, sin embargo, del papel específico de otros sujetos mexicanos. En particular Santa Anna aparece aludido genéricamente dentro de los “jefes incapaces”, mismos que, de alguna manera, se disuelven en tanto sujetos en el interior de las “condiciones funestas”, la penuria, los gobiernos inestables, la desmoralización y la corrupción, etc.

Por otro lado, en 1977, Josefina Zoraida Vázquez, en *Mexicanos y Norteamericanos ante la guerra del 47*, dice:

A pesar de la popularidad de la guerra, el país no iba a poder organizar la defensa, y la carencia de elementos era tal que iba a inutilizar el liderazgo dinámico que sin duda

<sup>67</sup> Citado en Josefina Zoraida Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, pág. 145.

<sup>68</sup> *Ibid.*

representó Santa Anna, a su vuelta del exilio (14 de septiembre de 1846). Los norteamericanos que bloqueaban nuestra costa, dejaron pasar al inquieto Santa Anna, seguros de poder comprar su cooperación, supuesto en el que parecen haber errado.<sup>69</sup>

Este “parecen haber errado”, por cuenta de un historiador, es muy curioso. La autora debería tener pruebas en favor o en contra, no en favor del “parecen”. Las pruebas en favor del “parecen” significa que no tiene pruebas. Entonces, no puede sostener eso. Parece que sí como parece que no; todo queda indeciso. Aunque esto no obsta para que la historiadora decida indicar que hay un “lideraje dinámico de Santa Anna”.

Ahora bien, aquí vemos a un sujeto, el sujeto Santa Anna, que presenta un “lideraje dinámico” en medio de los acontecimientos; sin embargo, en el mismo momento el sujeto queda absorbido por el conjunto objetivo como dentro de un magma porque este “lideraje dinámico” fue “inutilizado” —dice nuestra autora— por la carencia de elementos que pesaba sobre el país. De esta manera, tenemos, otra vez, que en el momento mismo en que brota la cabeza del sujeto, éste es disuelto en la objetividad y, así, queda evitada toda responsabilidad del mismo en los acontecimientos, o bien aparece explícitamente el sujeto pero para inmediatamente borrarlo. De esta doble tijera no parece salvarse la tradición historiográfica mexicana sobre el fenómeno.

En esta peculiar miopía que recorre a toda la historiografía mexicana pareciera actualizarse una expresión general de las condiciones materiales de México aún hoy vigentes y de la magra conciencia nacional que prevalecía en el momento de la invasión norteamericana. Se trata de una expresión política cultural que ha sido decisiva para el curso de los acontecimientos en 150 años.

En realidad —según el comentario erudito de Felipe Gálvez<sup>70</sup>—, es sólo después de consumada la conquista de México por Estados Unidos, y una vez perdido el inmenso territorio del norte del país, que se inicia una corriente de opinión que busca establecer una Junta de Signos Patrióticos (1847), lo que culmina en 1855 en un movimiento de conciencia patriótica relacionado con

<sup>69</sup> *Ibid.*, pág. 23. La erudita historiadora coordinó el número 186 de la revista de El Colegio de México, *Historia mexicana*, dedicado a “La guerra de 1847” (volumen XLVII, octubre-diciembre de 1997, número 2). Este número conmemorativo, no obstante los valiosos ensayos que lo componen, adolece de una cuasiausencia de Santa Anna en sus páginas.

<sup>70</sup> Me expresó verbalmente lo que refiero Felipe Gálvez Cancino, tataranieta de Francisco Zarco e investigador de temas históricos nacionales. Él es autor del libro *Los felices del alba. La primera década de la radiodifusión mexicana. 1921-1930* y ha sido coautor de *Diez años en el tiempo*, así como de *México a través de los informes presidenciales. Las comunicaciones*; ha sido antologista de *Spota, reportero negro* y de la obra de Octavio Paz Solórzano en un libro titulado *Hoguera que fue*, entre otros.

Don Luis De la Rosa, firmante del Tratado de Guadalupe Hidalgo, y con el diputado Gamboa, en el que Francisco Elorriaga —candidato contrincante de Santa Anna— y el padre de Francisco Zarco —recién retornado del destierro (1853)— descuellan al lado de escritores, periodistas y militares. Francisco Elorriaga era jefe de la zona militar del estado de México. Estos hombres llevan a la Cámara de Diputados la iniciativa para recuperar las gestas históricas de 1810 y promover el ritual del grito de independencia del 16 de septiembre.<sup>71</sup> La idea de Patria es en México, por su origen, cicatriz del cercenamiento del país operado por Estados Unidos.

En 1847 los conservadores cantaban el himno de Santa Anna y los liberales la canción de “Los cangrejos”. Mientras que la invasión francesa de 1862 es recibida con un flamante himno nacional. Los norteamericanos encontraron a su paso un país sin idea de patria y, simultáneamente, imbuido de romanticismo.

Felipe Gálvez recomienda, para tomarle el pulso al romanticismo y a las costumbres de la época, la novela *Julia*, de Manuel Martínez de Castro, así como el *Fistol del diablo*, de Manuel Payno.<sup>72</sup> Ni qué decir de la más célebre novela de este último, a propósito de la cual comenta lo siguiente Enrique González Pedrero:

El abigarrado escenario de la época de Santa Anna reflejó la imagen de su desordenada confusión en el espejo de la novela más notable del siglo XIX: *Los bandidos de Río Frío*,<sup>1</sup> de Manuel Payno, una narración que “da de México una imagen amarga, la de un país gobernado por bandidos y bribones..., la imagen de un país donde el crimen y la corrupción invaden todos los niveles de la sociedad. [David Brading]” Aunque aparece por allí un presidente cuyo nombre nunca llega a mencionarse, que propicia la conducta “chueca” del bandido Evaristo, del leguleyo Bedoya y del coronel Relumbrón, no es difícil descubrir en los tres personajes rasgos del mismísimo Santa Anna. Quizás, después de todo, sea Relumbrón la más próxima “transposición” de Santa Anna: edecán del presidente en la novela, se vale de su cargo para abrir un garito, siendo él mismo un jugador inveterado, y para armar una red delictuosa, todo ello siendo amado por las mujeres y manteniendo una fachada irreprochable. Una relectura de Payno puede convenir para descender a la dimensión de farsa que le dio Santa Anna a la política y, en consecuencia, a la historia de su época.”<sup>1</sup>

<sup>71</sup> Por cierto, se hizo costumbre dar “el grito” la noche del 15 y no el 16 de septiembre, debido a que Porfirio Díaz nació el 15 de septiembre, festejándose al unísono su natalicio y el grito de Independencia.

<sup>72</sup> Cfr. Rafael Martínez Castro, *Julia. Novela histórica y de costumbres*, Nabor Chávez, México, 1874-1875 y Manuel Payno, *El fistol del diablo*.

Sin embargo, ni Santa Anna es todos los mexicanos ni éstos son Santa Anna ni éste se reduce a las condiciones materiales y morales del país, aunque las expresa.



## CAPÍTULO IV

### SOBRE SANTA ANNA COMO SUJETO

Santa Anna es el genio malo del destino mexicano. Ningún otro carácter en este período turbulento y caótico encarnó en su propia persona tanta maldad y tanto atractivo. Ninguna descripción de Santa Anna hecha en términos ordinarios tiene sentido. Su prestigio sobre los mexicanos tiene visos de irreal. Sus dotes personales eran las de un ventrílocuo o ilusionista, y su poder sobre sus compatriotas tenía en sí algo de patológico. Comenzó su carrera traicionando a Iturbide y convirtió la traición en un refinado arte político. Pero nada de cuanto hizo parecía suficientemente degradante para privarle de los cargos públicos, que detentó en forma permanente. Era vacío, ampuloso, sin principios, florido y lleno de ostentación. Se vestía con uniformes abigarrados, se condecoraba con antorchados, estrellas y listones; se otorgó a sí mismo innumerables títulos como el de “Salvador” y “Padre de la Patria”. Era sentimental, cruel, voluptuoso y sin escrúpulos, pero pintoresco y encantador. Erigió monumentos a su propia persona, a expensas del erario público; cuando su pierna, arrebatada por la bala de un cañón francés, se llevó a México para ser enterrada en la capital, la ciudad entera rindió homenaje a algo que parecía haberse convertido en una sagrada reliquia, mientras Santa Anna, lleno de antorchados, asistía a la escena desde su sillón presidencial, como si se tratara de un suceso de la más grave importancia nacional. En otro giro de la rueda, la pierna fue exhumada por la chusma y arrastrada por las calles.

Este hombre, el principal arquitecto de la desmembración de México, por la pérdida de Texas y la derrota del ejército mexicano durante la guerra con los Estados Unidos, aún después de estos dos desastres nacionales continuó siendo requerido para ocupar altos cargos públicos, y siguió desempeñando su papel de demagogo y de tirano.

Frank Tannenbaum<sup>73</sup>

<sup>73</sup> Citado por Enrique González Pedrero, *op. cit.*, pág. XIII. De la extensa bibliografía sobre México y América Latina del periodista, historiador y sociólogo austriaco Frank Tannenbaum, que

1. SANTA ANNA ES SUJETO HISTÓRICO  
EN LA CRÍTICA QUE LE HACE RAMÓN GAMBOA

Sigámosle la pista de nueva cuenta a la acusación crítica de Ramón Gamboa contra Santa Anna. En ésta sí observamos a Santa Anna como sujeto principal de los acontecimientos. Puede que Gamboa tenga o no razón en su acusación. Sin embargo, lo único que ahora interesa observar es que sólo en su descripción Santa Anna juega un papel específico. En el resto de descripciones Santa Anna puede ser sustituido por otro nombre y no pasa nada.

Desafortunadamente, el papel que juega Santa Anna en la descripción acusatoria de Gamboa es de traidor a la patria. Esto quiere decir, en otros términos, que no fue por circunstancias funestas —aunque las había— que México pierde la guerra, sino que hubo la intervención decisiva para ello de un sujeto muy principal que no fue el ejército mexicano ni el norteamericano, que no fue el pueblo mexicano, que no fue éste o aquel general, sino el general en jefe: Santa Anna. Si no hubiera sido por este sujeto muy principal los otros jefes militares —con todo y sus graves deficiencias—, el Ejército —con todo y su mala formación y a veces su falta de avituallamiento, etc.— e incluso el pueblo mexicano —como un pueblo que no tenía una clara conciencia de nación—, no hubieran perdido la guerra. Si la perdieron fue por la intervención personal, directa y original de Santa Anna. En medio de estas “condiciones funestas” Santa Anna movió la palanca que posibilitaba que ni el pueblo ni el ejército ni los jefes militares pudieran sobreponerse a las dos fuerzas que enfrentaban: una visible, el ejército norteamericano, y otra invisible, Santa Anna.

Así pues, aquí aparece un papel preciso que no se disuelve en la objetividad de las condiciones generales. Las condiciones generales evidentemente tienen el papel más importante en todo suceso histórico, pero su *especificación*, su *cómo*, con pelos y señales, ése lo establecen los sujetos. Posiblemente diez años después México hubiera perdido ese territorio o uno similar, pero quizá no de esa manera. Las cosas hubieran sido de otro modo; quizá incluso no se hubiera perdido el territorio, lo cual hubiera propiciado un derrotero histórico completamente distinto al actual.

Efectivamente, existían potentes elementos geopolíticos, culturales, económicos, políticos, etc., que posibilitaban o definían las cosas, que prefiguraban la

viviera en México entre 1922 y 1945, podemos citar por los comentarios que acerca de nuestro tema contienen: *Peace by revolution: an interpretation of Mexico* así como *The mexican agrarian revolution*.

posibilidad de que Estados Unidos se expandiera territorialmente y fuera precisamente México quien perdiera ese territorio.

Esta última consideración es una de las constantes en todos los historiadores que abordan sin prejuicios el tema; es la primera tesis que resalta también en los escritos de Marx y Engels sobre este asunto. Pero más allá de esta generalidad de que las cosas pudieran haber sido de este modo, queda el hecho de que fueron de éste porque hubo un sujeto que tuvo una participación específica como conformador plástico del conjunto de fenómenos.

Es importante insistir en que, en realidad, en el conjunto de los estudios sobre aquellos acontecimientos históricos, la acusación de Gamboa en contra de Santa Anna es el único lugar en donde vamos a encontrar la descripción de un sujeto. Ahora bien, no solamente en la versión de Gamboa sobre Santa Anna éste aparece como sujeto mientras que en otras no, sino que en éstas no sólo no aparece Santa Anna como sujeto sino que tampoco *otros* sujetos aparecen como sujetos sino igualmente disueltos en los acontecimientos.

## 2. EN GLENN W. PRICE SANTA ANNA NO ES SUJETO HISTÓRICO

Por ejemplo, en la historia de Glenn W. Price, *Los orígenes de la guerra en México*, publicada en 1967 y que se subtitula “La intriga Polk-Stockton”, lo de “La intriga Polk-Stockton” sugiere que aquí aparecen dos sujetos de los orígenes de la guerra con México (Polk y Stockton). Éstos llevan a cabo una intriga a partir de la cual no se puede decir que Estados Unidos simplemente invadió porque tuvo que invadir; más bien, se intrigó para poder suscitar la guerra y luego la invasión de México.

Ahora bien, esto no significa que estuviera garantizada la victoria. Estos personajes apenas son sujetos parciales que conforman parte del fenómeno pero no llevan a cabo el *redondeamiento* del mismo, caso sí de Santa Anna, tal y como aparece en la acusación de Gamboa.

Antes de que abandonemos el texto de Glenn W. Price expliquemos qué significan su título y su subtítulo. *Los orígenes de la guerra con México* significa que los orígenes de la guerra con México son aparentes por subjetivos; subjetivos porque se habla de la intriga Polk-Stockton.<sup>74</sup> Pero los orígenes reales —

<sup>74</sup> La cuidadosa y muy interesante investigación de Jesús Velasco Márquez, “Regionalismo, partidismo y expansionismo. La política interna de Estados Unidos durante la guerra contra México”, ofrece abundantes señalamientos sobre Polk, pero, desafortunadamente, nada sobre Santa Anna, ni siquiera en conexión con Polk, como el acuerdo secreto pactado por ambos en La Habana.

también para Price— son objetivos y geopolíticos. De alguna manera, los dados estaban jugados y las cartas marcadas de antemano.



## CAPÍTULO V

## QUÉ CLASE DE SUJETO ES SANTA ANNA

La exposición del carácter, para ser verdadera, ha de hacerse a medida que se forma (es lo que hizo Prescott con Cortés, pues fue describiendo las modificaciones que sufrió éste después de su vida de colono; más tarde, como conquistador, y por último, como reconstructor de lo que había destruido). Debe partir esa exposición del fondo humano, por pálido que nos parezca, desde el momento en que entra en escena, y desarrollar una por una las particularidades que la marcha de la vida le hace contraer.

Alexandru Dimitriu Xénopol<sup>75</sup>

La Historia de México desde el período en que estamos, pudiera llamarse con propiedad la Historia de las revoluciones de Santa Anna. Ya promoviéndolas por sí mismo, ya tomando parte en ellas excitado por otros; ora trabajando para el engrandecimiento ajeno, ora para el propio; proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos, elevando a un partido para oprimirlo y anonadarlo después; levantar al contrario, teniéndolos siempre como balanza; su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país; y la suerte de éste ha venido a enlazarse con la suya, a través de todas las alternativas que unas veces lo han llevado al poder más absoluto, para hacerlo pasar enseguida a las prisiones y al destierro. Pero en medio de esta perpetua inquietud en que ha mantenido incesantemente a la república; con toda esta inconsecuencia consigo mismo, por la cual no ha dudado sostener, cuando ha convenido a sus miras, ideas enteramente contrarias a sus opiniones privadas; entre los inmensos males que ha causado para subir al mando supremo, sirviéndose de esto como medio de hacer fortuna.

Lucas Alamán<sup>76</sup>

<sup>75</sup> A. D. Xénopol, *Teoría de la historia*, citado por Manuel Brioso y Candiani en "Nuevas orientaciones para la historia. Exposición compendiada de la Teoría de la historia, de A. D. Xénopol", texto antalogado por Álvaro Matute Aguirre en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XIX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, pág. 190.

Guillermo Prieto comentó una vista que tuvo de Santa Anna en la plaza de gallos de San Agustín, al sur de la ciudad de México, que Santa Anna convirtió en sucursal del Palacio Nacional cada vez que ocupó la silla presidencial. Y es que se aburría, y en la lid de gallos daba rienda suelta a su genuina expresión. Allí,

era el alma del emporio de desbarajuste y de la licencia —dice Prieto—. Era verlo en la partida rodeado de los potentados del agio, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados y aún con empleados subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraba como gracia trampa indigna, y si se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y lo acompañaba en sus tonterías. Estaba verdaderamente en sus glorias en semejante concurrencia.<sup>77</sup>

Este retrato pudo ser epígrafe de este capítulo pues esboza los trazos que esbozaremos de Santa Anna en tanto sujeto.

## 1. SOBREPOTEGIDO

La personalidad del padre de Santa Anna —notario, inflexible y tradicionalista— fue punto de referencia negativo para su hijo, pues éste, para evitar los enfrentamientos con aquél, desarrolló una conducta mañosa. Pudo burlar la autoridad paterna tanto más fácilmente cobijado en la ternura que su madre le profesara. Así fue como logró, por ejemplo, volverse cadete contra la oposición paterna, tendente a que se hiciera comerciante. De su época de cadete parece derivar el estilo literario ampuloso, grandilocuente y melifluido que le fue tan útil para el logro de sus ambiciones y que, por lo demás, es característico de una época en la que el romanticismo europeo hacía presa de las mentes de las clases altas mexicanas. Grandilocuente, amigo de ser adulado, arbitrario, cruel, tenaz y también gustoso de escenificar su entrada a las plazas que tomaba con bombo, platillo y salvas, así era el coronel don Joaquín Arredondo, cuyo modelo tomó el cadete Antonio López de Santa Anna.

Los edictos de la Inquisición contra poesías y sones veracruzanos revelan la vitalidad y fuerza liberadora contenida en éstos, con su “tónica siempre irreve-

<sup>76</sup> Lucas Alamán, *Historia de México*, tomo v, pág. 347. Enrique Krauze dedica un apartado de su obra *Siglo de caudillos* a hacer la semblanza de Santa Anna y lo titula “Seductor de la patria”. Inicia este apartado citando a Lucas Alamán omitiendo las agudas notas de repudio hacia aquél. No convenían para presentarlo como “seductor”. Krauze cita así: “«La historia de México desde 1822», escribió Lucas Alamán, «pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna... Su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de éste ha venido a enlazarse con la suya.»”, *op. cit.*, pág. 128.

<sup>77</sup> *Cfr.* Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*

rente hacia las cosas de la fé.”<sup>78</sup> Y como Santa Anna naciera en 1794 pudo formarse en el clima alegre de estas canciones,<sup>79</sup> el cual bien pudo impulsarlo a una denodada lucha por la libertad en un momento dado, pero la que el propio Santa Anna transgredió con una negación individualista de las solidaridades y los valores sociales, llegando a la corrupción y a la traición. Uno de los mejores ejemplos de esta “carnavalización ritual” ocurrió en la ciudad natal de Santa Anna. Se trata de “la celebración en Jalapa de la Feria, del ascenso al trono de Carlos III, en una fiesta que se prolongó por un mes desde el 30 de mayo de 1761”,<sup>80</sup> y de la que se guardaba memoria y todavía se hablaba con admiración durante la infancia de Santa Anna.

“Héroe de mil caras”, éstas germinaron a partir de la doble cara inicial que debió presentar ora a su padre ora a su madre. De las múltiples fachadas que asumió para sí mismo se rescata un ingrediente unitario que revela cómo Santa Anna idealiza su imagen e intenta parecer ante los demás como lo mejor tanto en el aspecto militar como en el personal. El romanticismo de la época se aviene bien con un impulso tal, más aún si es desgarrado como el de Santa Anna, tensado entre la desvaloración por parte del padre como lo peor y la aceptación, por parte de la madre, como lo mejor. Santa Anna busca complacer lo mejor según la consideración paterna, pero sabiendo que ésta es acartonada y de fondo queriendo desafiarla, así que, ante la dificultad práctica de realizarla, se conforma con meramente aparentarla, acartonando su actitud aún más, pero en otro orden. Cualquier descalabro del destino semeja una autoritaria mano paterna que debe ser respondida con un nuevo impulso hacia lo mejor que fácilmente redunde en impostura, si no es que en ocasiones ya lo es de inicio.

A través de esta paradójica “búsqueda de lo mejor”, la acción de Santa Anna se socializa y encuentra resonancia en el pueblo. Con ese pretexto, Santa Anna expropia el sueño mexicano y se vale de ese sueño para satisfacer su propio delirio de grandeza y ambición personal (Enrique González Pedrero).<sup>81</sup> La

78 Antonio García de León, “Contrapunto barroco en el Veracruz colonial”, en Bolívar Echeverría (coordinador), *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*.

79 “Los once bailes más perseguidos fueron así El Chuchumbé (denunciado 8 veces entre 1766 y 1784), El Animal (2 veces, 1767 y 1769), El Pan de Manteca (6 veces de 1769 a 1796), La Cosecha (2 veces, 1772 y 1778), El Pan de Jarabe (7 veces entre 1772 y 1796), El Sacamandú (2 veces en 1778 y 1796), las Seguidillas (5 veces entre 1784 y 1803), El Jarabe Gatuno (12 veces entre 1801 y 1807), El Torito (El Toro Viejo y El Toro Nuevo) (2 veces en 1803), así como Los Panaderos, La Valsa o Vals, La Maturranga, El Guastala, El Saraguandingo, El Tango, El Borrego, El Conejo, La Bamba, El Guapo, Las Boleras o Tirana.” *Ibid.*, 123.

80 *Ibid.*, pág. 125.

81 *Cfr.* Enrique González Pedrero, *País de un sólo hombre: el México de Santa Anna*. Enrique Krauze, que publicó su *Siglo de caudillos* en 1994, un año después de esta obra de González Pedrero sobre Santa Anna, dice de éste, como disculpándolo, a la par de dar cuenta de la ambigüedad objeti-

forja de la nación le es extraña, tanto como la consolidación del Estado, a menos que le sirvan de algo. Santa Anna trata a la república —la *res-publicae*, la “cosa pública”— como “*cosa nostra*” y conforma una mafia de funcionarios, financieros y potentados en torno de esa cosa y de su propia persona identificada, como lo mejor, con lo más nuestro. Jefe de Estado por última vez en 1853, su undécima presidencia de la república fue tan mala y peor que las 10 anteriores. Se repartió con Escandón —contratista y especulador— 10 millones de dólares recibidos por la entrega del territorio de La Mesilla a Estados Unidos, lo que le valió el exilio en 1855. Siendo ya anciano, en 1872, se le permitió volver a México, donde murió 4 años después.

El desafío permanente a la autoridad paterna con el apoyo emocional materno lo lleva a *transgredir límites constantemente*. Actúa como caudillo absoluto al que nadie puede imponerle límite. Y todos parecen querer convencerse de que para él, el héroe esperado, no existen los límites. No es el jefe de Estado sino el transgresor permanente de la ley. En realidad, su deseo es la única ley que vale. Es el sol en torno al cual gira un país hasta entonces sin centro, de ahí que lo negocie a su antojo y use a todos como marionetas fascinadas por su brillo y esplendor. Su deseo opresivo fascina tanto más y deviene, así, en el deseo de todos.

La mala fe —descrita por Jean Paul Sartre—<sup>82</sup> pulsa en el corazón de Santa Anna perseverantemente en esa aparente transgresión de límites meramente formal y sólo real en lo que tiene de privada. Por allí es que combina un *anarquismo* contra todos y contra la ley social que preserva al grupo con un *autoritarismo* a su favor que imprime su capricho anárquico como ley cada vez cambiante. La mala fe luce tanto más nítidamente en su actitud hacia los ideales políticos, de lo que es rasgo característico la connivencia con sus compinches financieros y el robo de fondos públicos.

Sobreprotegido por su madre contra un padre autoritario, Santa Anna miente por principio de autonomía y autenticidad frente a la imposición paterna que lo falsea. Así les mentirá a todos, a todas las facciones y al pueblo, y sólo así realizará su “independencia”. Santa Anna representa a la clase burguesa criolla, ella también enfrentada a España y al destino y, luego, eventual pero decisivamente, a Estados Unidos, ese nuevo padre que será el peor escollo ya sin la sobreprotección materna. La ideología patriota de la madre patria de los mexicanos expresa la necesidad de refugio en el regazo materno ante la adversidad y

va prevaleciente, que: “Ensayaba papeles en un país que ensayaba un proyecto. En un país que era, en sí mismo, un proyecto de Nación.” Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 144.

82 *Cfr.* Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, capítulo 1.

el enemigo. Pero en esa época falta aún que exista la patria realmente, y Santa Anna era apto para explotarla, no para forjarla.

Santa Anna refleja todo ello pero *integralmente*. Esto es, vive incluso a todo México como una imposición a la que debe cumplir tanto como falsear y mentir. Santa Anna se refugia en la patria para extorsionarla y en esa extorsión sobresalir él y su clase a costa de hundirse frente a Estados Unidos... En este desafío Santa Anna no vacila en hundir a su propia clase y a México, y aun aspectos del tirano si tal es la condición para que su *poder* y *gloria* no se eclipsen.

## 2. CRIOLLO Y MILITAR

Al morir los conquistadores y heredar al primogénito (mayorazgo), los demás hijos quedan en la ruina económica. En los tiempos de la crisis del XVII, estos desheredados unen sus rencores a los mestizos y mulatos para lanzarse a una “cruzada de fracasados” que luchan por conseguir la perpetuidad de la encomienda. Esta lucha criolla por “apropiarse” de la Nueva España y prolongar así su condición original, está motivada por el interés material de seguir extrayendo las rentas y los servicios de los indios, pero simboliza también la posibilidad de distinguirse socialmente. Para los criollos, la pérdida de la encomienda es la pérdida de la memoria de las familias de los descubridores y conquistadores, del señorío y la riqueza, es la pérdida de la honra y la hacienda, de la renta y los servicios de los indios.<sup>83</sup>

En realidad, antes de realizar la guerra de independencia los criollos intentaron instaurar la encomienda a perpetuidad además de otros beneficios análogos.

Acerca del “barroquismo de las conductas” criollas, María Alba Pastor escribe lo siguiente:

La vida cotidiana de los grupos acomodados en la Nueva España trasluce la persistencia de la ambición, la codicia y el despotismo del primer conquistador. Pero en contrapartida, también trasluce el interés por refinar las conductas, ocultar la brutalidad, disimular los burdos actos de sumisión y explotación, construir una forma capaz de ocultar a la simple vista la verdadera ordenación social.<sup>84</sup>

Santa Anna personifica a la perfección el comportamiento *criollo* contra los españoles peninsulares, pero enderezándolo contra el pueblo de México. De ahí

<sup>83</sup> María Alba Pastor Llaneza, “Criollismo, religiosidad y barroco”, en Bolívar Echeverría (comp.), *op. cit.*, pág. 178.

<sup>84</sup> *Ibid.*, pp. 193-194.

su doblez. Se trata de un ego humillado que a la vez incrementa su afirmación tramposa a ultranza, su fanfarronería y el desafío a la herencia paterna con un desafío general a la autoridad —la ley—, pero identificándose con el poder y la ley que se aplica contra otros: a su costa y a mi favor.

Santa Anna vive un mundo de privilegios y opresiones en el que los criollos ocupan el mejor lugar después de haber desbancado a los españoles de origen. No obstante, los europeos —españoles en primer lugar— aún alardeaban de superioridad. Lucas Alamán captó a la perfección la dualidad dominante/dominada, irresponsable, arriesgada, así como resentida y hoy soberana, etc., de la psicología criolla;<sup>85</sup> a la vez caballeresca y vana, exigente de que América cumpla su promesa de entregarles a manos llenas “oro, leche y miel”.

Santa Anna no era, por cierto, diligente ni paciente; carecía de tesón y honradez; era más bien —según Lorenzo Zavala describiera lo militar novohispano—<sup>86</sup> temerario, ambicioso, de emotividad exaltada, imprevisor e ignorante. Lo militar fue el vehículo histórico funcional para que los criollos realizaran sus afanes y perspectivas.

Debe considerarse como parte integrante del barroquismo de la conducta criolla el sello dejado por la Compañía de Jesús en su intento de educar/modernizar a los habitantes de la Nueva España:

La representación mística y social jesuita se va expandiendo en la medida en que se corresponde con el proyecto criollo novohispano, hasta formar una alianza. Quizá una de las conductas que adopta el criollo al tratar de construir una representación social propia, al margen de la metrópoli, está en el uso y abuso, forzado por la sobrevivencia, de la simulación y el disimulo. Ambas conductas están bien estudiadas en el ámbito de la Compañía de Jesús, son fomentadas por ésta e incluso justificadas.<sup>87</sup>

Es necesario amoldarse a la otra persona o mimetizarse con ella, pues “desde este plano se puede dirigir las conciencias”, tal es la máxima seguida al pie de la letra por Santa Anna, aún más, vuelta en él rasgo de carácter: “En este acto de mímesis, uno de los instrumentos más eficaces utilizados será la disimula-

<sup>85</sup> “Rara vez los criollos conservaban el orden de economía de sus padres y seguían la profesión que había enriquecido a éstos... Desidiosos y descuidados; de ingenio agudo pero al que pocas veces acompañaba el juicio y la reflexión; prontos para emprender y poco prevenidos en los medios de ejecutar; entregándose con ardor a lo presente y atendiendo poco a lo venidero.” Lucas Alamán, *Historia de México*, tomo IV, citado por Enrique Krauze en *op. cit.*, pág. 128.

<sup>86</sup> Cfr. Lorenzo de Zavala, *Obras. El historiador y el representante popular. Ensayo crítico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, y, *Obras. El periodista y el traductor*.

<sup>87</sup> María Alba Pastor Llana, *op. cit.*, pp. 194-195.

ción, pues como bien lo sintetizó Quevedo: «Quien no disimula no adquiere imperio, quien no sabe disimular lo que disimula, no puede conservarlo.»<sup>88</sup>

### 3. PRAGMATISMO Y DESCONFIANZA EMOCIONAL

Dice atinadamente de él Lorenzo de Zavala: “Es un hombre que tiene en sí un principio que le impulsa siempre a obrar, y como no tiene principios fijos, ni un sistema arreglado de conducta pública [moral], por falta de conocimiento, marcha siempre a los extremos en contradicción consigo mismo. No medita las acciones ni calcula los resultados”,<sup>89</sup> obsesionado como se encuentra en la ambición de poder y gloria. La ambición de poder y gloria la comparten soldados y criollos, y Santa Anna fue ambos a la vez. Su practicismo ignorante revela su gran desconfianza en las ideas —de fondo, en lo que su padre le dice, le ordena— lo que lo lleva necesariamente a explorar la realidad a través de recorrerla de extremo a extremo. *Practicismo, ignorancia y extremismo* se copertenece en el *manipulatorio y oportunista* Santa Anna, tanto psicológica como políticamente, de tal modo que éstos caracterizarán su tipo de liderazgo, tanto político como militar.

Abundemos: “Según Alamán, Santa Anna tenía la propensión a «sostener cuando ha convenido a sus miras, ideas enteramente contrarias a sus opiniones privadas». Pero, ¿tenía ideas Santa Anna? Sus cartas a Francisco García revelan su carencia: las entendía como extremos que había que moderar, no como directrices concretas por consolidar.”<sup>90</sup>

Más abajo comentaremos estas cartas de Santa Anna a Francisco García. Santa Anna, por lo demás, tiene ideas pero no tiene fe en ellas, no confía en el concepto, en lo general, más que cuando le sirve inmediatamente, lo que lo lle-

<sup>88</sup> *Ibid.*, pág. 195.

<sup>89</sup> Lorenzo de Zavala, *Obras. El historiador y el representante popular. Ensayo crítico de la revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, citado por Enrique Krauze en *op. cit.*, pág. 134. Estos rasgos los incluirá también Lucas Alamán en su *Historia de México*: “Conjunto de buenas y malas cualidades; talento natural muy claro sin culto moral ni literario; espíritu emprendedor, sin designio fijo ni objeto determinado; energía y disposición para gobernar oscurecidas por graves defectos; acertado en los planes generales de una revolución o de una campaña, e infelicísimo en la dirección de una batalla, de las que no ha ganado una sola; habiendo formado aventajados discípulos y tenido numerosos compañeros para llenar de calamidades a su patria, y pocos o ninguno cuando ha sido menester presentarse ante el cañón francés en Veracruz o a los rifles americanos en el recinto de México. Santa Anna es sin duda uno de los más notables caracteres que presentan las revoluciones americanas, y este el hombre que dio el primer golpe al trono imperial de Iturbide.”, *op. cit.*, pág. 348.

<sup>90</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 143.

va, *consecuentemente*, a sólo creer en el “gobierno de uno”, en el despotismo y la dictadura, según lo demostró a cabalidad.

Desde su incomunicación desconfiada con su padre, recela de todo contacto con el otro que no le demuestre que el otro se le somete, se le humilla y le sirve y lo glorifica. En la cabeza del jalapeño quedan atascadas (trucadas) la relacionalidad, el lazo social, pilar elemental de la comunicación social y por tanto de la generalidad conceptual, quedan por aquí atascadas, trucadas en la cabeza del jalapeño. Su grandilocuencia de golpes de escena y metáfora sobrecargada no es sino perversión de la palabra en que Santa Anna se goza porque le reporta embaucar al oyente y, por allí, someterlo.

“Su verdadera vocación [dice Enrique Krauze]: conspirar; conmovier al público con sus palabras, «que tienen un no se qué de inexplicable superioridad», poner y quitar militares en el «sillón presidencial» y congresos en la Cámara.”<sup>91</sup> Santa Anna nada en su ego, y el poder es lo que reanima a ese ego *psicopático*,<sup>92</sup> cada vez que desfallece ante la ingratitud del pueblo, retirándose a su hacienda de Manga de Clavo.

#### 4. HONOR

A comienzos del siglo XIX logran independizarse de España la mayor parte de las colonias americanas. En Europa florece el romanticismo, así que pronto influirá en las nuevas naciones independientes del nuevo continente.

Influido por el romanticismo, Santa Anna se quiere héroe romántico y las clases altas lo desean así. Esto facilita su aceptación y explica que el motivo teatral central de su discurso sea el honor. Simultáneamente, el resultado constante de sus actos es el auténtico deshonor.

Entre 1830 y 1850 en México se vive un período de anarquía y despotismo, con Santa Anna y otros de su calaña de por medio. Estos talentos se entretejerán sincopadamente con el *Sturm und Drang* alemán para aclimatar así el romanticismo en la política mexicana.

#### 5. ROMANTICISMO Y *ETHOS* BARROCO

El romanticismo en México influye en las clases altas con acceso a la educación; mientras que al pueblo le llegó sólo como una fulguración y un dramatis-

<sup>91</sup> *Ibid.*, pág. 140.

<sup>92</sup> Uso el término en la acepción de la caracterología reichiana propuesta por Alexander Lowen en su libro *Bioenergética*.

mo incomprensibles pero que tenían que ser soportados como una opresión más, como todos los caprichos de las clases altas. Pero debe tenerse en cuenta que la influencia del romanticismo en el México independiente ocurre sobre la base de una formación cultural de más de dos siglos, caracterizada por el *ethos* barroco, en el que la mezcla plural y abigarrada matiza los contrastes y relaja las normas facilitando así su transgresión y convivencia. La conducta criolla se formó en este crisol.<sup>93</sup>

Veracruz, por lo demás —con su tempestuoso ambiente de orgullo y de ambición, de novedad y pujanza, etc.—, era una de las ciudades más animadas de la Nueva España y del México independiente, lo cual permitió que el romanticismo se introdujera en esas tierras sobre la base de un “contrapunto barroco” preexistente, según sugiere Antonio García de León,<sup>94</sup> quien cita como epígrafe la siguiente advertencia escrita cuatro años después de nacido Santa Anna y firmada por el “Provincial de Veracruz en 1798”: “Aquella ciudad sirve de puerta a aquellos santos dominios y como tal es la que primero visitan los forasteros ultramarinos, estando también cercada de varias jurisdicciones, cuyos habitantes son de costumbres feroces e incultas.”<sup>95</sup> Veracruz es, por barroca, “el imperio de la risa”, entre otras cosas, por los contrastes y relajamientos de las conductas.<sup>96</sup>

93 “En los patrones alimenticios, la medicina popular, las tradiciones, las creencias, las costumbres, las supersticiones y la música, lo español ha competido, a lo largo del siglo XVI, con lo indígena sin que pueda determinarse una clara ventaja de alguna de las partes. Para fines del XVI, es el ámbito de la vida cultural cotidiana, en donde la mano de los criollos, fuertemente dirigida por sus instructores o educadores jesuitas, procurará rehacer —como lo ha señalado Bolívar Echeverría— la civilización europea en América, ante la imposibilidad de reconstruir una civilización mesoamericana de la cual sólo quedan ruinas. Es a través de la vida cotidiana como el criollo puede «aflojar los nudos», «recomponer los códigos» para introducir formas nuevas de comportamiento.” (María Alba Pastor Llana, *op. cit.*, pág. 177). Quizá deba decirse mejor que el criollo pudo y no que “puede” porque así resalta no que decidiera ese procedimiento sino que —derivando de otros intentos— lo encontró en la experiencia. Para la conformación de la personalidad de Santa Anna y el carácter de la época, es decisivo tener en cuenta que “es sobre todo en el medio urbano donde puede observarse la construcción de ese nuevo orden barroco que busca aflojar los códigos, entablar nuevas relaciones cotidianas, aparentemente abiertas, conciliadoras, buscar inconscientemente que el todo social quede comprendido al borrar las barreras sociales con la libertad de los tránsitos y de los encuentros. En suma, en la ciudad barroca se consigue debilitar esas reglas e imposiciones de la Corona que tratan de impedir la impregnación por medio de la segregación de la república de indios”. (*Ibid.*, pág. 190).

94 “Contrapunto barroco en el Veracruz colonial”, en *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, pp. 111-130.

95 *Ibid.*, pág. 111.

96 *Ibid.*, pág. 114.

La cultura del puerto y la del interior desarrollaría, en este riquísimo mestizaje cultural, características muy distintivas desde fines del xvii, y claramente establecidas como tales en la segunda mitad del xviii. Se mezclan en ella los elementos indígenas preexistentes (la civilización de los nahuas costeños, totonacas y popolucas: una civilización de tolerancia sensual y representada todavía en la “magia de la risa” de las terracotas de Remojadas), los rasgos —algunos muy afines en los cultos y el ritual— venidos del occidente de África (el culto a la ceiba, etcétera), la cultura popular de Andalucía, Portugal y las Canarias y repetidas interinfluencias con Caracas-Maracaibo y la Nueva Andalucía (Venezuela, pues el principal tráfico de Veracruz en el xviii es el cacao venezolano). Otras relaciones se establecerán con Cartagena de Indias (la otra factoría autorizada de la trata negrera), con Puerto Rico y Santo Domingo, y, por último, con la perla de las Antillas, Cuba, que se desarrolla fuertemente cuando el eje Habana-Veracruz es establecido desde 1792 hasta principios de este siglo.

La perla del Golfo estará así volcada al mar, recibiendo elementos variadísimos y aportando al mundo algo más que los bienes materiales del “tesoro americano”. Veracruz desarrollará así una cultura exógena y cambiante, fuertemente matizada de todos los elementos que en la época colonial constituían la modernidad. Pues aquí se ensaya desde el xvi una nueva forma de ser y una nueva manera de convivir.<sup>97</sup>

En realidad, añade García de León,

Todos los esfuerzos del Santo Oficio, o de la estrecha visión comercial de la Carrera de Indios, serán sepultados y devorados por sus contrarios: el libre comercio, el contrabando, la piratería, la relajación de las costumbres, el derrumbre de los prejuicios raciales, y, en suma, el avance de uno de los procesos de mestizaje más interesantes surgidos en el Nuevo Mundo. Veracruz será así una *perla barroca*, cuyos destellos llegarán incluso a reflejarse en los escritores del Siglo de Oro, en los bailes “indianos” de la España del xvii, en los “sones de la tierra” del Altiplano de Nueva España.<sup>98</sup>

La cultura y la política románticas exigían un hombre providencial, y Santa Anna fue el personaje público que con más habilidad pudo mantener y fomentar la ilusión pública —entre burgueses, intelectuales, hacendados y funcionarios— de encarnar un tal engendro. Para lo cual influyó no poco lo militar. Pues si Santa Anna teatraliza, lo hace a propósito del ámbito militar, dentro del mismo. Estaba familiarizado con las tácticas y argucias militares que le resultaron convenientes para sus ascensos militares de cadete a teniente y hasta general, y,

<sup>97</sup> *Ibid.*, pág. 117.

<sup>98</sup> *Ibid.*, pág. 118.

aun, presidente y de presidente a “Su Alteza serenísima”. Todos son en verdad rangos militares, más allá de la apariencia civil del presidente y de la apariencia teocrática de “Su Alteza Serenísima”. La emergencia de los criollos en particular y la consolidación de la unidad nacional y del desarrollo industrial inherente a ésta no pueden ocurrir en el contexto de la primera mitad del siglo XIX en México sino por la mediación privilegiada de la fuerza de las armas.

En México, el romanticismo le sirve de medio a lo militar para engalanarlo, mientras que la milicia le sirve de medio al romanticismo para realizarlo. Así que lo militar se desdobra en una versión real y otra fantástica que gira en torno al paradigma napoleónico, unas veces coincidente con lo real otras contrastado y distante. Santa Anna jamás abandona su fachada personal militar; ésta es inmóvil y sagrada en mayor medida de lo que Santa Anna es sacrosanto por ser presidente de México. El porte y el lenguaje florido adornan aquello decisivo en la imaginación y en la realidad: las insignias y charreteras que hacen notar el rango.

Como contrapunto tenemos la vida cultural y picaresca veracruzana, visitada por “cómicos de la legua” y actores y cantantes como

la “cantarina y graciosa” gaditana Antonia Rodríguez, quien tuvo gran éxito en La Habana, Nueva Orleans y Veracruz y que ya para 1808 era la asentista y empresaria del Coliseo porteño. Después de un largo pleito sería conducida a México, condonadas todas sus deudas por el propio Virrey, con tal de divertir al público de la capital: en el recuerdo veracruzano y en curiosa tradición recogida años después por don Guillermo Prieto, se diría que esta bella mujer y excelente *cantaora*, primera dama de los divertidos sainetes aclimatados en el puerto, introdujo a México los sones de *La Petenera* y *La Manta*, que son todavía piezas claves del repertorio fandanguero del litoral... Como pálido reflejo de todas estas maravillas, para 1818, Antonio López Matoso [“el agudo observador “guachinango” —hoy se diría chilango—, que pasó una temporada en Veracruz antes de ser conducido preso a La Habana por sospechas de conspiración en México”] nos describirá los bailes de negros y mulatos, con la dotación instrumental que sigue manteniendo en el *son jarocho*, cuya pieza principal, que no deja de tocarse todavía un solo día, *La Bamba*, se asocia aún en la memoria popular al lejano reino angolano de Mbamba y al ataque filibustero de Lorencillo a Veracruz en 1693.<sup>99</sup>

Antonio López Matoso describe, de suerte que nos pone en situación:

Ví en medio de una sala de cuatro varas de largo, un gran concurso de madamas y caballeros, todos negros atezados y una y uno de ellos bailando un zapateado sin mo-

<sup>99</sup> *Ibid.*, pág. 127.

verse de un solo lugar... ¿Qué es esto?, pregunté, y un curro con mucho salero me contestó: “Señor *guachinango*, eso se llama *tango*”. Muy bien. Con que aquí cada oveja con su pareja./Lo mismo que en los negros/ es este tango,/ entre las otras gentes/ es el fandango./ Baile tan nuevo/ que se usó desde Uvanba/ y sus abuelos.<sup>100</sup>

Así que muy bailador y pícaro salió Santa Anna. Como veremos más adelante, estos rasgos del contexto cultural son importantes para dar cuenta de la actitud de Santa Anna ante los reglamentos y las leyes, tan frívola y manipuladora.

En su juventud, en sus ratos libres, hojeaba libros de historia griega y romana, así como obras de Napoleón Bonaparte, su ídolo. Un día observó la reproducción de una célebre pintura de Napoleón cruzando los Alpes en un caballo blanco. El pintor dibujó la cabellera del guerrero hacia adelante para dar idea del furioso viento que soplaba en la montaña. Pero el bueno de Santa Anna, malinterpretándolo, dio por peinarse imitando la pintura, se compró un caballo blanco y —como Napoleón— adoptó la costumbre de meter la mano derecha bajo su chaleco.

Lo militar entretejido con la emergencia nacional y ésta con la del dominio criollo y cada vez más del capital y aun de la clase burguesa entrelazadas con el clero, las haciendas, los caciques, etc., describió una parábola desastrosa, casi una maroma que el romanticismo en parte engalanó y enmascaró, y en parte hizo aparecer como desgarrador destino trágico y estéticamente gozable. En efecto, el fervor de los ejércitos populares de Hidalgo que combatieron contra la corona española en 1810 contrasta con la apatía de los pobres que vieron invadida su patria por las tropas norteamericanas en 1847. “Entonces [en 1810] era un pueblo nuevo —dice a la sazón el liberal José María Lafragua—, cuyos ojos brillaban con libertad y todos sus hechizos, hoy [en 1847] son un pueblo engañado mil veces [sobre todo por Santa Anna] y que teme a la revolución debido a las patrullas de reclutamiento, los impuestos y las opresiones.”<sup>101</sup>

De otro lado, este “Napoleón mexicano”<sup>102</sup> —como se le conoció en su época y a él le gustara ser nombrado— no es héroe auténtico ni Napoleón; es una falsía y una transgresión al auténtico romanticismo.

Tenemos con lo anterior la prueba de que al romanticismo le cuadra bien su autotransgresión, la falsía y lo pseudo-romántico. En efecto, su afán yoico y su

<sup>100</sup> *Ibid.*, pág. 128.

<sup>101</sup> Citado por Jonathan K., en *La capital: historia de la ciudad de México*.

<sup>102</sup> En 1827 —“tras la fugaz experiencia de Iturbide”— José María Luis Mora (opuesto a la vez al cesarismo y al centralismo, y favorable al federalismo) previene contra el peligro de un “Bonaparte mexicano”, muchos años antes de que Santa Anna llegara a ser lo que fue. Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 150.

dramatismo ponen en primer lugar la escena y la manipulación, lo que permite que la esencia tras bambalinas sea muy otra y aun contradictoria con la apariencia. De tal manera, nada mejor para un carácter dual como el de Santa Anna que inclinarse por el romanticismo.

Hete allí un curioso fenómeno captado agudamente por Enrique Krauze:

México no prosperó durante el sainete imperial de Su Alteza Serenísima, pero el género operístico alcanzó, significativamente, su punto cenital. El Gran Teatro de Santa Anna se volvió el sitio de reunión preferido de aquella alta sociedad aficionada, como nunca antes, a la ópera [...] El auge de la ópera en 1854 cerraba, parodiándolo, el ciclo de optimismo insensato abierto en 1821, y de este modo, ida ya la esperanza, lo volvía farsa, caricatura. Era el género apropiado para esa minoría criolla, que sólo por momentos había sabido imprimir a su acción cívica un sentido épico, dramático o trágico.<sup>103</sup>

Por aquí es palpable que la ecuación Santa Anna = criollos y alta sociedad mexicana en general se sostiene mejor que la de Santa Anna = México. Esta última es completamente equívoca; aquella contiene la diferencia interna consistente en que aunque algunos criollos también traicionan a México sólo Santa Anna pudo traicionar en tal medida como lo hizo. Por su parte, la ópera engalana románticamente un mito ya existente, le da un brillo pero no lo produce en serie o hace proliferar como sí lo logra la manipulación historiográfica, el cine sobre todo, y el mundo *kitsch* de la telenovela, que corresponde a la época actual y sus santanistas abiertos y encubiertos.

## 6. GLORIA Y PODER

Ahora bien, Santa Anna gusta sobremanera de la gloria por el espectáculo que la acompaña, mientras que el poder —no obstante le fascine— lo aburre por la labor responsable y administrativa que requiere.

De suerte que ha habido quien —como Enrique Krauze—<sup>104</sup> crea que no busca el poder sino sólo la gloria. Esto es perfectamente equívoco. Se trata más bien de una paradoja y una mascarada más de la vida de Santa Anna. Éste,

<sup>103</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 185.

<sup>104</sup> *Cfr. op. cit.*, pág. 133. Enrique Krauze asume como ciertas las palabras de Santa Anna en su “Manifiesto a la Nación” de 1833, cuando los generales conservadores lo proclaman “Supremo Dictador”, y él se indigna: “Aborrezco la dictadura militar”, dice Santa Anna, y Enrique Krauze añade: “aborrecía algo más: el poder”. Y Enrique Krauze aun contraargumenta: “sus frecuentes retiros a Manga de Clavo por razones de salud serían interpretados por sus contemporáneos y por los historiadores como una forma aún más pronunciada de la voluntad de poder. No ocurría así.”

*siendo su carácter como era, pudo manipular la falta de conciencia del pueblo mexicano* —así como la falta de coherencia programática de las corrientes políticas de la sociedad civil— con base en imprimir aliento en el sentir popular para adherirlo a causas nacionales a las que este “caudillo” vincula su ego. Exploita a las masas pero pretende servir las y las hace creer eso. En nuestros días son vigentes esa personalidad y esas conductas sociales.

“Obraban movidos no por una voluntad de poder, ni siquiera de riqueza, sino por un anhelo de gloria”,<sup>105</sup> dice Enrique Krauze de los criollos exculpando a Santa Anna al disolverlo en la generalidad de la “genealogía política criolla”. Pues —dice Enrique Krauze— carecían de la figura del poder colonial para desearla y aún no se configuraba un poder de corte moderno, y aunque acepta que el privilegio del poder podía afianzarse no obstante en los “rasgos *personales* del caudillo”, añade: pero “el problema fue que los rasgos específicos de Santa Anna no eran la diligencia, el tesón, la paciencia, ni siquiera la voluntad de dominio o de venganza”.<sup>106</sup> Quizá es que Krauze nos habla de otro Santa Anna, no de Antonio López, etc., porque la voluntad de dominio y de venganza retratan al Santa Anna del que hablamos. Ciertamente, la paciencia, la beligerancia y el tesón no, de donde derivaría la legitimidad para el gobierno. Pero la voluntad de poder no supone necesariamente aspectos constructivos en el carácter; emana ya del ego, tanto más en un Santa Anna que no cree en ideales liberales ni tradiciones (coloniales), así que debió atenerse a sí mismo. “«En Santa Anna se expresaba una máscara, a menudo grotesca, de ambas legitimidades [liberal y colonial] mezcladas». Según le explicó Alamán, con todas sus letras, al propio Santa Anna, que sin duda no necesitaba entenderla, la vivía, la disfrutaba y, a veces, también la padecía”, dice Enrique Krauze,<sup>107</sup> quien no necesita entender que su posición es ambivalente.

Es curioso ver cómo Santa Anna parece dictarle las ideas a Enrique Krauze y éste las cree, al modo en que en la novela de Enrique Serna (*El seductor de la Patria*)<sup>108</sup> Santa Anna las dicta a su secretario particular. Así, Krauze toma nota de las palabras del dictador; en efecto, cuando éste se justifica ante Francisco García —protector de Valentín Gómez Farías— por haber destituido a este último y derogado las leyes contra fueros y el clero, terminando por aliarse a la conjura “Religión y fueros”, que aparentó repudiar junto con el título de “Supremo dictador” en su “Manifiesto a la Nación” de 1833, sí, cuando se justifica por estas artimañas y dice rechazar el poder y querer sólo la gloria:

105 *Ibid.*, pág. 133.

106 *Ibid.*, pág. 134.

107 *Ibid.*, pág. 143.

108 Joaquín Mortiz, México, 1999.

Puede V. recordar que a principios del año anterior me vi precisado a dejar las riendas de la administración por la notoria y grave decadencia de mi salud. Bastante se generalizó el conocimiento de mis deseos de mantenerme lejos de la dirección de los negocios, y quizá de separarme de ellos para siempre, pues no siendo el poder objeto de mi ambición, ésta se hallaba satisfecha con la *posesión del amor de mis conciudadanos*, y con *la de la gloria de haberlos servido*.<sup>109</sup>

Páginas más abajo Enrique Krauze, sin creer que se trata de algo que contradice lo que sostuvo atrás sobre la ausencia de voluntad de poder en Santa Anna, dice: “Santa Anna tenía cuando menos *una* idea, creía en el «gobierno de Uno».”<sup>110</sup> Y añade, citando al dictador,

“Es verdad”, le dijo Santa Anna [a Joel R. Poinsett], “que aposté por la libertad con gran ardor y con perfecta sinceridad, pero muy pronto advertí mi insensatez. De aquí a cien años, el pueblo mexicano no estará capacitado para la libertad. Debido a su falta de luces ignora lo que la libertad significa. Dada la influencia de la Iglesia católica, el despotismo es el único gobierno aconsejable, pero no hay razón para que este despotismo no sea sabio y virtuoso”.<sup>111</sup>

Si se tratara de cubrirle la espalda a Santa Anna respecto de la traición a México en la Guerra del 47 nada mejor que dejar asentado páginas antes de entrar a ese tema que Santa Anna sólo busca gloria y no poder como para, ya entrando en el tema de la guerra, poder decir: “La única verdad detrás de todas sus posturas y mentiras era la verdad de siempre: ansiaba sinceramente la gloria, aunque esta vez sabía que la victoria era casi imposible.”<sup>112</sup>

#### 7. LA MÁQUINA, UNA VEZ ECHADA A ANDAR, YA NO SE DETIENE

La coherencia entre su apariencia napoleónica y sus modales afianzan la fachada que presenta al público con acartonada fijeza; de suerte que una vez que en Texas, en 1836, Santa Anna vendió su dignidad a cambio de seguir con vida, su cobardía entró en contradicción flagrante con su fachada. Desafortunadamente, su carácter lo llevó a seguir manipulando en mayor medida para ocultar la lacra en lugar de asincerarse consigo y con el pueblo.

Un prurito de ser lo *mejor* tanto personal como militarmente lo impulsa una y otra vez pero con desmesura, y ante las difíciles circunstancias y sus limitadas

109 Enrique Krauze, en *Ibid.*, pág. 135, cursivas suyas.

110 *Ibid.*, pág. 144.

111 Citado por Enrique Krauze, en *Ibid.*, pp. 143-144.

112 *Ibid.*, pág. 162.

capacidades, lo lleva, si no a ser el mejor, por lo menos a aparentarlo. La fachada<sup>113</sup> esclerosada triunfa sobre el individuo y lo explota y estruja para que se esfuerce eficazmente en la manipulación del público en vista de lograr el objetivo egótico, con lo cual Santa Anna cree —y en eso se sostiene— que este retorcimiento de su persona operado por él mismo en la exacta medida en que reuerce al pueblo y a los principios no es sino a favor de su persona.

A mayores humillaciones y cobardía mayores manipuleos y soberbia y auto-complacencia. *La máquina, una vez echada a andar, ya no se detiene* sino hasta la muerte del pseudocaudillo.

Nótese que la fachada militar esclerosada que lo explota y que a la vez Santa Anna manipula para lograr sus ambiciones contiene simbólicamente los referentes reales a favor de los cuales Santa Anna se afana, esto es, a favor de los intereses de las clases altas mexicanas y extranjeras. El romanticismo de esta fachada napoleónica coordina equívocamente los intereses criollos con los de unidad nacional a la vez que con los del capitalismo europeo y estadounidense. En sus ropas de soldado, en las charreteras e insignias y en las hojas de olivo bordadas en oro, etc., se lee el contrato de los servicios de Santa Anna a una civilización imperialista de la cual él es agente en estas tierras.

#### 8. LAS APUESTAS DE SANTA ANNA Y LAS POSTURAS DEL DESARROLLO DE SU PERSONALIDAD

La personalidad es un hecho temporal que se conforma en el curso de la interacción efectiva del individuo con su medio ambiente. Santa Anna ofrece una *personalidad básica* que sufre *mutaciones* decisivas en el curso de ciertos acontecimientos decisivos y extremos; simultáneamente, se *realiza* y *complejiza* en confrontación con sucesos históricos regulares. Enrique Krauze utiliza la metáfora de la apuesta y la audacia del jugador para caracterizar la psicología de Santa Anna. Desde un punto de vista formal es una decisión adecuada vista la proclividad de Santa Anna por los gallos, las cartas y otros juegos. Pero es evidentemente que el fondo del asunto nada tiene que ver con el juego y la apuesta, etc.

En columnas paralelas reseño, de un lado, hitos decisivos en los cambios de postura de Santa Anna, y, de otro lado, las modificaciones psicológicas que sufre según que realiza a propósito de esos eventos las potencialidades premisiales de su personalidad en un sentido preciso.

113 Sobre el concepto de fachada —así como el de dramatización, etc.— *cfr.* Erwin Goffmann, *Presentación de la persona en la vida cotidiana*.

1. En 1822 el triunfo de la revolución de Independencia “lo sorprende del lado realista”.<sup>114</sup>

2. La “apuesta es fácil: se vuelve iturbidista”<sup>115</sup>

3. Por razones personales —que encubre de políticas— se pronuncia pronto contra Iturbide,<sup>116</sup> cuando éste —viendo sus malos manejos— ya apuntaba a destituirlo del gobierno de Jalapa que le había otorgado.

4. En 1824, desterrado Iturbide, se promulga la primera Constitución federal de México, instaurándose un débil régimen representativo que es inmediatamente contestado por prominentes militares contrarios. Gana las primeras elecciones el general Manuel Gómez Pedraza pero Santa Anna apoya el levantamiento de Vicente Guerrero. Santa Anna no recibe ningún ministerio y se retira a su hacienda desencantado de la “política”.

5. En 1829 enfrenta en Tampico exitosamente a la expedición de Barradas que intentaba reconquistar México para España. Santa Anna es ascendido a general de división, y aclamado como “Libertador de la Patria”. Se perfila el romántico hombre providencial<sup>117</sup> que muchos esperaban.

6. En 1830 Vicente Guerrero es derrocado por Anastasio Bustamante, quien gobierna asesorado por Lucas Alamán en el ministerio de Hacienda, y es revocada la Constitución liberal y federalista de 1824 es revocada. Santa Anna no mueve un dedo por defenderla.

Primero: Santa Anna juega a los extremos hasta agotarlos. Es la primera forma característica de conducta que califica un estilo de liderazgo. Se trata de una pauta que mantiene durante toda su vida, pero sobre todo hasta el logro de su primer período presidencial en 1833 (punto 7). Este extremista se ve obligado a actuar de ese modo dadas las bases emocionales de su pragmatismo (Cfr. inciso 2, “criollos y militares” de este capítulo), cuyo mecanismo elemental lo constituyen las culpas cruzadas. Culpa hacia el padre y culpa hacia la madre por razones sintéticamente contrapuestas o, si se quiere, por el mismo motivo pero con repercusiones opuestas, ora en referencia al padre ora a la madre. Liberales y conservadores representan luego estos polos culpabilizadores. Este extremismo es angustiante y tiende a agotarse, así que Santa Anna deberá pasar a una segunda postura.

114 Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 129.

7. Aprovechando una sublevación contra Bustamante, Santa Anna “juega sus cartas admirablemente”. Esta vez, a la inversa de su anterior partida, se pone del lado de los sublevados contra el gobierno y toma la posición de árbitro. Logra que Bustamante renuncie y que él (Santa Anna) y Gómez Pedraza —aquél a quien “cuatro años antes había contribuido a deponer”— gobiernen. En pocos meses concluye el gobierno de Gómez Pedraza y se llama a elecciones. Santa Anna logra así su primera Presidencia de la República por abrumadora mayoría de votos.

8. Valentín Gómez Farías es vicepresidente y encargado de poner en práctica la Constitución de 1824 contra los fueros militares y los privilegios eclesiásticos. Así que Santa Anna, el presidente, se retira prudentemente a su hacienda, haciéndole el vacío a Vicente Gómez Farías y cuidando de no “quemarse”.

En segundo lugar, en vista de defender su yo respecto del castigo y la censura, no sólo pasa de un extremo a otro, circularmente, sin encontrar remanso, sino que termina por oponerse a los extremos. Esto es, elige otro extremismo, el de aparentar salirse del juego pero sin abandonarlo en verdad, sino permaneciendo como su participante más intenso. Se erige en moderador del juego de extremos, en “árbitro supremo” —según dice— “de las pretensiones exageradas de los grandes partidos que por desgracia dividen la República”.<sup>118</sup> (Apuestas 8 y 9).

115 *Ibid.* Enrique Krauze dice equivocadamente: “su primera apuesta”, pero, en verdad, su primera apuesta fue del lado de la colonia, del lado realista, sólo que, como fue equivocada por no ser éste el bando vencedor, Santa Anna la revocó. El oportunismo de Santa Anna y su proclividad por el poder se revela ya en esta primera apuesta. Por eso Enrique Krauze la soslaya.

116 “Mucho se ha hablado sobre las posibles causas de tal deslealtad [de Santa Anna a Iturbide], ¿la causó el rechazo y el relego y castigo a su indisciplina?, ¿la generó el rencor contra el Emperador que descubrió su oportunismo [de Santa Anna] al [enterarse (¿con sorpresa e ira?) de que Santa Anna se dedicaba a] enamorar a su vieja tía [del Emperador] para entrar en la familia reinante?, se pregunta Josefina Zoraida Vázquez (*op. cit.*, 1987, pág. 15), y nos revela con ello los alcances de Antonio.

117 *Ibid.*, pág. 132.

118 Santa Anna citado por Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 136.

9. No se hace esperar un levantamiento militar de los conservadores, a la voz de “religión y fueros” contra el gobierno. Por debajo del agua lo apoyó Santa Anna, pero luego públicamente lo desautorizó<sup>119</sup> y lo venció. Pero ya en su retiro de Manga de Clavo le parece que, “después de todo, los conspiradores tenían razón.”<sup>120</sup> Y como la gente culpaba a Valentín Gómez Farías por las reformas, lo destituye para quedar bien y suspende las Cámaras.

10. Sus cartas justificatorias y conciliatorias dirigidas a Francisco García, liberal puro y defensor de Valentín Gómez Farías, y, sobre todo, poderoso gobernador de Zacatecas que podía destronar a Santa Anna, no logran aplacar a aquél, quien termina por rebelarse al mando de 5000 hombres, pero Santa Anna los vence. Santa Anna instauró una Constitución centralista, pero extrañamente Enrique Krauze no lo señala sino que sólo lo sugiere por el contexto.

11. En todo caso, un factor decisivo para el levantamiento de los tejanos en vista de ser independientes fue que el pacto federalista había sido derrocado y sustituido por una ley reaccionaria. En 1836 “dos territorios de los extremos del país rechazan la nueva constitución centralista y se separan: Yucatán y Texas.”<sup>121</sup> Santa Anna organiza un ejército para sofocar a los te-

Ahí encuentra, tercero, su verdadero yo, por el que había pugnado desde el principio. Su lucha por este bien único se debió enmarcar ora con este ora con este otro extremo, sin hallar realización plena en ninguno. Pero tampoco en la moderación y el arbitraje. Santa Anna, por ende, se zafa de esa posición y se retira a su hacienda. (Apuestas 9, 10 y 11).

119 “Santa Anna no era ajeno a estas reformas. Desde su posición de aparente retiro, dejaba hacer y medía la temperatura de la sociedad. Al poco tiempo, estalla en Morelia el «pronunciamiento» de un general Durán, en favor de la «Religión y fueros» y en contra del gobierno. El general Arista marcha a sofocarlo pero, en el camino, ambos, Durán y Arista, proclaman a Santa Anna «Supremo dictador». Según testimonio de Arista, era el propio general Santa Anna, «genio fatal para el Anáhuac» quien conspiraba contra... el presidente Santa Anna.” (*Ibid.*, pág. 133) Es curioso observar a Enrique Krauze dudar de que la testificación de Arista fuera verdad.

120 *Ibid.*, pág. 135.

121 *Ibid.*, pág. 138.

janos.

12. La campaña de Tejas (1835-36), primero exitosa, termina en derrota, prisionero Santa Anna y con la traición de éste a México, su primera traición, propiamente dicha, a la Patria. Santa Anna perdió el amor de sus compatriotas pues se supo de sus arreglos con los tejanos y con el presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson.

La cuarta posición pudo no ocurrir jamás, pero la guerra de Texas violentó el desarrollo personal de Santa Anna. “Lisonjeado sin duda por la idea de terminar por sí mismo la guerra con un golpe decisivo”, se vio trastornado, despertando de su sueño narcisista, en prisión y a punto de ser linchado se arrojó en brazos del enemigo para traicionar a México y a sí mismo para sólo así prevalecer. Su yo mexicano recién conquistado en plenitud en 1834 pasó a excederse y se topó con su yo estadounidense. Debió aceptar esta contradicción dentro de sí que quería sobrevivir. El yo de Santa Anna se autoconsolidó como un yo traidor o incluso de los extremos en sí mismo, y mintiendo a ambos creyendo afirmarse a sí mismo. (Apuesta 12).

13. Santa Anna “necesitaba recobrar [el reconocimiento popular] con una nueva apuesta, jugarse el todo por el todo.”<sup>122</sup> En 1838 es llamado con urgencia a defender Veracruz. Gana la “guerra de los pasteles” contra una escuadra de guerra francesa, y pierde en combate la pierna izquierda. “El pueblo enternecido volvió a adorarlo” como héroe.

Alcanza la quinta postura reivindicándose en la “Guerra de los Pasteles”, en la que confirma su identidad con la Patria; hoy salvador como en 1829 libertador de la patria. De suerte que si prevalece su yo, así sea a costa de traiciones a la Patria, ésta prevalece; y es en aras de ella que Santa Anna creará actuar (Apuesta 13). Allí logró Santa Anna ocultar su yo estadounidense y traicionero contra su yo mexicano con un nuevo y flamante yo mexicano.

Esta sorprendente alternancia y contraste impulsó a Justo Sierra a escribir, 50 años más tarde, lo siguiente, según Enrique Krauze lo glosa:

“Una actitud heroica, un requiebro romántico... [refiriéndose a los Manifiestos reivindicativos que publicara Santa Anna] y la Nación entera estaba a los pies de aquel Don Juan del pronunciamiento, del *Te Deum* y del préstamo forzoso”, el «gran se-

<sup>122</sup> *Ibid.*, pág. 138.

ductor» para quien «la República era una querida... una concubina». “¿Qué traía ese hombre?»”, se preguntaba Justo Sierra, «en quien las masas populares se empeñaban en ver como un Mesías?» «Disimulo, perfidia, astucia, perspicacia», se contestaba a sí mismo, «todo al servicio de la vanidad y la ambición» [según Enrique Krauze glosa a Justo Sierra].<sup>123</sup>

Y Enrique Krauze añade atinadamente, “había algo más..., [era] un «gran comediante» ... [que] siempre parecía sincero.”<sup>124</sup>

Justo Sierra califica a Santa Anna de gran seductor, si se quiere, “de la República”, adecuando su frase al derrotero de Santa Anna que va de 1822 a 1838, frente a esa pierna perdida en combate que lo reivindicó de la traición de Tejas. Enrique Krauze extiende la frase de Justo Sierra hasta 1846, a inicios de la guerra contra Estados Unidos, y lo transfigura en el “seductor de la Patria”. Enrique Serna retoma de Enrique Krauze la frase para aplicarla integralmente a Santa Anna, hasta el año de su muerte en 1876, incluyendo su conducta en la guerra de 1847, lo cual es perfectamente inapropiado.<sup>125</sup> Ya va siendo excesivo aplicar la noción al año de 1846, en que Santa Anna tuvo arreglos en La Habana con Slidell MacKenzie, representante del presidente Polk.

Ahora bien, más allá de los rasgos personales de Santa Anna que posibilitaban ese logro histórico y de la psicología de masas del México de entonces, presa bajo una moral sexual católica a la vez que recién abierta a una perspectiva independiente pero que frustraba constantemente sus intentos de concretar constructivamente su ámbito de libertad,<sup>126</sup> así que era proclive a la sublimación libidinal imaginaria adscribiéndola a un caudillo de corte represor/reprimido, a la vez que compulsivamente arrojado a intentar fallidamente superar su impotencia personal y a ocultarla y transfigurarla en un discurso épico romántico, más allá de esta interacción psicosocial entre Santa Anna y el pueblo, concurren condiciones materiales para que tengamos el sorprendente cambio de percepción epocal de la misma persona aunque en formas diversas y a propósito de hechos distintos.

En primer lugar, la extrema *descohesión geográfica* de los núcleos poblacionales —el territorio nacional era más del doble del actual, pero la población total hacia 1848 era menor a 8 millones de habitantes— produce el efecto de que cada núcleo poblacional viva como en un mundo cerrado sobre sí mismo y

123 *Ibid.*, pág. 139.

124 *Ibid.*, pág. 140.

125 Más abajo abundaremos esta crítica.

126 *Cfr.* Wilhelm Reich, *La psicología de masas del fascismo*.

asuma las noticias locales pero desvalore las externas o les de una interpretación local.

De tal modo, la comunicación periodística o el rumor establecen una relación *formal y exterior* entre las gentes, acostumbradas a la evidencia ocular directa. Por tal razón, el “*se dice*” informa hasta el discurso periodístico e invade la comunicación social, a la vez que —sin avasallar— deja un resquicio mental en el auditorio en el que cabe la duda y la apertura a cualquier otra evidencia. La gente escoge lo que quiere creer, generalmente inclinándose ante evidencias que tiene frente a frente, como la expulsión de los franceses del puerto de Veracruz en 1838, etc.

En cuarto lugar, tenemos la *descohesión social y el antagonismo* entre individuos, clases, etnias y castas. Los cuales generan resentimiento y desentendimiento recíprocos y generales entre los grupos y los individuos; de ningún modo una opinión pública.<sup>127</sup> De suerte que no emerge un criterio unificado sobre los fenómenos. Éstos siempre se deslizan desde la aceptación al rechazo y viceversa, como en un péndulo, en el vaivén de la intelección.

En este contexto se ahonda la necesidad de evidencia inmediata y de cohesión social auténtica, de superación del aislamiento y de logro de coincidencia y confluencia para neutralizar la soledad y la desconfiada dubitación constante. Allí emerge el caudillo *reunificando realmente* a los grupos y haciendo palidecer ante su evidencia empírica, cárnea, cualquier chisme, rumor o señalamiento específico en contra.

En sexto lugar, la recepción que el sector poblacional dedicado a la política tendría de los sucesos está mediada por los cinco aspectos previos. Y, dados sus mezquinos intereses, se inclinan favorablemente al caudillo si éste es aceptado por los grupos, o si se lo requiere para sacar adelante la solución a algún problema. Santa Anna se formó en este crisol geográfico, poblacional, comunicacional y psicosocial; de suerte que el ritmo y el modo de su actuación se acompañan con el pulsar público de su época, está sujeto a ella y es sujeto en ella.

De tal modo, Santa Anna alcanzó su sexta postura existencial y psicológica en la guerra del 47, traicionando a México a favor de Estados Unidos. Traicionó a México a favor de Santa Anna que, según Santa Anna, es México, así que lo traicionó a favor de México y debemos estarle agradecidos. La contraposición de su “yo 1” y su “yo 2” generó un *ensoberbecido yo acrecido* endurecido para no reconocer su culpa y su responsabilidad histórica. Este yo acrecido más fácilmente lo identificó Santa Anna con México. Cuando que en su quinta postura había logrado *ocultar* su traición —mediante su renovada identificación

127 Cfr. Lucas Alamán, *Historia de México*, tomo v, pág. 426.

patriótica y la identificación de las masas con él en tanto caudillo— y había aprendido a vivir con ella. La cuestión que se le abrió después de la guerra del 47 —cómo vivir con la traición a su patria— ya la había resuelta en la década previa, entre 1836 y 1838.

La séptima postura existencial de Santa Anna es la última. Hombre endurecido, acorazado para no reconocer sus culpas, es soberbio más allá de los extremos. Él es a la vez el extremo y el “árbitro supremo”. Él es “Su Alteza Serenísima” y abiertamente un dictador conservador. El país logró quitárselo de encima con la revolución de Ayutla desencadenada por el liberal Juan Álvarez.<sup>128</sup> He allí un árbol sin raíces secándose en su propia podredumbre tanto en el exilio como cuando en 1873 se le permitió regresar a México para morir en 1876.

#### 9. “RETROCEDER PARA MEJOR SALTAR”, O LOS RETIROS A MANGA DE CLAVO

El sesgo chantajista de los retiros de Santa Anna a su hacienda en espera de ser llamado a un ministerio o para hacer el vacío a Valentín Gómez Farías, etc., los evidencian como piezas de su carácter manipulatorio ávido de poder; negar este hecho, como hace Enrique Krauze, es por demás artificioso. “El seductor de la patria se retira una vez más a sus haciendas, para que lo extrañen, para que lo aprecien, para que lo llamen, si un «osado enemigo» amenaza a la Nación”,<sup>129</sup> dice Enrique Krauze, contraponiendo el carácter chantajista que dibuja con la avidez de poder sin ver que compaginan. Los retiros a la hacienda —por ejemplo, después de batir al liberal Francisco García, protector de Valentín Gómez Farías, porque Santa Anna clausuró el Congreso luego de revocar las leyes liberales federalistas por las que se pronunciara— no dejan de revelar una conducta culpable. Simultáneamente, el retiro es una espera en vista de ser reivindicado, un modo de vivir el miedo al castigo y transformarlo en premio, pauta infantil asociada a una hipocondría histérica, cuyos síntomas somáticos le hacen creer a Enrique Krauze que Santa Anna simplemente se retira a restablecer su salud.

Santa Anna ofrece una explicación del sentido de sus retiros a Manga de Clavo en ocasión de su carteo justificatorio con Francisco García, después del flagrante atropello que infligiera a Valentín Gómez Farías y al Congreso. Dice querer restablecer su salud, y como no ambiciona el poder sino sólo el amor de sus compatriotas, no tuvo reparo en hacerlo. Y ahí tienes que Enrique Krauze le cree. Luego, Santa Anna se muestra como reparador de los entuertos provoca-

128 Valentín López González, *Cuernavaca, capital de la República. Fin del santanismo 1855*.

129 Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 138.

dos por las reformas de Valentín Gómez Farías a la Nación, y, más abajo, como liberal convencido y, a la vez, hombre sabiamente medurado. Así que lo vemos en esta bisagra en una de sus facetas camaleónicas ejemplares. Consecuentemente, en su segunda carta se dibuja a sí mismo como árbitro de las tendencias exageradas no obstante que García le señala que “la suspensión de los trabajos del Congreso ordenada por Santa Anna era idéntica con la disolución [del Congreso] en tiempos de Iturbide.”<sup>130</sup>

Santa Anna se infunde en su papel de sofista cantinflesco y lo vemos preguntarse y responderse falazmente, cerrándose sobre sí mismo sin oír el reclamo sino pretendiendo oír el cuestionamiento para sustituirlo por sus propias preguntas y luego responderse complacientemente. Éste es el círculo del poder en el discurso y es el espejo de la coraza caracterológica que lo circunda y del círculo de hierro con el que sometió prácticamente a la nación.

La desfachatez de querer embaucar con sus argumentos a Francisco García no deja de ser cómica por la desproporción de los mismos respecto de la realidad a la que aludían; pero se trata de un rasgo sádico acusado con el que un imbécil sin principios se embarca en la ambición de lograr embaucar a un liberal principista que cree en las ideas y los ideales. De hecho, ya las cartas así compuestas —antes de lograr embaucar y por allí humillar— humillan a Francisco García quien tiene que leerlas, así que entregan a Santa Anna el placer anticipado que le da la energía como para ocuparse de redactarlas, amén de la infatuación de que hay quien lo lee.

El discurso santánico revela, con su aparente tono justificatorio, un retroceder para mejor saltar sobre su presa también a nivel intelectual; y lo mismo muestran sus “Manifiestos” a la nación y otros escritos del “seductor”.

130 *Ibid.*, pág. 137.



## APARTADO B

### LOS HITOS DE LA ACUSACIÓN DE GAMBOA CONTRA SANTA ANNA

#### CAPÍTULO VI

#### DEL MÉTODO SANTA ANNA AL PROCESO SANTA ANNA

##### 1. LA ACUSACIÓN DE GAMBOA CONTRA SANTA ANNA

Gamboa redondeó su acusación recién terminada la guerra. Esta acusación tiene sobre todo un tono jurídico, aunque se apoya en cierto relato histórico, pues cualquier acusación jurídica tiene que reconstruir los acontecimientos. La acusación, jurídica como es, respecto de sucesos históricos, hace una reseña histórica breve.

Año y medio después, Santa Anna contesta a la acusación de Gamboa dando un informe a la nación por petición del Congreso. Santa Anna envía su informe desde Jamaica, en donde se encontraba desterrado por propia voluntad. Un mes después contesta Gamboa al informe de Santa Anna. Esta última contestación tiene menos los visos de una acusación jurídica pero es mucho más un documento histórico probatorio en el tono de “¿por qué dije aquello? Por esto, por esto y por esto” “¿Por qué acusé? Por esto, por esto y por esto,” etc.

Gamboa ofrece argumentaciones con base en hechos y con base en interpretaciones de hechos y, al mismo tiempo, ofrece documentos de la época para probar sus afirmaciones. (cartas de Santa Anna y de otros generales, así como publicaciones periódicas, etc.). La réplica de Gamboa muestra el carácter de una narración histórica con pruebas y por su extensión, pues ocupa alrededor de 150 páginas y detalla batalla por batalla —siguiendo un orden cronológico—

cómo intervino Santa Anna, las condiciones del campo de batalla, la situación del enemigo, etc. Puede encontrarse este texto como apéndice al escrito de Santa Anna “La guerra de México con Texas y con Estados Unidos” en el libro *La guerra de Texas y Antonio López de Santa Anna*, publicado por la UAM (México, 1983). Se trata de la copia facsimilar del tomo 29, “Antonio López de Santa Anna”, de *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, publicados por Genaro García, Sart Buret, 1910 (posteriormente la Editorial Porrúa lo publica en 1991).

#### a. La batalla de Puebla

Pasemos a hacer algunas referencias a la acusación de Gamboa. Situémonos en la batalla de Puebla, esto es, en la batalla que Santa Anna no dio en Puebla. Gamboa hace el siguiente relato en la página 263 del facsimilar que tenemos:

Después de haber perdido en Cerro Gordo, Veracruz, Santa Anna se dirige hacia Puebla. Un periódico, *El Monitor* del 22 de octubre de 1847, describe de esta manera su salida de Amozoc:

Sabedor Santa Anna de que el enemigo había llegado á Amozoc se reía de los avisos que le daban diciendo: “no hay cuidado, ya los quitaremos de en medio”; aludiendo seguramente al ataque que pensaba darles, con cuyo objeto mandó hacer requisición de caballos, y recogió en un día mil cuarenta, según nos dijeron, de los vecinos de Puebla [excepto sólo los extranjeros], de los viajeros que entraban y salían por las garitas y de los pasajeros que estaban en los mesones. A las nueve de la mañana del día 21 se presentó como á una legua del pueblo de Amozoc, por el camino de Puebla, del cual regresaron al pueblo con la noticia de haberlo encontrado con los que iban á la ciudad por pan; los enemigos, descuidados y sin saber nada, alarmados con el movimiento, averiguaron la causa, tocaron generala y en poco tiempo se pusieron sobre las armas y listos para el combate. El general Santa Anna pasó por la falda de los cerros de Oriente con una fuerza como de dos mil caballos, pues ocupaba más de una legua de terreno, distinguiéndose perfectamente toda su línea y la de los enemigos desde la altura del Rancho de San Nicolás, donde nos hallábamos; cuando la mediana de la caballería pasaba frente al centro de la línea del enemigo rompió éste el fuego de su artillería, á cuyo segundo tiro perdieron los nuestros la formación, y al tercero se retiraron en distintas direcciones, lo que, visto por el enemigo puso en juego las demás piezas.

Algunos vecinos de Amozoc que iban huyendo, encontraron á un jefe de caballería con algunos dragones, que les preguntaron cuál era el camino; ¿el de Puebla o el de Acajete?, respondieron por donde Dios me ayude, replicó el oficial. Con lo que

hemos visto en Cerro Gordo y en Amozoc ya no nos queda esperanza alguna; *nos parece que están enseñando á huir á nuestros soldados*.<sup>131</sup>

Este relato sugiere que Santa Anna puso a tiro al ejército mexicano. Le avisan: “ahí está el enemigo”. Él contesta “Ah, no hay problema”, y, sin embargo, pasa por donde estaba el ejército norteamericano propiciando que éste agrede a mansalva al mexicano. Así que nada más atinado que la exclamación que puntualiza la escena: “nos parece que están enseñando a huir a nuestros soldados”.

Y sigue *El Monitor*: “Al General Santa Anna le llevaron á Puebla un correo que se presentó con pliegos del enemigo, y el General le impuso la condición que á nadie dijera que se había presentado sino que lo habían cogido.”<sup>132</sup>

Aquí termina la nota de *El Monitor* que cita Gamboa, quien comenta:

En esta nota habrá más o menos exageraciones, pero en sustancia sí quedan vistos y demostrados el número de tropas y los elementos que tenía el General Santa Anna para defender á Puebla [y que no lo hizo, pretextando que no tenía tropas suficientes, etc.], y por otra parte las fuerzas y cañones del enemigo. El respetable jurado y el pueblo mexicano calificarán si debió haberse hecho resistencia, ó si fue prudente y justa la retirada [como lo hizo Santa Anna].<sup>133</sup>

El rasgo vengativo del carácter de Santa Anna se trenza con su traición para vestirla de gala. Pues si entrega todas y cada una de las batallas al enemigo, existen personas o sitios particularmente desgraciados elegidos por Santa Anna en razón de haber sufrido éste alguna ofensa de parte de aquéllos. El rasgo más abrumador es el de la negativa de Santa Anna a auxiliar al general Valencia en la batalla de Padierna, o la venganza que efectuó contra Nicolás Bravo en Chapultepec. Otra acción funesta fue el abandono de Puebla en 1847, pues el pronunciamiento encabezado por Paredes en Guadalajara —y que diera por resultado la caída de la corrupta dictadura de Santa Anna en 1844, y su destierro a La Habana, de donde volvió en 1846 para asumir el mando del ejército mexicano— fue secundado por la guarnición de Puebla, “capitaneada por Ignacio Inclán”.<sup>134</sup> Santa Anna sitió Puebla “del día 1º al 12 de enero de 1845”, pero “entretanto Paredes se había apoderado de la capital” y Santa Anna tuvo que levantar el sitio y huir. Lo que motivó “una serie de pasquines en verso publicados en Méxi-

131 Citado por Ramón Gamboa, en “Impugnación al informe del General Santa Anna...”, incluido en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, pp. 263-264.

132 *Ibid.*

133 *Ibid.*

134 Manuel Toussaint, *Folklore de Puebla y los poblanos*, pág. 13.

co”, y cantados por los poblanos con regocijo, donde se “encombiaba su valor y su triunfo” [de Paredes] sobre Santa Anna, de quien se hacía escarnio por cobarde, traidor, tirano, ladrón, corrupto y correlón;<sup>135</sup> por ejemplo, en el “Himno Patriótico” firmado por un tal R. F. V.

*Tiemble pues el tirano de miedo  
que el poblano al morir con desnudo  
¡Gloria! exclama, por la libertad.*

O esta hoja anónima:

*Santa Anna se marchó a Puebla  
con nuestros cañones;  
si lo llega a coger Bravo  
se ha de mear en los calzones.*

O esta otra:

*El presidente sin pata  
ha robado mucha plata  
Santa Anna infame robó  
más de setenta millones  
y Puebla se pronunció  
recargada de pensiones.*

O ésta:

*Poblanos llegó ese cuándo  
que nuestro valor desea,  
de que Santa Anna se vea  
ante el Congreso llorando.<sup>136</sup>*

*b. Defensa de la ciudad de México. Santa Anna frente a Jarauta*

Lo que seguía era defender la ciudad de México. La mirada de Santa Anna al respecto es macabra —y como para justificarse de antemano— bajo su apariencia realista:

En esta ciudad en la que se han estado haciendo muchas obras de fortificación, hay reunidos unos 16.000 hombres... Temerario parece que Scott marche con tan corta fuerza (12.000 hombres) contra una ciudad de 180.000 habitantes y con una guarni-

<sup>135</sup> *Ibid.*, pág. 14.

<sup>136</sup> *Ibid.*, pp. 14 a 19.

ción tan considerable, mucho mayor que la del ejército que la ha de atacar y sin dejar comunicación establecida con la costa, pero no obstante eso, me parece infalible que tome la ciudad, porque toda esa tropa en lo general son reclutas mandados por generales cuya velocidad en la fuga está muy acreditada, y la masa de la población no se mueve para nada, pues está viendo todo esto como si se tratase de un país extraño. Tal ha quedado de fatigada en tan diversas revueltas. Todo esto va a terminar muy pronto.<sup>137</sup>

En realidad, la ciudad de México fue defendida heroicamente por el ejército mexicano, una y otra vez frustrado por los actos de Santa Anna, quien finalmente —con el resto de su ejército— la abandona a hurtadillas a los yanquis dejando indefensa la intensa resistencia popular que los capitalinos opusieron al invasor. De esta resistencia popular da cuenta brillantemente María Gayón Córdoba en su *1847-1848. La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México*. “Horas enteras se prolongó la lucha —dice Guillermo Prieto— emprendida por una pequeña parte del pueblo, sin plan, sin auxilio, sin ningún elemento que prometiera un buen resultado; pero lucha, sin embargo, terrible y digna de memoria.”<sup>138</sup> Comenta José Emilio Pacheco que los norteamericanos tuvieron que organizar “tres columnas... para sofocar la insurrección”.<sup>139</sup>

El padre Celedonio Domeco de Jarauta (1814-1848),<sup>140</sup> capellán del segundo batallón de infantería y del hospital de sangre “organizó partidas guerrilleras con las que hostilizó a las tropas invasoras, y llegó a cortar las comunicaciones del enemigo entre Jalapa y Veracruz”.<sup>141</sup>

Frente al abandono de la ciudad de México por Santa Anna llevándose consigo a todo el ejército se suscitó la resistencia popular a la invasión yanqui. Fue en este contexto cuando, siendo adolescente, García Cubas<sup>142</sup> vio así al padre Jarauta:

137 Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, citado en Enrique Krauze, *op. cit.*, pp. 166-168. La mirada de Santa Anna parece regir, sin más, la de Enrique Krauze.

138 Citado por José Emilio Pacheco en su “¿Dónde está el padre Jarauta?”, pp. 56-57).

139 *Ibid.*, pág. 57.

140 Para una documentada semblanza —y la más reciente— de este personaje cfr. Daniel Molina Álvarez, *La pasión del padre Jarauta*, Comité Editorial del Gobierno del Distrito Federal, México, 1999. Así como la excelente reseña del mismo, por José Emilio Pacheco.

141 Humberto Mussacchio, *Gran diccionario enciclopédico de México*, tomo II, pág. 951.

142 María Gayón Córdoba, *op. cit.*, abre un inciso dedicado a “Algunos frailes [que] se han unido al combate popular” (pp. 42-43) y sólo al R. P. Héctor González y al padre Martínez, pero no da noticia ni de Jarauta ni del capellán Ignacio Quintanar, recordados por Antonio García Cubas (*op. cit.*). Daniel Molina Álvarez al dar noticia de recientes menciones periodísticas al padre Jarauta

Alejado de mi hogar me hallaba con mi madre y hermana en una casa de la calle del Cuadrante de Santa Catarina, donde no alcanzaban las granadas que sin cesar llovían por la parte occidental de la ciudad, cuando en la mañana del mencionado día 14, escuché con asombro un gran alboroto en la calle, a la vez que los vecinos de la expresada casa, hombres, mujeres y niños apresuradamente abandonaban sus habitaciones y corrían por los patios dirigiéndose al zaguán, en el que se agruparon movidos por la curiosidad. Yo corrí con todos sin que fueran bastantes los gritos de mi madre, y sacando mi cabeza como pude contra aquella masa compacta de cuerpos humanos que interceptaban la puerta, vi corriendo en tropel por la calle, con dirección a la esquina de la Amargura, un pelotón de hombres armados y a cuya cabeza iba un fraile, montado en un brioso caballo, con sus hábitos arremangados y sosteniendo en sus manos nuestro glorioso pabellón de las tres garantías. El fraile aquel infundía aliento e inspiraba entusiasmo a los gritos de ¡Viva México y mueran los yankees! Así es que los hombres que en el zaguán había, abandonaron éste para unirse al grupo de los patriotas, y yo con ellos. Así llegamos a la esquina de la calle que enfila a las de Santo Domingo, momento en que se veía de lejos la columna norteamericana que hacía su entrada en la plaza, desembocando por las calles de Tacuba y de Plateros. Una descarga de fusilería, ordenada por el fraile, fué contestada por los *yankees*, a la vez que por otros puntos lejanos se escuchaban las detonaciones de las armas de fuego, pues eran los momentos de una conflagración general en la ciudad. A poco *grupos de lanceros desprendidos del ejército que había emprendido su retirada por Guadalupe* [esto es, que se negaron a seguir a Santa Anna en su cobarde y pérfido abandono de la capital al enemigo], se dirigían esquivando calles, hacia otros lugares desde los cuales pudieran causar mayores daños. El grupo de patriotas siguió combatiendo y yo hube de retirarme arrastrado por mi madre, a la que había puesto, por mi imprudencia, en la mayor congoja.

El padre, con los suyos, abandonó aquel punto para elegir otros más convenientes para su intento. Aquel fraile era Don Celedonio Domeco de Jarauta.<sup>143</sup>

En la gesta de Celedonio Domeco de Jarauta resalta una opción histórica posible en medio de los acontecimientos, pero que fue cercenada por las clases dominantes mexicanas y en primera línea por Santa Anna, y posteriormente por los liberales moderados que firmaron los tratados de Guadalupe Hidalgo con los norteamericanos. Ante esta opción y ante la referida gesta es difícil de presentar como algo digno el *abandono de la ciudad de México por Santa Anna*, contando éste todavía con un cuerpo de ejército de 9000 hombres.

“en ocasión del 150 aniversario de la guerra del 47” (*op. cit.*, pág. 12, nota a pie 1) afirma erróneamente que en el folleto de María Gayón Córdova se menciona al padre Jarauta.

143 Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, pp. 573-574, cursivas mías.

Hay una salida. ¡Presentémoslo como *parte* de un último esfuerzo en medio de algo ya perdido, indefendible! Es decir, primero establezcamos que la ciudad está perdida y que es indefendible. Así que para qué pedir que Santa Anna se hubiera quedado a combatir por ella. Es más, ¿qué no fue algo por el estilo lo que Santa Anna pensó o deseó que ya fuera lo que parecía?

Pero aún falta otro arreglo. En segundo lugar, situemos el abandono de la capital en un *nuevo contexto*; pues que ya estaba perdida, no es que el acto santánico la perdiera definitivamente, sino que ese acto era *parte* de un nuevo esfuerzo contra el invasor: “para reorganizar la resistencia”.

De hecho, éste es el procedimiento que eligió Josefina Zoraida Vázquez para defender a Santa Anna por haber abandonado éste la ciudad de México y a la resistencia popular que surgió en ésta contra los ocupantes yanquis. La cito: “Mas el enemigo no fue sólo el invasor; el cáncer más dañino era la división interna que corroía el cuerpo social y la falta de elementos. Nadie pudo evitar que la ciudad de México fuera ocupada en septiembre de 47, sin que el ejército diera pelea, porque Santa Anna había decidido retirar las tropas y renunciar a la presidencia, para reorganizar la resistencia.”<sup>144</sup> Una resistencia que precisamente Santa Anna *no* reorganizó, habría que añadir, aunque esto no parece suficiente para contraargumentar a Josefina Zoraida Vázquez, pues es muy fuerte aquello de que “*nadie pudo evitar* que la ciudad de México fuera ocupada...” Así que no tiene sentido pedírselo si Santa Anna es alguien, si ni siquiera nadie pudo antes.

Si no existiera en la historia de Occidente memoria de la estratagema del “Nadie”, Josefina Zoraida Vázquez se hubiera salido con la suya; pero Odiseo ya entrampó hace muchos siglos al Cíclope en su propia caverna con eso de “soy Nadie y Nadie me llaman mis compañeros todos”. Por lo cual ya estamos advertidos de que Santa Anna es alguien y que lo que pudo hacer no lo hizo, y que lo que hizo apuntó a favorecer a los yanquis y a perder —ni siquiera sólo coyunturalmente— a los mexicanos, y sólo *después* que hizo todo eso y dejó de hacer todo aquello, sí, sólo *después* fue que ya “*nadie pudo evitar*” la ocupación yanqui. Subrayo lo de después porque Josefina Zoraida Vázquez se permite jugar con los tiempos en la sintaxis de sus cláusulas, no digo que con los de la historia real.

## 2. EL MÉTODO DE SANTA ANNA

144 Josefina Zoraida Vázquez, *Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma*, pág. 31.

Además de la acusación general de Gamboa —y un poco para sensibilizarnos respecto de qué situación prevalecía, cómo era la época, el paisaje, etc.— nos interesa observar más en detalle el *método* seguido por Santa Anna.

Santa Anna no solamente pierde batallas siguiendo el método inverso al de Napoleón —según vimos en el capítulo II— sino que sigue un método al mismo tiempo *militar y político*, un método político aplicado a los momentos de las batallas.

En primer lugar, Santa Anna comienza reuniendo un ejército, caballos y demás para pretextar armarse en vista de defender la plaza en cuestión. Esto le permite, en segundo lugar, pedir dinero para la manutención del ejército. En tercer lugar, se apresta al combate y aún balandronea y se pavonea. Así mejor puede recibir apoyo, crédito de la gente y prestigio. En cuarto lugar, lanza al ejército a una loca e imbécil empresa en la que queda diezmado.

Este es el método constante. Puebla no fue la única ocasión sino que lo lleva a cabo una y otra vez. En fin, sí había fuerzas suficientes para derrotar al enemigo pero Santa Anna las diezma para que el enemigo pueda avanzar; así que todo queda tablas, como estaba antes, sólo que cada vez habiendo el enemigo penetrado unos kilómetros más en territorio mexicano.

En quinto lugar, finalmente, Santa Anna pierde la batalla o, más bien, la abandona con facilidad; abandona o pierde el puesto por defender, en este caso, Puebla.

Los primeros cuatro movimientos están a favor de él mismo y, en apariencia, del pueblo de México y contra el enemigo; el último movimiento —ya cuando abandona definitivamente—, está directamente a favor del enemigo. Estos fueron más o menos los pasos que siguió en la Angostura, en Chapultepec, etc., en cada ocasión en que intervino. La acusación de Gamboa está enderezada en este tenor.

Resaltemos algo sumamente interesante en la acusación de Gamboa que tiene que ver con la crítica que le hicieron por él suponer un plan maestro y maléfico que Santa Anna trata de desplegar en todos los acontecimientos. Gamboa no dice esto pero, efectivamente, parece derivarse como consecuencia del modo en que presenta las cosas, y no tanto porque establece la concatenación de hechos, o porque en todas las ocasiones demuestra que hubo traición sino, más fundamentalmente, porque alude tanto a la intervención de Santa Anna en 1846-1848, en la guerra con Estados Unidos, como también en la Guerra de Texas, en 1835, y establece una cierta unidad entre estos dos momentos históricos sugiriendo que Santa Anna participa en ambos traicionando del mismo modo. Gamboa razona así a partir del hecho de que Santa Anna firmó tratados —uno abierto y otro secreto— con los texanos en los que reconocía la independencia

de Texas y decía que iba a abstenerse de combatirlos con las armas; es más, que iba a regresar a la Ciudad de México cuanto antes en vista de poner al gabinete a favor de esta idea. A partir de este tratado (1836) que a ojos de Gamboa lo señala como traidor quedan marcadas las demás intervenciones de Santa Anna 10 años después —en la guerra del 1846-1848—. <sup>145</sup> Así que uno puede decir: hay un plan general.

### 3. LA PSICOLOGÍA CULPABLE/ENTREGUISTA DE SANTA ANNA (DE TEXAS A LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS)

Interesa esta referencia a la intervención de Santa Anna en la guerra de Texas, más que para aludir a un plan general —que no está denunciado explícitamente por Gamboa y que tampoco creemos que exista—, para observar ciertos resortes psicológicos que movieron a Santa Anna para actuar como lo hizo. Sugiero que los acontecimientos texanos de 1836 tuvieron tal influencia en su fuero interno, en su mentalidad, en su personalidad, que ésta quedó marcada y pasó a actuar de acuerdo a ello 10 años después.

### 4. EGO ENSOBERBECIDO Y NARCISISMO POR SOBRE SU CONTRADICCIÓN (EL PROCESO SANTA ANNA)

En primer lugar, sigamos la descripción psicológica que hace Gamboa del propio Santa Anna en el apartado subtítulo “Volubilidad del señor Santa Anna”. Dice Gamboa:

Propuse como preliminar de mi acusación la natural versatilidad del señor Santa Anna, por la que ha incurrido en contradicciones que han llamado la atención del Universo. Cité las épocas de 1822, derrocando al inmortal [Agustín] de Iturbide; 1828, pronunciándose contra el Sr. D. Manuel Gómez Pedraza; 1832, lanzando su voz á favor del mismo Sr. Pedraza; 1833, recibiendo del partido demócrata los sufragios para la presidencia; 1835 en que derrocó al partido liberal; 1842, en que desquició el gobierno de las Siete Leyes; 1844, en que quitó al Congreso que había puesto, y 1846, en que, vuelto á unir con los liberales, trajo la Constitución de 1824 en unión del Sr. (Valentín) Gómez Farías.

<sup>145</sup> Roberto Blanco Moheno construye sobre esta base —pero sin citar a Ramón Gamboa— su estrambótica pero muy interesante y aguda obra, *Iturbide y Santa Anna. Los años terribles de la infancia nacional*.

Referí también su repetida aversión para con algunos de sus amigos, como fueron los Sres. [generales José Antonio] Mejía, [Mariano] Arista, [Pedro] Ampudia, [Anastasio] Parodi, [José Vicente] Miñón y [Anastasio] Bustamante, y de todo asenté por principio que, siendo muy acreditada “la volubilidad del Sr. Santa Anna”, no era repugnante persuadirse pudiera haber variado sus ideas en cuanto á Tejas.<sup>146</sup>

Aquí aparece la figura de un ego voluble y que en medio de las contradicciones siempre se mantiene dominado; esto es, un yo supremo que busca no someterse a nadie pero se somete a las cosas, a los acontecimientos y, por allí, redunda luego en someterse a todo pero con la condición de que le permitan dominar, manipular.

De hecho, este tipo de personalidad requiere las contradicciones como la sustancia *por medio* de la cual se levanta y se mantiene soberano su ego cambiando de postura. Es más, no sólo las requiere sino que se ocupará de crearlas para así afirmar su identidad cada vez. En medio de las contradicciones es que afirma su identidad, manteniéndose idéntico en medio de ellas, lo que una y otra vez le da la prueba de que es así como *debe* actuar y que es así como logra su afirmación. Así pues, las contradicciones retroalimentan su modo de defensa ante el mundo, su forma de despliegue: no atarse a nada, ni a lo ya afirmado por él mismo, porque en el siguiente momento traiciona lo ya afirmado.<sup>147</sup> No atarse a nada aparece como libertad. Ni siquiera atarse a lo ya afirmado, pues si yo mismo me ato hoy, puedo desatarme de mí mismo mañana. Ésta es la manera peculiar en la que el sujeto Santa Anna trata de zafarse de la “esclavitud de la libertad”. Si “estamos condenados a ser libres” —según dice Jean Paul Sartre— tal parece que Santa Anna no vive esta condena, pues al mismo tiempo que se condena a ser libre levanta cada vez la libertad que afirmó; no la puede anular absolutamente pero sí cada vez; va por partes.

A partir de aquí uno podría pensar que Santa Anna vivió en su infancia distintas formas de sometimiento, particularmente bajo la forma, por un lado, de *desprecio* —así que él quiere afirmar constantemente su persona, ser apreciado, ser glorificado, etc.—, y, por otro lado, bajo la forma de *sometimiento directamente ligado a su analidad*, a su estar limpio, ser ordenado, etc., para que entonces tenga esta necesidad constante de afirmar su libertad del modo que sea.

Basten estos comentarios a la descripción de la “volubilidad acreditada” del señor Santa Anna, como dice Gamboa. Si nos remitimos a sus biógrafos, efectivamente podemos captar algunos de los rasgos aludidos. En efecto, más adelan-

146 *Ibid.*, pp. 208-209.

147 *Cfr.* Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, capítulo sobre “La mala fé”.

te, cuando abordemos las biografías sobre Santa Anna, tendremos ocasión de palpar la textura sumamente autoritaria, rígida, formalista, de su conducta.

Ego ensoberbecido y narcisismo por sobre su contradicción constituyen factores decisivos en el proceso de constitución de la personalidad del sujeto Santa Anna. Su padre lo regaña constantemente, por ejemplo, por su carácter medio aventurero y pendenciero; no directamente por traer armas sino por estar jugando, por no tomar aprecio al comercio, a la disciplina de llevar las cuentas claras, etc., y su madre lo encubre constantemente, etc. Así pues, tanto el afecto que recibe como la forma en que se lo ofrece la familia —siempre ligada al sometimiento— impulsan a Santa Anna constantemente a querer zafarse. Así también entiende él cuál debe ser la afirmación de sí mismo.

Veamos otro rasgo de la personalidad de Santa Anna. Además de sus constantes cambios de postura política, está la repentina aversión para con algunos de sus amigos, a quienes va desechando. En efecto, cada vez aparecen nuevos amigos que luego son desechados así como pasa de una situación a otra contradictoriamente para él aparecer incólume en medio de las contradicciones. No es ocioso recordar que al final de su vida realiza esta figura con la exigencia —o la realización— de verse llamado “Su Alteza Serenísima”. No solamente alteza sino que en medio de las contradicciones, en medio de la tormenta, se mantiene sereno:

¿Qué es lo que dice el Sr. Santa Anna acerca de estos particulares que refiero? *Nada señor*, sino palabras vagas é insignificantes, cómo son las de que habrá incurrido en algunos errores propios de la *inexperiencia* [supuestamente por eso daba bandazos políticos]; que puede asegurar con orgullo que nunca ha dejado de ser el primero en desenvainar la espada defendiendo la Nación, cuando la ha visto amagada por enemigos extranjeros; que los pormenores que refiero ni pertenecen á la Sección del Gran Jurado, ni debe ésta ocuparse en averiguar las hablillas de tantos visionarios, y que sólo la Historia colocará á cada uno en el lugar que le corresponde.

Decir esto y responder nada, todo viene á ser una propia cosa; y otra cosa es vituperar al General D. Anastasio Bustamante, porque dice que en 1837 disminuyó el Ejército que residía en Matamoros con la segregación de varios cuerpos que destinó á los Estados del interior, abandonando la reconquista de Tejas. [Texas se pierde en 1836 por Santa Anna, Anastasio Bustamante recorta el ejército en 1837. Entonces, Santa Anna lo acusa de haber abandonado la reconquista de Texas por el hecho de haber reducido el ejército ahí acantonado].<sup>148</sup>

148 Ramón Gamboa, *op. cit.*, pág. 209.

De nueva cuenta aparece un yo narcisista que desvalora toda incoherencia suya. Le dicen: “Oiga, usted es voluble, es incoherente. Explíquese.” Y él responde: “No, no fue así; yo siempre me mantengo idéntico conmigo mismo”. Aparentemente nadie lo puede juzgar. Añade que no traigan a cuento estas cosas al gran jurado, que traigan otras. Pero la sugerencia es más general: “nadie me juzgue, sólo la historia podría juzgarme”. Por tanto, es muy importante para él *dominar la historia*. Si la historia es el único juez es muy importante dominar la historia. Esto se hace por un doble camino, el cual siguió Santa Anna. Por un lado, dominó a la historia siendo el general en jefe y presidente, y, por otro lado, aparentando una serie de cosas ante el público, que es el que va a escribir la historia. Le es muy importante cuidar las apariencias si es la historia en la posteridad la que habrá de juzgarlo. Finalmente, este yo narcisista se presenta diciendo que se debe a otros la derrota.

Así, pues, es un yo narcisista que reprocha. Tal es el otro camino para dominar la historia, para dominar el juicio de otros sobre uno.

Dice Gamboa:

El señor Santa Anna alaba su Gobierno provisional desde 1841 hasta 1844, y lo presenta como un *modelo de felicidad*, pues asegura que aumentó la renta del tabaco en dos millones de pesos, amortizó el cobre, fomentó la industria y recobró el crédito nacional.

S. E. será tal vez el único que esté convencido de esa persuasión; muchas y valientes plumas han maldecido la época de la Séptima de Tacubaya, y por la generalidad del pueblo sensato se describe ese período con estas frases de aguda significación: *Se pudo hacer el bien y no se hizo. Los empleados estuvieron en la miseria, mientras el tesoro público se gastaba en objetos extraños á la Nación, y en una palabra, los pueblos, en vez de ser felices lloraban cual en cautiverio y carecían los Estados de su soberana independencia.*

Yo no soy el historiador del señor Santa Anna, y no me detendré en analizar esta materia y traer a colación todos los hechos cronológicos del caso. Voy, pues, á continuar circunscribiéndome á los objetos de mi referida acusación.<sup>149</sup>

Así que Gamboa se dispone a continuar la acusación. Deja asentado que Santa Anna es bastante parcial para exaltarse globalmente. Un narcisismo que se ofrece en contradicción con todo para no obstante alabarse ciegamente. Por algo pudo afirmar que: “la historia de México es mi biografía”, según me refiere Felipe Gálvez.

149 Ramón Gamboa, *op. cit.*, pág. 210.

5. CULPAR A OTROS DE LO PROPIO.  
FILISOLA Y LOS TRATADOS SECRETOS DE SANTA ANNA

Ya hemos visto cómo los otros no le importan a Santa Anna, y menos aún los sacrificios de otros. En el transcurso de las batallas Santa Anna sacrificará no solamente generales sino muchos soldados y siempre tiene la salida constante de culpar a otros.

En 1835, en la campaña de Tejas, Santa Anna gana una primera batalla en el Álamo y pierde una segunda en San Jacinto, donde lo toman preso. Entonces gira instrucciones al general Filisola, quien se encontraba a orillas del río Nueces, para que retroceda —de suerte que los tejanos no recelen—. Gamboa comenta lo siguiente:

Dejando infructuosos cuantos sacrificios y quebrantos se habían reportado con nosotros.

¿Qué es lo que ha contestado á todo esto? Nada, nada señor, nada absolutamente: se desentiende de ello y, lo que es peor y más admirable, comete la negra ingratitud de echar la culpa de todo al Sr. Filizola, asentando el párrafo siguiente:

“Si el Excmo. Sr. General D. Vicente Filisola, con el Ejército que quedó á su mando, como Segundo en Jefe, emprendió su retirada hasta Matamoros tan luego como supo la desgracia de San Jacinto, *por voluntad propia, en lugar de buscar al enemigo, que tenía muy próximo, á S. E. [el general Filisola] corresponden las consecuencias del abandono precipitado de Tejas*”.<sup>150</sup>

Así pues, no sólo culpa a otros y cambia de opinión, sino que ahora miente de manera flagrante ocultando lo que él hizo. Dice lo que hizo Filisola pero oculta lo que él hizo y, al ocultarlo, le atribuye la responsabilidad a Filisola por lo que el mismo Santa Anna ordenó. Miente culpando a otro.

En el texto de Gamboa siguen otras descripciones en donde se ve a Santa Anna miedoso y sometido, finalmente abyecto frente a los texanos. Gamboa culmina este inciso sobre la volubilidad del señor Santa Anna con la imputación mayor siguiente:

Imposible es, bajo estos datos, decir que el General Santa Anna no fue el que dispuso la retirada, haciéndose responsable de los futuros é irremediables males que debían sobrevenir; que no faltó á sus deberes y, por último, que no traicionó á la patria, sin embargo de haber hecho cesar la guerra, reconocer la independenciam de aquella República, juramentándose no sólo de que no tomaría las armas [en los Tratados secre-

<sup>150</sup> *Ibid.*, pág. 211.

tos] sino que regresaría á la República á influir a que jamás se volviesen á tomar contra el pueblo de Tejas ó una parte de él. [Es decir: traición].

Estos actos, tan nulos como reprobados, son unos hechos indignos y concluyentes de la infidelidad que cometió el Sr. Santa Anna [como se ve, es infiel constantemente respecto de los otros por cuanto quiere mantenerse permanentemente fiel a sí mismo; su fidelidad o identidad consigo mismo funciona de una peculiar manera, siendo permanentemente infiel para con otros], y ellos son el fundamento de la presunta connivencia [con el enemigo] que después se le ha atribuido, corroborada con sus procedimientos sospechosos.<sup>151</sup>

Veamos ahora uno de los documentos en los que Gamboa basa su acusación a Santa Anna, especialmente de traición. Se trata del convenio secreto que firma Santa Anna con los tejanos<sup>152</sup>.

*Convenio Secreto:* Antonio López de Santa Anna, General en Jefe del Ejército de Operaciones y Presidente de la República Mexicana, ante el Gobierno establecido en Tejas se compromete solemnemente al cumplimiento de los artículos siguientes, en la parte que le corresponde:

1º No volverá á tomar las armas, ni influirá para que se tomen, contra el pueblo de Tejas, durante la presente contienda de independencia.

2º Dictará su providencia para que en el término más preciso salga del territorio de Tejas la tropa mexicana [por ejemplo, las cartas a Filisola]

3º Preparará las cosas en el Gabinete de México para que sea admitida la comisión que se mande por el gobierno de Tejas, á fin de que por negociación sea todo transado y reconocida la independencia que ha declarado la convención.

4º Se celebrará un tratado de comercio, amistad y límites entre México y Tejas, no debiendo extenderse el territorio de éste último mas allá del Río Bravo del Norte.

5º Siendo indispensable la pronta marcha del General Santa Anna para Veracruz, para poder ejecutar sus solemnes juramentos, el Gobierno de Tejas dispondrá su embarque sin pérdida de más tiempo.

6º Este documento, como obligatorio á cada parte, deberá firmarse por duplicado, quedando cerrado y sellado hasta que concluido el negociado, sea devuelto en la misma forma a S. E. el General Santa Anna, y sólo se hará uso de él en caso de infracción por una de dichas partes contratantes.

Puerto de Velazco, Mayo 19 de 1836.

151 *Ibid.*, pág. 213.

152 Hay que decir que estos convenios fueron firmados por Santa Anna en cautiverio y bajo muy fuerte presión por parte de los tejanos: no le dan de comer, a veces le hacían groserías, lo amagaban permanentemente, había gentes afuera del presidio que estaban haciendo manifestaciones en vista de lincharlo, etc.

Antonio López de Santa Anna.— David G. Burnet.— James Collinsworth, Secretario de Estado.— Bayley Hardeman, Secretario de Hacienda, P. H. Grayson, Procurador General.<sup>153</sup>

Hay historiadores que exculpan a Santa Anna de estos tratados diciendo que en realidad no tenían ninguna validez por cuanto él se encontraba preso y entonces no fungía como presidente ni como general en jefe del ejército de operaciones, etc. Pero lo importante para nosotros no es tanto este hecho sino la impresión que debió quedar *en él* por haber llevado a cabo estos convenios. En efecto, este convenio secreto se toma “como obligatorio a cada parte, [y] deberá firmarse por duplicado, quedando cerrado y sellado hasta que concluido lo negociado, sea devuelto en la misma forma a S. E. el General Santa Anna, y sólo se hará uso de él en caso de infracción por alguna de dichas partes contratantes.” Es decir, que Santa Anna vio su prestigio amenazado *de por vida* y fue obligado a someterse y ser parcial, pues si no de una u otra manera llegaría a publicarse su traición.

Su prestigio quedó empeñado, lo cual es sumamente importante para alguien a quien, como él, le es tan esencial la *apariencia* para mantener su prestigio público. Quedó chantajeado para no actuar como debía en cada ocasión, lo cual de todas maneras le era funcional a su manera de actuar, es decir, una tendencia a zafarse de todo compromiso y deber por irresponsabilidad y volubilidad.

Así pues, hay una estructura de personalidad básica y a ésta se le añade un suceso negativo pero funcional, esencial, que refuerza este modo básico de actuar de Santa Anna. En efecto, él pudo haber sido otro si no ocurre la firma de los tratados con los texanos. Hubiera manifestado su misma personalidad voluble pero de manera menos constante y hubiera estado inclinado en menor medida a mantenerse parcial hacia los norteamericanos, etc., es decir, a cuidarse de ser denunciado por aquel pecado original. Por ese motivo cometerá nuevos pecados, y esos nuevos pecados serán ocultados para seguir cometiendo otros, etc. Culpar a otros para profundizar en la veta negra y ocultar la culpa propia, así fue como especificó su personalidad básica.

153 Ramón Gamboa, *op. cit.*, pp. 160-161.

## CAPÍTULO VII

REPRODUCCIÓN DE LA DERROTA  
Y SÍNTESIS DE LOS MÉTODOS SANTANIANOS

## 1. EL MÉTODO SANTANIANO EN CHAPULTEPEC

Hasta aquí hemos descrito el *método general de las batallas* en que participa Santa Anna, así como el *método político* general que siguió para mediar su prestigio político y su actuación como general en las batallas, y, luego, el *método psicológico* que desplegó para afrontar los hechos y que en todos los casos vuelve probable su tracción —que no consecuencia forzosa— y que se haya conducido en los acontecimientos como denuncia Gamboa.

Ya que hablamos de métodos, veamos otra de las intervenciones de Santa Anna, ahora en Chapultepec. Tenemos la referencia de los hechos según Roa Bárcena, quien, entre otras cosas, es de los primeros historiadores que se ocupan en discutir la acusación de Gamboa contra Santa Anna. La referencia se encuentra en un libro de Juan Miguel de Mora titulado *Gatuperios y omisiones, mitos y mentiras de la historia oficial*.

Uno de los mitos de la historia oficial mexicana consiste en que uno de los niños héroes se envolvió en la bandera y se aventó para salvarla de que el enemigo la cogiera. Juan Miguel de Mora dice que esto no ocurrió. Todavía Fernando Benítez, en su *Historia de la ciudad de México* (Salvat Editores, Barcelona, 1984), dice que: “en el castillo murieron combatiendo los cadetes a quienes la historia mexicana iba a venerar como los niños héroes [esto es cierto], uno de ellos tomó la bandera del torreón y envuelto en ella se arrojó contra las peñas”.<sup>154</sup> En vista de desmontar esta mentira Juan Miguel de Mora cita la descripción de Roa Bárcena acerca de lo que ocurrió en Chapultepec, pues en este autor:

<sup>154</sup> Fernando Benítez, *op. cit.*, pág. 11, referida por Juan Miguel de Mora, en *op. cit.*, pág. 130.

encontramos todos los detalles de la situación en su conjunto en el castillo de Chapultepec, a cuyo mando estaba nada menos que Nicolás Bravo, el héroe de la independencia. Veamos la verdad histórica:

“El general Bravo dice en su parte que en el curso de la noche del 12 continuó la desertión de sus soldados, debilitándose más con ello la guarnición de las obras exteriores; que de todo el batallón de Toluca, que ascendía a 450 plazas, sólo quedaron 27 y los oficiales Lauro Cárdenas, Julián Molina, Manuel Jiménez, José María Romero, Juan Estrada, José María Cortés y Ángel Colina; que al amanecer del 13 [de septiembre] sólo había en la cumbre poco más de 200 hombres, «y aún muchos de esos pocos, desmoralizados por el fatal ejemplo de sus compañeros y por el de algunos oficiales, intentaban la fuga, hasta el grado de haber sido forzoso hacer fuego sobre varios que se descolgaban por las bardas del edificio.»”

Nicolás Bravo informó de esta situación al ministro de guerra, Alcorta, a las seis de mañana y pidió refuerzos que no se le mandaron, pese a estar muy cerca la Brigada Rangel, debido a que Santa Anna no lo autorizó. Y replica Roa Bárcena:

“Parte muy activa tuvo en la defensa del punto el Colegio Militar, y los últimos disparos fueron hechos por sus alumnos [como los soldados huían, los alumnos del colegio tomaron la defensa] pereciendo el teniente Juan de la Barrera y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia; y siendo heridos el subteniente Pablo Banuet y los alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero.

Los textos de fuente estadounidense coinciden en dos cosas con el anterior mexicano, hablar del heroísmo de los cadetes y NO mencionar el asunto de la bandera.<sup>155</sup>

Analizando estos señalamientos queda claro no solamente el método militar directo con el que Santa Anna actúa y *produce las derrotas*, sino el método de la *reproducción* de las derrotas. Insisto, no el método de la *producción* de las mismas sino el método de su *reproducción ampliada*. Es decir, Santa Anna fuerza las situaciones bélicas o de armas —por ejemplo, no autorizando los refuerzos— de modo tal que ocurran actos heroicos desesperados.

Hubo muchos héroes en las batallas con Estados Unidos, no solamente los niños héroes, y muchos de estos héroes fueron forzados por la manera en que Santa Anna no apoya y así fuerza actos heroicos desesperados. Si observamos la historia de México desde un punto de vista clasista, como propone Rafael Ramos Pedrueza, tenemos lo siguiente: “Las tropas, oficiales jóvenes; algunos coroneles: Gelati, Balderas, Xicoténcatl; pocos generales: Nicolás Bravo, José María Anaya, Antonio de León; los cadetes de Chapultepec, constituyen la epo-

<sup>155</sup> Cfr. Juan Miguel de Mora, *op. cit.*, pp. 131-132.

peya frente a la tragedia; representan a las masas populares, destrozadas y sangrantes por la codicia de la clase privilegiada durante la invasión [norte]americana.”<sup>156</sup>

De tal manera, vemos que Santa Anna como opresor define la situación del oprimido y fuerza a que esa situación se reproduzca, y, en fin, que *Santa Anna produce Santa Annas*, produce mitos nuevos, apariencias, grandes golpes de escena epopéyicas que no solamente él realiza sino que otros se ven obligados a hacer. El que no es un héroe desesperado tiene que llegar a serlo. De esta manera crea el mito que inflama las mentes del pueblo mexicano hasta hacerlas sintonizar con la manera de sentir que tiene Santa Anna, quien constantemente quiere aparecer glorificado, ser un mito. Quiere decir que él es el primero que ha tomado la espada por la República y pasa a producir otros tantos héroes, de modo que ése sea el clima trágico general al que las mentes populares están sintonizadas para recibir su mensaje, es decir, para aceptar que él puede ser un héroe en desgracia, un héroe desesperado, etc.

## 2. SENTIMIENTO ANTIESPAÑOL, UN ARTIFICIO

Juan Miguel de Mora quiere desestructurar otro mito de la historia de México también presente en la guerra del 46-48 contra Estados Unidos. El sentimiento antiespañol en México no es, como muchas veces se dice, un sentimiento innato a los pobladores de la nueva España, o —como mejor se quiere acomodar la idea— derivándola del resentimiento que tenían los indígenas para con los españoles. Más bien fue una producción histórica, un fenómeno reproducido artificialmente; en particular, dice Juan Miguel de Mora, fueron los norteamericanos que invadieron quienes fomentaron el sentimiento antiespañol en México.

El propósito estadounidense de fomentar el sentimiento antiespañol en Hispanoamérica fue en vista de mejor dominarla ellos y no una potencia europea. Este asunto —que no se quedó en Jefferson— fue particularmente importante en la guerra de conquista estadounidense contra México, como lo demuestran las instrucciones confidenciales que el Ministro de Guerra de Estados Unidos, William L. Marcy, envió al general Taylor con fecha 9 de julio de 1846:

Fácilmente comprenderá [dice a Taylor el ministro de guerra norteamericano] que en un país tan dividido entre razas, clases y partidos como México, y con tantas divisiones locales en departamentos, y divisiones personales entre los individuos, debe

<sup>156</sup> En “Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia de México” (1931), publicado y antologado por Álvaro Matute Aguirre en *op. cit.*, pág. 352.

haber amplio espacio para operar en las mentes y sentimientos de grandes porciones de los habitantes... Entre los españoles que monopolizan la riqueza y el poder del país y la raza indígena mezclada que soporta las cargas, debe haber celos y animosidades. Esos mismos sentimientos deben existir entre las clases baja y alta del clero... En todo este campo de división, en todos estos elementos de discordia social, política, personal y local, debe haber resquicios para llegar a los intereses, pasiones o principios de algunos de ellos, a fin de conciliar su buena voluntad de hacerlos cooperar con nosotros...<sup>157</sup> [Encárguese, pues, de esto, sería la indicación].

La sugerencia primera es, pues, que había una serie de órdenes secretas del gobierno norteamericano a los jefes del ejército invasor que tocaban no solamente temas directamente militares sino de espionaje, de corrupción, de intervención en la cultura del país.

### 3. RESUMEN: MÉTODO MILITAR, POLÍTICO, PSICOLÓGICO Y CULTURAL. SANTA ANNA Y SU RELACIÓN CON MÉXICO

Este conjunto de contraposiciones entre individuos (y de un individuo) caracterizan bien al país y a la personalidad de Santa Anna y señalan a éste como “alguno de esos a los que puede conciliar su buena voluntad y hacerlo cooperar con los norteamericanos”. Además, se nos revela el terreno propicio para cierto impacto ideológico-cultural, sea como el que los norteamericanos están tratando de sacar adelante o bien como el que pudo tener —según la describimos hace un momento— la propia actuación metódica de Santa Anna.

Vimos su método *militar*, su método *político*, su método *psicológico*, pero también su manera, su método de incidir a nivel *cultural* en la referida producción de mitos mediante el forzamiento de las situaciones para que hubiera demasiados héroes desesperados del lado mexicano. Por cierto, no hay tantos héroes por parte del ejército norteamericano, que fue el vencedor; hay héroes sobre todo de este lado, mexicano, derrotado. Está claro, entonces, que Estados Unidos buscaba ganar la guerra tanto por las armas como mediante la cooperación del enemigo; querían buscar el mayor número de gentes dispuestas a cooperar con ellos.

Por cierto, Juan Miguel de Mora es de los autores que no observa con buenos ojos la manera en que Santa Anna dejó inerme a Puebla. De alguna manera coincide con la acusación que hace Gamboa. De Mora, siguiendo a Roa Bárcena, es de la opinión de que el general Rea fue abandonado por Santa Anna:

<sup>157</sup> *Ibid.*, pp. 143-144.

“Las fuerzas de Rea eran más que guerrillas.”<sup>158</sup> Pudo haberse tomado la plaza si Santa Anna —quien llega a ésta con otras tropas— no hubiera decidido dizque ir a detener un supuesto convoy estadounidense que venía de Jalapa y al que nunca encontró, dejando al general Rea sólo con algunos soldados para mantener el sitio. Como quiera que sea, mantener durante un mes sitiada a la guarnición norteamericana, muy superior en número —como lo hizo Rea—, es algo más que una simple operación guerrillera. O sea, que Rea tenía sitiados a los norteamericanos pero Santa Anna abandonó la batalla.

158 Juan Miguel de Mora, *op. cit.*, pp. 161-162.

## APARTADO C

### GAMBOA EN LAS BIOGRAFÍAS DE SANTA ANNA

#### CAPÍTULO VIII

#### ESCASAS REFERENCIAS A GAMBOA EN RAFAEL F. MUÑOZ

Si Santa Anna va quedando desleído en las historiografías mexicanas y norteamericana —sobre todo a propósito de los acontecimientos de la guerra con Estados Unidos— es mucho más difícil encontrar alguna referencia a propósito de la acusación que hace Gamboa en contra de Santa Anna; como si se quisiera borrar toda huella del papel de sujeto que tuvo Santa Anna y en particular de la acusación por Gamboa en contra de él.

En la célebre biografía de Rafael F. Muñoz, *Santa Anna, el hombre que todo lo ganó y todo lo perdió*, encontramos algunas referencias a la intervención de Gamboa. En primer lugar, en el inciso 36 de su libro, recién ocurrida la derrota mexicana con la toma del Castillo de Chapultepec, refiere lo siguiente: en el Congreso, “silenciados los cañones durante el armisticio, vuelven a chillar los políticos. Unos declaran que la pérdida de la guerra es el resultado de la traición de Su Excelencia. Otros ven con placer la posibilidad de la paz. Los enemigos del presidente se impacientan por derribarlo. Pocos son los que prefieren que el país sucumba bajo la fuerza, antes que entregar parte de su territorio.”<sup>159</sup>

#### 1. LA ENTREVISTA CON MCKENZIE EN CUBA Y OTRAS ACUSACIONES

<sup>159</sup> Rafael F. Muñoz, *Santa Anna*, pág. 201.

En el Congreso, el diputado Ramón Gamboa, por instrucciones secretas y pérfidas de don Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones [interiores y exteriores], propone la consignación del Presidente de la República ante el Gran Jurado. Todo lo encuentra sospechoso, si no criminal: la conferencia con McKenzie en Cuba [en Cuba va a visitar a Santa Anna el cónsul norteamericano McKenzie para preguntarle cuál va a ser su papel en los acontecimientos], el pasaporte [que le entregan los norteamericanos], el tiempo transcurrido en San Luis sin avanzar, la desocupación de Tampico, la retirada de La Angostura, la derrota de Cerro Gordo, el abandono de Puebla, Padierna, Churubusco... Hace notar [Gamboa] que en la campaña no ha habido sino desastres, ni un solo éxito. Acusación extensísima. Cada paso del cojo [Santa Anna] es comentado, censurado, atribuido a planes pérfidos. Cada cosa que se hace y cada cosa que se deja de hacer, tiende, según Gamboa, a la derrota del ejército mexicano.

En esa situación se prepara la defensa de la capital. Ha terminado el armisticio, porque Scott sostiene que el arreglo ha sido violado por Santa Anna y Santa Anna que ha sido violado por Scott.<sup>160</sup>

Todo esto ocurre después de la toma de Churubusco, antes de las batallas de Molino del Rey y del castillo de Chapultepec y Belén. En ese momento hubo un armisticio y fue cuando Gamboa lanzó su acusación, a la que, como vimos más arriba, como año y medio después contestará Santa Anna y, luego, un mes después replicará de nuevo Gamboa.<sup>161</sup>

<sup>160</sup> *Ibid.*, pág. 201.

<sup>161</sup> Enrique Serna, en su novela *El seductor de la patria* (ed. cit., pág. 384) sigue un procedimiento análogo al de Rafael F. Muñoz al referir la acusación del diputado Ramón Gamboa. Este novelista cita en su bibliografía la novela de Rafael F. Muñoz, así como el libro (Antonio López de Santa Anna. La Guerra de Texas. Documentos) en el que está contenida la acusación de Gamboa, aunque sin señalar que dicha denuncia de Gamboa está contenida en él; es decir que cita meramente el título. Serna, en su novela, pone en boca de Santa Anna señalar “los infundios de Gamboa” y aludir a su “infame libelo”. Y es el personaje Santa Anna quien dice: “Omito sus desacabellados cargos [de Ramón Gamboa], pues nunca me ha gustado chapotear en estiércol.” (Enrique Serna, *op. cit.*, pág. 384) No obstante, “chapoteó” durante año y medio, pues inició su contestación a Ramón Gamboa en 1848 en Tehuacán y la terminó exiliado en 1849 exiliado en Kingston, Jamaica, como refiere Rafael F. Muñoz. Enrique Serna no retoma estos hechos para caracterizar a su Santa Anna y añade en defensa de su personaje de ficción un esbozo de análisis psicosocial, pues para apoyar la noción de que éste ha sido tratado injustamente no sólo por Ramón Gamboa sino por muchos más. Así, no señala que los crímenes que se le imputan son falsos sino que descalifica la estructura de la opinión pública, vista a lo Gustavo Le Bon (en *Psicología de las multitudes*. El Santa Anna de Serna dice: “Los infundios de Gamboa cayeron en terreno fértil pues coincidían al pie de la letra con las sospechas del vulgo, que no perdona las derrotas de sus ídolos y ahora me tildaba de traidor en las bardas de la ciudad. Así son las masas, ante un fracaso colectivo siempre culpan al de arriba para eludir su propia responsabilidad.” *Op. cit.*, pág. 384.

## 2. EL ARREGLO CON SCOTT Y LA VIOLACIÓN DEL MISMO

Ha terminado el armisticio porque Scott señala que el arreglo ha sido violado por Santa Anna, y Santa Anna que ha sido violado por Scott, a quien dice: “La verdadera, la indiscutible causa de las amenazas de V. E. es que no me he prestado a suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente no sólo el territorio de la República, sino también esa dignidad y decoro que las naciones defienden a todo trance.”<sup>162</sup>

Es importante señalar que Santa Anna había establecido tratos secretos con Scott cuando éste estaba todavía en Puebla, antes de partir hacia la capital, y en los que queda entendido que le va a permitir entrar a la capital. Santa Anna acepta permitir la entrada de los norteamericanos a cambio de un millón de dólares, de los cuales le entregan 10 mil de adelanto. Santa Anna pone como condición que los norteamericanos lleven a cabo un armisticio al llegar a la capital y que icen la bandera blanca pero sin que ésta sea obligación del ejército mexicano. En el fondo desea que ésa no sea una obligación personal de él porque de lo contrario se haría evidente ante el pueblo y los políticos mexicanos que está actuando de manera extraña, que no está defendiendo al país y menos dando una lucha sin cuartel a los invasores. Scott se ve obligado a aceptar esta condición que, sin embargo, otro general (Pillow) dice que es inaceptable, una trampa de Santa Anna para que, cuando lleguen a la capital, les tienda una celada poniendo en peligro muchas vidas del ejército norteamericano. Pero Scott dice que no se puede cambiar esta opinión a Santa Anna; que él quiere cuidar su prestigio, que no hay otra manera de tomar la capital y que cree que Santa Anna sí cumple lo pactado.

Ahora bien, las palabras que Santa Anna le escribe a Scott —“la verdadera, la indestructible causa de las amenazas de vuestra excelencia no es que yo violé el tratado de armisticio sino de que no me he prestado a suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente no sólo el territorio de la República”, etc.— se refieren al hecho de que los norteamericanos pedían no solamente Texas, Nuevo México y California sino también la Baja California y parte de Sonora y Coahuila, y Santa Anna no está dispuesto a ceder estos territorios; aunque, dice en la misma carta a Scott, “incluso les podría ceder hasta California”. O sea que para Santa Anna no se trata de un problema cualitativo sino de cuanto más o menos territorio pueda cederse en la negociación. Santa Anna parece decir:

<sup>162</sup> *Ibid.*

“¡Cómo!, si me he plegado a mucho, pero no me he plegado todavía más; es por eso que usted reinicia el ataque. Pero no me humillaré *más*.”

### 3. ¿GAMBOA A SUELDO DE LUIS DE LA ROSA?

A continuación Rafael F. Muñoz reseña la acusación de Gamboa y afirma que fue escrita por el diputado “por instrucciones secretas y pérfidas de don Luis de la Rosa, ministro de relaciones interiores y exteriores”. Otra referencia en el inciso 46 dice lo siguiente:

[Ya Santa Anna sale huyendo de la capital.] Tiene que detenerse en Tehuacán. Por algunas semanas, nadie lo molesta. Se dedica a escribir, horas y horas, páginas y páginas. Contesta los cargos que don Luis de la Rosa, su ministro, le hizo con la mano de gato del diputado Gamboa [es decir, ayudado por Gamboa]. Explica su actitud durante toda la campaña: [Santa Anna] habla de la miseria en que estaba la tropa, de la gran cantidad de novicios que había en el ejército, de la inferioridad del armamento, que era notoria, de la falta de medios de transporte, de la indisciplina que da toda improvisación de masas. No se olvida de los generales, en quienes tenía que confiar porque no había otros. Para todos tiene una acusación qué hacer. Despechado menos por la derrota que por el abandono de quienes estuvieron a sus órdenes, vuelca sobre éstos las responsabilidades. Escribe día y noche, noche y día...<sup>163</sup> La Habana le parece ahora demasiado próxima [para su destierro]. Hace falta mucho mar de por medio para que la indignación [en México] se aplaque. Si queda cerca, puede creérsele atisbando en espera de una nueva oportunidad [para regresar al gobierno]; lejos, se le perderá y se le olvidará. Mejor refugio es la isla de Jamaica, donde cría gallos y redacta su respuesta definitiva a la acusación de Gamboa. Quiere sincerarse, quedar bien con el Congreso, adular de nuevo al pueblo, limpiarse de toda mancha. Quizá se pueda, más tarde.<sup>164</sup>

Quizá pueda más tarde retomar las riendas del poder, ¿no? Tal es lo que quiere sugerir Rafael F. Muñoz. A partir de aquí este autor ya no comenta las vicisitudes de la respuesta que dio Gamboa al informe de Santa Anna;<sup>165</sup> sola-

<sup>163</sup> *Ibid.*, pp. 206-207.

<sup>164</sup> *Ibid.*, pág. 213.

<sup>165</sup> Dato curioso en la novela de Enrique Serna (*op. cit.*) es que el diputado Gamboa existe y es contestado por Santa Anna —según informé en nota previa—, pero en el índice de “personajes históricos” que acompaña a la novela, y en el que nombra alrededor de cien personajes, no aparecen ni el diputado Gamboa ni don Luis de la Rosa (*cf.* Enrique Serna, *op. cit.*, pp. 506-507). Por otro lado, la novela de Serna contiene una “cronología” suscita que va desde el nacimiento de Santa Anna (1794) hasta su muerte (1876). En esta cronología nada se dice sobre las vicisitudes que tuvo en el

mente pasa a relatar la nueva toma del poder realizada por Santa Anna en 1853. Rafael F. Muñoz parece olvidar el problema directo de la acusación, más allá de los términos generales en los que la señala como instrucción secreta y pérfida de De la Rosa al diputado Gamboa. Por lo demás, la obra de Rafael F. Muñoz de Santa Anna que comentamos es en el resto de sus páginas bastante equilibrada en cuanto a ponderar y criticar a Santa Anna.

La última referencia de Rafael F. Muñoz acerca de la acusación de Gamboa la tenemos en el inciso 17, “Las últimas jornadas”. Ya se encuentra viejo y bastante empobrecido Santa Anna. De regreso en México, hay gente que quiere visitarlo.

Con ademán grave los manda retirar.

—No tengo tiempo para recibir... vuelvan mañana...

Y se encierra en su alcoba a hacer lo único que puede hacer: recuerdos. Grata ocupación de los viejos, triste anuncio de la proximidad de su fin.

Recuerdos de los que se han ido. ¡Todos se han ido! Los que con él hicieron la Independencia, los que con él hicieron la República. Sus amigos y sus enemigos descansan ya. [Santa Anna vivió 82 años]. Iturbide y Guerrero, Gómez Pedraza y Bustamante, Gómez Farías y Alamán, Tornel, Sierra y Rosso, Suárez y Navarro... Commonfort y Juan Álvarez han pasado, rígidos, frente a su tienda, como Juárez, Ocampo, Degollado. Maximiliano ha caído en Querétaro... Almonte, Valencia, el diputado Gamboa... Desfile de sombras de quienes lo atacaron y no lo pudieron aniquilar, de quienes lo admiraron y se fueron antes de verlo arrastrar el pie en la última jornada.<sup>166</sup>

#### 4. ¿QUIÉN ES LUIS DE LA ROSA Y QUIÉN ES GAMBOA?

Ahora veamos algunas referencias acerca de quién es este Luis de la Rosa al que Rafael F. Muñoz atribuye instrucciones secretas y pérfidas para acusar a Santa Anna. Nació en Zacatecas en 1804 y murió en la ciudad de México en 1856. De ideas liberales desde su juventud, funda varios periódicos. Luego, entre 1828 y 1834, es colaborador del gobernador de Zacatecas, Francisco Salinas. Diputado local, combatió al general Santa Anna desde entonces defendiendo el sistema federal contra el centralismo que Santa Anna está implantando a la

Congreso la acusación de Ramón Gamboa (1847), la respuesta de Santa Anna (1849) y la réplica de Ramón Gamboa a esa respuesta (1849). Esta ausencia resalta por contraste frente a los hechos referidos en la cronología para el año de 1847 y los de 1848 a 1854 (*op. cit.*, pp. 516-517).

<sup>166</sup> *Ibid.*, pág. 240.

sazón. Organizó la constitución en contra de la organización centralista del 12 de julio de 1843. Este movimiento acabó por derribar a Santa Anna de la presidencia el 6 de diciembre de 1844. Fue Ministro de Hacienda, de Justicia y de Negocios Eclesiásticos en 1847-1848, y de Relaciones Interiores y Exteriores en 1848, año en el que se alía con Gamboa para hacer la acusación a Santa Anna.

Vuelto Santa Anna al poder en 1853 —cuando regresa de su destierro—, De la Rosa, casi moribundo, fue arrancado de su lecho de enfermo por los esbirros oficiales de Santa Anna y llevado a su pueblo natal con su familia, después de haber estado durante algún tiempo en la cárcel de la Antigua Acordada.<sup>167</sup>

Finalmente, Luis de la Rosa se declaró a favor del triunfante Plan de Ayutla y fue otra vez Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete de Comonfort de diciembre de 1855 a agosto de 1856. El Plan de Ayutla terminó por derribar a Santa Anna.

En fin, tenemos a un hombre que de tiempo atrás combate a Santa Anna pero por *convicción*, no por perfidia, en todas las ocasiones en que le parece que Santa Anna actúa equivocadamente.

Es importante resaltar por qué Luis de la Rosa se ayuda de Gamboa pudiendo haber obtenido ayuda de cualquier otro diputado o cualquier otro instrumento. Es que Gamboa tiene la *convicción* de que Santa Anna traicionó porque fue testigo de cómo actuó aquél en distintos combates de los que tiene una serie de noticias y ha acumulado documentos.

Así pues, Gamboa no es simple títere de De la Rosa sino que, en todo caso, acepta la instrucción porque le parece pertinente. Hay una alianza entre ambos en vista de realizar un fin común, más bien que una instrucción por la cual Gamboa fuera títere de De la Rosa.

<sup>167</sup> Actualmente ubicada en la esquina de las calles de Balderas y Avenida Juárez (según me hace notar Felipe Gálvez Cancino).

## CAPÍTULO IX

OTROS HISTORIADORES Y BIÓGRAFOS DE SANTA ANNA  
 (JOSÉ C. VALADÉS, JOSÉ FUENTES MARES,  
 GASTÓN GARCÍA CANTÚ, AGUSTÍN YÁÑEZ)

Observemos las distintas perspectivas biográficas que se nos ofrecen acerca de Santa Anna. Primero, veamos de corrido los intérpretes y luego matizaré las posturas de cada uno.

Ya hemos hablado de la de Rafael F. Muñoz, que es bastante equilibrada en cuanto a observaciones apoloéticas y críticas a Santa Anna.

Tenemos la obra de José C. Valadés *México, Santa Anna y la guerra de Texas* —es decir, los sucesos de 1835— y la *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos* —la guerra del 46-48—. En estas dos obras José C. Valadés reivindica sistemáticamente la figura de Santa Anna. Cada página está encaminada a contestar puntualmente las acusaciones de Gamboa en contra de Santa Anna en cada uno de los sucesos, en cada una de las batallas. Sin embargo, no hay un sólo lugar en donde se cite la acusación de Gamboa.

Otro intérprete es José Fuentes Mares, con su *Santa Anna, el hombre*. En realidad, esta biografía se tituló posteriormente *Santa Anna o aurora y ocaso de un comediante*. A este autor le parece que Santa Anna es un comediante, no un traidor. Así, pues, critica a Santa Anna pero por comediante, por irresponsable, por ineficaz, por su carácter, etc., pero muchas veces lo ensalza por ser sumamente “zorro”, por intentar actos heroicos, por su gusto por la aventura. Entre estas “zorrerías” J. F. Mares supone que Santa Anna quiere envolver a los norteamericanos; así que a veces les hace creer que está en connivencia con ellos, pero en realidad él tiene otras finalidades. Éste es el tono general de José Fuentes Mares. Ni una palabra sobre Gamboa.

Por otro lado, tenemos el texto de Gastón García Cantú sobre *Las invasiones norteamericanas en México*, con un capítulo 9 dedicado a la invasión de 1846-48, bajo el título de “Gloriosa conquista”. Gastón García Cantú apoya la acusación de Gamboa en contra de Santa Anna, e incluso cita a Gamboa, si bien lo hace en una nota erudita a pie de página entre otras tres fuentes históricas. García Cantú mete la acusación de Gamboa dentro de una discusión en la que queda un poco desleído el papel central que juega el diputado en la reconstruc-

ción historiográfica acerca de la guerra norteamericana y, en particular, en las biografías sobre Santa Anna, esto es, el papel principal que juega la toma de posición por parte de los biógrafos o historiadores ante la acusación que lleva a cabo Gamboa.

En todo caso, insisto, Gastón García Cantú apoya la acusación de Gamboa contra Santa Anna, si bien encuentra una curiosa manera de exculparlo, aunque no completamente, pero sí tiende a aminorar la responsabilidad de Santa Anna. Después veremos en qué consiste esta manera.

Contamos además con la biografía —o, más bien, semblanza—, *Santa Anna, espectro de una sociedad*, de Agustín Yáñez. Es una obra sumamente interesante que, desafortunadamente, se encuentra inconclusa. Presenta el aspecto de una obra concluida porque la hija del autor se encargó, a la muerte de éste, de revisar capítulos y más o menos darles forma para que fuera publicada. En realidad, Agustín Yáñez sólo alcanza a revisar los primeros capítulos, y a publicar el capítulo primero, en 1937. Yáñez intenta poner en contacto al hombre Santa Anna con su época, algo que otros autores también han intentado, pues los hombres son producto o reflejo de su época, etc. Es ésta una idea de historiografía materialista, pero que en el caso de Santa Anna resalta todavía más que en el de cualquier otro héroe o personaje histórico. Todas las lacras de Santa Anna parecen ser simultáneamente las lacras de su época y él parece estar expresando a su época.

Lo interesante en la obra de Agustín Yáñez no es solamente este intento sino el *modo* en que quiere llevarlo a cabo. Yáñez nombra a su intento una etopeya de Santa Anna, algo diferente a una epopeya. La etopeya hace referencia al *et-hos*, palabra raíz de la ética. Así, hace referencia al carácter, las acciones y las costumbres de un individuo. El carácter hace referencia a una dimensión psicológica pero considerada en su imbricación con las costumbres de su época. De esa manera, la etopeya que nos ofrece Agustín Yáñez establece la *relación entre el individuo Santa Anna y la sociedad de su tiempo y rastrea con sumo rigor las determinaciones de su personalidad*.

## CAPÍTULO X

SANTA ANNA, SU PSICOLOGÍA Y SU ÉPOCA,  
SEGÚN AGUSTÍN YÁÑEZ

Ya hemos entrevisto cuán decisivo es, para aclarar los acontecimientos, precisar los *motivos* de Santa Anna. Así que cada vez resulta más importante no sólo observar si firmó tal o cual tratado y si está documentado lo que hizo sino, además, precisar cuál era su *psicología*.

En ese sentido, Agustín Yáñez se lanza de lleno desde un principio a observar los resortes de la conducta de este hombre. Comienza con un capítulo espléndido que se titula “Santa Anna ha nacido” —en realidad este pasaje funge como introducción a la obra y fue publicado como artículo en 1937—. Yáñez refiere la infancia de Santa Anna, en la cual se va formando su carácter.

Yáñez observa —un poco a lo Hipólito Taine respecto del espíritu griego y la hélade— cómo existe una correlación entre la psicología de Santa Anna y el paisaje de Jalapa, o entre el tipo de gente que hay en Veracruz y cómo Santa Anna contesta a este ambiente popular. También encontramos en la obra de Yáñez a un padre estricto, formal, que desprecia al niño, etc.

La obra de Agustín Yáñez es también bastante equilibrada en cuanto a valorar y criticar a Santa Anna. Pero ya vemos que lo hace sobre todo fijándose en los *motivos psicológicos* y en la incidencia que éstos tuvieron en su época. La cuestión es que, a propósito de la época —y, en particular, de la guerra entre México y Estados Unidos—, los *motivos personales* de Santa Anna son factores *históricos*.

## 1. EL “DELIRIO DE INTERPRETACIÓN” DE SANTA ANNA

He aquí mi contestación al ministro De la Rosa [dice Santa Anna]: «La inesperada disposición de S. E. el Presidente interino, suspendiendo las hostilidades, es en extremo perjudicial a la nación bajo todos los aspectos; y en cuanto a mi destitución al mando del ejército, la juzgo escandalosa, arbitraria e ilegal en todas sus partes, más

en la presencia de los invasores el patriotismo aconseja evitar escándalos del que aprovecharse pudiera; y es por esto que le dará cumplimiento a lo mandado». <sup>168</sup>

Al término de la guerra y a punto de firmarse los tratados de paz le piden a Santa Anna que entregue el mando y se le sustituye de su cargo como jefe del ejército. Santa Anna se queja: “le daré cumplimiento a lo mandado. Pero no sin protestar, como desde luego protesto contra semejante disposición, dejando a cargo del Presidente interino la inmensa responsabilidad que contrae con su proceder. Y repugnando presenciar la humillación de la nación, pido una sola cosa: un pasaporte para emigrar, que espero recibir en la ciudad de Tehuacán, para donde me dirigiré.” <sup>169</sup>

Santa Anna se queja de tres hechos aciagos: la acusación de traidor levantada en su contra por el diputado Gamboa; el amago de asesinato en Tehuacán, llevado a cabo por unos norteamericanos, y la negación del asilo por parte del gobernador de Oaxaca, Benito Juárez. A este último le exaspera la romántica sensibilidad del caudillo, sugiere Yáñez.

Aquí interesa observar que en este momento Santa Anna es partidario de la guerra hasta el fin, no de que se haga la paz. Pero ya vimos por qué: entre otras razones, porque, llegada la paz, lo relevan del mando, mientras que en tanto prosiga la guerra contra los Estados Unidos conserva su puesto.

En la semblanza de Santa Anna por Agustín Yáñez aparece la única referencia que existe acerca de De la Rosa y de Gamboa. Esta referencia ilustra lo que Agustín Yáñez llama “el delirio de interpretación” de Santa Anna. Aunque este delirio aparece en el episodio culminante de la invasión, ocurre desde que llegó al puerto de Veracruz.

“Me introduje en el puerto de Veracruz burlando el bloqueo de los norteamericanos [dice Santa Anna]”. Y comenta Yáñez: “La gloria de esta hazaña se esfuma leyendo la orden de gobierno de Washington, al Comodoro O’Conner para dejar libre el paso a Santa Anna”. O sea que el gobierno de Estados Unidos le entrega un salvoconducto a Santa Anna sabiendo que éste se va a encargar del mando del ejército mexicano. El texto de la orden dice: “Commodore: if Santa Anna endeavors to enter the Mexican ports, you will allow him to pass freely. [Comodor: Si Santa Anna se atreve o quiere entrar a los puertos mexicanos, usted le permitirá entrar libremente] —Respectfully yours. —George Bancroft. —Commodore David Conner. —Commanding Home Squadron.” <sup>170</sup>

168 Citado por Agustín Yáñez, *Santa Anna, espectro de una sociedad*, pág. 165.

169 *Ibid.*, pág. 165.

170 *Ibid.*, pág. 166.

## 2. LA RETIRADA DE LA ANGOSTURA (EL DESMENTIDO DE BALBONTÍN)

Después de esta interpretación de Santa Anna en donde éste presenta las cosas al revés de lo que son, siempre para ensalzarse, dice Yáñez: “La retirada de Angostura es uno de los movimientos más oscuros en la vida del intrincado dictador quien, como se ha visto, la atribuye a una orden del Supremo Gobierno amenazado por la rebelión de los Polkos.”<sup>171</sup>

En Angostura, Santa Anna tiene copado a Taylor, está a punto de derrotarlo y, sin embargo, en la última noche, antes de acabar con Taylor, se retira. Santa Anna pretextó que le mandaron decir desde el centro de la República que viniera a apoyar al gobierno porque hay una rebelión en la ciudad por parte de las clases altas, las cuales tenían representantes en el ejército (los polkitos) que estaban disparando en contra del gobierno de Gómez Farías. Más extraña aún es la afirmación de que la retirada se resolvió en una junta de generales a la que no asistió el general en jefe.

Aturdido por tan inesperada ocurrencia, y en gran necesidad de descanso, encomendé a una junta de generales la deliberación. Mi cabeza menos fatigada con el descanso, dediqué mi atención a imponerme de la opinión y resolución de la junta. Encontré sus razones fundadas y de imprescindible deber complementar los mandatos de los Supremos Poderes y aprobé lo acordado<sup>172</sup>

Así pues, Santa Anna se justifica de dos maneras: 1) porque se lo ordenaron desde el centro; 2) porque la junta de generales decidió, él no. Yo “vi que eran fundadas sus razones”, dice Santa Anna.

Ahora bien, ¿qué dicen los historiadores? Ellos tratan de justificar de todas formas a Santa Anna, pues, como estas dos justificaciones que da él mismo no parecen sostenerse, aquellos intentan otras. Afirman, sin excepción, que la retirada se debió a la falta de víveres y al cansancio de la tropa. Esto mismo decía a la sazón Santa Anna en el parte oficial enviado al ministro de Guerra: “ni podía ser otro el pretexto”, afirma Yáñez.

O sea, Santa Anna da una opinión y otra. Pero los historiadores dicen “ni podía ser otro el pretexto”, ya que el pronunciamiento de los polkos al que atribuye su retirada se inició 4 días después de la acción de la Angostura, el 27 de febrero, y los movimientos populares a que dio motivo la política de Gómez Farías habían empezado desde el mes de enero.

<sup>171</sup> *Ibid.*

<sup>172</sup> *Ibid.*

Es decir, Gómez Farías, para tratar de conseguir dinero y así solventar los gastos del ejército —dinero que constantemente está pidiendo Santa Anna y que, por cierto, Luis De la Rosa se lo consiguió una y otra vez—, ve que la única manera en que el Gobierno en bancarrota pueda obtener fondos es a través de subastar los bienes de la iglesia, los bienes “en manos muertas”. Pero esta expropiación suscita críticas e insubordinaciones por parte del clero, de las clases altas y del ejército. Estos movimientos populares en contra de la política de Gómez Farías habían empezado desde el mes de enero. Santa Anna supo de ellos estando en San Luis Potosí, es decir, desde hacía mucho tiempo, pero la rebelión directa de los polkos ocasionada por la política de Gómez Farías ocurre cuatro días después de los acontecimientos de la Angostura, así que las justificaciones de Santa Anna no valen.

Pero tampoco es verosímil como causa la falta de víveres y el cansancio de la tropa [que es la justificación de los historiadores y que también dio Santa Anna en algún momento en el parte militar]; el subteniente de artillería Manuel Balbontín<sup>173</sup> [quien participa en la batalla de la Angostura y cuyo libro se publica hasta 1883, poco antes de morir], en las concisas y elocuentes páginas de sus apuntes, *La invasión norteamericana* califica estas razones de especiosas en extremo: [pues,] “Si no había qué dar de comer a la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguanueva, donde [la tropa] permaneció después acampada varios días; y es seguro, que con lo que ahí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura. [Primera proposición.]

[Segunda:] Además, en la noche del 23, sucedió que [antes de la retirada] algunos cuerpos que pudieron poner rancho [o sea, algunos cuerpos o secciones del ejército que pudieron comer rancho], no teniendo tiempo para repartirlo, a causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en la mulas. [Así es que sí había víveres.]

Una poca de previsión hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla.

Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo a andar cinco leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía a perseguirlo.

La misma fatiga del ejército era una razón para no temer un desbandamiento, pues nadie pensaba más que en el descanso [no, en ese momento, en escapar].

173 Leopoldo Zamora Plowes, en su *Quince uñas y casanova aventurero* (tomo 1, parte II, capítulo VII, convierte a Balbontín en personaje de su novela y lo hace dialogar con las opiniones que aquí cita Agustín Yáñez.

Además, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entusiasmadas [a diferencia de todas las demás batallas, en donde la tropa seguramente se decía: “no tiene sentido que combatamos porque aunque combatamos, nos van a derrotar vergonzosamente porque el general va a ordenar una idiotez”] y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandaban. También sabían que el enemigo tenía en Saltillo almacenes bien provistos de víveres, de vestuarios y aun de dinero; mientras que a retaguardia de nuestro ejército sólo había un desierto desprovisto de todo recurso.

De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la orden de retirada.<sup>174</sup>

Hasta aquí Balbontín, y comenta Agustín Yáñez:

Pocas veces en su vida Santa Anna había desplegado tal actividad, tamaña valentía; fue esta la única batalla donde se tomó la ofensiva y por esto —dice Balbontín en los últimos relatos de sus apuntes—, los resultados fueron favorables; Taylor reconoce el vigor de la embestida mexicana; el historiador norteamericano Ripley no oculta su admiración ante el denuedo de las tropas de Santa Anna; todas las probabilidades de un triunfo definitivo obran de nuestra parte; nadie abandona una victoria tan inopinadamente y menos Santa Anna a cuya natural ambición se añadía la urgencia de responder con un triunfo, de la resonancia del obtenido en Pánuco, al eco del gran sector nacional que le era rotundamente hostil. Ninguna razón, ni la suprema de que se repitieran los sucesos de diciembre de 1844, valían contra el interés del caudillo; vencedor en la Angostura, el pueblo, poseído del frenesí romántico, lo habría proclamado libertador de la República por tercera vez; espontáneamente hubieran caído todas las armas de todos los sublevados, se habrían repuesto las estatuas del héroe y para su muñón se reconstruiría un altar mejor y más alto; el título de Alteza Serenísima y otros que apenas cabe imaginar, se hubieran anticipado y conferido de modo voluntario y unánime.

No encuentro, para explicarme la retirada de la Angostura, y la variante entre el parte oficial de aquellos días y lo afirmado en las *Memorias* [del propio Santa Anna. O sea, una vez justifica porque no hay avituallamiento y porque está fatigada la tropa, y otra vez porque “me lo mandaron decir desde el centro”], sino una característica de manifestación de paranoia.

Más adelante, llevado de su mitomanía exclusivista, Santa Anna asegura que Veracruz capituló sin resistencia. [Mientras que en realidad] la defensa del puerto fue tenaz en grado heroico; sus ruinas después de cañoneo despiadado ofrecen una contestación rotunda a lo que asienta el general veracruzano.<sup>175</sup>

<sup>174</sup> *Ibid.*, pp. 166-167.

<sup>175</sup> *Ibid.*, pp. 167-168.

No dejemos de observar que estar loco es distinto que ser traidor. El camino histórico correcto de Agustín Yáñez de observar los motivos personales de Santa Anna para aclarar la historia de la invasión norteamericana se trueca en erróneo enfoque biográfico al psicologizar los motivos políticos de Santa Anna, proclives a los Estados Unidos.

Con lo anterior tenemos una semblanza general de la interpretación de Agustín Yáñez y en particular de la caracterización que hace de Santa Anna a través de sus rasgos psicológicos, y, en fin, se resalta la importancia de la batalla de la Angostura.<sup>176</sup> Más abajo veremos a José C. Valadés justificar todo lo que Santa Anna hizo en esa ocasión.

### 3. ¿QUIÉN FUE MANUEL BALBONTÍN?

Nació en la ciudad de México en 1824 y murió en 1894. Fue egresado del Colegio Militar y combatió duramente a los norteamericanos durante 1846-1847. Participó luego en la Revolución de Ayutla contra Santa Anna y contra la intervención francesa y Maximiliano. Publicó en 1883 su *Invasión norteamericana en 1846-48* y sus *Memorias* en 1886, así como algunas novelas, entre ellas una de curiosidad para su época, pues era de ciencia ficción, en donde aparecen astronautas.<sup>177</sup>

Así pues, ni Balbontín ni Gamboa son gente que esté actuando pagada o por perversidad sino por convicción política. En el caso de Balbontín, por haber visto cómo ocurrían los acontecimientos militares y tener pruebas palmarias acerca de ello. Leopoldo Zamora Plowes ofrece la siguiente semblanza biográfica de Balbontín:

176 Carlos María de Bustamante dice “de la conducta de Santa Anna” en la Angostura: “Es cierto va á la Angostura á donde llega disminuido casi en una cuarta parte, pues no puede resistir tanta fatiga... se bate, es cierto; pero al siguiente día abre parlamento con Taylor, en el que se combina que Taylor lo habilitará de galleta y veinticinco mil pesos dizque que recibió Santa-Anna y regresó por donde vino, y el ejército regresó con un tercio menos, con más que despojó á los soldados de diez mil pesos que de limosna les habían dado las mugeres y vecinos de San Luis Potosí. Sabe la revolución de México, viene á calmarla; pero lo hace cuando Scott había ya tomado Veracruz, punto principal que debió defender, pues en San Luis había cinco mil hombres bien disciplinados y sobrados para defenderse de Taylor en el caso de que hubiera venido. Estas reflexiones oí a un húsar que se halló con Santa-Anna en la Angostura y presencié las ocurrencias todas, llenándose de vergüenza al referirlas. Tengo su atestación original, y si Santa-Anna quiere demandármelo en juicio contradictorio, la presentaré y verá que no lo calumnio.” (Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* (1847), pp. 198-199). ¿Será Manuel Balbontín el húsar al que se refiere Carlos María de Bustamante?

177 Nota de Felipe Gálvez Cancino.

El coronel Manuel Balbontín nació en la capital por el año de 1828. Probablemente ningún militar mexicano se encontró con tantas acciones de guerra y en un tiempo tan prolongado como él. Desde muy joven comenzó a batirse, siendo alumno del Colegio Militar (1840), cuando esa institución defendió en las calles de la capital al gobierno de Bustamante. El año de 44 salió a filas y fue de los primeros en presentarse al general Herrera, en el convento de San Francisco, en el movimiento para derrocar a Santa Anna y a Canalizo. En 46 peleó contra los americanos en Monterrey, después en Angostura y en seguida en Cerro Gordo. En 47 hizo la campaña del Valle de México y estuvo en la batalla de Padierna a las órdenes de Valencia. Marchó a Querétaro con el ejército. En 52, a las órdenes de Miñón, fue a batir a los pronunciados contra Arista, de Guadalajara y Morelia. Defendió el Plan de Ayutla con las armas; en 56 acompañó al general Comonfort contra los reaccionarios de Puebla, encabezados por Haro y Miramón; se opuso al golpe de Estado de 57, pero después defendió al gobierno en la Acordada contra Miramón y Osollo. Durante la Reforma, la Intervención y el Imperio, luchó en las filas republicanas en varias batallas. Triunfante la República todavía sigue combatiendo y se le ve pelear por Juárez en la Ciudadela y oponerse a la matanza que allí hizo el general Rocha con los rebeldes. Fue oficial técnico, competente artillero. Escribió sobre la invasión americana, y sus relatos y juicios son clásicos, pues todos los historiadores lo citan como autoridad. Sin embargo, apenas llegó a coronel. En sus *Memorias*, que publicó en 1895, se queja amargamente del olvido en que lo tuvo la República, desde Juárez a Porfirio Díaz. Murió pobre ese mismo año de 95. Pertenecía al grupo de combatientes viejos, que iban a rumiar su miseria y su decepción a las bancas del jardín del Zócalo y a recordar sus antiguas campañas, viendo desde allí salir de Palacio a los ahora próceres a quienes ayudaron a serlo con su espada. Balbontín fue rubio, de ojos azules. Murió pobrísimo.<sup>178</sup>

178 Cfr. Leopoldo Zamora Plowes, *op. cit.*, tomo 1, pp. 617-618.



## CAPÍTULO XI

### EL ARREGLO CON SCOTT RELATADO POR FUENTES MARES

Es evidente que el comentario a Agustín Yáñez fue más que una semblanza general. Por aquí comenzamos abundando para dirigirnos a las otras obras aludidas. Ya hemos comentado la de Rafael F. Muñoz. Vale la pena observar ahora la de José Fuentes Mares.

Más o menos equilibrado en sus críticas y en sus valoraciones de Santa Anna, le interesa sobre todo resaltar uno de los hechos oscuros de Santa Anna bajo el inciso: “También la paz tiene un precio”. Este pasaje alude a que Santa Anna pidió dinero a los norteamericanos en vista de llevar a cabo la paz. Lo hemos visto platicar en La Habana<sup>179</sup> con el cónsul norteamericano;<sup>180</sup> lo hemos visto

179 “La entrevista parece cosa de ficción, mas a pesar de todo se consumó en La Habana el 6 de julio de 1846, y el presidente Polk la consignó en su Diario con pelos y señales.” José Fuentes Mares, *Biografía de una nación*, pág. 148.

180 En una obra posterior, *Biografía de una Nación*, José Fuentes Mares llevó a cabo una limpieza general de su visión de Santa Anna. En la presente nota cito los hitos más resaltantes: “El gobierno de Washington y Santa Anna querían una guerra corta... Para conseguirlo era un obstáculo la permanencia de Paredes al frente del gobierno, pues por todos los medios fomentaba sentimientos hostiles a Estados Unidos entre los mexicanos. Si ese gobierno fuera reemplazado por otro más acorde con los sentimientos e intereses de México, la guerra terminaría rápidamente. Sólo una persona podría encabezar un gobierno así: él mismo, Santa Anna, y en prenda de la esperanza de ver constituido ese gobierno amigo, el presidente Polk daba órdenes al comandante de la escuadra norteamericana para no estorbar su desembarco y viaje a la ciudad de México.” (*Op. cit.*, pp. 146-147). Y, para remachar, José Fuentes Mares sabe comentar así a Santa Anna: “Santa Anna respondió, y de ello dejó constancia por escrito, que si ejerciera el poder no permitiría la instalación en México de un príncipe extranjero, objetivo del gobierno de Paredes, y por supuesto negociaría un tratado de límites para poner fin a las calamidades de la guerra; que ahora deseaba el triunfo de los principios liberales en México, y trabajaría por dar al país una Constitución liberal también; que si el gobierno de Estados Unidos estimulaba sus patrióticos proyectos, él fomentaría los arreglos para conseguir la paz, mas para lograr esos fines consideraba urgente el avance del general Taylor hasta ocupar la ciudad de San Luis, donde obligaría a Paredes a hacerle frente; que eso facilitaría su derrocamiento, consumado lo cual, con Taylor instalado en San Luis, los mexicanos de todos los partidos le llamarían. También pidió Santa Anna que las conversaciones se guardaran en el mayor secreto, pues sus compatriotas podrían malinterpretar tan benévolas intenciones, formándose mala impresión de su patriotismo. Recomendó, para terminar, la ocupación de San Juan de Ulúa y Tampico; el bloqueo de los puertos de Yucatán, y presentar su imagen en la prensa de Estados Unidos, como la del mexica-

utilizar el salvoconducto que le otorga el presidente Polk para introducirse a México; lo hemos visto en algunas otras batallas.<sup>181</sup> Bien, lo hemos visto recibir a emisarios del gobierno norteamericano en secreto y ahora lo vamos a ver negociando la paz una vez que el ejército norteamericano tomó Puebla, tras haber Santa Anna abandonado la plaza.

[Cuando pidió el millón de dólares] Santa Anna —dice Castañeda [glosado por Fuentes Mares]— pedía [que] se hiciera un ataque formal, sin ofrecer una sola garantía en cambio. El avance sobre la capital era arriesgado en sí, pues las fuerzas efectivas norteamericanas no pasaban de diez mil hombres, y las mexicanas llegaban a cerca de veinte mil.<sup>182</sup> Comprometerse entonces a consumir un ataque formal contra las fuerzas exteriores de la plaza, intentar tomarla a sangre y fuego y, una vez logrado el intento, suspender la ofensiva —como pedía Santa Anna—, en espera paciente de que Santa Anna tuviera a bien enviar comisionados de paz, era, ciertamente, cosa inaudita. [Esto es lo que pedía Santa Anna.]

Scott intentó todavía una transacción: propuso que llevaría adelante el ataque, tal y como Santa Anna lo deseaba, pero exigió que la suspensión del fuego se pidiera del lado mexicano, a lo que nuestro jalapeño [Santa Anna] se opuso rotundamente. Él no comprometería su pedestal, solicitando públicamente la cesación del fuego. En vista de su resistencia —concluye el historiador Castañeda—, estaba Scott a punto de ceder cuando Trist [el emisario diplomático de Polk que se encuentra con el ejército norteamericano en vista de llevar a cabo pláticas en cualquier momento] relató la situación al general Pillow, explicándole que Scott había resuelto transigir en ese punto.

no capaz de comprender los intereses de su país, republicano además, e incapaz de transigir con los monarquistas.

“El almirante Mackenzie había pensado en celebrar una entrevista, pero se encontró con toda una cátedra de técnicas militares. Recordaba que cuando Santa Anna recomendó el avance de Taylor a Saltillo, él, Mackenzie, preguntó si no sería mejor permanecer en Monterrey. A esto el jalapeño respondió que Saltillo era una posición mejor para de allí avanzar a San Luis. Luego, ¿por qué no habían ocupado Ulúa y Tampico, si el clima es sano en octubre y continúa siéndolo hasta marzo? También recordaba que al inquirir sobre la conveniencia de comunicar de inmediato a Taylor sus puntos de vista, don Antonio se rascó la mollera y le preguntó «si el general Taylor era reservado e incommunicativo».” (*Ibid.*, pp. 147-148).

181 José Fuentes Mares, en su *Biografía de una Nación*, no se contenta con las justificaciones del propio Santa Anna, por ejemplo a propósito de la batalla de la Angostura: “Sabemos, por último, que no cargó, contentándose con dejar a Taylor «tan espantado y destruido que no podía moverse para ninguna parte». Y así estaba, ¿por qué no acabó con él? Seguramente porque el resultado de la batalla de La Angostura formaba parte de sus arreglos con el almirante Alex Slidell Mackenzie... El desastre de Cerro Gordo abría el camino de México al ejército invasor, y la pregunta cabe: ¿obrababa Santa Anna en este caso también de acuerdo con sus conversaciones habaneras con el agente confidencial del presidente Polk?” (*Op. cit.*, pp. 149-150)

182 El número de bajas en toda la guerra fue más alto en el ejército norteamericano que en el mexicano [nota de Felipe Gálvez].

Pillow se violentó al oír semejante cosa y con la claridad deslumbrante de la centella vio lo ventajoso para Santa Anna de su última propuesta. Si el ejército norteamericano, después de tomar las avanzadas, suspendía las hostilidades sin solicitud visible del enemigo, Santa Anna, absuelto de haber pedido tregua, tendría amplia oportunidad para rehacer sus fuerzas y reconstruir las defensas de la capital, entreteniendo a Scott con arreglos preliminares, mediante un armisticio que rompería a buena hora. El ejército norteamericano, en cambio, tendría que librar nueva batalla para apoderarse de la capital. Santa Anna podía, en todo tiempo, gloriarse de no haber iniciado el armisticio. Si, por desgracia, los norteamericanos fracasaban, estarían a su merced, y podían ser destruidos sin piedad. “Juzgué tal proposición”, dice Pillow en una carta al secretario de Guerra, “una infatuación miope, un experimento criminal con la sangre y vidas del ejército. No podía aceptarse. Era inadmisible.”<sup>183</sup>

Y comenta Fuentes Mares: “O sea que el jalapeño tiraba la piedra y escondía la mano, dejándonos sin saber cuál era su propósito, si burlarse de los norteamericanos, entretenidos con el señuelo de la paz mientras él reorganizaba la defensa, o bien si se encontraba decidido a traicionar por la razonable compensación de un millón de dólares.”<sup>184</sup>

Ciertamente, el anticipo de 10,000 dólares que exigió y Mr. Trist<sup>185</sup> puso en manos de su agente —el inglés, Mr. Thronton— habla en contra de las patrióticas intenciones del general en jefe, como también vota en contra de ellas su decisión de hacer cuantiosas entregas territoriales.<sup>186</sup> Una carta enviada por Santa Anna a Bermúdez de Castro (el 27 de julio de 1847) decía:

183 José Fuentes Mares, *Santa Anna, el hombre*, pp. 223-224.

184 *Ibid.*, pág. 224.

185 “En los primeros días de junio se produjo allí un episodio grotesco cuyos protagonistas fueron el mismo general norteamericano, Mr. Nicholas pag. Trist, alto funcionario del Departamento de Estado, en misión confidencial del presidente Polk, Mr. Bankhead, ministro de Inglaterra en México, y un tal Mr. Thronton, secretario de la legación inglesa... Mr. Bankhead accedió a poner en manos del gobierno mexicano una nota del secretario de Estado Buchanan, de la cual era portador Mr. Trist, proponiendo a México celebrar desde luego un tratado de límites para poner fin a la guerra hasta el fin. Durmió el sueño de los justos. Fue entonces cuando entró Mr. Thronton en contacto con Santa Anna, y éste sugirió poner una cantidad de dinero a disposición del gobierno para «modificar» el criterio de los señores diputados.” José Fuentes Mares, *Biografía de una nación*, pág. 150.

186 En su *Biografía de una nación*, José Fuentes Mares se deslinda de disculpar a Santa Anna: “Don Carlos Castañeda, profesor emérito de la Universidad de Texas, defendió a Santa Anna con el argumento de que mediante esos manejos consiguió inmovilizar a Scott mientras él preparaba la defensa de la capital, mas así y todo haber recibido diez mil pesos de anticipo, a reserva de un millón después, habla contra las patrióticas intenciones del general-presidente. Nadie desconoce las aficiones de Santa Anna por el juego de naipes, y sobre todo su inclinación por las cartas marcadas, pero de eso a aplaudirlo media un abismo.” José Fuentes Mares, *op. cit.*, pág. 151.

No tengo inconveniente en ceder la Alta California, que nosotros no podemos poblar ni defender [lo cual era cierto]...; pero no consentiré nunca en que sea el río Bravo el límite entre ambas Repúblicas. Es indispensable un desierto entre ambos países.<sup>187</sup> Exigiré el río Colorado y en último caso la corriente del río de Las Nueces. Pero, cualquiera que sean las condiciones de la paz, pediré a España, a Inglaterra y a Francia que garanticen nuestros límites, y espero que si va usted a Europa, podrá y querrá ayudarnos en el arreglo definitivo de esta cuestión.<sup>188</sup>

### 1. CUBRIRLE LA ESPALDA A SANTA ANNA

Efectivamente, Pilow vio el riesgo estratégico militar como posibilidad objetiva de los acontecimientos, en particular, la posibilidad estratégico-militar. Por eso saltó. Pero no era esa la posibilidad que Santa Anna perseguía.

Sin embargo, porque Pilow la entrevé como posibilidad objetiva si él fuera Santa Anna, entonces Fuentes Mares se admira de cuán “zorro” es Santa Anna para envolver a los norteamericanos. De esta manera le cubre la espalda a Santa Anna, con aquello que entrevió Pilow.

Fuentes Mares deja a mitad del camino la cuestión de si Santa Anna es culpable o no. Dice que las cosas parecen como que sí es culpable, pero antes lo llama “este zorro jalapeño”, etc., lo muestra como muy patriótico porque dice que abandonó Puebla, pero, “el 19 de mayo, al frente de una división de 3,000 hombres en el «estado más miserable posible» [cita a Santa Anna], consumó Santa Anna su entrada en la capital, asqueado, a pesar de su maravilloso estómago, por la actitud de los poblanos (—se refiere a las altas clases poblanas que estaban agasajando a Scott—).”<sup>189</sup> En fin, Fuentes Mares apunta a que Santa Anna en realidad es patriótico.

En descargo de Fuentes Mares tenemos, sin embargo, la semblanza que hizo de los mismos sucesos, valorándolos ahora sí con precisión contra Santa Anna, en un libro posterior, su *Biografía de una Nación* (1982), citada más arriba como contraste con su libro anterior sobre Santa Anna. La opinión no sólo definitiva de José Fuentes Mares, sino la justa, es la de esta obra posterior, fruto de una labor de más de 30 años, síntesis de sus más de veinte libros de historia de México (según señala la contraportada de esa obra).

187 Esta frase se atribuyó posteriormente a Juárez [nota de Felipe Gálvez].

188 José Fuentes Mares, *Santa Anna, el hombre*, pág. 224.

189 *Ibid.*, pág. 218.

## 2. CRÍTICA A LOS LIBERALES PUROS

Se pueden hacer algunos comentarios adicionales a la figura de Santa Anna según la refiere Fuentes Mares, pero importa más observar que él deja ambigua esta figura porque tiene un interés más subrayado en criticar de traidores —no a Santa Anna sino— a los liberales puros: Gómez Farías, Otero, etc.,<sup>190</sup> que insistían con afán patriótico en que no se firmara la paz después de que quedó tomada la ciudad de México sino que se siguiera la guerra hasta el fin. Así, pues, por interés de criticar a fondo a los liberales puros nuestro autor le cuida la espalda a Santa Anna. Hay que recordar que Santa Anna —por muy otras razones que los liberales puros— insiste en que no se firme la paz en 1848 sino que se prosiga la guerra. Su motivo es no perder el mando militar del que se le releva si se firma la paz, amén de encubrir su traición capitulacionista.

Pero de esto no se acuerda Fuentes Mares al momento de criticar a aquellos que insistían en la guerra a toda costa. Su argumento es que en realidad ya no se podía hacer más; difícilmente se hubiera derrotado a los norteamericanos, y éstos hubieran seguido avanzando,<sup>191</sup> etc.; claro, sí y sólo sí Santa Anna sigue al

190 José Fuentes Mares (*op. cit.*) vuelve a criticar a fondo a los liberales puros pero no cree ya que para ello debe moderar su filo analítico contra Santa Anna. No obstante, el modo en que introduce la crítica a los liberales puros sigue tendiendo a reducir la responsabilidad de Santa Anna en la que ahora sí, en 1982, José Fuentes Mares considera con todas sus letras traición a la patria. Citémoslo: “Descubrieron los americanos algo tan valioso como los codiciados territorios del norte: que no se trataba de una guerra normal, entre naciones soberanas, sino de un verdadero paseo militar norteamericano a la vera del cual tres partidos, enemigos entre sí, trataban de ganar su confianza. Esos tres partidos eran el moderado, deseoso antes de la guerra de llegar a un entendimiento decoroso con ellos, y al fin resuelto a concertar la paz al menos oneroso de los precios; el «ultrademocrático», como lo llamaba el ministro de España —o sea el liberal «puro»—, decidido a valerse del conflicto bélico para asegurar el triunfo de sus programas mediante la definitiva ingerencia norteamericana en los asuntos de México, y el tercero, nada más que un matiz del anterior, el de quienes se proponían destruir el vasallaje de los Estados respecto de la ciudad de México para construir repúblicas independientes con el apoyo de Estados Unidos. En los términos de ese planteamiento, los clericales, y aun los monarquistas, sumábanse a los liberales moderados, pues odiaban con el mismo calor a los radicales y a Estados Unidos. Por eso pudo decir Bermúdez de Castro a su gobierno [español] que en la disolución de la República «ningún plan era temerario», y sojuzgarla en 1847 era más fácil de lo que fue para Cortés la conquista del imperio de Moctezuma.” (pp. 152-153). Esta semblanza de las pugnas políticas es, por lo demás, valiosa.

191 Al respecto José Fuentes Mares sabe defender a don Luis de la Rosa de la fácil crítica que le lanzara Valentín Gómez Farías por haber aceptado aquél la firma de la paz: “«Nuestro conde don Julián», escribió Gómez Farías refiriéndose a don Luis de la Rosa, ministro de relaciones Exteriores y liberal moderado, quien cargó con la responsabilidad de la paz. Hacía gala de saber histórico aludiendo al conde don Julián, quien para vengarse de su rey don Rodrigo abrió las puertas de España a los sarracenos, forma elegante de llamarlo traidor para quedar él como patriota, hasta hoy, en los li-

mando. Peor mientras no se observe cuál es su papel específico en los acontecimientos. Nuestro autor todo se lo achaca a las malas condiciones del pueblo, a las malas condiciones del ejército, etc., y se olvida de la dirección específica que ocasionó la derrota.

El segundo argumento de Fuentes Mares es que la posición de los liberales puros era doble: por un lado, decían patrióticamente: “la guerra hasta el fin, defender a la patria, no aceptar que el enemigo nos ha sometido”, y, por otro lado, “si se pierde, pues, simple y llanamente quedamos en manos de los Estados Unidos, y de esa manera quedamos como parte de una nación democrática”. Y como son liberales puros y quieren realizar la democracia en México encuentran que: “con eso realizamos nuestro programa político.”

Aunque caben matizaciones, éste es de fondo su argumento, y tiene sentido para el historiador cristiano Fuentes Mares el criticar a los liberales puros de aquella época para criticar a liberales puros de la actualidad, los socialistas o la izquierda actual.<sup>192</sup> “El fanatismo federalista y antiespañol de aquellos liberales

bros del surrealismo histórico. Pero en verdad allí no había más conde don Julián que él y sus amigos, los liberales «puros», decididos a luchar «hasta el fin» y «tope en lo que topa». *Ibid.*, pp. 155-156.

192 La postura de José Fuentes Mares se vio precisada en 1982, en su Biografía de una Nación. Crítica a Valentín Gómez Farías el confiarse a los tejanos para enfrentarse a la dictadura de Santa Anna. Sí señala que ésta ocurre en 1835, esto es, antes de la guerra de Tejas (p. 154), pero en un contexto en el que aludía a dos posiciones de los puros en 1847, por lo que se presta a confusión el señalamiento de José Fuentes Mares. Antes identifica la posición de Lorenzo Zavala (pro-tejano) en 1836 (p. 131) con la de todos los puros también en 1847. Finalmente, redondea su crítica a los puros criticando una precisa carta de Mr. Trist: “Se reducen a manifestar aquello a lo que se oponen, lo que no harían, lo que nunca consentirán. No consentirán en la extinción de su nacionalidad, pero nada dicen de su amalgamación; no consentirán en la desmembración de su país y tampoco en su conquista, pero nada dicen de su incorporación”. (*Ibid.*, pp. 156-157). La defensa de México no era imposible después de la ocupación yanqui de la ciudad de México, como lo demuestra la resistencia popular que ocurrió. Pero puede concederse que había pocas probabilidades de triunfo, por lo que Valentín Gómez Farías se equivoca contra Luis de la Rosa. Pero José Fuentes Mares o Luis de la Rosa se equivocan si a priori deniegan la posibilidad de la resistencia contra los norteamericanos. Y por allí pasan a dudar de la autenticidad de la postura de Valentín Gómez Farías, etc. La penetración psicológica y dialéctica de José Fuentes Mares en este punto es sugerente, laudable incluso, pero su apoyo documental es la penetración psicológica y dialéctica de Mr. Trist, cuya posición —más allá de la nobleza de Mr. Trist— no deja de ser la del invasor que prostituye o cree que la mujer que tiene ante sí siempre es puta y que, por ende, tanto más ve justificada su labor de conquista. De suerte que proyecta estas ideas en los vencidos, fácilmente “acaba por cansarse” de las tribulaciones y dudas de los puros y termina por simplificar la postura de éstos en acuerdo a su ideología de invasor: “los puros, o partido de la guerra hasta la anexión”. Como arriesgada, peligrosa, aventurera si se quiere, incluso puede ser calificada la postura de Valentín Gómez Farías et al, pero no de inauténtica. Se trata de una posición que para probar su justeza histórica requería, eso sí, que todos los mexicanos se unieran como un solo hombre contra el invasor, así que ya las vacilaciones o la mayoría de votos del Congreso en favor de la firma de la paz no sólo deben verse como el triunfo de una idea adecuada contra otra falaz (la de los puros) sino como la expresión de una posición no discursiva de

[—dice—], tan cegador que entre 1836 y 1859 les puso al servicio de los enemigos de México. Federalismo y antiespañolismo les empujaron a las listas negras de la historia. [...] El antiespañolismo les despojaba de su identidad nacional, mientras el fuego libertario y federalista les echaba en brazos de la nación ejemplar.”<sup>193</sup>

José Fuentes Mares es atinado en señalar la ambigüedad de la actitud de los puros. Pero convierte esa ambigüedad en entrega a los extranjeros en 1847, lo cual es insostenible. Se basa en la postura a favor de Tejas, en 1836, de Lorenzo Zavala (vicepresidente de la república independiente y soberana de Tejas). Pero 1836 no es 1847, y la posición geográfica de Tejas no es la misma que la de Veracruz, etc., como lo observa con precisión el puro Manuel González Cosío, pero sin que José Fuentes Mares sepa entenderlo sino ver sólo unas ideas generales contrarias, sin especificación territorial.<sup>194</sup>

En fin, cada vez que tenemos que ver con Estados Unidos y se suscita una postura nacionalista intransigente en ocasión de que las gentes en el gobierno dicen que “hay que ceder porque no se puede de otro modo”, etc., se hace una contestación por adelantado a todas las críticas de izquierda posteriores cuidándole la espalda a Santa Anna y criticando a fondo a los liberales puros de aquel entonces porque éstos dicen defender la patria y en realidad son entreguistas. Estos sí son entreguistas; Santa Anna sólo es locuaz, oportunista, está errado, se quiere hacer el zorro; es muy inculto, muy tonto. En cambio, los liberales puros son muy inteligentes, muy cultos y de principios, y de principio su postura es dual. Éste es el argumento político subyacente de Fuentes Mares contra los intelectuales de izquierda o de la oposición democrática en general.

Cabe una breve aclaración. Visto el papel tan interesante y paradójico que juegan los liberales en el curso de guerra, resulta de interés el libro de Jesús

un sector de mexicanos no dispuestos ya a combatir por creerlo —muy en su derecho— sobreabundante. Que esa posición existiera implica automáticamente el que la posición de los puros era inviable; no-por-sí-misma-ante-las circunstancias sino en tanto que otros mexicanos prominentes en los acontecimientos no podían asumir esa posición por no creer en ella, cuando que ya creer en ella la volvía viable. Eso sí, todavía por jugarse en combate contra el invasor.

<sup>193</sup> *Ibid.*, pág. 131.

<sup>194</sup> “Una década más tarde, en 1846, principiaba la guerra entre México y Estados Unidos; don Valentín ejercía la vicepresidencia de la República y se carteaba con Manuel González Cosío, gobernador de Zacatecas, como él, apasionado libertario y federalista. «Si como la posición geográfica de nuestro desgraciado Estado es tan central fuese limítrofe, siquiera como Chihuahua —le decía don Manuel—, ya habríamos proclamado nuestra independencia y aun nuestra unión a Estados Unidos. Sí, nuestra unión a aquella República, porque en la forzada y dura alternativa de perder la libertad o la nacionalidad, la elección es muy obvia. Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California». Menos mal que González Cosío encontraba «dura» la «forzada alternativa». Menos mal.” *Ibid.*, pág. 154.

Reyes Heróles sobre el *Liberalismo mexicano*. En esta obra debían aparecer los puros, y aparecen, pero, curiosamente, no su específica intervención durante la guerra con los Estados Unidos; hueco importante cuando que nos podría aclarar realmente cuáles eran las finalidades de los puros, más allá de lo que entrevé Fuentes Mares, quien se basa, a su vez, en lo que aparece en los archivos del presidente Polk que se dieron a la publicidad en 1960.



## CAPÍTULO XII

LA REIVINDICACIÓN SISTEMÁTICA DE SANTA ANNA  
 POR LA HISTORIA MILITAR ABSOLUTA  
 DE JOSÉ C. VALADÉS

José C. Valadés lleva a cabo una apología integral de Santa Anna. En cada una de las batallas reivindica a Santa Anna, quien las pierde porque supuestamente el ejército estaba en desbandada, no había víveres ni municiones, le desobedecían los generales, etc. Interesa sobre todo observar cuáles son los principios generales a partir de los cuales están diseñadas las obras *Santa Anna y la guerra de Texas* y *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos*.

1. SANTA ANNA ES INTOCABLE POR SER MEXICANO, SOLDADO Y PRESIDENTE

En primer lugar —dice José C. Valadés en la introducción a la tercera edición de su obra— mueve a mi investigación “un propósito patriótico: reivindicar a los mexicanos. Reivindicarles, por ser indecoroso y falso el concepto que de los hombres, las armas y la política y las ideas de México dejó la literatura histórica nacional y universal del siglo XIX.”<sup>195</sup> Por ese motivo también hay que reivindicar a todos los mexicanos, entre ellos Santa Anna. Y al “referirme a Santa Anna, diría José C. Valadés, no está por demás constatar —aunque a años de distancia la respuesta será menos intolerante— a quienes han afirmado que yo he pretendido reivindicar o rehabilitar al general don Antonio López de Santa Anna. Esto es falso y absurdo”, según él. Para este autor “la rehabilitación o reivindicación de los sujetos no es facultad recíproca a la historia. Ello corresponde al patriotismo, a la moral y a la política. Y aunque estos tres grandes agentes de la sociedad y del Estado no pueden vivir desligados de la historia, no por ello están sujetos a las conclusiones de ésta. La política, la moral y la Patria poseen el poder del veto.” Así, pues, Santa Anna será reivindicado porque se va a reivindicar a los mexicanos, y él es mexicano.

En la “advertencia” a la segunda edición nos dice Valadés: “La traza de este libro no fue con el propósito de significar que se sabe más que quienes han es-

195 José C. Valadés, *México, Santa Anna y la guerra de Texas*, pág. 7.

critico acerca de los acontecimientos de 1836, *sino a fin de que el heroísmo* de los soldados mexicanos [ya no de todos los mexicanos] sirviese de ejemplo y no de burla, y para que estos capítulos fuesen útiles a la enseñanza de un episodio nacional *imperecedero*.<sup>196</sup>

Así, pues, en segundo lugar, hay que reivindicar a los soldados mexicanos. Santa Anna es soldado mexicano, un general, así que hay que reivindicarlo.

De hecho, en los antecedentes de la primera edición ya nos dice Valadés lo siguiente:

Aunque en un principio mi plan de trabajo se reducía a la historia militar de la guerra, hube de ampliarlo: quise conocer a un hombre, y el hombre a quien buscaba me empujó hacia otros hombres; pretendí poner en movimiento al ejército mexicano y el ejército me llevó a la sociedad; traté de vivir los instantes de miseria, de sufrimientos, de esperanza de un pueblo y el pueblo me condujo a una época de su vida; busqué la causa de una tragedia, y la tragedia me hizo revisar diferentes factores.<sup>197</sup>

Muy bien, tenemos que la obra se amplió. Pero, en todo caso, el resultado consiste en que toda la sociedad queda vista desde el punto de vista del ejército (¿militarización de la sociedad a nivel ideológico?).

J. C. Valadés en *México, Santa Anna y la guerra de Texas* —aunque fundamentalmente trata el suceso de 1835— ofrece una imagen de los últimos días de Santa Anna al final de su capítulo primero, titulado “El anciano”. Se trata, pues, de que viendo al “viejo” venerable, el lector tenga un poco de consideración para con él. Dice Valadés: “No fue, pues, Antonio López de Santa Anna hombre con las virtudes de lo heroico; tampoco pudo lucir la aureola de los defensores de la libertad ni el sello de los individuos de prudencia —aditamentos todos de la grandeza de un caudillo o de las glorias de un gobernante— pero sí fue presidente de la república mexicana”.<sup>198</sup>

Así pues, Valadés defiende a Santa Anna por *mexicano*, por *soldado* y por *presidente* de la república mexicana. Por algo general, por algo particular y por su singularidad. Lo defiende, pues, integralmente. A la vez, constituye el concepto integral de la defensa histórica de un sujeto.

## 2. EL CULPABLE FUE FILISOLA

<sup>196</sup> *Ibid.*, pág. 12.

<sup>197</sup> *Ibid.*, pág. 13.

<sup>198</sup> *Ibid.*, pág. 28.

José C. Valadés se ocupa muy profusamente en esta obra en reivindicar a Santa Anna frente a Filisola. Recuérdese que, preso Santa Anna, manda cartas a Filisola para que éste se retire, y ello ha sido ocasión de acusaciones contra Santa Anna. Nuestro autor arguye que esta retirada fue elección de Filisola, pues aunque Santa Anna le envió las cartas, como se hayaba preso esa orden y esas cartas no tenían importancia, no podía ordenar ni tampoco firmar tratados que fueran importantes, así que ni las cartas ni los tratados son prueba de nada. Son otras tantas zorrerías de Santa Anna. En realidad, toda la responsabilidad la tiene Filisola, tal y como decía Santa Anna en sus partes.

### 3. LA MENTIRA PARA EXALTAR EL FALSO PATRIOTISMO

Vale la pena observar que esta historia hecha a partir del punto de vista de la defensa de México, de su ejército, o, sobre todo, de sus presidentes, ha producido una serie de mitos en la historia de México.

Cabe regresar al libro de Juan Miguel de Mora, *Gatuperios, omisiones, mitos y mentiras de la historia oficial*. Uno de tales mitos —entre tantos— nos interesa porque tiene que ver con el presidencialismo histórico. A cada nuevo presidente de México se lo exalta —como a Zedillo o Salinas, Díaz Ordaz, Ávila Camacho o Cárdenas—. Hay razones muy hondas en la historiografía mexicana para tener esta perspectiva, no obstante que los presidentes en turno estén vendiendo directamente la nación. He aquí un caso más tibio pero que, por lo mismo, muestra cómo se elaboran mitos en vista de defender al presidente o de exaltarlo.

En la batalla de Churubusco —según se nos cuenta— el general Twiggs tomó posesión del convento y preguntó al general Anaya —encargado de la defensa del Convento— “donde está el parque”, y éste respondió: “si hubiera parque no estaría usted aquí”. Bueno, esto es un mito. El suceso no ocurrió nunca. Pero como el general Anaya fue presidente de México, había que engalanarlo con un acto —o una frase— heroico. El general Anaya participó efectivamente en la defensa del convento, junto con el general Rincón, pero jamás dijo eso. El suceso es más interesante de lo que aquí resumimos, pero importa sobre todo para aludir a esta historia presidencialista o al sometimiento de la historia al presidencialismo mexicano, pues no solamente la política sino también la escritura de la historia tiene que ver con ello, y muy esencialmente el caso de Santa Anna.

El caso del general Anaya<sup>199</sup> apenas es un suceso de pasada el que se justifica y mitifica: en el caso de Santa Anna lo que queda trastocado, presentado a la inversa de lo que fue, es *cada uno de sus errores y entreguismos*.

Pues bien, una de las cosas que ha sido ocultada —entre otras muchas— es que había soldados negros en el ejército de Estados Unidos. Se tiene la noticia de un oficial negro que “fue ahorcado en Veracruz [por el general Scott] por «haber violado o intentado violar» a una mexicana..., Antonia Gallegos, a la que, además, le robó algunas monedas.” Esto lo refiere Francisco Castillo Navarro.<sup>200</sup>

Es, en cambio, magnífica la investigación de García y Fritsche en la parte donde sin lugar a dudas prueba la gran cantidad de tonterías y mentiras que, con un cinismo increíble y una total falta de sentido de responsabilidad, se han escrito en torno de los cadetes de Chapultepec. Historias fantásticas, escenas de una cursilería intolerable, novelizaciones que llegan hasta a inventar diálogos de los cadetes en la batalla y muchas cosas semejantes que demuestran una manipulación militar de los héroes, además de una ignorancia total del respeto que merece la historia. La mentira como elemento para exaltar el patriotismo es una estupidez garrafal, porque la historia no se puede falsificar para siempre.

Pese a los anterior los llamados “niños héroes” fueron realmente héroes, como ya hemos dicho. El argumento de que porque eran militares era su deber combatir es tan falso como las exaltaciones excesivas. Hay un límite en el cumplimiento del deber y quienes se exceden, trasponen su límites y se convierten en excepcionales. Los cadetes que combatieron en Chapultepec pudieron haberse retirado, tenían orden de

199 He podido rastrear el infundio sobre el general Anaya hasta Rafael F. Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente* (1936) (México, FCE, pág. 227), pues autores posteriores lo citan a él como referencia. ¿Viene de más atrás el mito? Sí, según lo muestra el libro *Churubusco-Huitzilpochco*, “texto de los profesores Lic. Ramón Mena y Nicolás Rangel, de la Academia Mexicana de la Historia”, monografía sobre la historia del Convento de Santa María Churubusco, que contiene 89 ilustraciones, publicada por el Departamento Universitario y de Bellas Artes, Dirección de Talleres Gráficos, en México, 1921. Bajo el título “1847”, que va de la página 41 a la 53, encontramos en la página 48 la mención al elevado ánimo de los defensores “deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones se agotaron completamente. El tiroteo comienza a apagarse paulatinamente, y cesa al fin”. Y aún se relata otro hecho verídico: una vez agotadas las municiones “el intrépido [don Francisco] Peñúñuri cargó a la bayoneta sobre los americanos, a la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo; más apenas había avanzado unos cuantos pasos cuando una bala lo hiere de muerte”. Y en la página 51 encontramos el pasaje que contiene la falacia histórica: “Un hurra general había anunciado la llegada del general Twiggs... El general americano, al preguntar al general Anaya [prisionero de guerra] por las municiones existentes, contestó éste con acento espartano: «si hubiera parque no estaría usted aquí».

200 Cfr. Francisco Castillo Navarro, *Revisión de la guerra entre México y Estados Unidos*, citado por Juan Miguel De Mora en *op. cit.*, pp. 141-142.

hacerlo, pero prefirieron luchar. Decir que lo hicieron por jóvenes inexpertos y no por amor a la patria es tanta manipulación como afirmar que se debe deificarlos, como alguien dijo.

Denunciar las mentiras y la manipulación de los héroes por gobiernos que así pretenden manejar a los pueblos, no sólo es correcto sino necesario. Pero concluir de ahí, como hacen García y Fritsche, que los héroes no existen es de una ingenuidad tan total que raya en la tontería. Si quieren historia antigua, Espartaco fue un héroe auténtico. Si más moderna, Francisco Javier Mina también fue un héroe total. Si pueblos heroicos, Madrid en 1936, pero también la ciudad de México en septiembre de 1847.<sup>201</sup>

He aquí, en todo caso, cómo se encuentra manipulada sistemáticamente la historia en las versiones militares. Se lleva a cabo la mentira por patriotismo y por autoritarismo militar no se respeta la historia. No se respeta la verdad. La verdad es lo de menos, lo importante es la orden y hay que acatarla. Por tal motivo no solamente la historia presidencialista sino también la historia militarista para cubrirle la espalda a Santa Anna.<sup>202</sup>

La mentira para exaltar al patriotismo genera un patriotismo de mentira.<sup>203</sup>

201 Juan Miguel De Mora, *op. cit.*, pág. 142.

202 “La misma frustración de verse impedido a consultar el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional [de Jorge Labardini], lo que le provocó un comentario, bastante pertinente y cierto, acerca del manejo de la historia como parcela privada y secreta, casi mística, de los militares mexicanos, empeñados en mantener una línea «oficial» y moralizante.” (José Manuel Villalpando César, “Prólogo” a Jorge Labardini, *op. cit.*, pp. 20-21).

203 A Valadés le viene como anillo al dedo la crítica de Manuel Brioso y Candiani a las “opiniones erróneas acerca del objeto de la historia” como serían las de la “historia patriótica y moralizadora” y la “historia-censura”; crítica basada en A. D. Xénopol, según lo reseña y comenta en su “Exposición compendiada de la «teoría de la historia» de A. D. Xénopol” o “Las nuevas orientaciones para la constitución de la historia”, texto antologado en Álvaro Matute Aguirre, *op. cit.*



## CAPÍTULO XIII

ENRIQUE KRAUZE:  
UNA DEFENSA VULGAR DE SANTA ANNA

Ante los enormes y puntuales esfuerzos *clásicos* de José C. Valadés por defender integralmente a Santa Anna en cada acto y batalla, sorprende la *vulgar* — por facilona— defensa con intenciones definitivas que Enrique Krauze lleva a cabo, por supuesto, sin creer que debe ocuparse de cada batalla para demostrar su tesis. Citémoslo:

El cargo de traidor aplicado a Santa Anna es discutible: Santa Anna traicionó innumerables veces a los partidos progresistas y retrógrados, pero no a su patria. Por ella luchó, bien y mal, al mando de unos cuantos miles de hombres en un país de siete millones. Además, muchos de quienes le pusieron el sambenito se habían cruzado de brazos durante la invasión norteamericana. Se diría que al concentrar la responsabilidad de la derrota nacional en un solo hombre, en un solo acto de “traición”, descargaban con facilidad la culpa ante su propia pasividad de 1847.<sup>204</sup>

Al final de su defensa Enrique Krauze confunde sofisticadamente las cosas para dar una salida psicologista a la cuestión histórica con eso de la “pasividad” del resto de muchos de los detractores de Santa Anna que en 1847 se cruzaron de brazos. El uso de la psicología al servicio de la interpretación histórica no podría ser peor. La intervención de Enrique Krauze adolece, además, de una falta total de lógica, pues confunde la cuestión de la “responsabilidad de la derrota nacional” con la de la traición de Santa Anna, sin ver que éste no dejaría de ser traidor a la patria aunque el ejército de Estados Unidos hubiera perdido la guerra. El caso fue, además, que la traición de Santa Anna —batalla por batalla— pudo tanto como para hacer imposible al ejército y al pueblo mexicanos contestar eficazmente al invasor. Y no es que no hubiera otros responsables; los hubo y muchos. Pero, traidores, pocos, y de la magnitud de Santa Anna, sólo él.

Y ya que estamos puntualizando cuestiones ante su falaz o su sofisticada confusión, vale la pena insistir en que la acusación a Santa Anna es por traición, no

<sup>204</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 188.

por venta del territorio nacional —insisto, traición batalla por batalla—. Cito al respecto a Ángela Moyano Pahissa, pues la precisión de su idea al respecto es memorable:

Desde la primera revuelta, la de Guadalajara contra Paredes, la prensa conservadora acusaba de traidores a los liberales. Naturalmente que el comportamiento de Santa Anna no hacía más que reforzar la acusación. Hasta la fecha no se ha logrado probar con documentos la traición de Santa Anna. Su actitud se aclara al estudiar la defensa que hizo del territorio: el abandono de Tampico, su inactividad en San Luis Potosí, la retirada del campo de batalla en la Angostura, sus reiteradas declaraciones acerca de la imposibilidad de atravesar Cerro Gordo; el error estratégico en cuanto a determinar por qué lado de la ciudad entraría Scott, la batalla de Contreras, la falta de municiones en Churubusco y el segundo error estratégico en cuanto a la entrada de Scott al centro de la ciudad que culminó con el desastre de Chapultepec. Finalmente, la cúspide de los *errores* fue el abandono del centro de la ciudad al tener noticias de la derrota de Chapultepec. Se deben encontrar los documentos que prueben históricamente, de una vez por todas, la traición de Santa Anna del principio al fin de la guerra.<sup>205</sup>

<sup>205</sup> Ángela Moyano Pahissa, *México y Estados Unidos: Orígenes de una relación. 1819-1861*, pp. 113-114.

## CAPÍTULO XIV

SEMBLANZA DE LOS BIÓGRAFOS DE SANTA ANNA  
(RAFAEL F. MUÑOZ, JOSÉ C. VALADÉS, AGUSTÍN YÁ-  
ÑEZ)

Cabe hacer la semblanza de estos distintos biógrafos e historiadores de Santa Anna.

Rafael F. Muñoz nace en Chihuahua en 1899 y muere en el Distrito Federal en 1972. A los 16 años de edad conoció a Francisco Villa, el gran caudillo de la revolución mexicana. Escritor y periodista, editor de *El Nacional*, trabajó con Jaime Torres Bodet en la Secretaría de Educación Pública. Es un narrador del segundo grupo de novelistas de la Revolución y se dedica, sobre todo, a Pancho Villa, con sus *Memorias de Pancho Villa* (1923), o su *Vámonos con Pancho Villa* (1931), etc. A este autor le interesa la figura del presunto caudillo Santa Anna por contraste con la figura del auténtico caudillo Pancho Villa. Santa Anna es una figura de contraste, o de cómo no hay que ser caudillo. *Santa Anna, el hombre que todo lo ganó y todo lo perdió* es publicado en 1936. Es autor de una gran novela, *Se llevaron el cañón para Vachimba*, de 1941.

El interés de José C. Valadés es distinto. Su personalidad es muy peculiar. Lo hemos visto defender a capa y espada a Santa Anna como si fuera caudillo, aunque diga que no lo considera así, y por haber sido presidente, por soldado (general) y por mexicano. Hay un monolitismo completo en su argumentación histórica y en las razones que da para construirla de esa manera. Es un historiador muy renombrado. Nace en Mazatlán en 1889 y muere en el Distrito Federal en 1976. No está por demás decir que, paradójicamente, los *Gatuperios, omisiones, mitos y mentiras de la historia oficial*, de Juan Miguel de Mora, citan a José C. Valadés complacientemente como historiador —así como a sus hijos historiadores— que ha intentado reivindicar la verdad frente a los mitos cuando que vemos que fue un gran constructor de mitos.

José C. Valadés fue oficial del Estado Mayor del General Ramón F. Iturbide en 1915. Luego fue promotor de la juventud comunista mexicana y secretario general de la Confederación General de Trabajadores en 1921, así como secretario del Buró Latinoamericano de la Tercera Internacional en 1922. Fue uno de los cofundadores —en 1919— del Partido Comunista Mexicano por indicación

de la staliniana Tercera Internacional. Tiene 20 ó 25 volúmenes de historia de México, además de otras obras como *Apuntes sobre Miguel Bakunin* (1926), *Orígenes del Movimiento obrero en México* (1927), *Bibliografía del anarquismo en México* (1927), *Santa Anna y la guerra de Texas* (1936), *Breve historia de Texas* (1937), *El presidente de México en 1970* (1969), *Breve historia del porfirismo* (1979). Fue profesor universitario y embajador.

La inclinación de José C. Valadés por Santa Anna es en realidad una particularidad de *su inclinación general por el caudillismo*. Por plegarse a este aspecto de la política mexicana como, en general, de la política internacional en referencia al stalinismo, parece guardar simpatía por la visión de las cosas que tienen los que poseen el mando.

De Fuentes Mares interesa menos su recorrido biográfico. Es licenciado en filosofía (1942) y en derecho (1944) e historiador de la filosofía, ocupándose de San Agustín y Kant. Esto le confiere una sólida base para preocuparse luego de las ideas liberales de Poincett, Lerdo de Tejada y Juárez, etc., y, así, para realizar la crítica del liberalismo radical o de los puros, según vimos. En todo caso, ya vimos cómo procura sacar adelante a Santa Anna. Escribió *Santa Anna: aurora y génesis de un caudillo* (1956), *Juárez y los Estados Unidos* (1960), *Génesis del expansionismo norteamericano* (1980) y la novela *Su alteza serenísima*.

El interés de Agustín Yáñez en Santa Anna es más profundo. Este autor nace en Guadalajara en 1904 y muere en la ciudad de México en 1980. Fue licenciado en derecho en 1929, y obtiene la maestría en filosofía en 1951. En su ciudad natal no había escuela de filosofía. Sin embargo, se propone desde 1929 realizar por su cuenta estudios en filosofía y hasta 1940 y tantos, en que llega a la ciudad de México, se matricula en la facultad de filosofía, y realiza su idea. Fue profesor buena parte de su vida, secretario de Educación en Nayarit y secretario de Educación Pública de la República Mexicana de 1964 a 1970. Fue gobernador del estado de Jalisco entre 1953 y 1959, en donde realizó grandes obras de desarrollo económico y de beneficio social, así como de desarrollo de la educación y de la cultura.

La obra de gobierno de Agustín Yáñez es realmente impresionante. Duplicó, triplicó y hasta quintuplicó todos los índices estadísticos del Estado en obras públicas, beneficio social, cultura y educación, etc. Si se lee acerca de alguna obra de gobierno de algún gobernador el tema resulta fácilmente aburrido por intrascendente, por falaz y exagerado. Pero la obra de gobierno de Yáñez revela a un hombre completamente comprometido con sus ideales y la idea de servir al pueblo y engrandecer a su estado.

El mismo Yáñez es un tipo peculiar de caudillo y su interés por Santa Anna, entonces, tiene que ver con su voluntad de determinar qué es lo que no hay que hacer y, por ello, preguntarse por qué sucedió y qué es una lacra en México. De tal manera, su interés por *El espectro de una sociedad* y por cómo habría que transformar esta sociedad, su afán en referencia a Santa Anna, es sumamente hondo y personal. Su obra literaria presenta más de 30 títulos; escojo los siguientes por relacionarse con Santa Anna: además de *Santa Anna, espectro de una sociedad* (1980), fue autor de *Genio y figura de Guadalajara* (1941) —esto tiene que ver con su idea de hacer la “Etopeya”—, *Fray Bartolomé de las Casas* —un sujeto individual que se acerca e inclina ante el pueblo, etc.—, *El contenido social de la literatura iberoamericana* (1945) —otra vez un tema en que se juega la conexión entre la expresión cultural y las bases materiales de una sociedad—, *Don Justo Sierra, su vida y obra* (1950), *Moralistas franceses* —de nuevo la preocupación por observar las costumbres, el *ethos* de un pueblo, el *ethos* de un individuo, etc.—, *La lección de Juárez* (1961), *Dante, concepción integral del hombre y de la historia* (1965), *Morelos, trasunto de la grandeza mexicana* (1965). Así, a Yáñez le interesa observar caudillos positivos y caudillos negativos en México y su incidencia en el país, cuál fue su psicología, cuál es la mía —la de A. Yáñez—, cuál es mi posición ante la historia y qué puedo hacer en México. Le es muy importante echar cuentas con Santa Anna como sujeto en vista de poder hacer en México algo distinto a lo que Santa Anna hiciera en los albores de la república mexicana. Agustín Yáñez fue construyendo su estrategia personal por contraste de caudillos como Santa Anna y tomando como ejemplo a otros (Juárez, etc.).

Sin embargo, (según me recuerda Felipe Gálvez) hay en 1968 un final trágico en el proyecto personal de Yáñez (según me recuerda Felipe Gálvez). Hundido en el alcohol y la angustia, se deprimió profundamente y acabó dándole la razón al presidente Gustavo Díaz Ordaz frente al movimiento estudiantil y la matanza de Tlatelolco, no por comisión sino por omisión

Por su parte, Gastón García Cantú estudia derecho, es periodista y entre los muchos cargos por él desempeñados resaltan los de director general de Difusión Cultural de la UNAM (1968), Director de los Centros de Relaciones Internacionales (1972-1974) y de Estudios Políticos (1974-1976), director del INAH (1976-1982). Fue articulista de *Proceso* y *Siempre*. Entre la veintena de títulos por él publicados resaltan, para nuestra investigación, los siguientes: *El pensamiento de la reacción mexicana. Historia documental (1810-1962)* (1965 y reeditado en 1987), *El socialismo en México* (1969), *Las invasiones norteamericanas en México* (1971), *El desafío de la derecha* (1987), *Años críticos (la UNAM 1968-1987)*, “Prólogo” a *Recuerdos de la invasión norteamericana* de José María

Roa Bárcena (1986), *El proyecto ideológico de la Constitución* (1986). Su tendencia antiimperialista prevalece en todas sus obras.



## SECCIÓN SEGUNDA

## SANTA ANNA EN LA HISTORIOGRAFÍA CHICANA

## CAPÍTULO XV

CHICANOS ENTRE MÉXICO,  
ESTADOS UNIDOS Y SANTA ANNA  
(AD AMÉRICA OCUPADA Y OTROS TEXTOS  
DE RECUPERACIÓN DE LA HISTORIA CHICANA)

## 1. LA CONCIENCIA HISTÓRICA CHICANA EN UN TEXTO CLÁSICO

Rodolfo Acuña, renombrado líder político e historiador chicano, es autor de un libro ya clásico: *Occupied America: the chicano's struggle toward liberation*, publicado en 1972 y traducido al español en 1976,<sup>206</sup> en el cual sintetiza un gran frente de trabajos<sup>207</sup> de alto nivel, amén de comprometidos políticamente, reali-

206 Rodolfo Acuña, *América ocupada: los chicanos y su lucha de liberación*.

207 Observemos la fecha de publicación de éstos: Felix D. Almaraz, "The Historical Heritage of the Mexican American in 19th Century Texas" en *The Role of the Mexican American in the History of the Southwest*, Inter-American Institute, Pan American College, Edinburg, Texas, 1969, pp. 20-21; Walter Lord, "Myths and Realities of the Alamo", en *The American West* 5, mayo de 1968; en Ramón Eduardo Ruiz *The Mexican War: Was it Manifest Destiny?*, Holt Rinehart and Winston, Nueva York, 1963; Larry McMurry, *In a Narrow Grave*, Encino Press, Austin, Texas, 1968; Llerena B. Friend, "W. pag. Webb's Texas Rangers", en *Southwestern Historical Quarterly*, enero de 1971; Tom Tide, "Chicanos Won't Miss Ranger", en *New Chronicle*, Editorial Thousand Oaks, California, 4 de noviembre de 1970; José T. Canales, *Juan N. Cortina Presents his Motion for a New Trial*, Artes Gráficas, San Antonio, Texas, 1951; Carey McWilliams, *Al norte de México*, Siglo xxi Editores, México, 1968; Carolina Remy, "Hispanic Mexican San Antonio: 1835-1961", en *Southwestern Historical Quarterly*, abril de 1968; Patricia Bell Blawis, *Tijerina and the Land Grants*, International Publishers, Nueva York, 1971; Nancie González, *The Spanishes-Americans of New Mexico: A Heritage of Pride*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1967; Lynn Y. Perrigo, *The American Southwest*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1971; Armando Valdez, "Insurrection in New Mexico: The land of Enchantment", en *El Grito*, otoño de 1967; Howard R. Lamar, *The Far Southwest, 1846-1919*, Yale University Press, New Haven, Conn, 1966; Andrew Bancroft Schlesinger, "Las Gorras Blancas. 1889-1891", en *Journal of Mexican History*, primavera de 1971; Laureano Calvo Berber, *Nociones de historia de Sonora*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1958; J. Fred Rippey, "A Ray of Light on the Gadsden Treaty", en *Southwestern*

zados por investigadores chicanos y anglos en vista de sacar a la luz unas realidades ora olvidadas, ora soterradas, ora deformadas o transfiguradas por efecto de mitos correspondientes hechos *ad hoc* para denegar a los chicanos en vista de justificar el dominio de los anglos sobre ellos.

Todas las bondades del libro de Acuña, incluida su fácil lectura y su clara toma de partido por los débiles y oprimidos desde su inicio, así que semeja una novela histórica bien documentada cuyo tema —cuajado de tragedias y crímenes contra los chicanos y de impunidades a favor de los anglos— logra no obstante erigirse en la narración épica de un pueblo que logra con grandes dificultades ponerse sobre sus propios pies y defender su identidad y libertades a la par que demuestra —con este libro y con los que éste sintetiza— haber tomado conciencia histórica de su situación. Todas las bondades del libro, digo, ameritan que pongamos atención en algunas debilidades en vista de mejorar su cometido, porque esas bondades y debilidades son también en mayor o menor medida las de ese conjunto de trabajos de diversos autores encaminados a recuperar la conciencia histórica del pueblo chicano, así que su discusión apunta a perfeccionar esta conciencia y la defensa de la identidad y de las libertades chicanas. Por otro lado, la conciencia de todos los mexicanos que no vivimos en territorio estadounidense se encuentra *esencialmente* incompleta si no sabe de la situación de los chicanos y la asume como propia. De oídas sabía yo de algunas de las atrocidades denunciadas por Acuña y de los rasgos de la condición económica, social, política y cultural vivida por los chicanos; pero la totalidad del fenómeno precisada por Acuña entrega una experiencia conmovedora decisiva para el desarrollo de la conciencia de todos los mexicanos.

Historical Quaterly, n. 24, enero de 1921; Fernando Pesqueira, “Documentos para la historia de Sonora”, Segunda Serie, tomo iii, manuscrito en la Biblioteca de la Universidad de Sonora, Hermosillo, Sonora; Joseph F. Park, The History of Mexican Labor in Arizona during the Territorial Period. University of Arizona Press, Tucson, 1961; Hubert Howe Bancroft, History of Arizona and New Mexico, Editorial The History Co., San Francisco, 1889; Charles Poston, Overland Monthly, n. 24, agosto de 1894; Victor S. Clark, Mexican Labor in the United States, u.s. Department of Commerce Bulletin, u.s. Government Printing Office, Washington, d.c., 1908; Joan W. Moore, Mexican American, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, n. j., 1970; Leonard Pitt, “The Foreign Miner’s Tax of 1850: A Study of Nativism and Anti-Nativism in Gold Rush California” (tesis de maestría para la Universidad de California en Los Angeles, 1955); El Clamor Público, 4 de abril de 1857; 26 de abril de 1857; Robert Greenwood, The California Outlaw: Tiburcio Vásquez, The Talisman Press, Los Gatos, California, 1960.

## 2. CAPITALISMO, RACISMO Y RELACIÓN COLONIALISTA SOBRE LOS CHICANOS

Indudablemente, para consolidar la conciencia de sí de los chicanos constituye un buen inicio comenzar por dar una imagen de la guerra entre México y Estados Unidos de 1846-1848, en particular de la condición chicana antes, durante y después de la misma, incluidos sus movimientos de resistencia a la invasión y dominación norteamericanas (capítulo 1). Luego se hace el seguimiento de la situación de los chicanos, territorio por territorio, desde Texas y Nuevo México hasta Arizona y California (capítulos 2, 3, 4 y 5) desde 1830 hasta más o menos 1900, y se complementa lo anterior con un panorama de ignominia, una verdadera “historia natural de la infamia”, sólo que en este caso completamente antinatural y artificialmente amañada por la situación de conquista y sujeción instaurada por los anglos. Historia de *rangers* asesinos a sueldo, de jueces corruptos, de leyes pseudodemocráticas e instituciones socarronas favorecedoras de los intereses económicos, jurídicos, políticos y culturales de los anglos a costa de los chicanos. Historia de asesinatos y perfidias sistemáticamente perpetrados. Sobre esta base, el discurso chicano —el de Rodolfo Acuña ejemplarmente— sustenta su tesis principal consistente en que la situación de los chicanos se explica por tres parámetros: la *explotación capitalista* y el *racismo* —factores que comparten con negros, judíos y otras etnias que habitan territorio norteamericano— pero, en tercer lugar, la *situación de colonizados*, que especifica la condición de los chicanos como ciudadanos de segunda clase, “en una soslayada existencia dentro de una relación señor-siervo favorable a los anglos”.<sup>208</sup> Esta tesis apuntala la segunda parte del libro —y del discurso chicano libertario todo—, en donde se descubre la situación actual de los chicanos y se formula su programa de lucha en defensa de su identidad cultural y lingüística precisamente como etnia autónoma que reclama un territorio que en 1847 le fue arrebatado.<sup>209</sup> Esta postura podría moderarse hacia una autonomía cultural y política en el interior de los Estados Unidos, bajo su constitución jurídica general pero con sus propios órganos de gobierno, etc.

208 Gilberto López y Rivas, en la introducción a su *La guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*, coincide inicialmente (p. 9) con esta tesis de Acuña, pero luego la matiza atinadamente (p. 10) diferenciando entre “la clase dominante mexicana en los territorios perdidos” y el pueblo a ella sometido, pues esa clase jugó un papel histórico reaccionario y entreguista. G. López y Rivas lo dice así: “Fue el elemento amortiguador entre anglos y mexicanos, sirvió para sancionar la legitimidad del poder norteamericano”; además, la alianza entre la clase dominante mexicana y la norteamericana “por sobre las barreras nacionales tuvo una gran importancia en condicionar el bajo nivel político y organizativo de la resistencia mexicana.”

209 *Cfr.* conclusión del referido libro de Rodolfo Acuña.

### 3. LA PARADOJA CHICANA

Vale la pena apoyar la tesis general de Rodolfo Acuña y, a la vez, matizarla. Por su parte, él retoma una precisión hecha por los historiadores marxistas y, a la vez, insiste, atinadamente, en especificar la situación de los chicanos como la de un pueblo colonizado.

Los historiadores marxistas se niegan a reconocer que la mayor parte de la violencia dirigida contra los mexicanos derivó su fuerza de la colonización del territorio por angloamericanos. Están de acuerdo en que el *racismo era, y sigue siendo, una realidad*, y que la *explotación no se ejerció únicamente sobre el mexicano*. Sin embargo, alegan que el mexicano hubiera sido víctima del racismo y la explotación económica *aun cuando el colonialismo no hubiese existido*. (Rodolfo Acuña, *op. cit.*, p. 106, cursivas mías).

Los historiadores marxistas están en lo correcto a propósito del racismo y la explotación pero soslayan lo que Rodolfo Acuña resalta: el sometimiento fuera de las condiciones laborales, la condición dependiente y subordinada al modo de un “ciudadano de segunda” tanto dentro como fuera del proceso de trabajo, son características del colonizado.<sup>210</sup>

No obstante, cabe la siguiente precisión. Los chicanos son colonizados, pero el territorio que habitan *no* es una colonia; pues el sudoeste de Estados Unidos pasó a formar parte de ese país después de la guerra con México de 1846-1848. Así que contra los chicanos se suscitó una *situación de colonia en territorio propio* de Estados Unidos. Esta precisión no es ociosa, porque apunta a otras que la narración de Rodolfo Acuña soslaya o atenúa y que son decisivas para la conciencia nacional chicana. Rodolfo Acuña a veces precisa las cosas como recién formulamos, pero en la mayor parte de su discurso asume que los chicanos son colonizados y Texas, Nuevo México, Arizona y California, etc., colonias norteamericanas luego asimiladas como estados de la “Unión Americana”. Veamos algunas consecuencias de esta ambigüedad, así como algunos aspectos criticables solidarios con ella.

### 4. LA SOCIEDAD CIVIL MEXICANA NO ES LO MISMO QUE EL ESTADO MEXICANO Y SANTA ANNA

<sup>210</sup> El referente fundamental de Rodolfo Acuña para hablar del colonizado es la obra de Franz Fanon.

Veamos, en primer lugar, la presencia de Santa Anna en el texto de Rodolfo Acuña, misma que vale —como vengo insistiendo— para la perspectiva libertaria chicana en general. Sigamos, pues, la pista a Santa Anna en el texto de Acuña para esbozar una *radiografía de la conciencia histórica chicana*.

*a. Arizona: minerales y geopolítica*

En referencia a la adquisición del sur de Arizona, los historiadores anglos —presos de sus fuentes, dice Rodolfo Acuña— creen que “el territorio al sur del río Grande fue comprado por Estados Unidos con el único propósito de construir una vía férrea meridional.” Por aquí es que “niegan que el motivo principal fue que Estados Unidos deseaba obtener esa zona por su riqueza minera” (*ibíd.*, pp. 106-107), y, sobre todo, apoyados en historiadores mexicanos, “alegan que México vendió el territorio, que incluía partes del sur de Nuevo México, porque el presidente Antonio López de Santa Anna necesitaba dinero y creía que de cualquier modo México perdería esas tierras” (*ibíd.*, p. 107).

Acuña tiene razón en que la riqueza minera participó como interés decisivo. Pero no por ello debe desvalorar la importancia estratégica de una vía férrea meridional que conectara el Este con el Oeste de Estados Unidos, precisamente por la vía geográfica *más corta*. Y lo que es más importante, el territorio al sur del Río Grande rodea los cordones montañosos que obstaculizarían el tendido de las vías poco más al norte, de suerte que sin esta vía toda la riqueza de la Cuenca del Pacífico quedaría inconexa respecto del resto de la Unión. Los anglos no sólo se interesan, de modo inmediatista, en los metales preciosos sino, más a largo plazo y complejamente, en su posición estratégica en el entramado mundial y en la interconexión de su propio territorio.

De otro lado, una de las razones fundamentales por las cuales Santa Anna pudo creer que ese territorio se perdería, es que éste estaba desconectado del resto del territorio nacional, en particular del centro. Esto es, Santa Anna creía eso y creía bien, basándose —en este caso— no sólo en la posibilidad de que sería él quien lo maldefendería sino, además, en aquella condición geopolítica realísima que le cubría por cierto las espaldas a él. Así pues, contaban a su favor, distancia, desconexión, debilidad del gobierno central mexicano, cercanía y relativa pujanza del gobierno central norteamericano a la zona, así como su intención manifiesta de expandirse a costa del territorio mexicano. En esta ocasión, Rodolfo Acuña, en aras de denunciar el craso y morbosos interés metalizado de los anglos y que completaron con asesinatos, mentiras, jueces venales, leyes espurias y otras argucias para sobreexplotar a la fuerza de trabajo mexicana en las minas —todo ello ciertamente ocurrido— no ve ni los alcances geopolíti-

cos de la empresa de interconexión territorial por ferrocarril ni la situación geopolítica desfavorable a México.

En todo caso, Santa Anna es visualizado en el texto de Acuña como alguien que necesitaba dinero para gobernar a un país pobre y que pensaba no poder defender esas tierras ante la voracidad de los anglos; no como alguien a quien la situación geopolítica le sirve para cubrirse las espaldas.

Después de situados los dos tópicos decisivos —no cegarse a la situación geopolítica real (cfr. inciso 6) y no soslayar la conducta de Santa Anna— vayamos de la mano del texto de Rodolfo Acuña tomándolo desde el principio, esto es, desde la guerra de Texas (1836).

*b. La traición de Santa Anna soslayada*

Anthony Butler se afanaba en “abiertos intentos de sobornar a los funcionarios gubernamentales mexicanos para que vendieran Texas” y los mexicanos se enfurecían, por cierto. Pero la cuestión principal es si se podía, esto es, si eran sobornables. Tal parece que Rodolfo Acuña también lo piensa o lo teme así, pero no lo dice, sino que pasa directamente a decir: “Todo el problema se agravó en mayo de 1834, al apoderarse de la presidencia de México Antonio López de Santa Anna” (*ibíd.*, p. 26). Así que Rodolfo Acuña pasa a hacer una semblanza general de Santa Anna.

*López de Santa Anna es un enigma en la historia mexicana.* Desde que llegó al poder en Tampico en 1829, hasta su caída en 1855, ejerció una *influencia disociadora en la política mexicana*. Durante ese período se disputaban el control del país los conservadores, que representaban los intereses de los terratenientes (y de la Iglesia y los militares), y los liberales, que querían convertir a México en un Estado moderno bajo la supremacía de los comerciantes. Santa Anna manipuló ambas facciones y se cambiaba de un partido a otro para tomar el poder. Su *gestión profundizó la desunión* de la época, *debilitó a México* y lo convirtió en *fácil víctima* de las ambiciones de Estados Unidos. Además, la *perfidia de Santa Anna* dio a los historiadores estadounidenses una víctima propiciatoria a quien *atribuirle la responsabilidad de las guerras*. Muchos historiadores señalan que la *abolición del federalismo por parte de Santa Anna desencadenó movimientos separatistas en varios estados mexicanos*; sin embargo, los mismos historiadores se olvidan de señalar que Estados Unidos atravesó una etapa similar en el proceso de forjarse como nación. (*Ibíd.*, p. 27, cursivas mías).

Que Santa Anna sea enigmático no deja de ser cierto, dados sus dobles fondos; pero debe ser denunciado rectamente como traidor.<sup>211</sup> Lo enigmático encubrió su traición, y si sólo se le dice eso se la encubre.

“Al César lo que es del César” significa aquí señalar al traidor como traidor y, a la vez, reconocer que la “profundización de la desunión de la época”, etc., no se debió meramente a sus manipulaciones oportunistas, sino que aquellas facciones lo requerían, y ellas mismas expresaban el atraso y desunión de México. Es sólo sobre esas premisas que Santa Anna pudo actuar como actuó y pudo ser lo que fue. Lo decisivo de Santa Anna no fue que debilitó a México, pues ya era débil, sino que estando débil lo traicionó. Y para volverlo “fácil víctima de las ambiciones de Estados Unidos” no fue por cierto sólo él quien aportó sino mayormente aquellas facciones y los mezquinos intereses de la Iglesia, los militares y terratenientes, etc.<sup>212</sup>

Rodolfo Acuña habla de la “perfidia” de Santa Anna utilizada por los anglos para echarle en cara que la guerra ocurriera. Es decir, no se refiere a aquella

211 ¿Que no fue traidor? En todo caso, cabría decir que está a discusión desde hace 150 años. Pero en el libro de Rodolfo Acuña no se menciona siquiera que esté en discusión si traicionó o no a México, en particular a los chicanos.

212 Gilberto López y Rivas (*op. cit.*, pág. 47) alaba a Don Lucas Alamán (conservador) por haber defendido atinadamente el principio de la nacionalidad mexicana, entrevistado las ambiciones territoriales de Estados Unidos a propósito de Texas, y haber sido quien “propuso al gobierno de México una serie de medidas para evitar que tal hecho ocurriera. Sin embargo, los acontecimientos que siguieron —la rebelión texana, el final trágico de la campaña militar y la presencia de «caudillos» de la calaña de Santa Anna— anularon las tardías acciones del débil y dividido gobierno mexicano”. Muy meritoria es la intervención de Lucas Alamán, ciertamente, pero resulta incomprensible que G. López y Rivas olvide no aclarar la calaña de Santa Anna, pudiendo incluso ser buena. Pero si es mala, o incluso muy mala, pero no específicamente traicionera, aun así se lo encubre. De tal manera, sólo hasta la página 61 nos habla de “la corrupción inaudita de un Santa Anna”, comparándolo con la honradez de un general Manuel Mier y Terán, también perteneciente a la clase dirigente del país. Pero decir corrupción —además, sin describir los actos corruptos a que se refiere— no dice francamente traición, sino que, sin quererlo, todavía la encubre. La última alusión a Santa Anna en el libro de G. López y Rivas lo sitúa en las “enconadas luchas entre las distintas facciones, terreno fértil para el «caudillismo», para el predominio de aventureros y arribistas políticos como Antonio López de Santa Anna, quien durante toda su larga y nefasta carrera política logra mantenerse en el poder en numerosas ocasiones, apoyando o rebelándose —según el momento— en pro y en contra de todos los bandos en conflicto sin mantener más fidelidad —hasta su muerte— que la debida a su propia persona y a su clase” (pág. 79). Aventurero y arribista y aun nefasto, todavía no es traidor. No obstante, coincido con la voluntad de G. López y Rivas de criticar y aun denostar, con toda razón, a Santa Anna. Sin embargo, lo ataca en donde Santa Anna es menos atacable, así que yerra el tiro. Pues, Santa Anna no sólo logró mantenerse en el gobierno, sino que se le pedía que por favor lo aceptara; y si su carrera política fue nefasta, G. López y Rivas sólo la califica así, pero no nos explica por qué. Así que el denuesto —sin sustento— se disuelve en el aire. Efecto por demás extraño al muy bien argumentado libro de G. López y Rivas en los más distintos y decisivos tópicos de la relación México-Estados Unidos, situación de los chicanos, etc.

perfidia que nos duele a los mexicanos, incluidos los chicanos, consistente en que traicionó a su nación. Se refiere a que Santa Anna se comportó pérfido *con* los anglos. Tal parece, entonces, que pro mexicano. Pero, creyéndolo, no sólo encubrimos su traición sino que encubrimos a los anglos cuando éstos ocultan que obtuvieron Texas, Nuevo México, Arizona y California, etc., sólo con base en haber tenido un agente secreto a su favor fungiendo ora como presidente ora como general en jefe del ejército mexicano: Santa Anna. La guerra de los norteamericanos contra México fue realmente sucia. Finalmente, los movimientos separatistas en varios estados mexicanos fueron estimulados por la abolición del federalismo pero no “desencadenados”<sup>213</sup> ni menos *generados* por ésta. La abolición del federalismo, en lo que tenía de racional, obedeció a la grave descohesión que vivía el país, tanto tecnológica y económica, como política, jurídica y aun de costumbres. Las tendencias separatistas se habían perfilado mucho antes por determinaciones estructurales, no por meras acciones de gobierno. La abolición del federalismo intentó contrarrestar unas tendencias estructurales y en algunos casos las apaciguó, en otras las avivó. Esa acción de gobierno es una particularidad en medio de tendencias generales más vastas, así que no es ella la que produce el oleaje sino las olas las que la revuelcan.

Por si fuera poco, el siguiente párrafo de Rodolfo Acuña termina exculpando completamente a Santa Anna incluso de los leves cargos —que acabamos de ver— le imputó, pues dice: “Sea cual fuere el papel de Santa Anna, la revuelta texana había comenzado a fraguarse antes de su gestión por hombres como William Barret Travis, F. M. Johnson y Sam Houston, agitadores continuos a favor de la secesión. Además, la mayoría de los anglotexanos se resistía a subordinarse al gobierno de México.” (*Ibid.*, p. 27).

213 Opinión análoga a la de Rodolfo Acuña es la de Juan Gómez Quiñones: “The «war party» leaders found their justification in 1835, when Antonio López de Santa Anna led a centralist coup d’etat, dissolving the federation and abolishing the Constitution of 1824, and replacing them with the Siete Leyes Constitucionales and a centralist dictatorship. Ironically and cynicallly, in a memorable turnabout the former Anglo Santannistas of 1832 now, in 1835, declared themselves against their benefactor and in favor of federalism and the Mexican Constitution of 1824.” (Juan Gómez Quiñones, *Roots of Chicano Politics, 1600-1940*, pág. 143, cursivas mías.) Juan Gómez Quiñones opina correctamente que la abolición del federalismo causó impacto lesivo también en California: “Concurrent with the instability in Mexico City and the Santa Anna coup of 1836, a brief period of factionalism ensued among californios following the death of José Figueroa in April 1835. In part, the factionalism was related to unacceptable choices for governor on the part of the central authorities, and in part it was related to the search for hegemony by the triumvirate of Castro, Alvarado, and Vallejo, who were both challenged by southerners and possessed with the desire for land grants and control of customs and its revenue.” (*Ibid.*, pág. 164, negritas mías).

Todo lo que dice Rodolfo Acuña acerca de los aglotexanos es cierto; pero no es necesario para culparlos o responsabilizarlos excusar a Santa Anna. No obstante, éste ha sido el efecto discursivo resultante.

*c. Los texanos bien asentados en Texas*

En el siguiente apartado, Rodolfo Acuña describe “La revuelta en Texas”, denunciando eficazmente el carácter ideológico enrevesado de ciertas interpretaciones sesgadas pro anglo-texanas. Desafortunadamente, a la hora de establecer los hechos históricos Rodolfo Acuña los sesga en otro sentido. Dice, por ejemplo: “Lo cierto es que los angloamericanos tenían ventajas muy reales. Como ya se ha dicho, eran considerablemente numerosos; estaban «defendiendo» un terreno que conocían bien; y a pesar de que la mayoría de los aproximadamente 5000 mexicanos del territorio no se les unieron, los angloamericanos propiamente dichos estaban muy unidos entre sí.”<sup>214</sup>

En este punto importa menos saber si los anglotexanos tienen ventajas frente a los mexicanos que explicar: 1° que eran mayoría en el territorio texano frente a los mexicanos (veinte mil frente a cinco mil), y que pudieron serlo porque el gobierno mexicano *lo permitió*, y que así lo hizo éste porque ellos *podían* colonizar ese territorio por estar cerca de Louisiana, etc., y no el gobierno mexicano. El que estuvieran “muy unidos entre sí”, además de ser un hecho ventajoso, es algo por explicar como virtud, mayormente porque se trata del enemigo que venció al ejército mexicano, y es de interés saber cómo y por qué pudo ocurrir; no sólo constatar que así fue, sino *cómo* lograron esa ventaja que tan bien nos hubiera venido a nosotros.

*d. Texas, paradojas entre propiedad legal y ocupación efectiva*

Rodolfo Acuña sigue diciendo:

En contraste, la nación mexicana estaba dividida y sus centros de poder estaban a miles de kilómetros de Texas. Desde el interior de México, Santa Anna encabezó un ejército de cerca de 6000 conscriptos, muchos de los cuales habían sido obligados a ingresar al ejército y luego tuvieron que caminar cientos de kilómetros sobre tierras áridas y desérticas. Además, muchos de ellos eran mayas que no hablaban español.<sup>215</sup>

El primer renglón de este párrafo es la premisa que no se debe olvidar en toda la discusión sobre el tema. Por lo demás, la imagen de Santa Anna en este

<sup>214</sup> *Ibid.*, pp. 29-30.

<sup>215</sup> *Ibid.*, pág. 30.

párrafo es la un loco audaz y nacionalista; y quizá en ese entonces lo era, pues aún no traicionaba a su patria. Pero por ver a este audaz loco, puede dejar de verse que México tuvo que reclutar mayas para conformar su ejército, y que estaba dividido y sus centros de poder a miles de kilómetros de distancia.

De hecho, Rodolfo Acuña repite poco más abajo, correctamente, que “por su parte, Santa Anna, al contrario, estaba muy lejos de sus frentes de abastecimiento y de la sede de su poder.”<sup>216</sup>

Y uno se pregunta: pero, ¿qué, no se encontraba él en *su* país y los anglos en uno ajeno? Esta es la paradoja decisiva. *Realmente* aquellos estaban asentados en territorio mexicano y ese territorio sólo *formalmente* era mexicano, pero realmente no estaba habitado mayoritariamente por mexicanos, ni podría ser controlado realmente por mexicanos desde el centro, lo cual explica la derrota mexicana y es emblemático de los errores de gobiernos previos al de Santa Anna, así como de la impotencia de México para cohesionar su territorio *en presencia* de los anglos recién llegados a América. Ciertamente que todo esto no justifica la peregrina idea de que el ejército mexicano era el invasor en Texas, etc.

En lo que sigue, Rodolfo Acuña describe la batalla de El Álamo ganada por Santa Anna con un ejército de “mexicanos inexpertos, mal equipados y mal comidos [que] atacaron a soldados profesionales bien armados”<sup>217</sup> aunque menos numerosos. Con base en una serie de mitos e informes amañados, los historiadores anglos han presentado a los mexicanos “como asesinos despiadados y traicioneros”,<sup>218</sup> enalteciendo por contra el heroísmo de los anglotexanos. Rodolfo Acuña apunta aquí atinadamente que el racismo es tal entre los norteamericanos que resulta “significativo que los «defensores» del Alamo cuyos apellidos son hispánicos hayan sido excluidos de la lista de héroes exaltados.”<sup>219</sup>

Ahora bien, lo exacto de estas puntualizaciones de Rodolfo Acuña nos lleva a un problema de fondo. En El Álamo había mexicanos luchando al lado de los anglotexanos contra el ejército mexicano comandado por Santa Anna, lo cual habla menos en contra de éstos cuanto revela la situación de desunión nacional entre los mexicanos —especialmente de los que habitaban el gran norte— respecto de los demás, no obstante que cada grupo mantuviera sus costumbres y una identidad étnica *local*. Los indicios de la ausencia de una *conciencia nacional mexicana auténtica* —o, mejor, *extensiva a todo el territorio de México de entonces*— pueden multiplicarse, pero esto de los mexicanos defensores de El Álamo “hasta la muerte” es significativo.

216 *Ibid.*

217 *Ibid.*

218 *Ibid.*, pág. 32

219 *Ibid.*

*e. El tratado secreto firmado por Santa Anna, soslayado*

Después de la derrota de El Álamo “y de la guarnición de Goliad, al sudeste de San Antonio, Santa Anna se hizo dueño de la situación”.<sup>220</sup> Pero se confió, y los texanos “atacaron el 21 de abril, a la hora de la siesta mexicana. Santa Anna había cometido un error grave.”<sup>221</sup> La imagen de Santa Anna que emana de estas páginas es la de un mexicano aguerrido, para nada cobarde aunque a veces tonto y despreocupado, quizá soberbio. Rodolfo Acuña la remacha sorprendentemente diciendo lo siguiente: “El éxito del sopesivo ataque de Houston puso fin a la guerra. Santa Anna fue capturado y no tuvo más remedio que firmar la cesión del territorio. En octubre, Houston fue elegido presidente de la república de Texas.”<sup>222</sup>

Digo que “remacha sorprendentemente” porque no menciona el hecho de que Santa Anna en cautiverio firmó no sólo la cesión del territorio<sup>223</sup> —que luego el Congreso mexicano debía formalizar— sino un convenio secreto de *adhesión* a la causa texana con la *promesa* de que a su retorno a la capital<sup>224</sup> haría

<sup>220</sup> *Ibid.*

<sup>221</sup> *Ibid.*, pág. 33. La única referencia a Santa Anna en las 340 páginas del *Chicano Manifiesto* de Armando B. Rendón, refiere imperiosamente a Santa Anna: “In that year [1836] Texas declared itself a republic and made the declaration concrete by defeating General Santa Anna’s forces at San Jacinto. The republic then legalized slavery and sought annexation by the United States or recognition as an the independent republic.” (Armando Rendón, *op. cit.*, pág. 39, cursivas mías).

<sup>222</sup> Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 33.

<sup>223</sup> Juan Gómez Quiñones subsana en 1994 esta omisión: “the better-known events of 1836, which would include the Mexican military expedition led by General Antonio López de Santa Anna; the siege and the Mexican assault of the Alamo in March 1836; the proclamation of an “Independent Texas Republic” on March 1, 1836; the Mexican victory at Goliad, and the successful defeat and capture of Santa Anna at San Jacinto on April 20, 1836. Santa Anna’s capture was followed by the so-called Treaty of Velasco, a bogus agreement signed by Santa Anna under duress, ordering the Mexican army to withdraw across the Río Bravo and unconstitutionally recognizing the independence of the “Republic of Texas”. These actions by Santa Anna were disowned by the Mexican congress as well as by some commanders in the region.” (Juan Gómez-Quñones, *op. cit.*, pp. 144-145, cursivas mías).

<sup>224</sup> El contenido del convenio secreto es el siguiente: “Antonio López de Santa Anna, General en Jefe del Ejército de Operaciones y Presidente de la República Mexicana, ante el Gobierno establecido en Tejas se compromete solemnemente al cumplimiento de los artículos siguientes, en la parte que le corresponde: 1º No volverá a tomar las armas, ni influirá para que se tomen, contra el pueblo de Tejas, durante la presente contienda de independencia. 2º Dictará sus providencias para que en el término más preciso salga del territorio de Tejas la tropa mexicana. 3º Preparará las cosas en el Gabinete de México para que sea admitida la comisión que se mande por el Gobierno de Tejas, á fin de que por negociación sea todo transado y reconocida la independencia que ha declarado la convención. 4º Se celebrará un tratado de comercio, amistad y límites entre México y Tejas, no debiendo extenderse el territorio de este último más allá del Río Bravo del Norte. 5º Siendo indispensable la pronta marcha del General Santa Anna para Veracruz, para poder ejecutar sus solemnes juramentos, el Gobierno de Tejas dispondrá su embarque sin pérdida de más tiempo. 6º Este

todo lo posible porque el Congreso mexicano se inclinara a favor de la proclamación de independencia de la república texana, etc. Esto es, firmó su primera traición a la patria. Así como cartas de adhesión al gobierno norteamericano de Andrew Jackson.

A partir de aquí comienzan las traiciones santaannicas. Esta, además de ser la primera y desencadenante de las demás está documentada; así que es decisivo denunciarla, no más bien acallarla, pasando a justificar a Santa Anna con aquello de que “no tuvo más remedio que firmar la cesión del territorio.”<sup>225</sup>

*f. El esforzado soldado Santa Anna..., pero entreguista*

Pocas páginas adelante nos internamos ya en la guerra México-norteamericana de 1846-1848.

Los angloamericanos creen que la guerra redundó en beneficio del sudoeste y de los mexicanos que se quedaron o que luego emigraron allí. Ahora gozaban los beneficios de la democracia y estaban libres de la tiranía. Dicho de otro modo, los mexicanos deberían de estar agradecidos a los angloamericanos. Si hay choques entre éstos y los mexicanos, se nos dice, se debe a que el mexicano no es capaz de entender ni apreciar los méritos de una sociedad libre, la cual tiene que *defenderse contra los ingratos*. Por lo tanto, *la guerra interna, o sea, la represión, se justifica con la misma retórica con que se justifica la agresión internacional.*<sup>226</sup>

Esta denuncia de Rodolfo Acuña es por demás pertinente, pero debería zafarse del truco del mito que critica en lugar de reproducirlo a la inversa. Me explico.

La guerra sí redundó en beneficio de los mexicanos “que se quedaron o que luego emigraron allí”,<sup>227</sup> aunque principalmente en beneficio de Estados Unidos, como dice Rodolfo Acuña. Además de que el beneficio para los mexicanos está cuajado de vejaciones y derramamiento de sangre chicana por los anglos. Esas migajas les han costado muy caras a aquellos. Así que no cabe la afirmación de los ideólogos anglos de que los chicanos deberían estarles agradecidos.

documento, como obligatorio á fin de que por negociación sea todo transado y reconocida la independencia que ha declarado la convención. 6º Este documento como obligatorio á cada parte, deberá firmarse por duplicado, quedando cerrado y sellado hasta que concluido el negociado, sea devuelto en la misma forma á S. E. General Santa Anna, y sólo se hará uso de él en caso de infracción por una de dichas partes contratantes. Puerto de Velasco, mayo 14 de 1836. [Firman:] Antonio López de Santa Anna —David G. Burnet.—Bayley Hardeman, secretario de Hacienda.—P. H. Gayson, Procurador General.” Citado en: Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, cursivas mías.

<sup>225</sup> *Ibid.*, pág. 33.

<sup>226</sup> *Ibid.*, pp. 38-39, cursivas mías.

<sup>227</sup> *Ibid.*, pág. 38.

Más bien, debido a que el desarrollo capitalista y civilizatorio del sudoeste de Estados Unidos se debió en gran medida a la superexplotación y despojo contra los chicanos, son los anglos quienes —en todo caso— deberían estar agradecidos a los chicanos. Por donde la justificación de la actual represión a los chicanos con base en el beneficio que la guerra contra México originó para ellos es completamente falaz. Rodolfo Acuña así lo ha denunciado, pero no distinguiendo los dos problemas que la ideología anglo confunde. Así que su rechazo a la justificación de ésta lo lleva a no reconocer las condiciones de atraso y antidemocracia que prevalecían en el México de 1846-1848, y que a lo largo del siglo XIX y XX fueron amenguando muy poco a poco, de suerte que empujaron una y otra vez a que *millones de mexicanos* emigraran al sudoeste de Estados Unidos.

El anterior despropósito de Rodolfo Acuña hace pensar que mantiene como premisa no criticada, quizá inconscientemente, que la defensa de los chicanos debiera pasar por la defensa del Estado mexicano, así que no se reconocen las lacras de éste. De tal manera, en la recuperación de los propagandistas anglos Rodolfo Acuña cita al historiador Ramón Eduardo Ruiz, en *The mexican war: was it manifest destiny?*, quien dice:

En ninguna otra guerra ha logrado Estados Unidos *victorias tan asombrosas* como las de la guerra con México de 1846-1848. Después de una cadena ininterrumpida de triunfos militares desde Buenavista hasta Chapultepec, y de su primera injerencia militar en una capital extranjera, los norteamericanos añadieron a su dominio los vastos territorios de Nuevo México y California. También había cumplido así Estados Unidos su destino manifiesto, ese credo de los expansionistas norteamericanos, según el cual la Providencia les había encomendado la misión moral de ocupar todas las tierras vecinas. Ningún norteamericano puede negar que la guerra resultó provechosa.<sup>228</sup>

De aquí me interesa resaltar que esas “victorias tan asombrosas” efectivamente ocurrieron a favor de Estados Unidos. Fueron la realidad y la imagen *general* de la guerra contra México y sobre las cuales, por ejemplo, Marx y Engels en 1848 establecieron su idea de los acontecimientos, la situación de México y las tendencias históricas de la región geopolítica involucrada.<sup>229</sup> Pero esas “victorias tan asombrosas” sólo en medida menor se debieron a la valentía o a la superioridad técnico-armamentística, estratégica y organizativa del ejérci-

228 Citado por Rodolfo Acuña en *op. cit.*, pág. 39.

229 Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, *Los escritos de Marx y Engels sobre México (Su coherencia y vigencia en confrontación con el Marx y América Latina de José Aricó)*.

to norteamericano —factores incontrovertibles, no obstante— sino a que Santa Anna *entregaba intencionalmente las batallas*.

Pero nada de Santa Anna refieren aquí al respecto ni Ramón Eduardo Ruiz ni Rodolfo Acuña. Otra vez le cubren las espaldas, y lo retorcido de la situación generada por aquel retorcido sólo puede ser asumido como la desgracia del buen pueblo mexicano cristiano y sufridor, desencadenada por el malvado anglo. Y aquí, insisto, no se trata de restarles responsabilidad a los anglos sino de entender cómo fue que su maldad no quedó en meras intenciones sino que *pudo* prosperar realmente. Santa Anna fue una de las condiciones decisivas para ello.

#### g. Churubusco entregado

Bajo el título “El tratado de Guadalupe Hidalgo” se repite el mismo procedimiento, pues Rodolfo Acuña dice, en medio de una magna imprecisión histórica —por demás extraña a su ardua labor de develamiento de los hechos históricos contra los mitos justificativos anglos— que: “Cuando el general Winfield Scott derrotó a Santa Anna en el violento combate a Churubusco, a fines de agosto de 1847, la guerra estaba a punto de terminar.”<sup>230</sup>

La imprecisión consiste en que Scott no derrotó a Santa Anna en Churubusco, porque éste *no* estuvo en la batalla heroica que libraron los mexicanos parapetados en el Convento de ese nombre.<sup>231</sup> Simplemente *no* los apoyó, no obstante le pidieron desesperadamente refuerzos, sino que vio desde lejos cómo se perdía tan importante bastión.<sup>232</sup>

<sup>230</sup> Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 45.

<sup>231</sup> “Santa Anna el raro”, José Emilio Pacheco, Andrés Reséndez Fuentes y José Manuel Villalpando César, en su libro *Crónica del 47* señalan que Santa Anna se presenta favorable a la doctrina Monroe y pacta con Polk en La Habana —a través de Slidell MacKensie— ayudar al ejército norteamericano (p. 17), pero no le cumple a Polk. Lo que dicen se demuestra en la Angostura. México no fue derrotado allí sino que debe hablarse de empate (pp. 18 y 19). La derrota de Cerro Gordo fue simplemente ocasionada por un error táctico de Santa Anna. A los autores ya les va pareciendo “extraña” la conducta de Santa Anna a partir de Padierna y Churubusco. En Molino del Rey y Chapultepec parece no haber intervenido. De “Molino del Rey” dicen que resulta “extraña” su “ausencia”. A Chapultepec mandó poca ayuda. El libro habla de la “resistencia popular” (pág. 31) en la ciudad de México contra los norteamericanos, pero nada se dice sobre Santa Anna, esto es, que abandonó a la ciudad, y no apoyó a la resistencia popular. El libro es valioso por las imágenes y mapas que muestra. En descargo de José Emilio Pacheco debe señalarse que su opinión personal difiere de la del libro aquí reseñado, como lo demuestra en su reciente artículo titulado “¿Dónde está el padre Jarauta?”, pp. 56-57), donde dice que: “el heroísmo de los que combatieron en Padierna, Churubusco, el Molino del Rey y el castillo de Chapultepec nada pudo contra la torpeza o la franca traición del comandante en jefe Santa Anna” (pág. 56, cursivas mías).

<sup>232</sup> Antonio López de Santa Anna, *op. cit.*

#### *h. Más tratos secretos favorables a los yanquis*

Siguiendo el hilo de los acontecimientos, Rodolfo Acuña añade que después de la derrota de Churubusco “Santa Anna buscó un *armisticio* y durante dos semanas se condujeron negociaciones. Sin embargo, *Santa Anna reorganizó sus defensas* [en estas palabras: el denodado soldado vuelve a relucir] durante ese período y, a su vez, los angloamericanos renovaron sus despiadados ataques.”<sup>233</sup>

Todo es exacto, sólo que Rodolfo Acuña no dice, que también los norteamericanos aprovecharon el armisticio para reorganizar su exhausto ejército y que el armisticio fue a petición de éstos y que Santa Anna lo concedió con base en acuerdos secretos con los generales del ejército norteamericano.<sup>234</sup>

#### *i. De cuando Santa Anna abandonó la ciudad al invasor*

Y tampoco nada se dice de dónde andaba Santa Anna cuando “la primera magistratura recayó en el presidente de la Suprema Corte, Manuel de la Peña y Peña”.<sup>235</sup> Esto es, no se dice que Santa Anna abandonó la capital al ejército norteamericano, dejando aislada y sin refuerzo a la resistencia civil que los habitantes de la ciudad de México organizaron contra el invasor,<sup>236</sup> ni que, ante la desaparición de poderes, el presidente de la Suprema Corte debió asumir las riendas del país.

#### *j. El efecto Santa Anna en los acontecimientos*

Poco antes de las referencias al Tratado de Guadalupe Hidalgo, Rodolfo Acuña documenta atrocidades infligidas alevosamente a la población civil mexicana por el ejército norteamericano, *rangers* texanos sobre todo.<sup>237</sup>

“Estos imperdonables actos de crueldad, presenciados por un hombre, se suman a los relatos de otros cronistas, dando más peso a la evidencia de que Estados Unidos, a través de las acciones de sus soldados, dejó en México un legado de odio.”<sup>238</sup> Y añade:

La omisión de las atrocidades de la guerra en las historias angloamericanas ha conducido a muchos angloamericanos a considerar el conflicto como una *guerra elegante*,

233 Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 45.

234 José Fuentes Mares, *Santa Anna, el hombre*.

235 Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 45.

236 Cfr. María Gayón Córdova, *op. cit.*

237 Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pp. 42-44.

238 *Ibid.*, pág. 44. El verdadero nombre de este autor es Samuel E. Chamberlain. Escribió *My confessions*, “y sólo tenía 17 años cuando se alistó en el ejército para combatir a los greasers (grasientos, término despectivo para aludir a los mexicanos)”, dice Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 42.

en la que los mexicanos fueron derrotados en una *lucha limpia* y resultando afortunados de haber perdido únicamente *su tierra*. Esta indiferencia por parte de los anglos es lo que no ha permitido cicatrizar las heridas de los mexicanos y lo que ha mantenido vivos los viejos odios. Ha perpetuado, para los chicanos, la realidad de que son un pueblo conquistado: los mexicanos y los indios son los únicos pueblos de Estados Unidos que fueron forzados a formar parte de esa nación después de la ocupación de sus tierras por tropas angloamericanas.<sup>239</sup>

Esta imagen de “guerra elegante” es la que le llega a Marx en la narración de la misma compuesta por Ripley.<sup>240</sup> Marx supo ver las grandes victorias de los yanquis y, a la vez —contra el mito de la soberbia estrategia militar del ejército yanqui contra el mexicano— entrever diversos errores militares, sobre todo de Taylor, el general en jefe. Asimismo, entiende que no obstante esos errores de estrategia el ejército yanqui obtuvo gloriosas victorias por dos factores. De un lado, la capacidad e iniciativa de los individuos por sobre los mandos yanquis y, por otro lado, la desorganización y atraso del ejército mexicano, así como su cobardía, reflejada en las diversas desbandadas y huidas que escenificaron durante los combates.

Esa imagen de guerra elegante fue la *realidad general* de la guerra, según dije más arriba, y es, en lo general, correcta pero incompleta, pues las *realidades particulares* de la misma contienen atrocidades de los yanquis contra los mexicanos como las documentadas por Rodolfo Acuña y que no se vieron reflejadas en las obras históricas más renombradas.

Adicionalmente, en el corazón mismo de esa realidad general de guerra elegante se encuentra un núcleo duro de guerra sucia, y no sólo en las realidades particulares y periféricas de la misma: Santa Anna era agente de Estados Unidos, y entregó al país no en venta esta vez sino en los combates, y a costa de sangre, dolor y terror de los mexicanos combatientes y de las poblaciones cada vez sometidas. De las acciones de Santa Anna depende el “*finish* final” del aspecto de la guerra; esas gloriosas victorias de Estados Unidos son inauténticas. Pero tampoco es verdadera la cobardía de los “huidizos” mexicanos, sino que los soldados se desmoralizaban ante las órdenes entreguistas de sus generales y oficiales toda vez que reflejaban las de Santa Anna, así que salvaban el pellejo en desbandada y con él lo que quedaba de nación, pues el resto ya lo enganchaba el general en jefe al carro de carnicero del presidente Polk y de sus generales Scott y Taylor.

<sup>239</sup> *Ibid.*, pp. 44-45, cursivas mías.

<sup>240</sup> Ripley Roswell Sabine, *The war with Mexico*, vol. 1-2. Citado por Marx en su carta a Engels del 30 de noviembre de 1854.

La realidad general de la guerra, según depende fundamentalmente de los actos “enigmáticos” de Santa Anna, pudo no reflejar el carácter yanqui en lo que tiene de perverso y asesino —según lo muestran las realidades particulares periféricas testificadas, por ejemplo, por Samuel Chamberlain— precisamente debido a que las astucias de Santa Anna a favor del ejército yanqui le economizó a éste esfuerzos, así que no hubo necesidad de que desplegaran también en mayor medida aquellas capacidades malsanas.

*k. Conciencia histórica chicana y mexicana  
libre del sometimiento al Estado mexicano*

No sólo es lesivo para la verdad histórica sino para la conciencia política chicana y su gestión práctica que la figura de Santa Anna quede desleída en la conciencia histórica chicana y, más aún, que ese desleimiento apunte a reivindicar la figura histórica de Santa Anna, le cubra la espalda y, en la medida de lo posible, lo enaltezca y obvie sus errores o proponga como enigmas sus felonías.

Debo decir que esta transfiguración de Santa Anna en la historiografía chicana acusa rasgos un grado más graves que el encubrimiento correspondiente instaurado por la historiografía mexicana, así como por razones opuestas a la historiografía norteamericana (ocultar que el flamante triunfo norteamericano se debe también a un sucio agente incrustado en México como presidente y general en jefe de los ejércitos mexicanos).

Al final del capítulo II, dedicado a la colonización de Texas, Rodolfo Acuña señala que el pueblo chicano, lejos de ser cobarde —mito anglo despreciativo de los chicanos—, ha combatido y resistido la explotación y la humillación de los anglos y ha sabido organizarse en mutualidades, sindicatos y partidos, etc. Y añade:

Actualmente esta lucha está dando fruto y triunfos como, por ejemplo el del partido La Raza Unida (véanse capítulos 9 y 10) al tomar Crystal City, Texas, señalando el comienzo de la marcha hacia la autodeterminación política. Los mexicanos en Texas han ganado también una batalla al conservar su identidad cultural, pues la mayoría habla español y se identifica con su pasado mexicano. El nacionalismo se ha vuelto el lazo unificador de esta lucha.<sup>241</sup>

Estas afirmaciones son por demás exactas y necesarias ante las tergiversaciones y acoso ideológico yanqui. Sin embargo, el modo en que están asentadas revela el fondo que aquí he intentado develar críticamente; ejemplarmente, ese cerrar los ojos ante las traiciones y talante de Santa Anna. Ese cerrar filas en

<sup>241</sup> *Ibid.*, pp. 75-76.

torno del mexicano, soldado y presidente que fuera Santa Anna, según “razona” explícitamente —como hemos visto— el célebre historiador José C. Valadés su defensa a ultranza de Santa Anna. Y también por nacionalismo (mal entendido) y por identificarse con “el pasado mexicano”, ser ciego a las carencias mexicanas y a los errores de los gobiernos mexicanos en general, no sólo de Santa Anna, antes, durante y después de la guerra contra Estados Unidos, por lo menos hasta alrededor de 1860, cuando ya quedó consolidada la conquista yanqui.

Las traiciones de Santa Anna causaron gran daño a México y a los mexicanos, pero, sobre todo, a aquellos que habitaban el territorio que Estados Unidos se apropió, toda vez que sufrieron la colonización con todas las vejaciones que implicara, reseñadas —no todas y cada una, sino sólo— ejemplarmente por Rodolfo Acuña y otros historiadores chicanos y no chicanos honestos. Cerrar los ojos y cubrir la espalda de quien entregó a México maniatado para que la cesión de territorio fuera irremediable constituye un grave error.<sup>242</sup>

Vincular la conciencia chicana con su identidad cultural e histórica es incorrecto. Y es correcto “identificarse con el pasado mexicano”, pero con la nación mexicana en sentido estricto y no necesariamente con el Estado mexicano. La falacia hegeliana —bien criticada por Marx y Engels<sup>243</sup>— y de muchos autores del siglo XIX de que una verdadera nación es sólo aquella coronada por un Estado, ha hecho presa inconscientemente de este aspecto de la conciencia chicana, pues la vemos atarse a la figura de Santa Anna cuando que explícitamente los chicanos impugnan la gestión del Estado norteamericano y reivindican su autonomía étnica en el interior de ese país.

Sólo por excepción los gobiernos mexicanos han sido francamente favorables a los chicanos, pero, más allá de acciones particulares protectoras, etc., los

242 Subsanado sólo en parte en la semblanza que hace Juan Gómez-Quiñones de Santa Anna y del contexto político mexicano hacia 1846-1848. “To their credit, the Liberals were the party that prosecuted the war firmly. To their discredit, the Conservatives continued their support of Santa Anna in spite of his obvious inadequacies, and they grossly placed class interests and institutional prerogatives above those of the nation, thus undermining the war and even the negotiations on the treaty. The continued Conservative conspiracies and revolts against the Liberal policymakers during the war were actions that were clearly treasonable. Santa Anna was a bad choice, and he was a known quantity—a mob pleaser gushing phony sincerity and rhetorical appeals for change and for unity, a demagogue with no sense of national responsibility, he was the most influential political leader during the years leading to the war and during it. Conservative to a person, the Mexico City bankers, money lenders, and career military men encouraged the war because the government would be forced to borrow at exorbitant rates and to mortgage property, and they would gain. It cannot be denied, then, that a certain type of individual on the Mexican side urged war to make a profit and that considerable profit was made. Army officers, as part of their class position, saw the possibility or reality of war as an adventure, a way of earning promotions and gaining a profit from war contracts.” *Roots of Chicano politics, op. cit.*

243 Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, *op. cit.*

gobiernos mexicanos comenzaron, con Santa Anna, entregando el territorio del gran norte a Estados Unidos, y terminan, con Zedillo, entregando el resto, así que no puede decirse que sean el mejor aliado de los chicanos, sino apenas *cum granum salis*; y esa sal ya se acabó, y ese grano en ningún caso puede ser Santa Anna o sus similares. La alianza más profunda y amplia con la sociedad civil mexicana es otra cosa; es el auténtico camino a seguir, hoy opuesto al del Estado mexicano entreguista<sup>244</sup> hasta que los hechos demuestren lo contrario. “Tal vez [el padre] Jarauta [—uno de los caudillos descollantes de la rebelión popular que se levantó en la ciudad de México ante la ocupación yanqui—] fue el único que pensó en el destino que esperaba a los mexicanos del otro lado de la nueva frontera”, comenta José Emilio Pacheco,<sup>245</sup> y cita a Jarauta: “¿Veréis con sangre fría vendidos a nuestros hermanos de California, Nuevo México y Chihuahua (la parte que se amputó al estado)? ¿A esos valientes que constantemente se han batido como una vanguardia vuestra por sostener la religión, las costumbres y la nacionalidad de México? ¡No, mil veces no!”

##### 5. LA LIBERACIÓN DE LOS CHICANOS NO ES IDÉNTICA CON EL HUNDIMIENTO DEL PUEBLO NORTEAMERICANO

En segundo lugar, las descripciones xenofóbicas de los anglos acerca de los chicanos y de los mexicanos —similares a las de los nazis y los fascistas acerca

244 El libro de Rodolfo Acuña logra ser crítico respecto de las figuras gubernamentales mexicanas como la de Porfirio Díaz. En la página 72 refiere que Porfirio Díaz, siendo presidente de la república, mandó encarcelar a Juan “Cheno” Cortina, paladín justiciero chicano desde 1859, en que se vio envuelto en múltiples injusticias de los anglos contra otros chicanos. Después de la invasión francesa a México (1867) fue gobernador militar de Tamaulipas y general del ejército mexicano (p. 69). Antes de la invasión francesa, el ejército mexicano ayudó a los rangers para capturarlo pero Cortina los derrotó. En 1860 las autoridades mexicanas volvieron a ayudar a los anglos, sin éxito. Cortina acabó con el bandillaje en Tamaulipas. En 1890, después de salir de prisión en la ciudad de México, visitó la frontera “siendo recibido como un héroe”. En la página 113, después de relatar cómo los anglos se anexaron Arizona e intentaron, en 1859, anexarse Sonora con la fuerza armada —estando Sonora infestada de anglos “que creaban descontento en el estado de manera semejante a lo que habían hecho en Texas y Nuevo México”, así que “la frontera norte de Sonora se desangró”— refiere Rodolfo Acuña cómo “después de 1876 [con Porfirio Díaz en la presidencia de México] esta política se convirtió en cosa del pasado, puesto que los capitalistas angloamericanos recibían un trato preferencial en Sonora.” En la página 124 refiere que “la afluencia de gran número de mexicanos pobres y desorganizados, que no tenían ninguno de los derechos de la ciudadanía [norteamericana], cimentó las relaciones amo-sirviente que ya existían”, y que “en las décadas de 1850 y 1860, e incluso a comienzos de la de 1870, los mexicanos podían encontrar refugio [huyendo de la violencia angloamericana] en México, pero según fue aumentando el control angloamericano durante la época de Porfirio Díaz, esta válvula de seguridad se cerró.”

245 José Emilio Pacheco, “¿Dónde está el padre Jarauta?”, pág. 57.

de los judíos y otras etnias— son contestadas eficazmente por Rodolfo Acuña. Pero añade a esa contestación una captación unilateral de los anglos, aunque en el sentido de que no todos los anglos son *rangers* texanos o análogos, Rodolfo Acuña es perfectamente consciente de ello y su libro trata de un tema específico, así que sólo exagerando podría acusárselo de tal unilateralidad. Pero sí es unilateral en otro sentido. No en este *extensivo*, digo, sino en lo referente a la *profundidad* en la que arraiga las causas del comportamiento humillante, sanguinario, doble y pérfido de los anglos en su empresa de conquista y colonización del sudoeste de Estados Unidos. Pues esas causas no parecen ser otras sino la raza anglosajona/aria y el carácter que a esa raza corresponde. Digo “parecen” porque Rodolfo Acuña no es explícito al respecto, pero el efecto de su discursar es este parecer referido, aunque sus premisas quieren apuntar a superarlo.

Es comprensible que la primera defensa positiva contra la xenofobia sea una xenofobia de signo opuesto; pero ésta es una defensa por demás insuficiente e imperfecta; comenzando porque añade *envenenamiento* a aquél que ya se ve vejado por la opresión, así que es una forma de redoblar la opresión, además de cegarlo a la realidad, y es en ésta que se encuentran los instrumentos para la liberación, así que cegueras generales o aun específicas son de dudosa eficacia. Su función básica será obstaculizar la liberación y así eternizar el sometimiento, aunque sea en medio de antagonismos, pero jamás resueltos.

#### a. MASOQUISMO Y LUCHA POR LA LIBERACIÓN

En *América ocupada* —y, por extensión, en la conciencia histórica chicana— los anglos aparecen como el demonio y los mexicanos y chicanos como los cristianos en el circo romano. Esta figuración es profundamente válida como *advertencia práctica* ante *cualquier* situación adversa en la que te encuentres, seas chicano o mexicano, ante uno o varios anglos, sus jueces, sus leyes y su gobierno. Así sabrás a qué atenerte y qué providencias tomar. Pero es falsa como descripción teórica de aplicación *general puntual* a uno o a todos los anglos, sus jueces, sus leyes y su gobierno. Pero esta diferencia no se hace valer con nitidez en el discurso historiográfico de Rodolfo Acuña.

La reconstrucción histórica tan cuajada de verdades recién descubiertas como es la suya, paradójicamente, no deja de presentarse como la escenificación del Bien (mexicano/chicano) contra el Mal (anglo) en lucha maniquea. Y bien, hasta ahora el Mal (los gringos) triunfa y progresa, por enigmático e inmotivado que esto sea. Si bien parece que este maniqueísmo del perdedor —emblemático de su conciencia sometida, colonizada aunque ya en el momento de revelarse—

terminará en una escatología redentora de los mexicanos y los chicanos. Eso sí, sólo debido a ser éstos la encarnación del Bien y cuyos sufrimientos incontables son la *prueba* de esta encarnación garantizadora de la revancha histórico-teológica esbozada. ¿Pero, qué tal si no somos la encarnación del Bien? Quizá nos valiera más trascender este esquema maniqueo consolador.

#### b. XENOFOBIA Y OCULTAMIENTO DEL CAMPO DE BATALLA

La unilateralización xenofóbica referida causa efecto en el discurso de Rodolfo Acuña menos en la descripción directa de los anglos, pues al no ser extensiva a todos tampoco puede arraigar en la sangre y la raza en cuanto tales. En realidad, depende de los intereses expansionistas, colonialistas y específicamente capitalistas que enarbolan los anglos para construir su nación hasta convertirla en la nación hegemónica capitalista mundial. Por lo que los individuos han llegado a personificar con la mayor perfección las funciones necesarias para esa empresa histórica capitalista, tanto a nivel político y cultural como psíquico y caracterológico. Muchas veces Rodolfo Acuña así lo entreve, denunciándolo sobre todo respecto de los intereses colonialistas anglos.<sup>246</sup> No obstante, hay veces que *pareciera* que estos intereses derivaran, más bien, de aquel carácter personal y racial.

Pero donde mayormente causa efecto el unilateralismo xenófobo anti-anglo es más allá de la descripción de ambas razas, chicanos y anglos. Y desde allí provoca el efecto de que, a veces, aunque Rodolfo Acuña establece el eslabonamiento de causas-efectos desde los intereses capitalistas y colonialistas hasta las funciones políticas y psicológicas que los individuos deben cumplir en ese contexto, parezca él pensar lo contrario. En fin, mayormente causa efecto el unilateralismo referido en el modo deficiente de asunción de las *condiciones histórico-materiales* en que ocurren los acontecimientos donde mayormente causa efecto el unilateralismo referido. Pero esto nos abre a un tercer tema.

#### 6. CONDICIONES HISTÓRICO-MATERIALES SOSLAYADAS Y EMIGRACIÓN CONTINUA

En efecto, el unilateralismo xenófobo anti-anglo causa mayormente efecto allí donde no se lo percibe, en donde queda aparentemente borrado: en la deficiente asunción de las condiciones histórico materiales en que tuvieron lugar los acontecimientos.

<sup>246</sup> Y, en concordancia con los historiadores marxistas, dice: “es correcto suponer que los salarios y las condiciones inferiores a la norma hubieran prevalecido aun si la conquista no hubiera tenido lugar; el sistema capitalista propició el racismo y la explotación en perjuicio de los inmigrantes europeos y asiáticos, aunque no eran pueblos conquistados.” (*Ibid.*, pág. 116).

tecimientos de la guerra México-Estados Unidos tuvieron lugar, es decir, en la colonización anglo del sudoeste de Estados Unidos y en la continua emigración de mexicanos a esa región, antes propiedad de México, etc.

Lo anterior es sumamente revelador del sentido de un rasgo acusado de la historiografía mexicana, pues difícilmente asume ésta a cabalidad que las condiciones geopolíticas de 1830-1850 inclinaban decididamente la balanza para que Estados Unidos se apropiara del gran norte mexicano. Es más proclive a criticar el expansionismo norteamericano o su ideología del “destino manifiesto” o aun su truculento carácter y psicología. O bien, cuando accede a asumir parcial o integralmente la escasez<sup>247</sup> precisa de aquellas circunstancias históricas, lo hace a condición de justificar las acciones de un Santa Anna y similares, por donde, de rechazo, esas condiciones vuelven a ser nimbadas porque se les atribuye “virtudes” que de suyo no comportan sino de las que es demiurgo precisamente Santa Anna, etc. Por ello fue que a propósito de la imagen de Santa Anna en el texto de Rodolfo Acuña exploramos ya diversos aspectos de las condiciones histórico-materiales comúnmente soslayadas. Así que no será necesario repetir aquí esa exploración.

#### *a. Apropiación formal y apropiación real del territorio*

Si la historiografía mexicana, en su tendencia *in crescendo* a exculpar a Santa Anna, nos permitió revelar un núcleo problemático de la historiografía y de las condiciones históricas chicanas, ahora nos permiten entender el sentido recóndito de un rasgo acusado de la historiografía mexicana. Pues la unilateralidad xenofóbica anti-anglo se haya más desarrollada por razones defensivas comprensibles entre los chicanos.

Un síntoma nítido de no asunción de las condiciones históricas materiales, y que va más allá de las premisas geopolíticas favorables y desfavorables a México para *apropiarse realmente*<sup>248</sup> del territorio de Texas, Nuevo México, Arizona, California, Kansas, Oregon, etc., lo constituye el que no sepamos el *por qué* de dos cuestiones decisivas que se describen en el texto de Rodolfo Acuña.

En efecto, ¿por qué, por ejemplo, siendo que eran humillados, explotados, sobajados y asesinados por los anglos los chicanos no abandonaban aquellas tierras? En fin, no se sabe por qué los mexicanos se quedaron a sufrir la coloniza-

<sup>247</sup> Para el concepto de escasez o rareza, *cfr.* Jean Paul Sartre, “Rareza y modo de producción”, en *Crítica de la razón dialéctica*, capítulo c.

<sup>248</sup> *Cfr.*, para el concepto de apropiación real frente al de apropiación formal, en Karl Marx, *Capítulo VI inédito*, en los pasajes dedicados a la subsunción formal y a la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital.

ción o, luego, ya sufriendola y viéndose despojados de sus tierras y sin esperanza de recobrarlas, siendo testigos de los trucos del gobierno norteamericano para desconocer sus títulos de propiedad en vista de favorecer a los anglos que despojaban impunemente a los mexicanos. Ni se sabe por qué más y más mexicanos *emigraron* después de la conquista a aquellos territorios. Se desleen los motivos económicos, políticos y morales que los llevaron a preferir aquellas condiciones en lugar de las de México.

A veces, Rodolfo Acuña dice que el hambre de fuerza de trabajo por explotar por el vampiro capitalista minero anglo —o de aquel otro vampiro capitalista anglo, el agrario, etc.— fue la que promovió la importación de fuerza de trabajo mexicana a carretadas.<sup>249</sup> Pero es obvio que los mexicanos que fueron y van a trabajar al “otro lado”, y que luego se quedan allá no responden sólo a aquella hambre importadora sino mayormente a la necesidad de zafarse de las condiciones materiales y políticas, etc., tanto más graves, de miseria y sometimiento que vivían y aún viven en México.

Ya vemos que estas condiciones histórico-materiales no son asumidas porque son un punto a favor de Estados Unidos y en contra del Estado mexicano y del desarrollo capitalista mexicano. Pero como Estado y desarrollo capitalistas pasan fácilmente a ser confundidos con la nación mexicana, la cual imbrica su forja con la de aquellos, fácil es creer que si se asumen las condiciones histórico-materiales se atenta contra la conciencia nacionalista mexicana y chicana. Pero, como vemos, para salvar a esta conciencia es suficiente con deslindarlas del capitalismo mexicano y del Estado mexicano.

Más arriba citamos un pasaje relativo al mito de la “guerra elegante” al final del cual Rodolfo Acuña puntualizaba: “los chicanos y los indios son los únicos pueblos de Estados Unidos que fueron forzados [como no lo fueron los negros, los judíos, los polacos o los italianos, etc.] a formar parte de esta nación después de la ocupación de sus tierras por tropas angloamericanas”.<sup>250</sup>

249 Efectivamente tuvo lugar un tratado de importación de fuerza de trabajo mexicana entre el gobierno de Estados Unidos y el de México. Tratado que tuvo vigencia entre 1942 y 1964, como bien lo refiere Carey McWilliams: “Durante los años de la importación de mano de obra, o programa de los braceros (1942-1964), residentes mexicanos habían promovido una agitación activa contra ella sobre la base de que los trabajadores importados constituían una forma inicua de competencia... Finalmente, en diciembre de 1964, se dejó que expirara la ley bajo la cual la mano de obra agrícola mexicana se había venido importando por acuerdo entre los dos países.” Carey McWilliams, *El conflicto entre “anglos” e “hispanos”*, pág. VIII. Asimismo, véase la historia de los tratados de importación de fuerza de trabajo entre México y Estados Unidos en Ana Alicia Peña López, *Migración internacional de la fuerza de trabajo (1945-1990): su función en el proceso de producción y reproducción capitalista*.

250 Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 45.

Ciertamente, pero otros muchos mexicanos emigraron voluntariamente, aunque forzados por la circunstancia mexicana, a correr la suerte de los chicanos mejor que vivir en México, y el *por qué* no debe ser ocultado, pues no es lacra inherente a la nacionalidad mexicana sino al capitalismo mexicano y a su Estado emplazados en este territorio y dominantes sobre el pueblo mexicano.

*b. Situación colonial, territorio no colonial*

En el argumento de Rodolfo Acuña existe un nudo al que más atrás aludimos e intentamos disolverlo cuando formulamos la paradoja consistente en que la relación entre anglos y chicanos configura efectivamente —como lo conceptualiza Rodolfo Acuña— una *situación colonial* pero en un *territorio* que no es colonia sino que es propio de los anglos. En efecto, diferenciamos entre el territorio colonial o colonia y la situación (social) colonial. La situación colonial es una *relación social* específica entre el colonizador y el colonizado, y evidentemente fue y aún es vivida por los chicanos frente a los anglos; mientras que, de otro lado, una colonia alude a un *territorio* determinado, sometido por un pueblo extraño a ese territorio, y que expropia formalmente del mismo a sus pobladores sin que el territorio pertenezca realmente al colonizador. De tal suerte, la violencia física, ideológica y psicológica constante apunta a cubrir el hiato entre la apropiación formal del colonizador y su no apropiación real, mientras suspende una y otra vez, sin abolirla por completo, la apropiación real de los colonizados sobre ese territorio.

La paradoja chicana consiste en que se dan todas las condiciones de una situación colonial pero siendo los anglos los propietarios reales del territorio; además de que los chicanos se apropiaban y se apropian realmente del mismo, así que los anglos buscaron por todos los medios anular los títulos jurídicos de propiedad de aquellos (propiedad *formal*), así como rivalizar la apropiación real a los chicanos. Estos actos semejan pero no son los que ocurren en una colonia.

Rodolfo Acuña discute explícitamente —pero sin esta terminología— el tema en su introducción. Sabe establecer incontrovertiblemente la existencia de una *situación colonial* pero involucra en ella la cuestión del territorio; así que cae en el despropósito de tomar por colonia el *territorio* del sudoeste de Estados Unidos. Confunde la *relación social* (que requiere de un soporte territorial) con el territorio colonial sobre el que se erige normalmente una situación colonial. Pero lo peculiar de la situación chicana es la anormalidad consistente en que se da el efecto situación colonial sin el sustrato territorial específico sino uno análogo.

Ahora bien, cuando Rodolfo Acuña revisa la historiografía tradicional encuentra dos razones para afianzarse en eso de que hay situación colonial (lo que

es correcto) con base en territorio colonial. Uno es el carácter sucio de la guerra de Estados Unidos con México, tema que ya abordamos coincidiendo con Rodolfo Acuña. Pero el carácter de la guerra no decide sobre el estatuto del territorio mexicano apropiado por Estados Unidos.

Los anglo-texanos mantenían la apropiación real de Texas antes de 1836, mientras que el gobierno mexicano sólo tenía la propiedad formal. En el resto de territorios, aunque había mayoría mexicana, ésta ocupaba territorios vastísimos en proporción al número poblacional, de suerte que el territorio estaba prácticamente desocupado. De modo que la ocupación yanqui de los mismos no podía ser rivalizada eficazmente, no sólo por el gobierno central mexicano, sino tampoco por los mexicanos emplazados en Nuevo México, en Arizona o, aun, en California. Pudieron afianzarse, sí, en el territorio que ya dominaban; por eso fue que los anglos pasaron a expropiarlos con violencia y artimañas concertadas.

Rodolfo Acuña da otra razón, esta sí *específica* para afianzar su opinión. Citémosle:

*c. Situación colonial y facilidades para la real apropiación territorial*

1. Geográficamente, el territorio tomado a México lindaba con Estados Unidos, en vez de ser una zona distante de la “madre patria”.

Demasiados historiadores han aceptado —subconscientemente, si no por conveniencia— *el mito de que esa zona estuvo siempre destinada a formar parte integral de Estados Unidos*. En vez de conceptualizar el territorio conquistado como *México septentrional*, lo perciben en términos de sudoeste “americano”. Más aún, el estereotipo del colonizador es el de un hombre calzado con botas Wellington y portando una fusta, y este estereotipo se asocia generalmente con situaciones de ultramar, ciertamente no en territorios contiguos a un país en “expansión”.<sup>251</sup>

La cuestión de la *lejanía* o *cercanía* del territorio colonial a la metrópoli colonizadora no es ciertamente decisiva. Irlanda, muy cercana a Inglaterra, fue su primera colonia. Lo que sucede es que la *distancia geográfica* fuerza las cosas para que la apropiación del territorio colonizado no *pueda* ser real por parte del colonizador sino sólo formal; mientras que en un territorio *contiguo* es factible que pueda ocurrir la apropiación real por parte del colonizador. Pero, en ese caso, ese territorio deja de ser colonia; caso del sudoeste de Estados Unidos, el

<sup>251</sup> *Ibid.*, pág. 14.

antes gran norte mexicano. Lo que no obsta para que la relación entre los anglos y los chicanos sea una *situación colonial*.

Por otro lado, Rodolfo Acuña tiene razón en criticar el mito del destino manifiesto propalado por los anglos. Y aun esa variante del carácter destinal del territorio en cuestión a formar parte de Estados Unidos. Pero aquí hay que matizar.

Esa zona no “estuvo siempre destinada a formar parte integral de Estados Unidos”. Y, de hecho, formaba parte de la Nueva España y, luego, de México, cuando antes sus extensiones fueron vírgenes, sin que ningún destino particular las perturbara. Ahora bien, ya entrando en el escenario abierto a partir de la independencia de México en 1821, ese territorio estaba destinado a ser mexicano, *si y sólo si México hubiera podido retenerlo*. Pero allí estaban los anglos, primero contiguos y luego ocupantes, no por destino sino por el azar histórico que los arrojó a esas orillas del mundo después de haber sido expulsados de Inglaterra.

Así pues, desbancar el mito del destino estadounidense de esos territorios no es suficiente para establecer el carácter de colonia de los mismos. Veamos cómo puntualiza Rodolfo Acuña la definición de *colonización*, en el entendido de que el verbo colonización integra dos aspectos que se deben diferenciar: 1) la apropiación territorial y 2) el establecimiento de la relación colonial sobre los colonizados. Rodolfo Acuña pudo confundir estos dos aspectos al hablar del proceso unitario. Veamos:

- |  |   |
|--|---|
| <p>“1. El territorio de un pueblo es invadido por gente de otro país, que posteriormente emplea la fuerza de las armas para obtener y conservar el control.</p> <p>2. Los habitantes originales se convierten involuntariamente en súbditos de los conquistadores.</p> <p>3. Una cultura y un gobierno extraños son impuestos a los conquistados.</p> <p>4. Los conquistados se convierten en víctimas del racismo y el genocidio cultural y son relegados a una situación inferior.</p> <p>5. Los conquistados son despojados del poder político y económico.</p> | <p>Rodolfo Acuña confunde una y otra vez el tema del territorio colonizado con el del establecimiento de la relación o situación colonial entre dos grupos poblacionales. Y lo hace así debido a no distinguir entre apropiación real y apropiación formal del territorio por unos u otros pobladores, o por éste o aquél Estado. Esta confusión se apersona en los términos: “invadir”, “obtener”, “conservar el control”, “despojar”, “ocupar la zona”, etc. Términos que, de un lado, describen realidades pero, de otro, son imprecisos para caracterizarla con el matiz que se requiere para explicarla.</p> |
|--|---|

6. Los conquistadores creen cumplir una “misión” al ocupar la zona en cuestión y piensan que poseen privilegios indiscutibles por virtud de su conquista.

Y estas condiciones privan en la relación entre chicanos y anglos en el territorio noroccidental de México.” (Ibíd., p. 14).

#### *d. La relación fundamental y la específica*

En fin, cada vez que Rodolfo Acuña descubre la situación colonial vivida por los chicanos es brillante, mientras que decae al caracterizar como colonia el territorio ocupado por los anglos. Si en un inicio el estatuto de los chicanos es doble, ora como propietarios, ora como fuerza de trabajo, esa dualidad se va resolviendo, por el despojo, hasta devenir casi sólo fuerza de trabajo al servicio del capital anglo. De suerte que la relación *fundamental* entre chicanos y anglos es una relación de explotación de plusvalor, una relación capitalista, sobrees-estructurada con una relación racista, según insisten los historiadores marxistas. Pero Rodolfo Acuña tiene razón, según asentamos más arriba, en señalar que *lo específico* de esta relación capitalista/racista es una situación cultural y política colonialista como si fuera —sin serlo— la que prevalece en una colonia. La relación capitalista y no la imperialista y colonialista es la fundamental, mientras que la situación colonial la *específica* diferenciándola de la que viven los negros y otras etnias sometidas en Estados Unidos, etc. Rodolfo Acuña no diferencia suficientemente entre la relación fundamental y la relación que especifica a aquella. La influencia general de las teorías del imperialismo, al modo de la de Lenin, etc., parece causar aquí efecto para *priorizar* a la relación colonial sobre la capitalista. Y, en particular, la influencia de Frantz Fanon,<sup>252</sup> en la medida en que éste ya asume como algo dado la condición colonial según la teoría de los autores clásicos del imperialismo.

De suerte que la relación capitalista resulta ser un mero añadido. Por donde, paradójicamente, luego de informar que después de 1910 un octavo (¡un octavo!) de la población de México emigró al sudoeste de Estados Unidos para emplearse como fuerza de trabajo,<sup>253</sup> puede decir: “las colonias se convirtieron en

<sup>252</sup> Rodolfo Acuña cita, por ejemplo, a Frantz Fanon, *A dying colonialism*, pág. 154, en Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 121).

<sup>253</sup> *Ibid.*, pág. 15.

centros de empleo de los industriales, puesto que ahí tenían asegurado un *fácil abastecimiento de mano de obra barata*.<sup>254</sup>

La investigación de Juan Gómez-Quiñones<sup>255</sup> sobre la clase obrera mexicana en Estados Unidos (1980) ofrece una perspectiva opuesta a ésta, si bien miramos las cosas,<sup>256</sup> pues consolida la idea de que la relación de explotación capitalista es la relación *fundamental* vivida por la etnia chicana frente a los anglos, no un añadido o un “además”.

*e. Dos modos de plantear la continuidad de la situación chicana y de su lucha*

El aporte de Juan Gómez-Quiñones es posterior al de Acuña e intenta, por otro camino que éste, lograr el cometido que preocupaba a Acuña, a saber: dar *continuidad* a la lucha chicana. Acuña lo logra a través de remitirnos a la invasión norteamericana, a partir de lo cual sugiere la *relación colonial* como un lazo continuo desde 1836 a la fecha, más o menos. A mi modo de ver, tiene razón si exceptuamos lo del territorio colonial y situamos la relación colonial como especificante de una relación capitalista fundamental que a la hora de la invasión norteamericana a México no se ha establecido, sin embargo.

Por su parte, Gómez-Quiñones para dar continuidad a la situación chicana se inclina por la relación de explotación,<sup>257</sup> aunque introduce un truco en su concepto de clase obrera o trabajadora. Así, aunque la relación de explotación capitalista de la fuerza de trabajo no está establecida plenamente sobre la mayoría de la población chicana hacia 1847, Gómez-Quiñones hace un relato histórico de 1600 a 1900, más o menos, en el que considera como “trabajador” no al proletario explotado por el capitalista sino a todo hombre que necesite trabajar esforzada y corporalmente, incluido el proletariado chicano, o bien considera al

<sup>254</sup> *Ibid.*, pág. 16, cursivas mías.

<sup>255</sup> Cfr. su “Los orígenes de la clase trabajadora mexicana en los Estados Unidos: Obreros y artesanos al norte del río Bravo, 1600-1900”, en *Al norte del río Bravo (pasado lejano) (1600-1930)*.

<sup>256</sup> Aunque en el prólogo, firmado por él y por David Maciel, asume la relación colonial entre anglos y mexicanos como la relación fundamental y, a la vez, específica.

<sup>257</sup> “El capitalismo como fuerza opresora y como un sistema inherentemente injusto de propiedad privada estimulaba el racismo. Esto fortaleció la dominación del sistema. A lo largo y ancho de los Estados Unidos, la actividad sindical mexicana fue afectada negativamente por la discriminación idiomática en los procedimientos sindicales, y por el trato preferencial dado a los trabajadores anglos en las asignaciones de trabajo en ciertos lugares de labor, así como por el prejuicio general practicado por los trabajadores anglos en contra de los mexicanos... En condiciones así, es sorprendente que los mexicanos fueran prosindicalistas y lo demostraran una y otra vez. La exclusión sindical llevó a los mexicanos a discutir solos el problema de la organización, lo cual no era una respuesta satisfactoria, aunque comprensible, dadas las condiciones y la persistencia de una estructura sociocultural relativamente coherente.” (Juan Gómez-Quiñones, *op. cit.*, pág. 78, cursivas mías).

trabajador esclavo y al asalariado sin distinguirlos, funcionalmente como variantes de lo mismo (página 15 y siguientes).

En momentos de su argumentación en que a Juan Gómez-Quiñones debería serle evidente el magro desarrollo capitalista en México —condición de la miseria y de la emigración masiva hacia Estados Unidos *después* de 1848, así como de la débil identidad nacional entre los mexicanos que así emigraban<sup>258</sup>— este autor no parece ver estas determinaciones.

Además, los chicanos ya asentados en el sudoeste de Estados Unidos incluso cuando esa región pertenecía a México, si bien desarrollaron una identidad étnica local,<sup>259</sup> fue muy débil —y aún es— su identificación nacional con el centro

258 “El crecimiento demográfico y la expansión de la economía aceleraron el movimiento de grandes grupos de mexicanos hacia el norte. Este movimiento migratorio siguió caracterizando a las comunidades mexicanas hasta el siglo xx por razones sociales y económicas básicas. De 1848 a 1900 esa comunidad creció de 116,000 a medio millón.” (*Ibid.*, pág. 17, cursivas mías).

259 Se trata de una cultura diversa a la cultura de los anglos hasta en el detalle, no digamos en el talante, colorido y sentido fundamental. Ejemplo descollante y básico de esto es la cultura del caballo entre los chicanos, opuesta a la cultura del caballo entre los anglos. Así, dice Juan Gómez-Quiñones: “Hasta el siglo xix, hubo un fuerte contraste cultural entre el trato que tenían los mexicanos y los anglos con los caballos, lo cual proporciona una idea del trabajo y de las actitudes. Los mexicanos consideraban las prácticas de los anglos como abusivas para el caballo, porque el animal era explotado para beneficio del jinete, o porque la falta de cuidados hacia el animal, no hacía más que dañar a éste. Los anglos veían las prácticas mexicanas como crueles, una actitud que en vez de indicar delicadeza indicaba más bien una falta de comprensión: el entrenamiento que daban los mexicanos al caballo era duro para asegurarse de que el animal podría desempeñarse por sí mismo en condiciones peligrosas y adversas. A la larga, esto significaba que el caballo podía sobrevivir sin la dirección del jinete; el caballo mejor entrenado necesitaba menos rienda, freno y espuela, lo que significaba que duraba más. Los mexicanos caminaban tanto como jineteaban. Los anglos consideraban esto indigno. Lo que los mexicanos consideraban una equitación reprochable y mala era hacer sudar y correr un caballo hasta la extenuación. Los mexicanos eran estrictos para dar de beber al caballo. La lasitud en esto le cortaba el resuello al animal. Asimismo, evitaban darle dulces a los caballos, pues dañaban y debilitaban la dentadura del animal, de la que dependía en gran medida para comer y trabajar. De manera similar, los avíos de los mexicanos eran más para el caballo que para la comodidad del jinete. Los mexicanos usaban una silla de montar de un solo cincho, lo cual era más complicado para el jinete, en vez de la silla de doble cincho, que era más conveniente para el jinete pero lastimaba al caballo. De modo semejante, la técnica mexicana para lazar —con el cabezal de la silla tan ancho— desde la montura ponía la presión en el jinete; si se cometía un error el jinete se rompía un brazo o perdía un dedo; la tensión caía sobre el caballo cuando se usaba una silla de doble cincho con su cabezal encajado: se recibía el impacto de varios cientos de libras de una res que embestía. Cuando un caballo estaba al servicio de un lazador anglo, varias veces en un día, o un día sí y otro no, al poco tiempo estaba lastimado y exhausto. El bocado mexicano tenía nudos y ductos para la saliva, que a primera vista parecían engorrosos y más incómodos que la simple y sencilla barra de metal. Pero en el transcurso de un largo día de trabajo, ese uso era así mejor para los caballos. De manera similar, había más ventajas en los largos faldones de silla mexicanos y en los estribos, que requerían mayor habilidad del jinete. Un vaquero invertía mucho tiempo y dinero propio en su equipo y adornos. El impacto cultural de las prácticas con el ganado puede percibirse aun en las

de México. Pues, entre otras cosas, en la Nueva España: “La frontera en expansión representaba la *posibilidad de liberarse de la autoridad más establecida y coercitiva del régimen colonial español en las regiones centrales* y la oportunidad de establecer ranchos, poseer en forma individual o familiar rebaños de ganado”.<sup>260</sup> No habiendo identidad nacional o muy lábil con el centro no puede decirse que estos pobladores del gran norte fueran una “nacionalidad agonizante” sino, más bien, una *nación naciente*;<sup>261</sup> pero su debilidad podría asumirse como análoga a la de una agonizante. Una vez cercenada por la conquista norteamericana la relación institucional con el gobierno mexicano, etc., los chicanos pasaron a ser una nación agonizante, además de copada por una nación ferroz<sup>262</sup> como es Estados Unidos. Sin embargo, el desarrollo capitalista peculiar del sudoeste de Estados Unidos contrajo una nueva discontinuidad con la creciente emigración de mexicanos al otro lado de la frontera. La nación agonizante se vio continuamente refrescada, reavivada, y puede decirse que desde los

canciones, festividades y frases populares de la época, e incluso en nuestro tiempo.” (*Ibid.*, pp. 50-51, cursivas mías).

260 J. Gómez-Quiñones, *op. cit.*, pág. 21, cursivas mías.

261 Un indicador del débil desarrollo de esta aurora es el que la jerga y las camisas, calzones, bolsas, mantas de las sillas de montar en que se utilizaba, se vendía, “se enviaba tan al sur como Chihuahua.” (pág. 59) Esta fuerza comercial denota, no obstante, que el mercado interno del gran norte era magro.

262 Un indicador de esa ferocidad es el que antes de 1848 había tanto trabajadores mexicanos como propietarios, pero ya para 1860 casi sólo trabajadores, pues los propietarios anglos hicieron desaparecer a los propietarios mexicanos. El ejemplo de la transportación en carretas en el lejano norte es ilustrativo: “Antes y después de 1850, los equipos mexicanos controlaron, como propietarios y trabajadores, el comercio del transporte en Texas, California y Nuevo México. Como en la minería y en la ganadería, los mexicanos eran mejores sencillamente porque tenían experiencia. Perdieron luego el dominio, pero en una escala decreciente y gradual hasta que la transportación por ferrocarril se hizo común en la década de 1880. Aun cuando la propiedad mexicana fue desplazada, el trabajo general era hecho por mexicanos. El declinar de la transportación mexicana fue resultado de la tecnología anglo (mejores carretas y, más tarde, los ferrocarriles), pero en Texas, asimismo, de la persecución violenta y calculada de los competidores anglos. El comercio entre San Antonio y Chihuahua fue estimado en 1850 en un valor de varios millones de dólares. El manejo de este valor tuvo que atraer a competidores frustrados y ávidos. La llamada guerra de las carretas (1857) fue el punto de partida para la declinación. En suma, los competidores anglos —por medio de pandillas alquiladas— desataron una gran campaña de destrucción y asesinato contra las caravanas mexicanas, los comerciantes, los jefes de cuadrillas y los conductores. Esta “guerra” sólo concluyó con la intercesión del ejército de los Estados Unidos. Un informe reconocía que cientos de mexicanos que trabajaban en el comercio habían sido asesinados. Puesto que había capital invertido en las caravanas y una larga experiencia encarnaba en los hombres que trabajaban en el comercio, la destrucción de las caravanas y la muerte de los hombres que servían de blanco arruinaron la transportación mexicana en Texas. Los que sobrevivieron enfrentaron finalmente un desplazamiento tecnológico.” (*Ibid.*, pp. 68-69, cursivas mías).

años veinte de este siglo tenemos de nuevo una *nación naciente*<sup>263</sup> y cada vez más fuerte, por cierto; de suerte que en los sesenta pudo pararse sobre sus propios pies y defender sus derechos, tanto civiles como históricos, ante el pueblo y el gobierno de Estados Unidos.

En conexión con los argumentos previos, es interesante señalar el hecho de que la situación socioeconómica en el gran norte no mostró discontinuidad ninguna en ocasión de las guerras de independencia de México frente a España entre 1810 a 1821 precisamente por su gran lejanía respecto de la problemática del centro. El desarrollo socioeconómico —por ejemplo, del establecimiento de las relaciones de esclavitud y trabajo asalariado, así como las condiciones de los indios como trabajadores sometidos en las misiones,<sup>264</sup> etc.— siguió más o menos igual desde mediados del siglo XVIII hasta 1836 y aun entre 1846-1848.

Uno de los factores que dificultan a Juan Gómez-Quiñones establecer las discontinuidades o, en su caso, como recién vimos, las correspondientes continuidades históricas en la vida del gran norte, se debe a que explora y determina la estratificación clasista y el desarrollo cultural señalando, por ejemplo, “que llegó de México”,<sup>265</sup> así que podemos decir que tenía características mexicanas, pero no sabemos si capitalistas o feudales o de otro tipo. Esto es, no especifica el tipo de relaciones sociales que se establecían sino secundariamente, pues le interesa caracterizarlas sobre todo étnicamente, así que cuestiones de matiz le pasarán desapercibidas o disueltas en la homogeneidad étnica.

Las contradicciones entre colonialismo y capitalismo se evidencian más en el discurso de Juan Gómez-Quiñones debido a que de entrada él escoge un camino correcto —la determinación de las relaciones de explotación laboral de los mexicanos por los anglos—, así que cada vez que refiere cuestiones étnicas y colonialistas correspondientes a éstas es más fácil que estas referencias se contrapongan, sin él notarlas, con sus premisas analíticas. Juan Gómez-Quiñones

263 “La necesidad de empleo, conforme la vida se volvía más precaria al sur de la frontera y conforme la movilidad interna del campo a las ciudades y del interior de México a los estados norteros iba aumentando gradualmente. Así, en el siglo XIX los dos fenómenos principales: la anexión forzada y la emigración forzosa, le daban forma a la comunidad mexicana en su conjunto y a sus estratos laborales en particular. El impacto de la inmigración puede juzgarse por las cifras disponibles: las de los residentes nacidos en México identificados en el censo de los Estados Unidos en 1850 y en 1900, eran 18,317 y 103,410, respectivamente. Obviamente, éstas eran las cifras más bajas; un cómputo de inmigrantes cada diez años en cincuenta es por necesidad bajo.” (*Ibid.*, pág. 39, cursivas mías.) De tal suerte, la emigración posterior a 1848 multiplica cinco veces a la población chicana entre 1850 y 1900.

264 *Ibid.*, pág. 32.

265 *Ibid.*, pág. 35.

logra más exactitud analítica pero la continuidad de la lucha chicana que busca apuntalar pierde pie constantemente.

Aunque Rodolfo Acuña pierde precisión analítica por alejarse de la consideración de las relaciones de producción, su trazo para establecer la continuidad de la situación y de la lucha chicana es más eficaz, no obstante deficiencias de matiz. Vale la pena pormenorizar su perspectiva.

Hemos visto la componente colonialista y su relación con la componente capitalista de la situación del chicano. De pasada, aludimos al racismo desplegado por los anglos contra los chicanos; componente decisiva, no obstante.

“Los conquistadores [anglos protestantes] odiaban el catolicismo de los mexicanos”,<sup>266</sup> tomándolos por “vagos, apáticos, supersticiosos y deficientes en otros aspectos morales.” Y justificaron así el “ataque a los valores, al lenguaje y al modo de vida de los mexicanos”.<sup>267</sup> Todo esto es cierto y es falaz justificación del etnocentrismo anglo y de la explotación salvaje y del despojo que perpetraron contra los mexicanos. En lo que tiene de descripción de algunos aspectos de los mexicanos, revela el legado español al pueblo de México y tampoco justifica lo que los anglos quieren; por ejemplo, su superioridad cultural y racial.<sup>268</sup>

Pero tan pertinente intervención de Rodolfo Acuña contra los anglos racistas inicia con una afirmación insuficiente como es la siguiente: “*Sustentamos que el racismo es medular al colonialismo*. Facilitó y promovió la dominación social del mexicano.”<sup>269</sup> Lo insuficiente de esta afirmación —que luego derivará en diversos errores— no consiste en que el racismo facilita y promueve la dominación social del mexicano; esto es exacto. Lo insuficiente es señalar que el “racismo es medular al colonialismo”, Pues *no sólo* es medular al colonialismo sino al capitalismo, y a éste de modo más fundamental que a aquél. Pero si digo que es medular al colonialismo aunque allí implique al capitalismo se confunde lo que corresponde a éste y lo que corresponde al colonialismo. Ya vimos más arriba los diversos efectos de esta confusión.

#### *f. Desarrollo capitalista y emergencia del movimiento chicano*

<sup>266</sup> *Ibid.*, pág. 20.

<sup>267</sup> *Ibid.*

<sup>268</sup> “Raza vil”, nombran a los mexicanos por ser mestizos o producto de un cruce de razas. La visión equivocada de la superioridad de las razas puras es aquí la premisa, como en la ideología nazi, contraria a las leyes auténticas de la genética. *Cfr.* el concepto de “deriva genética” en Theodosius Dogzhansky, *Genética del proceso evolutivo*.

<sup>269</sup> Rodolfo Acuña, *op. cit.*, pág. 19, cursivas mías.

Sea a través del colonialismo (Acuña) o a través de un concepto de clase obrera (Juan Gómez-Quiñones) poco específico o, si se quiere, demasiado elástico, el movimiento chicano busca a través de sus historiadores una continuidad sólida de lucha como para dar consistencia a su lucha actual, decantando este afán en una tesis como la siguiente de Rodolfo Acuña: “El movimiento chicano no comenzó en los años sesenta de este siglo, sino que es una vieja y prolongada lucha de liberación.”<sup>270</sup>

Ciertamente, la misma etnia ha luchado desde entonces, pero configurada diversamente, así que su lucha como «movimiento chicano» data sólo de los sesenta de este siglo, y decir lo contrario mueve a confusión.<sup>271</sup> Se trata de una continuidad buscada con ahínco, pero forzada.

El movimiento chicano que data de los sesenta es la expresión de la respuesta a la masificación de la explotación de la fuerza de trabajo chicana; masificación que los ha llevado a organizarse hasta lograr combatir por sus condiciones de *trabajo* a la par que por sus condiciones de *vida*. Antes de los sesenta son fuerza de trabajo explotada y oprimida, pero sin fuerza de masa para responder; así que la organización que logran es igualmente larval; y, de otro lado, gran parte de la población chicana no devenía fuerza de trabajo explotada continua y directamente por el capital industrial en sus diversas ramas, ni, por cierto, la fuerza de trabajo chicana incluía al trabajo intelectual, pues éste se proletarizó y masificó también sobre todo en el curso de los sesentas. Antes de eso, la respuesta chicana es débil e inorgánica. No es movimiento chicano sino, a lo más, resistencia, rebeldía, pero que se agota casi completamente en sus expresiones.

En la década de 1960, los chicanos se hicieron cada vez más conscientes de que eran sojuzgados como colectividad. Comprendieron que estaban siendo *manipulados*, y que sus colonias eran *controladas* en beneficio de los privilegiados angloamericanos. Durante los últimos años de la década de 1960, se consolidó el impulso hacia la *autodeterminación* y el *pluralismo* cultural chicano. *Se desarrolló la conciencia de los lazos que unen a los chicanos y los demás pueblos del Tercer Mundo que también se encuentran cautivos.*<sup>272</sup>

<sup>270</sup> *Ibid.*, pág. 20.

<sup>271</sup> Así, Carey McWilliams señala: “Sin intentar fijar una fecha arbitraria, se puede decir que la gente de habla española empezó a desarrollar una nueva conciencia política y una autoconciencia de minoría al despertar de la segunda guerra mundial y, más perceptiblemente, desde principios de los cincuenta, época en que el movimiento negro por los derechos civiles empezó a surgir. [...] Una vez que se le puso fin al programa de los braceros y que el flujo de “espaldas mojadas” fue detenido, fue posible, al menos en teoría, organizar a los trabajadores agrícolas mexicanos.” Carey McWilliams, *op. cit.*, pp. VII-VIII.

<sup>272</sup> *Ibid.*, pág. 156, cursivas mías.

La afanosa búsqueda de *continuidad histórica* por parte del movimiento chicano actual es también, entonces, expresión de la *continuidad progresiva* que el movimiento va logrando hacia delante, y ambas son expresiones del *carácter cohesivo* del movimiento en cuanto a extensión, demandas y perspectivas hasta deshacerse paulatinamente de su carácter localista y devenir conciencia y organización étnica, esto es, que abarca a toda la nación chicana.

Una vez masificada la explotación de la fuerza de trabajo chicana por el capital, y estando nutrida esta masificación por millones de migrantes mexicanos año con año, dejó de ser viable la dualidad en la que los anglos forzaron a vegetar a los chicanos —dualidad cómoda al colonialismo capitalista anglo— en cuanto eran aceptados como *fuerza de trabajo* pero no como *ciudadanos* con plenos derechos más que en el papel, pero no en la realidad, expresión esta dualidad de que la relación de explotación capitalista sobre los chicanos no se hallaba plenamente desarrollada sino artificialmente retrasada no obstante el alto desarrollo tecnológico y la gran medida de capital promedio del capitalismo norteamericano. Esa dualidad cómoda al capitalismo norteamericano, en tanto relación social particular, componente de la relación general de explotación sin embargo se volvió una camisa de fuerza para los nuevos contenidos surgidos. Los anglos detenían artificialmente el devenir ciudadano de los chicanos para obstaculizar que obtuvieran *poder político* y, anteriormente, para que no pudieran gestionar sus derechos de propiedad territoriales, etc.<sup>273</sup> Por contra, los anglos desplegaron un *nativismo* unilateralmente favorecedor de los ciudadanos anglos, contra los inmigrantes de distinto origen.<sup>274</sup> Pero una vez que se masifica y se vuelve millonaria la condición asalariada de los chicanos, se vuelve forzoso como aspecto condicionante de la venta y explotación *normal* de la fuerza de trabajo el que ésta esté soportada por un ciudadano hecho y derecho.

#### *g. Recolonización del sudoeste de Estados Unidos y movimiento chicano*

El proceso se completa mediante una serie de discontinuidades, las alternantes migraciones de mexicanos al otro lado. “Se esperaba que regresaran al sur una vez terminado su trabajo. Pero se quedaron allí, ocultándose a menudo en las colonias” chicanas.<sup>275</sup> Sí, se trata de oleadas de cada vez nuevos inmigrantes mexicanos. De suerte que ocurre una *recolonización mexicana* del sudoeste de Estados Unidos.

<sup>273</sup> *Ibid.*, pág. 123 y ss.

<sup>274</sup> *Ibid.*, pág. 150 n.

<sup>275</sup> *Ibid.*, pág. 155.

Recolonización que en sus fases intermedias (1880 a 1950) alimenta, sin quererlo, la situación de colonizado en la que perviven forzados los chicanos por los anglos, pero que, rebasando un número determinado y enriqueciéndose con nuevas funciones, pugna por obtener derechos ciudadanos democráticos y plenos. Y no sólo, sino que esa recolonización mexicana constituye en el largo aliento que va de 1835 a 1970 un movimiento poblacional simétricamente opuesto a aquel que fue la premisa para volver irresistible la petición, primero, y la exigencia e imposición, después, de los anglos al gobierno de México de apropiarse las tierras al norte del río Bravo. En efecto, los anglos fueron primero infiltrándose desde Louisiana hasta Texas, y cuando fueron mayoría impusieron condiciones a un gobierno distante y caótico como era el mexicano en 1835-1860. Similarmente, la población chicana ha crecido paulatinamente en el sudoeste de Estados Unidos desde hace más de 150 años. No son mayoría ni se enfrentan a un gobierno distante y caótico, pero son una masa poblacional millonaria y decisiva para el desarrollo capitalista de la región, y lo saben.

La lucha chicana que emerge en los sesenta es discontinua respecto de las previas, pues su fundamento histórico y sociológico es la *recolonización* mexicana del sudoeste de Estados Unidos.

*“La extensión de la nación chicana aumentó en el siglo xx, debido a la emigración mexicana al sudoeste, y los inmigrantes dieron nuevo vigor al concepto de nacionalismo en las colonias.”*<sup>276</sup>

Este fenómeno, tan bien registrado por Rodolfo Acuña, es entendido por él en continuidad con la existencia de los colonos mexicanos antes de 1847 e, incluso, de 1835, y aun lo entiende en continuidad con la situación de los chicanos colonizados posteriores a 1847. No ve que son hechos históricos estructural y funcionalmente discontinuos, pero que le suceden, efectivamente, a la misma etnia en el mismo lugar. Tanto más evidente debe resultar que la nación es fundamentalmente una realidad socioprocreativa y sólo secundariamente una realidad territorializada y estatalizada, y que el nacionalismo territorialista y, sobre todo, estatalista inherente a la burguesía y al capital contienen factores tendentes a encubrirle la espalda a Santa Anna y a los Santa Annas, así como a mantener sometido al pueblo mexicano y al chicano. Así que cabe profundizar el tema en el capítulo siguiente.

<sup>276</sup> *Ibid.*, pág. 155, cursivas mías.



## SECCIÓN TERCERA

## SANTA ANNA Y SU MUNDO

## CAPÍTULO XVI

EL MUNDO DESPÓTICO-ORIENTAL  
DEL MÉXICO INDEPENDIENTE (1821-1856)

Según hemos visto en los capítulos precedentes, el nudo general en el que la historiografía mexicana se entrapa al hacer el relato del general Antonio López de Santa Anna consiste en que lo identifica con la época en que vivió. Las ecuaciones falaces México = Santa Anna y Santa Anna = México le cubren (la primera) la espalda al traidor y (la segunda) desarman por completo a la nación mexicana haciendo creer que todo lo que le sucedió a México durante la gestión política de Santa Anna tenía carácter destinal. Ni qué decirlo, la explicación de la época en cuanto tal se vuelve por aquí imposible, no sólo la representación que nos hagamos de Santa Anna. La crítica a la historiografía que ofrecen los capítulos precedentes intenta poner en claro las cuestiones esenciales en lo que respecta al personaje; incluso, el capítulo 5 pudo revelarnos a Santa Anna en tanto sujeto histórico, dimensión que se difumina en las ecuaciones referidas. El presente capítulo se encarga de esclarecer el otro lado de la ecuación: la época que hizo posible a Santa Anna y frente a la que éste es irreductible, ésa a la cual el caudillo y traidor sometiera y cuyas potencialidades frustró.

En las páginas que siguen relacionaremos el panorama del México Independiente con lo que se conoce como despotismo oriental o imperio tribal asiático, figura que —paradójicamente, por cierto— caracteriza los eventos de esa época de la historia nacional. Evidentemente, se trata de una variante peculiar del modo de producción asiático; se trata de un imperio tribal asiático que administra

su disolución de manera militar, eclesiástica, burocrática y militar. Comenzaremos por las premisas históricas de ese mundo.

## 1. LA CORONA ESPAÑOLA Y LA NUEVA ESPAÑA Y EL DESPOTISMO ORIENTAL

### *a. La corona española despótico-oriental*

La Corona española impuso la configuración de la estructura de poder en la Nueva España —la cual determinó decisivamente al México Independiente— reproduciendo allí el carácter despótico-oriental que la caracterizaba, *modo* derivado a su vez del carácter de la misma y la diferenció del resto de monarquías absolutistas europeas. Paso a comentar al respecto a Enrique Semo, en su texto *Historia del capitalismo en México. Los orígenes: 1521/1763* (1973):

La Corona española gozaba de un poder estatal independiente distinto, que descansaba en dos sólidos pilares: su estrecha identificación con la Iglesia y la existencia de una poderosa burocracia real. Ambos fenómenos se originaron probablemente en el largo proceso de la reconquista. En el Islam, la Iglesia y el rey de España tenían un enemigo común. En la lucha contra él se forjó una sólida alianza, cuyo paralelo sólo puede encontrarse en los despotismos orientales, en los cuales el monarca es a la vez el jefe superior de la Iglesia. La unidad religiosa-estatal se completó con el nacionalismo español. Ser español significaba a la vez apoyar militarmente al rey en la lucha contra los árabes y sostener la ortodoxia católica contra el Islam.<sup>277</sup>

Es fácil colegir que la lucha de España para sacudirse el yugo árabe propició una organización militar y administrativa hasta cierto punto análoga a la del enemigo islámico. La Iglesia, el ejército y el gobierno devinieron en una estructura estatal que podría describirse como un *contra-Islam* que espejeaba en mucho al Islam.

A partir del siglo XIII, comenzó a consolidarse una poderosa burocracia de administradores y legisladores reales, conocidos como *letrados*, que acumularon experiencia y fuerza en la administración de los territorios reconquistados. Poco a poco muchos nobles españoles fueron absorbidos por esa creciente burocracia real. Sus fueros dejaron de ser resultado de un poder feudal independiente, para convertirse en merced real.

La omnipresencia burocrática del Estado español se expresó también en el florecimiento sin paralelo de la jurisprudencia.<sup>278</sup>

<sup>277</sup> *Ibid.*, pág. 65.

<sup>278</sup> *Ibid.*, pp. 65-66.

Estos aspectos de la vida político-cultural hispana arrojan luz sobre la emergencia de intelectuales políticos jurisperitos, liberales y conservadores, etc., en la Nueva España y en el México Independiente, y que giran en torno a la burocracia gubernamental, más que emanar de raíces económicas maduras de la sociedad.

Enrique Semo redondea su argumento sobre el carácter oriental de la Corona Española según que no desarrolló el comercio capitalista, del siguiente modo: “Gracias a las consecuencias de la reconquista y al aflujo de la plata americana, la Corona pudo someter a los señores feudales, sin depender de los comerciantes. Esto le confirió un carácter profundamente conservador, en una época de cambios económicos y sociales acelerados.”<sup>279</sup>

Sobre los fundamentos hasta aquí expuestos, Enrique Semo puede citar la tesis de Marx y Engels que caracteriza a la monarquía española “al lado de las formas asiáticas de gobierno”, esto es, *familiar* a éstas:

La monarquía absoluta de España, que sólo se parece superficialmente a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser calificada más bien al lado de las formas asiáticas de gobierno. España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de repúblicas mal administradas, con un soberano nominal a la cabeza... El despotismo oriental sólo ataca la autonomía municipal cuando ésta se opone a sus intereses directos, pero permite con satisfacción la supervivencia de dichas instituciones en tanto que éstas le descargan del deber de cumplir determinadas tareas y le evitan la molestia de una administración regular.<sup>280</sup>

#### *b. El orientalismo despótico del virreinato novohispano*

Enrique Semo añade, para ligar el tema hispano con el novohispano, lo siguiente:

Esto explica por qué, a diferencia de lo que pasaba con el gobierno inglés — directamente ligado con la burguesía comercial—, la corona española no concibió sus posiciones de América como colonias. Los conceptos *colonia* o *factoría* no aparecen en la legislación española de los siglos XVI y XVII, porque la casa reinante consideraba sus inmensas posesiones americanas como nuevos reinos o repúblicas tributarias que venían a agregarse a la constelación de las ya existentes en España y fuera de ella y no como objetos de explotación colonial por la nación española. En empresas coloniales ligadas a un capitalismo más desarrollado, el Estado actuó como defensor y

<sup>279</sup> *Ibid.*, pág. 66.

<sup>280</sup> *Ibid.*

policía de los intereses de los comerciantes, banqueros o manufactureros: la Corona española, en cambio, conquistó para sí misma.

[Y, abunda en nota a pie de página:] La Conquista fue una empresa fundamentalmente privada; sin embargo, la Corona española no tardó en imponer su hegemonía. Derrotó todos los intentos —en la Nueva España y en el Perú— que hicieron los colonizadores de independizarse de su tutela y consolidó su posición de propietaria inmanente de las tierras, riquezas y hombres del Nuevo Mundo.<sup>281</sup>

La actuación oriental de la Corona Española propició la creación de una estructura oriental de dominio en la Nueva España bien sincronizada con la estructura oriental de la base material del mundo azteca:

En una empresa colonial en la cual intervenían diversos intereses privados, el rey participó como un interés más. Pero durante la mayor parte del siglo XVI su influencia es esencialmente diferente a la de los particulares. Mientras que estos últimos promueven la creación de una sociedad basada en la *propiedad privada*, la corona, basándose en la existencia coincidente de una fuerte burocracia rigurosamente jerarquizada en ambas culturas, aspira a la formación de una estructura despótico-tributaria. Por eso defiende la comunidad indígena, frena la expansión feudal o burguesa de los colonizadores y extiende el dominio de una burocracia cuyo dominio se deriva del nombramiento y la gracia del rey y no de las riquezas y el poder acumulados en forma independiente.<sup>282</sup>

Y Enrique Semo precisa aun:

El contador del rey, Rodrigo de Albornoz, escribía en 1525 que los “de estas partes son de mucha razón y orden acostumbrados a contribuir a Moctezuma y sus señores *como los labradores de España*”... Manifestación económica de esta concepción fue la orden real de 1523 según la cual debía pedirse a los indios “*que nos den y paguen en cada un año otro tanto derecho y tributo como daban y pagaban hasta ahora a los dichos sus teclés y señores*”... El tributo prehispánico era un 30% del producto agrícola y artesanal total, la Corona se inclinaba a la conservación del *status quo* económico.

Fue por eso que intentó simplemente colocarse en el puesto dejado vacante por el Estado azteca.<sup>283</sup>

La actuación jurídica y política de la Corona reforzó los rasgos despótico-orientales:

281 *Ibid.*, pp. 66-67.

282 *Ibid.*, pág. 67.

283 *Ibid.*, pp. 67-68.

El soberano se reservó el derecho inmanente sobre las tierras conquistadas. Toda propiedad tenía que originarse —en última instancia— en la *gracia o merced real*. Las propiedades tradicionales de los indios fueron considerados en el ámbito legal como concesiones de la Corona a las comunidades. Lo mismo sucedió con la mano de obra de los indígenas para las empresas particulares; sólo podía obtenerse a través de las autoridades virreinales... El Estado se reservó el papel de árbitro supremo y directo, “protector” de indios e impulsor de la minería.<sup>284</sup>

Pero bajo la sombra de esta estructura de dominio fue creciendo un nuevo poder económico feudal y semicapitalista no asimilable a la estructura tributaria:

Sin embargo, los conquistadores se apoderaron paulatinamente de las fuentes de riqueza. En la segunda mitad del siglo xvi, las minas empezaron a rendir sus opulentos frutos. Las empresas españolas comenzaron a pagar impuestos y a proporcionar “préstamos” mucho más jugosos que el tributo indiano. Al mismo tiempo, bajo el impacto de la despoblación, la vieja estructura tributaria declinaba... Esta política económica también armonizaba con la lucha de la Corona en España contra los feudales y la burguesía, por la consolidación de su poder absoluto.<sup>285</sup>

De tal suerte, el desarrollo capitalista posible de la Colonia fue enlentecido cuando no frenado, por la Corona.

Es comprensible, pues, la oposición de la Corona y su aliada la Iglesia, al surgimiento de señoríos o centros capitalistas en las colonias que pudieran disputarle su soberanía. La Corona intentó forjar en las colonias una sociedad “mejor” que la que existía en España: una sociedad en la cual todos sus miembros dependerían política y económicamente en forma directa del Estado y no de algún intermediario. Fracaso en su intento, pero sus esfuerzos funcionaron como un poderoso freno a la disolución de la estructura despótico-tributaria.<sup>286</sup>

Pero no tardó en emerger una contradicción histórica decisiva entre la Corona Española y los criollos novohispanos.

A esta política se opusieron los intereses de los colonizadores. Algunos de ellos tenían aspiraciones señoriales y querían convertirse en una clase dominante paralela a la que existía en España. Otros habían creado comunidades económicas para producir los bienes que necesitaban los nuevos centros de población. Todos querían enriquecerse rápidamente y exigían que se les diera carta blanca para apropiarse de la mano

284 *Ibid.*, pág. 68.

285 *Ibid.*

286 *Ibid.*, pág. 69.

de obra indígena y la tierra. Para conseguir ambas, estaban interesados en debilitar o destruir el sistema de producción basado en la comunidad agraria. Así, la comunidad indígena encontró en el sistema colonial protectores interesados y enemigos voraces.

La Corona prosiguió tenazmente una política tendiente a perpetuar la división de la sociedad colonial en dos sectores separados: la *república de indios* y la *república de los españoles*. Para lograrlo tomó numerosas medidas que tendían a diferenciar el status del indígena, encerrarlo en sus comunidades y someter a éstas *directamente* al poder real.<sup>287</sup>

Pues bien, si el poder real español fue destruido en la Guerra de Independencia pervivió el poder eclesiástico como factor feudal mahometanizado y mahometanizante. De otro lado, el modo en que surge el nuevo poder económico en la Nueva España —señores criollos con aspiraciones de dominio paralelo al español— es la raíz para entender los pronunciamientos político-militares que le dieron el tono a la estructuración del poder del México Independiente entre 1821 y 1856.

*c. El modo de producción dominante en Nueva España,  
una indecisión de Enrique Semo*

En las páginas finales de su libro, Enrique Semo precisa “el modo de producción dominante” en la Nueva España del siguiente modo: “Integrada al proceso de acumulación originaria” del capitalismo europeo, “la sociedad novohispana es una sociedad heterogénea (pluriparticular), en la cual despotismo tributario, feudalismo y capitalismo embrionario están presentes simultáneamente.”<sup>288</sup> Y termina negando que el capitalismo fuera dominante: “—dejémoslo bien establecido—, la conjugación del despotismo tributario, el feudalismo y las relaciones mercantiles simples dan un carácter dominante precapitalista al sistema durante el período colonial.”<sup>289</sup> No obstante, Enrique Semo no se decide a caracterizar qué tipo de *precapitalismo* es el dominante, si el feudal o el despótico oriental.<sup>290</sup>

<sup>287</sup> *Ibid.*

<sup>288</sup> *Ibid.*, pág. 251.

<sup>289</sup> *Ibid.*

<sup>290</sup> Esta indecisión de Enrique Semo la ha notado Ciro Cardoso (*op. cit.*, pp. 35-36), y en la “Introducción” a su libro abre un inciso en el que discute con Semo y que titula “el modo de producción del México colonial”, pero cree que se inclina por una caracterización feudal de la colonia. Cardoso dice: “el libro de Semo es muy superior al de Barbosa Ramírez, de todos modos no estamos convencidos del carácter «feudal» del modo de producción dominante en la formación económico-social colonial (aunque sí creemos que ésta puede ser descrita y explicada adecuadamente a través de la consideración de dos modos de producción principales articulados).” Como se ve ahora Ciro

Enrique Semo sigue a Marx en la caracterización predominantemente feudal del absolutismo español, aunque, para especificarlo, colocado “al lado de las formas asiáticas de gobierno”. Pero España no es Nueva España, donde el peso específico de la base material, social y cultural prehispánica era decisivo. ¿Prevalece el predominio feudal también en la Nueva España? He querido sugerir que sólo formalmente, como *sobreestructura* de un modo de producción despótico-oriental. Los rasgos coloniales exaltados por Enrique Semo pueden apoyar, creo, esta idea. Veamos:

1. La *única* rama productiva que alienta la metrópoli en sus colonias es la de la extracción de metales preciosos e incluso ésta a base de inversiones locales.
2. La economía está formada por estructuras locales relativamente desconectadas unas de otras y de muy diferente nivel. El único lazo de unión es la succión de excedentes. Pero debido a la ausencia de un capitalismo manufacturero y a la heterogeneidad del proceso (tributo, impuestos reales, ganancia comercial, etc.), este lazo no afecta sustancialmente los modos de producción y consumo.<sup>291</sup>

En todo caso, Enrique Semo disuelve en la procesualidad histórica la necesaria especificación del modo de producción dominante novohispano, no obstante recobrando aquí precisiones decisivas:

En las relaciones metrópoli-colonia que existen en los siglos XIX y XX, algunos de estos fenómenos no han desaparecido pero su importancia es mucho menor. [...] Durante el período que abarca el presente libro (1521-1763), el progreso de la sociedad novohispana se expresa en el avance de la estructura feudal capitalista de la república de los españoles y en el desplazamiento de la estructura despótico-tributaria. En las primeras tres décadas de régimen colonial esta última es sin duda la más extendida.<sup>292</sup>

De suerte que en un inicio el despotismo oriental debió predominar para después menguar a favor del feudalismo impuesto por la Corona española.<sup>293</sup>

Veamos un matiz aclaratorio:

Cardoso importó a su propio texto la indecisión de Enrique Semo. No obstante, un poco más abajo atina en lo siguiente: “en cuanto al capitalismo incipiente del que habla Semo, nuestro desacuerdo es mucho más radical, puesto que el autor lo define exclusivamente en la esfera de la circulación”, y remite a las páginas 245 a 247 del libro de Semo.

<sup>291</sup> *Ibid.*, pág. 252.

<sup>292</sup> *Ibid.*

<sup>293</sup> “Las exacciones desmedidas, la expropiación de las mejores tierras comunales, la suplantación de la agricultura indígena por la ganadería española, las epidemias y el consecuente descenso de la población india, afectaron decisivamente la economía de las comunidades, cuya importancia absoluta y relativa disminuyó constantemente, sobre todo a partir del último tercio del siglo XVI. [...] [Ello llevó a que] una población de un millón de indígenas en el año de 1605 produjera mucho menos que una de 16.8 millones en el año de 1532.” *Ibid.*, pág. 253.

*d. Feudalismo virreinal y asiaticismo novohispano*

Entre el sistema tributario que existe en la sociedad prehispánica y el que subiste en la sociedad colonial hay —a pesar de una serie de semejanzas— una diferencia esencial. En la economía prehispánica, el sistema tributario ocupa el lugar dominante; en la colonial juega un papel subordinado. La república de los españoles impuso desde un principio su dominio sobre la república de los indios. Por eso la existencia de ésta dependía de su capacidad de satisfacer necesidades vitales de la república de los españoles o de resistir y rehuir las exigencias a que era sometida. En ese proceso de adaptación se originan dos tendencias: la integración de la comunidad, como tal, al sistema de aprovisionamiento de la república de los españoles, o su aislamiento y retroceso.<sup>294</sup>

La idea de Semo es clara: la estructura tributaria colonial era feudal y propicia al desarrollo feudal, no despótico-oriental, como sí lo fuera la prehispánica. Pienso que esto es cierto sólo formalmente, pero que el contenido metabólico social real puesto en juego es otro. Y eso se verá probado —al quedar destruida la cáscara virreinal por la Guerra de Independencia— con la dinámica peculiar que caracterizó el logro de una *forma* de gobierno estable en el México independiente.

Veamos ahora el papel jugado por la hacienda.

*e. La hacienda como pieza de la reproducción de un modo de producción despótico*

La hacienda es un fruto idóneo de una sociedad en la cual feudalismo y economía mercantil se entretejen indisolublemente. Tiene una doble función: la de servir alternativamente como unidad autárquica y productora mercantil. A lo largo de los siglos XVII-XIX presenciamos un movimiento de sístole y diástole que hace de la hacienda una unidad predominantemente mercantil en períodos de expansión del mercado y decididamente autárquica en períodos de contracción... Encomienda, repartimiento, esclavitud, despotismo tributario, son manifestaciones fundamentales de los siglos XVI y XVII. Nacen durante este período y declinan junto con él. El caso de la hacienda es diferente. Aun cuando el latifundio surge desde el siglo XVI y su importancia económica es grande en el siglo XVII, no alcanza su plenitud sino en los siglos XVIII y XIX... Su influencia aumenta hasta llegar a transformarse en el factor interno más im-

294 *Ibid.*

portante de la vida económico-social del país en la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX.<sup>295</sup>

El marco feudal y despótico tributario se confrontó con la sobreviviente y cada vez más desarrollada hacienda: “Las escaramuzas se inician hasta la séptima década del siglo XVIII. Voceros de la Iglesia y de la administración vi-reinal comienzan a criticar abiertamente el sistema de la gran propiedad de la tierra. En momentos de crisis, se acusa a los hacendados de ser los causantes, por medio del monopolio del maíz, de las hambres y epidemias que conoce el país.”<sup>296</sup>

La respuesta de los hacendados se dirigió contra los poderes feudales a la vez que contra uno de sus soportes fundamentales, las comunidades indígenas, base del modo de producción asiático.

Los hacendados contestan sosteniendo que la agricultura se encuentra en decadencia y que esto se debe a que las leyes estimulan la “holgazanería” de los indios; a que prohíben fiar al indio más de cinco pesos frenando su conversión en peón acasillado; en el desinterés y ociosidad de los peninsulares que rechazan el trabajo productivo; en el mal estado de los caminos que encarecen los fletes e impiden la extracción de los excedentes; en los obstáculos que pone la Corona a la exportación de productos agrícolas y la libre importación de bienes manufacturados.<sup>297</sup>

La siguiente precisión de Enrique Semo es valiosa porque nos entrega una medida de la gran vitalidad de la heterogénea estructuración colonial novohispana: “El modo de producción despótico-tributario no desapareció por sí mismo. Fue necesaria una revolución para ayudarlo a abandonar la escena de la historia y éste es un hecho que olvidan quienes sostienen que la revolución de independencia aportó nada o poco al desarrollo de la nación mexicana.”<sup>298</sup>

## 2. MÉXICO: DE COLONIA A NACIÓN INDEPENDIENTE

Mi idea es que —según expuse más arriba— la Guerra de Independencia levantó los yugos comercial-capitalistas y feudal-españoles, pero, al no lograr introducir un dominio capitalista ni feudal que fuera predominante en México, esa misma guerra progresista reapuntó en el México Independiente los rasgos propios del modo de producción asiático.

<sup>295</sup> *Ibid.*, pp. 258-259.

<sup>296</sup> *Ibid.*

<sup>297</sup> *Ibid.*, pp. 259-260.

<sup>298</sup> *Ibid.*, pág. 260.

Cabe matizar lo dicho: “En los primeros setenta y ochenta años, dice Semo, la estructura despótico-tributaria es muy importante... A finales del período, la mayoría de las comunidades que han sobrevivido son más dependientes de los hacendados que de la Corona.”<sup>299</sup>

Una vez destruido el poder unificador virreynal novohispano, las haciendas devinieron en otros tantos mundos cerrados en sí mismos que succionaban a las comunidades indígenas. La estructura estatal adecuada a tales condiciones, destruido el factor que debía reponer el lazo metrópoli/colonia, debió ser despótico-oriental.

La Corona española, con su dominio feudal orientalizado, succionaba el tributo de las comunidades indias, de características reproductivas asiáticas, para favorecer al desarrollo feudal. Ausente la Corona y sin que tuvieran poder suficiente las formas feudales y capitalistas autóctonas para predominar, las formas de gobierno intentadas en el México Independiente debieron responder a los requerimientos de una realidad básica económica y social despótico-oriental. Como puntualiza Enrique Semo:

La emergencia del despotismo oriental en el México independiente constituye un *retroceso histórico* respecto de lo logrado durante la colonia, donde predomina el lazo feudal impuesto por España. Roto este lazo, las realidades autóctonas volvieron a imponerse por la fuerza de las cosas contra toda ideología. Pero este fenómeno estuvo condicionado por el poco desarrollo de las instituciones modernas (burguesas) en España.<sup>300</sup>

#### *a. México: rasgos de imperio tribal*

En este capítulo exploraremos la sociedad mexicana en “su tránsito de colonia a nación”:

La era santanista no fue culpa de los mexicanos actuales, desde luego. Y probablemente tampoco de los contemporáneos de Santa-Anna. No fue éste más que el producto lógico o reflejo de una sociedad dividida, estratificada, quizá paranoica y por lo tanto incapaz de comprender su coyuntura, su propia metamorfosis, su tránsito de colonia a nación. La del 47, no fue una guerra entre dos naciones. Sólo una, Estados

<sup>299</sup> *Ibid.*

<sup>300</sup> En efecto, “el imperio americano de España se acabó antes de que el desarrollo institucional del siglo XIX se hiciera notar en la península ibérica. Sin embargo, es digno de mención que la última fase del absolutismo español, especialmente el reinado de Carlos III (1759-88), vio un fomento de la empresa privada en forma de compañías que hasta entonces no habían desempeñado papel alguno en España.” Karl A. Wittfogel, *Despotismo oriental*, pág. 477.

Unidos, aunque joven aún, mostraba ya los signos externos de un cuerpo adulto, con cierto grado de uniformidad nacional en conducta y propósitos. La otra, México, apenas pasaba por el trance de todos aquellos pueblos que empiezan siendo una colección de tribus asentadas en un determinado territorio.<sup>301</sup>

En efecto, la mayor parte de la población mexicana era indígena y sus formas de organización tribales incluían la producción agrícola —amén de la caza y la recolección— bajo modalidades “estancadas en la fase económica peculiar del Neolítico.”<sup>302</sup> Las tribus dispersas fueron primero sometidas al poder imperial azteca y al maya,<sup>303</sup> etc., y al ser destruidos esos imperios la Corona española se encargó de someterlas, pero sus modos de producción inmediatos apenas cambiaron.

Es pertinente visualizar el mundo azteca como una sociedad hidráulica, y caracterizar su modalidad. Para lo cual, cabe transcribir aquí un extenso pasaje de Karl von Wittfogel:

Hace unos veinte años yo consideraba al Méjico azteca, como al Japón pre-Tokugawa, una sociedad feudal con irrigación en pequeña escala (Wittfogel, 1932: 587 ss.). Sobre la base de una familiaridad mayor con las fuentes antiguas, llegué a darme cuenta del carácter hidráulico de las zonas nucleares del Méjico prehispánico; y la obra reciente de los arqueólogos e historiadores mejicanos me afirma en mi conclusión (véase Armillas, 1948: 109; *ibíd.*, 1951: 24 ss.; Palerm, 1952: 184 ss.). Cito particularmente un estudio de Palerm que da numerosos datos históricos sobre la irrigación en la Mesoamérica prehispánica y protohispánica:

4. La mayoría de los sistemas de riego parecen haber sido sólo de importancia local y no requerían grandes empresas hidráulicas. No obstante, se emprendieron obras importantes en el Valle de Méjico, y el riego aparece en forma concentrada en el curso alto de los ríos Tula, Lerma y Atlixco, y en la zona contigua de Colima-Jalisco.

5. Las mayores concentraciones y obras más importantes de irrigación coinciden, generalmente, con la mayor densidad de población, con la distribución de los centros

301 Jorge Labardini, *op. cit.*

302 Mauro Olmeda, *Sociedad precapitalista II. Las fuerzas productivas y las relaciones de producción en las sociedades precapitalistas*, pág. 92.

303 “En México las empresas hidráulicas eran de tipo «esporádico», dice Karl von Wittfogel (*op. cit.*, pág. 478), entendiéndolo por esta denominación que las “mayores unidades hidráulicas no logran la hegemonía económica siquiera regionalmente” (pág. 197), pero “es suficiente para asegurar a sus caudillos la absoluta hegemonía política y de organización” (pág. 196). Lo anterior se ilustra con la preponderancia que lograron los caudillos aztecas, basados en su economía lacustre, sobre diversas tribus no hidráulicas. Además, en México se observa un gran desarrollo de las “obras hidráulicas protectoras”, por ejemplo, de la gran Tenochtitlan.

urbanos más importantes y con los núcleos de poder político y expansión militar (Palerm, 1954: 71).

¿Hasta dónde podemos retrotraer las actividades hidráulicas en Mesoamérica? Armillas cree que el gran avance cultural de la cultura de Hohokam, de Arizona (500-900 d. de C.), se debió probablemente a la construcción de canales de riego, hecho que está establecido arqueológicamente. Y dado que los restos apuntan a relaciones entre Hohokam y Mesoamérica, cree que “el mismo factor puede influir en el desarrollo cultural de algunas zonas de la Mesoamérica Occidental durante este período” (Armillas, 1948: 107). Los datos de Hohokam enlazan con el período “clásico” de la historia mesoamericana, que, en la zona de los lagos mejicanos, probablemente empezó en los primeros siglos del primer milenio d. de C. La hipótesis de Armillas se ve reforzada por un análisis de polen reciente, que sugiere que la aridez aumentó durante el final del período “arcaico” (Sears, 1951: 59 ss.). Palerm ha afirmado que este cambio climático pudo haber causado “la emergencia o extensión de la irrigación” en Mesoamérica (1955: 35).

La aridez creciente podía explicar la aparición de poblaciones concentradas y la propagación de la construcción monumental en Mesoamérica. Pero lo que sabemos sobre las condiciones climáticas en la época postglacial nos pone en guardia contra la supervaloración del significado de los valiosos hallazgos de Sears. La expansión de la construcción monumental en Mesoamérica durante la primera parte del primer milenio d. de C. pudo haberse debido a una lluvia menor y una irrigación mayor; pero esto no quiere decir que, antes del período “clásico”, las precipitaciones fueran suficientemente regulares como para que el recurso al riego no constituyese una necesidad. De hecho, las recientes excavaciones de A. Palerm y E. Wolf apuntan a la existencia de actividades hidráulicas en el área de los lagos mejicanos a mediados del primer milenio a. de C.

Otras investigaciones emprendidas por estos dos antropólogos indican una fecha relativamente tardía para la construcción de obras hidráulicas de gran tamaño por el estado territorial de Texcoco, que, cuando los españoles llegaron, era el segundo después de Méjico. Claramente la aceptación de la fecha tardía de este desarrollo no implica la negación de que apareciesen antes actividades hidráulicas en otras secciones de la zona de los lagos. Antes bien, los datos sugieren que Texcoco avanzó lentamente desde unas condiciones marginales hidráulicas a otras más centrales.<sup>304</sup>

Ahora bien, según quiero sugerir, el gobierno novohispano y aun las repúblicas del México Independiente hasta 1857 no perdieron completamente el

<sup>304</sup> Karl von Wittfogel, *op. cit.*, pp. 38-39. Me permití corregir el error de impresión de la edición citada, donde equivocadamente dice que: “las precipitaciones no fueran suficientemente regulares”, etc.

carácter de “imperios tribales” montados sobre comunidades de autosubsistencia.

“La dominación española en México tuvo dos objetivos fundamentales: establecer un sistema de exacción de los naturales del país a través de los tributos, *conservando entre ellos la forma preexistente de organización tribal*, y explotar las grandes riquezas existentes en metales preciosos, de los que tan ávido estaba el naciente capitalismo europeo.”<sup>305</sup> De tal suerte, los dos “primeros frutos de la colonización española en América”<sup>306</sup> fueron la *encomienda* “—o sea el encargo hecho a un español para que recogiera en nombre de la Corona [española] el tributo de los vencidos, quedándose con una parte del mismo— y *el trabajo esclavo de los indios* para la explotación de las minas”<sup>307</sup>

Simultáneamente, se generaron formas agrícolas y manufactureras para abastecer el consumo interno novohispano. Una ganadería y una agricultura mercantiles fueron desarrollándose hasta ser de gran escala: “una parte de los encomenderos y de los mineros se convirtieron en grandes hacendados”,<sup>308</sup> transformándose la hacienda en una forma económica independiente de la Corona.<sup>309</sup>

La formación de grandes haciendas mercantiles [fue la “tercera forma de colonización”, y] estaba en abierta contradicción con aquellas que la habían engendrado, esto es, con la encomienda y la explotación minera; a la encomienda la privaba de su base misma de sustentación que era la comunidad india que cultivaba sus propias tierras y dedicaba un excedente de los productos a la Corona; a las minas les quitaba la mano de obra que provenía precisamente de las encomiendas.

Estas circunstancias determinaron que la constitución de la gran hacienda fuera en México muy lenta y *que su desarrollo estuviera siempre en franca oposición con*

305 Gabriel Robledo Esparza, *El desarrollo del capitalismo mexicano. Un análisis marxista*, pág. 250, cursivas del autor.

306 *Ibid.*, pág. 251, cursivas del autor.

307 *Ibid.*, pp. 250-251, cursivas del autor.

308 *Ibid.*, pág. 251.

309 “[Alexander von] Humboldt, en su obra «Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España», explica cómo el peso fundamental de la explotación española radicaba todavía, en pleno siglo xix, en el tributo.” (*Ibid.*, pág. 254) Asimismo, señala con pormenor y con apoyo estadístico, “cómo el monopolio del comercio por la metrópoli española y la supeditación de toda la economía colonial a la producción de metales preciosos, eran un freno al desarrollo de la industria autóctona, es decir, que representaban un gran obstáculo para el incipiente desarrollo de la producción de mercancías de los campesinos-siervos y de los artesanos de las ciudades; el mercado nacional estaba siendo conquistado desde entonces por ellos y ya sentían como algo insoportable el monopolio español.” *Ibid.*, pág. 255.

*la Corona*, a la que sólo interesaban los tributos y los metales preciosos que obtenía de sus colonias.<sup>310</sup>

La hacienda pudo desarrollarse, entonces, fundamentalmente después de la guerra de independencia. Y su desarrollo corre sobre rieles sólo con la Constitución liberal de 1857, que destruye a la Iglesia como terrateniente y expropia masivamente a las comunidades indígenas.

En la economía nacional el tráfico comercial ocupaba un sector restringido de la economía mexicana, paralelamente a un trueque muy extendido. En analogía con lo que ocurre en los imperios tribales, los caudillos usufructúan el poder al lado de un grupo a la mitad entre camarilla, casta y clase, que es el encargado de movilizar la economía más allá del trueque y la política manteniendo al margen al resto de pobladores en calidad “de tributarios vencidos en la guerra, que les impone el vencedor imperial”,<sup>311</sup> esto es, el nuevo caudillo en turno y su camarilla.

Si, por un lado, el gobierno es en buena medida botín de guerra, por otro lado, los gobiernos se sostienen mediante otras formas de botín de guerra, así como del tributo impuesto a los vencidos.

En ausencia de reglamentaciones formales reconocidas, o muy precariamente reconocidas, la necesidad de sometimiento directo y la indecisión en torno a cuál grupo predomina, obliga a movilizaciones militares constantes. De tal suerte, la economía y la política se gestionan por “capitanes y soldados disimulados”<sup>312</sup> —como ocurría con los mercaderes de Tlatelolco en el Imperio Azteca—, o abiertamente en funciones militares. Pues, “en Méjico y Perú postcoloniales surgieron rápidamente repúblicas parlamentarias. Pero las innovaciones beneficiaron sobre todo a la burocracia, y aún más al ejército, que en estos países, como en otras antiguas colonias españolas, ejerció un poder político y económico extraordinario.”<sup>313</sup>

He aquí otro fenómeno característico de esa “atmósfera de despotismo decreciente” que amaneció en la Rusia de vuelta de siglo que volvemos a constatar en el México Independiente (1821-1880) con la “introducción de una Constitu-

310 *Ibid.* “En las primeras fases de su existencia la hacienda agrícola y ganadera, para poder llenar sus necesidades de mano de obra, tuvo que someterse al sistema de los repartimientos, ya existentes con anterioridad, pues había sido establecido por un acuerdo entre los encomenderos y los mineros; según este sistema, los indios encomendados estaban obligados a prestar sus servicios, mediante el pago de un salario y sólo por un número exactamente determinado de días al año, en las minas y heredades cercanas de los españoles.” *Ibid.*, cursivas del autor.

311 Mauro Olmeda, *El desarrollo de la sociedad. I Base económica*, pág. 370.

312 *Ibid.*, pág. 373.

313 Karl von Wittfogel, *op. cit.*, pág. 482.

ción, siquiera fuera limitada” en un ámbito predominantemente despótico, que respecto de la Rusia zarista es nombrado “asiático” y “mongol” y que impulsó a Max Weber<sup>314</sup> a hablar de una “pseudoconstitución”.<sup>315</sup> “Las oscilaciones en la superficie política [en México entre conservadores y liberales] indican la complejidad del proceso,<sup>316</sup> y que caracterizará aún a la Constitución de 1857.

La economía agraria predomina gestionada por familias campesinas ampliadas, cuya gestión integra labores manufactureras y agrícolas. Este modo de producción es la base de las grandes civilizaciones orientales, mientras que en el feudalismo el artesanado manufacturero forma un grupo aparte —fenómeno que *también* observamos en el México independiente—. Ante esta economía campesina autárquica, conformada por familias campesinas, la civilización urbana impuesta en la ciudad de México —la antigua gran Tenochtitlan— y en otros centros urbanos, constituye una mera “superposición sobre la estructura económica y parental”,<sup>317</sup> posibilitada por el dominio de un grupo sobre otro. Si bien los miramos, estos grupos se encuentran no muy alejados de la forma tribal de organización, pues de hecho las relaciones étnicas (criollas en su inicio) e incluso de parentesco son decisivas para la conformación del grupo dominante.

En efecto, el conjunto de familias criollas coloniales, más o menos separadas entre sí, debió cerrar filas pasando a interconectarse crecientemente después de la revolución de Independencia, pues perdió la protección de la Corona Española ante una masa poblacional sometida, miserable, resentida y con esperanza de cambios; masa constituida no pocas veces por verdaderas tribus indígenas diseminadas en todo el territorio. “La disminución de rango de los deudores insolventes”<sup>318</sup> que los arroja a la servidumbre, así como la usura, son fenómenos endémicos de la sociedad postcolonial, generándose y consolidándose castas, más que clases, conforme se desarrollan las relaciones de dependencia entre grupos vasallos —en parte tribales— y grupos dominantes.

Pero no sólo a nivel del modo de producción inmediato encontraremos el predominio de la economía agraria y la amalgama entre la manufactura y la agricultura, acompañada de una inicial conformación de un artesanado especializado; y no sólo el predominio de las relaciones étnicas y de parentesco en la conformación de los grupos dominantes y en los dominados, así como la emer-

314 En Max Weber, *Russlands Übergang zum ScheinKonstitutionalismus (El paso de Rusia por el pseudoconstitucionalismo)* (1906), pp. 165-401, citado por Karl A. Wittfogel, *op. cit.*

315 *Ibid.*

316 *Ibid.*, pág. 486.

317 Mauro Olmeda, *Sociedades precapitalistas. Introducción a las sociedades preclásicas*, pág. 309.

318 *Ibid.*

gencia de una casta militar, sino también otro rasgo de los Imperios tribales, despótico-orientales: la burocracia. Pues en un contexto así obligadamente un “complejo mecanismo burocrático garantiza la recaudación de tributos, que se obligan a pagar los pueblos vencidos y que provoca en el seno de la tribu dominante la aparición de una casta que forman los miembros del grupo que ejerce el poder.”<sup>319</sup>

Es palpable en el México Independiente “el círculo vicioso de poder, explotación y privilegio burocrático”,<sup>320</sup> o bien la superposición —como ocurrió en el Imperio Otomano, según Hedley Cook, citado por Karl Wittfogel— de “los cargos civiles y militares, el caudillaje religioso y el terratenientismo”.<sup>321</sup>

De tal manera, las pugnas entre regiones, etnias, clases incipientes, castas y facciones constituyen un “proceso de expansión bélica que desemboca en la formación” de un auténtico imperio tribal. La forma de poder dimanante de este proceso es sólo lábil y superficialmente un poder representativo propio “de los estados de las sociedades clasistas” modernas que cumplen una función impulsora del desarrollo social”; en realidad, ejercen sobre todo “la tarea despótica de someter a los vecinos para recaudar de ellos un tributo”<sup>322</sup> monetario creciente, pero, en ciertos casos, también en especie.

La efímera instauración en 1830 del *Banco de Avío*, promovido por Lucas Alamán —ocho años después de la caída del emperador Iturbide—, inicia la disolución de la unilateralidad despótico-tributaria de los gobiernos del México Independiente; pero el banco pronto fue removido, paradójicamente, por ser inadecuado a la ideología liberal pura.

#### *b. Desarrollo histórico de 1810 a 1833: feudalismo, capitalismo y asiatismo*

El anterior panorama intenta resaltar los rasgos despótico-orientales e imperial tribales del México Independiente, así que subraya las cuestiones referentes al parentesco, el tributo, las formas precapitalistas de producción anteriores al feudalismo, el acusado militarismo y burocratismo insiste en la existencia de castas y camarillas y en que la constitución de las clases sociales aún era poco definida, así como en el carácter meramente *formal* y superficial de las formas de gobierno liberales y aun conservadoras, federalistas y centralistas, frente a un *contenido* gubernativo que debía efectivizarse en formas de comportamiento y actitudes de tipo despótico-oriental. Pero el cuadro es incompleto, pues el desa-

319 *Ibid.*

320 *Ibid.*, pág. 486.

321 *Ibid.*

322 *Ibid.*, pág. 310.

rrollo capitalista en México se abrió paso efectivamente. Y en referencia al mismo se forjaron las ideologías liberales y conservadoras mexicanas, así como las formas de gobierno y legislaciones por ellas instauradas, a su vez heredando de Europa y Estados Unidos los modelos para sus ideologías, instituciones gubernativas y legales.

No tenemos más remedio, entonces, que seguir los hitos del desarrollo histórico mexicano que va de 1810 hasta la presidencia de Anastasio Bustamante, en 1833. Lo haremos tomando el pulso al desarrollo económico y su expresión clasista y política en el resumen del mismo que ofrece el marxista Gabriel Robledo Espanza. Este autor, además de ser preciso y sintético, resalta los procesos esenciales puestos en juego. Insistiré cada vez que sea pertinente en la articulación de ese desarrollo con los rasgos despótico-orientales que me parece entrever.

### *b.1. Heterogéneas raíces de la guerra de Independencia*

La revolución de independencia fue propiciada por las contradicciones internas gestadas en la Nueva España, las cuales se resumen en el enfrentamiento de los criollos contra los españoles.

Los españoles mantenían todos los puestos clave de la administración y el comercio, en tanto que los criollos eran los poseedores de las grandes fincas rústicas; los primeros estaban así en una posición francamente delicada pues su número tendía constantemente a disminuir por su conversión en criollos; la contradicción entre criollos y españoles sólo pudo madurar y ser la fuente de una revolución hasta que los primeros estructuraron un *régimen económico propio* (latifundismo) que era el dominante en el país y que reducía la dominación española al carácter de un aparato obsoleto que debía desaparecer.<sup>323</sup>

He aquí una contradicción que se gesta en el curso del establecimiento del dominio de un nuevo modo de producción agrario latifundista, una contradicción étnica a la vez que de capas sociales. “Los criollos o *hacendados feudales* conspiraron, socavaron el ejército que en sus cuadros dirigentes estaba en gran parte integrado por personas de su clase, concitaron el odio de los *indios*, las gente más fácil de “alzar”, en contra de los españoles, odio que tenía una base real en la *persistencia del tributo* bajo la forma de capitación personal y en mil razones complementarias.”<sup>324</sup>

<sup>323</sup> Gabriel Robledo Espanza, *op. cit.*, pág. 260.

<sup>324</sup> *Ibid.* Manfred Kossok (“El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina”) sugiere que estos hacendados casi son capitalistas, y no feudales. *Cfr.* mi tesis de

Luce aquí de nuevo el problema de la dominación tribal étnica en la que el tributo es el modo de extracción del excedente económico a favor de la etnia dominante. El carácter *feudal* de la hacienda convive con el régimen tributario, y el ejército emerge como el instrumento estratégico de la cohesión social; un ejército de estructura feudal pero con características *sui generis*, que en el curso de la guerra de independencia y, luego, de las pugnas por el poder en el México Independiente se irá modificando en dirección a su función política y geográfica, en un entramado social y regional heterogéneo. “Lentamente, casi a desgano, los pequeños agricultores (los campesinos-siervos productores de mercancías), representados por Morelos, Galeana, Guerrero, etc., se van incorporando a la lucha; sus objetivos se aclaran conforme ésta progresa y pronto tienen en la mira a los *proprios criollos*, de los que reclaman la liberación de la servidumbre y la propiedad de la tierra.”<sup>325</sup>

La caracterización clasista de Gabriel Robledo Esparza es de apariencia precisa pero, en realidad, decir criollo-hacendado feudal sugiere una ambivalencia clasista y étnica, mientras que la caracterización “pequeños agricultores” / “campesinos-siervos productores de mercancías”, es sólo clasista pero imbrica el carácter técnico (campesinos) con su asignación feudal (siervo), añadiéndole que producen para el mercado. Pero el feudalismo en este caso se encuentra imbricado con relaciones no feudales previas. Pero, sobre todo, además de grupos poblacionales efectivamente campesinos-siervos productores de mercancías, el metabolismo social novo-hispano —y luego mexicano-independiente— estaba mayormente constituido por formas de relación no servil-feudales sino de sometimiento tribal, caciquil-tributario que, *aglutinadas en abigarrado racimo, se estructuran en un mosaico regional de gran heterogeneidad climática orográfica e hidrológica* y apuntalan la formación de un tipo de gobierno cuyas funciones coordinadoras y centralizadoras deberán desplegarse necesariamente de modo despótico.

En esas condiciones,

Hidalgo y sus compañeros, o sea los *líderes militares de los criollos*, son abandonados por éstos, que al comprender el punto al que ha llegado la lucha y la amenaza que se cierne sobre ellos, se alían con sus antiguos enemigos, *los españoles*, para presentar un frente unido a los *campesinos*, que son quienes ahora han pasado a la vanguardia del movimiento. Éste ahora no sólo tiene como contenido la independencia respecto de España, sino además la *liberación de la servidumbre* y el fracciona-

doctorado, *op. cit.*, capítulo VI, “El terreno preparado por las guerras de independencia”, pp. 82 a 88.

325 Gabriel Robledo Esparza, *op. cit.*, 260.

miento de los latifundios, o sea, *la disolución del régimen feudal por la vía revolucionaria*.<sup>326</sup>

Por aquí es que las contradicciones iniciales que desencadenaron la guerra de Independencia —contradicciones de los criollos con los españoles y aun con España— devienen en contradicciones sociales interiores del entramado clasista novohispano. Las precisiones que hace Gabriel Robledo Esparza son pertinentes, pero no debe pensarse que esas tensiones sociales ocurren en un entramado sólo servil-feudal sino en el abigarrado mosaico antedicho, salpicado aquí y allá de gérmenes capitalistas.

#### *b.2. La república independiente enclavada en un mar mexicano*

Gabriel Robledo Esparza añade:

La fase verdaderamente crucial, definitiva, de la lucha revolucionaria de los campesinos-siervos es la comprendida en el período en que la rebelión es encabezada por Morelos, el gran estratega campesino. Derrotados los campesinos siervos porque no podía ser de otra manera frente al poder unido de los españoles y los terratenientes feudales criollos, su lucha adquiere el carácter de una guerra irregular, fraccionados sus ejércitos hasta el infinito, caminando así, inexorablemente, hacia el desastre final.<sup>327</sup>

Gabriel Robledo Esparza puntualiza cómo quedó limitado el impulso revolucionario de los pequeños productores de mercancías: “Esta derrota de los pequeños productores de mercancías agrícolas significa, única y exclusivamente, que obtenida *su liberación* como resultado fundamental de la lucha, sin embargo no iban a lograr fraccionar los latifundios de los terratenientes, como pretendían.”<sup>328</sup>

De tal manera, la independencia es consumada a favor de un nuevo grupo dominante.

Debilitados y sometidos al orden los *campesinos*, los hacendados feudales se disponen a ajustar ahora sí cuentas con los españoles, sus antiguos enemigos. Llamen en su apoyo a los vencidos ejércitos insurgentes que en la persona de *Guerrero* van a ratificar su derrota dando el espaldarazo a los vencedores a cambio de la *simple promesa* de que sus ya menguadas reivindicaciones serían realizadas por el nuevo Gobier-

326 *Ibid.*

327 *Ibid.*

328 *Ibid.* (cursivas de GRE)

no. Se consuma así la independencia con la ascensión al poder, sin alianzas con nadie, *de los hacendados feudales criollos* representados por *Agustín de Iturbide*.<sup>329</sup>

Cabe precisar que lo que aquí se señala como hacendados feudales criollos involucra relaciones de producción correspondientes a un capitalismo agrario de exportación formalmente incrustrado en la hacienda de aspecto feudal.

En todo caso, “Como era de esperarse, el Gobierno de Iturbide no cumplió ninguna de las promesas hechas a los ejércitos insurgentes: por tal motivo, éstos se vieron en la necesidad de imponer a los terratenientes la República, en la que si bien la Presidencia recayó en Guadalupe Victoria, un representante de los hacendados, muchos de los restantes puestos importantes fueron adjudicados a los insurgentes.”<sup>330</sup>

Según lo dicho, debe entenderse que esa república, jalonada por un bando y otro, no es expresión de un movimiento social que ocupe a toda o a la mayoría de la población sino sólo a los bandos y capas sociales referidas, pero constituye un ente *superpuesto y extraño* para grandes masas poblacionales marginadas de la vida política.<sup>331</sup> No obstante, ese gobierno registró sobre los modos de vida de esa población, quedando determinada la índole de su gestión gubernativa por esos *contenidos* productivo-consumtivos y organizacionales de base.

Ahora bien,

Este equilibrio inestable alcanzado por la lucha de clases fue roto por los terratenientes, quienes empezaron a regatear sus conquistas a los *pequeños productores de mercancías agrícolas*, por lo que éstos decidieron tomar en sus manos el poder; impusieron en la Presidencia por un golpe de Estado a Guerrero, quien había sido derrotado en las elecciones legales. Guerrero llevó hasta sus últimas consecuencias las reivindicaciones de los *pequeños productores agrícolas* (lo que quedaba de sus primitivas reivindicaciones una vez que habían sido reducidas a su mínima expresión por la derrota sufrida durante la revolución de Independencia); obligó al reconocimiento definitivo de la abolición de la servidumbre, del *campesino libre* como persona igual, frente al Estado, que el terrateniente. La restauración del dominio de los hacendados a través del gobierno de Bustamante se fincó ya sobre la base del reconocimiento de

329 *Ibid.*, pág. 261. (cursivas de GRE)

330 *Ibid.*

331 Análogamente a lo que ocurrió con la dominación capitalista inglesa de la India, la dominación feudal absolutista española de México y, luego, el México Independiente, “mantuvieron a las aldeas [base del despotismo oriental] políticamente impotentes” (K. A. Wittrogl, *op. cit.* pág. 482). Vemos aún otra analogía: la hacienda mexicana pareciera emanar de aquella operación inglesa sobre las aldeas indias consistente en que “en vez de occidentalizar las aldeas indias los ingleses les impusieron una de las peores características del régimen agrario oriental: el señorío burocrático y absentista.” (pág. 485).

ese “*status*” del campesino. *Con eso se desarrolló libremente en una escala superior la producción de mercancías agrícolas.*<sup>332</sup>

### *b.3. El ejército insurgente como relación de producción*

No debemos perder de vista que en estos procesos a través de los que espiga la génesis del capitalismo y la destrucción de las relaciones feudales en México, todo ocurre en un contexto vastísimo de relaciones no feudales ni capitalistas, y que es la combinación de todo ello lo que nos entrega el funcionamiento histórico concreto del México de entonces. No se trata, pues, de relaciones de producción puras. Pues bien, debe resaltarse que la conformación de los *ejércitos insurgentes* y de la estructura del ejército colonial con base en las poblaciones de diversas etnias, castas y clases. El nuevo ejército resultante constituye un *cuerpo organizado y consciente* de su función política; se trata de una nueva *relación de producción de por sí* en medio del entramado variopinto, un instrumento de cohesión y reorganización social. Es, de hecho, también por su composición, la fuerza del conjunto poblacional la que se hace valer en esta corporación. Así, la ideología liberal importada de Europa arraiga en sus filas aunque las condiciones generales del país distan mucho de configurar un modo de producción burgués o en el umbral de serlo.

De otro lado, la fuerza del ejército en medio de esa sociedad de privilegios y tributos no pudo sino devenir en una corporación que confirmara y aun desarrollara sus propios *privilegios* en gracia a su gran función social cohesiva organizativa y neutralizadora de las mil y una pequeñas y medianas contradicciones que se suscitan en las pugnas caudillescas y entre regiones, no digamos clasistas y étnicas. Habrá que contar, pues, con esta *nueva relación de producción recién surgida en el curso de la guerra de independencia que es el ejército* y con el arraigo paradójico en su seno de los privilegios militares y de la ideología liberal.

### *b.4. Capitalismo naciente, apariencia republicana y asiaticismo*

Al final de la revolución de independencia empieza en nuestro país un vertiginoso proceso de *disolución del régimen feudal*. La liberación de los campesinos-siervos y la abolición de los gremios, resultados principales de la lucha, dan un nuevo y poderoso impulso a la *producción de mercancías*.

332 Gabriel Robledo Esparza, *op cit.*, pág. 261.

Al disolverse la sociedad feudal surgieron a la superficie los elementos para la estructura económica *de la sociedad capitalista mexicana: los productores directos* liberados de la servidumbre y de la coacción gremial y los *dueños* de una gran parte de las tierras y del dinero, los *terratenientes*, que habían perdido su *relación personal* con el campesino y que debieron también convertirse en productores de mercancías; es decir, se vieron obligados a comercializar la tierra *arrendándola* a los productores directos que carecían de ella.<sup>333</sup>

Las bases para el desarrollo capitalista se van sentando ciertamente en el México de entonces, pero en medio de un entramado social complejo cuya *forma* de gobierno muestra una apariencia republicana pero un *contenido* despótico-oriental, a veces análogo al absolutismo europeo pero con rasgos por demás bizarros. La apariencia republicana del gobierno se apoya sustancialmente en la emergencia del ejército insurgente en tanto corporación liberadora y cohesionante que defiende intereses diversos, y entre ellos los de los propios insurgentes en tanto entes políticos. Pero ese ejército es, a la vez, materialmente considerado, pieza clave del imperio tribal o despotismo oriental que se va configurando en el México Independiente.

Además de los otros factores bizarros que también ejercen influencia al sentarse las bases del desarrollo capitalista, debemos considerar este otro:

Después de la restauración de Bustamante, la Iglesia, el principal señor feudal, pretende volver las cosas al estado que guardaban durante la colonia; se entabla una lucha, llena de altibajos, entre los hacendados y los campesinos libres, por un lado, y el clero, por el otro, en el que unos, los primeros, pretenden conservar el nuevo orden conquistado, y los otros quieren *restaurar el régimen feudal* que ya ha quedado definitivamente disuelto. Todo el período que abarca desde la presidencia de Bustamante hasta la revolución de Ayutla [1855-1856] se caracteriza precisamente por esa lucha que alternativamente lleva a unos y otros al poder y que produce las más curiosas alianzas y conflictos entre las clases beligerantes.<sup>334</sup>

A partir de la Constitución de 1857, “las grandes haciendas de la Iglesia, principal propietario feudal, pasaron, por este expediente, directamente a manos de los ricos comerciantes y de los mismos terratenientes laicos; de esta manera

<sup>333</sup> *Ibid.*

<sup>334</sup> *Ibid.*, pág. 263. Según vimos más arriba, Enrique Semo resalta que la función histórica de la guerra de independencia fue, más que la destrucción del régimen feudal —como aquí dice Gabriel Robledo Esparza—, la del sistema tributario colonial referido a España, pero también al gobierno central mexicano.

se derribó el último bastión del antiguo régimen y se incorporaron esas riquezas a la producción capitalista agrícola naciente.”<sup>335</sup>

*c. Panorama paradójico del México colonial y del independiente*

El mundo anterior a la guerra de independencia es un mosaico de pueblos indígenas y mestizos, salpicado de haciendas detentadas por españoles y sobre todo por criollos, la mayoría de éstos habitantes de las ciudades, en las que se congregan, además, para trabajar y comerciar, una mayoría de mestizos e indígenas. El feudalismo traído de España convive con un capitalismo comercial y usurario que le es funcional, pero, sobre todo, sobrenada un mar tribal y comunal aldeano, extensa base aún sobreviviente de los imperios tribales precortesianos.

En este contexto, el feudalismo es una sobreestructura material económica, social, jurídica, política e ideológica parasitaria de esa milenaria base tribal comunitaria indígena y recientemente mestizada.<sup>336</sup>

La guerra de independencia *desestructuró* parcialmente al mundo feudal hispánico intentando validar las posesiones económicas criollas (haciendas) feudales y semicapitalistas a través de una ideología liberal europea más o menos mexicanizada (de un José María Luis Mora, por ejemplo), contrastada con otra expresión de esos mismos intereses, el conservadurismo, también europeo con E. Burke como centro (en el discurso de Lucas Alamán), y asimismo adecuado a México. Sin embargo, en lugar del feudalismo colonial *no* pudo reponerse otro federalismo mexicano ni formas burguesas maduras o siquiera un absolutismo feudal estable que contuviera aspectos capitalistas. La desestructuración del feudalismo colonial crea obstáculos para la constitución de una unidad — feudal o burguesa, etc.—, que no sea *española*. No obstante, es intentada la unificación del conjunto a través del Estado, bajo forma imperial primero, y luego republicana, pero sin que estas formas políticas tengan arraigo económico suficiente. He aquí las paradojas históricas del caso.

De hecho, el intento de *reunificación* independentista ocurrió también de modo paradójico sincopado a través de pronunciamientos caudillistas que brotaban aquí y allá, contrastados entre sí, removiéndose uno a otro, provocando nuevas escisiones para suscitar por contra nuevas facciones que esperaban un

<sup>335</sup> *Ibid.*, pág. 264.

<sup>336</sup> Karl Marx utiliza el concepto de sobreestructura refiriéndolo también a determinaciones económicas acerca del capitalismo en Rusia respecto del zarismo hacia fines del siglo XIX (1881) en los borradores de la “carta a Vera Zasúlich”. Pueden verse amplios comentarios respecto del tema en Rudi Dutschke, *Intento de poner a Lenin sobre sus pies*.

nuevo caudillo y que al tenerlo impulsaban un nuevo pronunciamiento que arriesgaba una *reunificación* esperando consolidar la unidad nacional bajo su égida.

Obviamente el *ejército* jugó un papel decisivo en este proceso en el que eran cada vez menos populares los ejércitos que surgieron en torno a los caudillos en turno. Ya el ejército insurgente se reconvirtió parcialmente en poder burocrático y los subsiguientes ejércitos siguieron senda parecida. La *función política directa* de los ejércitos y su carácter contrastado y efímero propició su degeneración (burocrática) y su corrupción (por las tajadas de dinero y poder que pedían en cada nueva azonada), a la vez que validaba mayormente sus fueros y privilegios.

Esta transformación del contexto socio-político dio por resultado una *refuncionalización de la Iglesia*, el único poder colonial que tuvo continuidad en la época independiente. La Iglesia era formal e ideológicamente católica y evidentemente relacionada con la Iglesia española, pero que localmente —dado su extraordinario poder en la vida cotidiana mexicana y en tanto principal latifundista del país y principal vendedor de servicios en general (morales por su contenido: matrimonios, bautizos, defunciones, etc.)— su dinámica hipertrofiada le adjudica características de Iglesia mahometana, con sus feligreses como fieles fanatizados y sometidos a su poder.

Todo ocurre como si la unificación nacional del México Independiente derivara de un poder teocrático al que se le superponen reunificaciones político-militares más o menos adecuadas que lo recubren momentáneamente y cuyo cascarón es destruido al siguiente momento.

Revoluciones en el cielo político mientras la base económica permanece más o menos estable,<sup>337</sup> desglosada en pequeños mundos separados entre sí, como islas autosuficientes, fueran éstas las haciendas o los pueblos o las comunidades aldeanas indígenas. Estas tres instancias conformaban en diversas proporciones la *base de apoyo* de los pronunciamientos caudillescos. Aunque cada vez más éstos se especializaron utilizando preferentemente como base de apoyo a este o aquel sector del ejército, ya sin vínculos orgánicos con las raíces reproductivas de la sociedad. Esta especialización promovió la hipóstasis del ejército.

México era un inmenso territorio casi vacío, coagulado en pequeñas islas poblacionales aquí y allá, más concentradas hacia el centro y menos hacia el Sur y, sobre todo, hacia el Norte. Ciudades, pueblos, haciendas, ranchos o comunidades aldeanas lábilmente ligadas entre sí por la precaria red de caminos de mulas; instancias con diverso grado de autoeficiencia pero en general bien lograda.

337 Así describe Marx el peculiar mecanismo histórico del despotismo-oriental.

En este mundo desagregado, de intereses regionales contrastados, la *cohesión política externa* debe ocurrir mediante *violencia material* o su amenaza. El gobernante, no importa su aspecto formal e inclinación ideológica, funge como *déspota* apoyado directamente en el ejército, de buen grado o mal que le pese. Más todavía si quiere encaminar al país hacia el desarrollo capitalista, esto es, por otra senda que por la que el país vegeta.

*d. Del virreinato, no directamente al capitalismo sino al asiatismo*

La larga cita siguiente aclara los hitos fundamentales del proceso histórico que nos ocupa:

El dominio de la Corona y su burocracia virreinal no sólo representó un sistema de dependencia externa, sino también un modo de dominio interno. La tarea de la gesta de 1810-1821 fue la de destruirlo y esto en gran parte se logró. El oficial español rigiendo en sus más mínimos detalles una sociedad dividida en corporaciones contrapuestas; interponiéndose entre los dueños de los medios de producción y los trabajadores; exprimiendo de la colonia riquezas para gozarlas en la metrópoli; oponiéndose a toda iniciativa local contraria a sus intereses o de la Corona, tuvo que dejar el poder y con él se fueron todos los vestigios de encomienda, repartimiento, tributo, etc. Su lugar fue ocupado por el hacendado, principal beneficiario de la revolución de independencia, representante natural de la gran propiedad privada y el particularismo local, quien —en lucha con la Iglesia— debía hacer prevalecer sus intereses sobre los de todas las demás clases sociales.<sup>338</sup>

Caben dos aclaraciones al respecto. La primera alude al hecho de que no todo hacendado tuvo un comportamiento como el descrito por Enrique Semo, por ejemplo, en eso de “en lucha con la Iglesia”. Es descollante el caso de Lucas Alamán, administrador de la hacienda del “Marqués de Monteleone”<sup>339</sup> y cabeza principal del partido conservador, criollo y buen cristiano, glorificador de la Iglesia —no sólo en su *Historia de México*— y contrario a atacarla.

La segunda precisión señala que “el modo despótico tributario” fue destruido. Ciertamente, pero sobre todo en lo referente al servicio que prestaba a la

<sup>338</sup> Enrique Semo, *op cit.*

<sup>339</sup> Resulta curioso que el *Manual de biografía mexicana o galería de hombres célebres de México*, escrito por Márcos Arrónis (publicado en París por la librería de Rosa Bouret y compañía, en 1857) haga la semblanza de Don Lucas Alamán señalándolo como político e historiador y aún empresario minero, pero jamás aluda a su función de administrador de la hacienda de Monteleone (*cf. op cit.*, pp. 21-30). Se trata, además, de un “descendiente del conquistador Hernán Cortés”, según apunta José C. Valadés en *Alamán, estadista e historiador*, pp. 216 ss.

Corona española, pues no fue abolido en cuanto a su esqueleto interno; sus *bases* reproductivas —el asiatismo novohispano— quedaron intactas.

Enrique Semo concluye su libro diciendo: “La revolución de 1810-1821 no marcó la victoria de las corrientes burguesas sobre las feudales, sino la eliminación de todos los restos de despotismo tributario con su centralismo burocrático y la victoria de la gran propiedad semifeudal de la tierra con su caciquismo localista.”<sup>340</sup>

No puedo resistir el añadir que, entonces, lo que caracterizó la formación social del México Independiente fue *otra* forma de despotismo oriental —una vez eliminado el despotismo tributario a favor de España—, una variante en la que la hacienda podía jugar un papel predominante como un mundo cerrado más, al lado de otros como las comunidades indias, etc. En gracia a que no podía generarse en ese momento un Estado feudal o capitalista o absolutista en regla, *lo que se conformó inintencional y contrastadamente fue una forma anómala y sincopada de despotismo oriental a través del contraste de diversas formas de gobierno* imperiales o republicanos federalistas o centralistas, etc.

En otras palabras, el *caos político* visible de la época (1821-1856) ordena en sus contrastes una *resultante virtual* que en todo momento rige la vida interior de las diversas formas políticas que la encubren, un despotismo oriental de diversas fachadas.

Ahora bien, Santa Anna<sup>341</sup> fue el logaritmo y el síntoma de ese despotismo oriental facetado, iridiscente, no en tanto sujeto singular campechano y barroco sino en tanto que el singular barroquismo de Santa Anna es funcional a una *estructura política cambiante pero que debe cumplir con la rectoría de un contenido social y económico incohesionable de otro modo que como despotismo*

<sup>340</sup> *Ibid.*

<sup>341</sup> No es ocioso señalar que el mismo Manual de biografía mexicana arriba citado ofrece una semblanza del general don Antonio López de Santa Anna (pp. 281-291) comenzando con los rasgos de carácter descritos por el señor Alamán en su historia. La semblanza es laudatoria y encubridora de Santa Anna en 1836, cuando bate a los tejanos en el Álamo pero es hecho prisionero en San Jacinto. No se dice palabra de los tratados que firmó con los texanos, y más bien se dice que “se vio obligado a embarcarse para afuera de la República, siendo el único que no desesperó de la salvación de México, y que jamás estuvo por la paz”, volviendo a empuñar el poder en 1853. A su vez, Márcos Arrónis no critica en absoluto la onceava gestión presidencial de Santa Anna, hablando en tono neutral de que “se hizo dar el título de Alteza Serenísima” y ser gobernante vitalicio. Alude a la revolución de Ayutla (ciudad a la que nombra como “Argulta”), iniciada por el general Juan Álvarez, y termina diciendo: “viendo que la revolución había tomado tanto cuerpo, y que los recursos que se proporcionó con la venta de la Mesilla a los americanos [venta de la que hasta aquí no se había dicho palabra] se habían agotado, salió de la capital el 9 de agosto de 1855, y el 18 del mismo mes se dio a la vela para la Nueva Granada, donde permanece hasta la época en que se escribe este ensayo biográfico”, el cual en general es de corte atilano (sí, ¡de Santa Anna como nuevo Atila!) y parece sobremanera mesurado ante Santa Anna; no fuera ser que regresara.

*oriental, y, sin embargo, cuando algo como eso no puede ser aceptado política y culturalmente por los grupos dominantes mexicanos.*

### 3. DESARROLLO DEL MÉXICO INDEPENDIENTE EN SUS PARADOJAS

#### *a. ¿Desarrollo histórico mexicano sin guerra con Estados Unidos?*

Extraña es la semblanza histórica elaborada por Gabriel Robledo Esparza —a quien hemos seguido hasta aquí— con base en distinciones clasistas y etapas definidas de acumulación originaria de capital y génesis del proletariado, del arrendatario capitalista y del capitalista industrial, etc., pero en las que no se consideran como esenciales las relaciones étnicas de castas y camarillas, etc. Pero lo más extraño es que no haga mención si quiera a que hubo un cercenamiento fundamental del territorio nacional por parte de Estados Unidos. Todo ocurre como si esto jamás hubiera existido o como si no hubiera tenido influencia decisiva en el desarrollo productivo y clasista del país ni de su transformación histórica. Este autor no capta la función aceleradora para el desarrollo capitalista que tuvo ese cercenamiento, aunque sólo fuera por el hecho de restar territorios casi despoblados y de baja densidad en fuerzas productivas, así como de difícil gobernabilidad, en los que prevalecían relaciones de producción preburguesas y las relaciones feudales se disolvían en un territorio salvaje. Santa Anna no parece existir siquiera en la reconstrucción histórica de Garbiel Robledo.

Sin embargo —dice otro autor, Andrés Reséndez Fuentes— “la guerra, como ningún otro episodio, evidenció la «debilidad» de México como nación. Fue un verdadero nadir en el difícil proceso de constituir una identidad nacional propia y de establecer un Estado nacional.”<sup>342</sup> Y poco más adelante el mismo autor puntualiza que: “La guerra fue un parteaguas dramático, una «coyuntura crítica» donde diversas regiones y localidades, distintas clases sociales, diversos grupos étnicos, y bandos políticos tuvieron que definirse respecto a la nación... No [fue] tanto un conflicto entre dos naciones, sino una complicada red de relaciones entre un ejército invasor y varios grupos sociales que no necesariamente querían resistir.”<sup>343</sup>

En la conclusión de su ensayo dice: “Así, la guerra fue un punto de inflexión que dio fin a un ciclo de proyectos nacionales fallidos, pero sentó las

342 Andrés Reséndez Fuentes, “Guerra e identidad nacional”, pág. 411.

343 *Ibid.*, pág. 413.

bases de donde surgiría un verdadero Estado nacional y una verdadera nación”.<sup>344</sup>

*a.1. Subsanemos la carencia de la reconstrucción histórica intentada*

Andrés Reséndez Fuentes señala lo siguiente:

Tres circunstancias condicionaron las respuestas de los habitantes del país ante la invasión estadounidense e hicieron que aunque muchos colaboraran en la defensa y actuaran de acuerdo con los intereses de la nación, otros, por el contrario, traicionaron, negociaron con los estadounidenses, y medraron con sus lealtades colectivas en el momento en el que la existencia misma de esa reciente invención llamada “México” estaba en juego.<sup>345</sup>

Antes de enlistar estas tres circunstancias funestas, cabe puntualizar que Andrés Reséndez Fuentes las sitúa en la *base* del metabolismo de la sociedad, mientras que la traición de Santa Anna es de muy otra índole pues la instrumenta desde la cumbre del Estado, lugar de la síntesis social encaminada a neutralizar y amainar las contradicciones básicas, así como a subsanar las escisiones de la sociedad.

Las tres circunstancias fueron las siguientes: 1. las “disputas internas entre los partidos políticos que evidenciaban la ausencia de un Estado verdaderamente nacional”, lo que debe correlacionarse con el vasto y complejo entramado social, no sólo burgués y feudal, que ese Estado debía cohesionar,<sup>346</sup> 2) “la existencia de profundas escisiones étnicas”, que nos revelan realidades no reductibles a la ideología hispanista o patriótica criolla encaminadas a “subsanar esas escisiones”, y 3) “la permanencia de intereses regionales” no reductibles al proyecto nacional.

Andrés Reséndez Fuentes señala la existencia de tribus indígenas nómadas y semi-nómadas en Texas y la Alta California, algunas hispanizadas otras hacia el oeste desplazadas por la expansión estadounidense. “Los indígenas cheroquis, savano, delaware, kikapoes y otros... [fueron] parte de la heterogénea sociedad

<sup>344</sup> *Ibid.*, pág. 435.

<sup>345</sup> *Ibid.*, pág. 413.

<sup>346</sup> Más abajo dice este autor: “La lucha de facciones que precedió a la guerra y que prosiguió con mayor virulencia en el transcurso de ésta, no deja dudas de las extremas divisiones políticas prevalecientes en el país, fracturas tan profundas que ni siquiera la existencia de un enemigo externo pudo reducir.” *Ibid.*, pág. 420. Alude a la “lucha entre caudillos”, etc., sin ver que aquel faccionalismo no es la principal causa para impedir la conformación de un Estado nacional sino sobre todo el síntoma indeleble de que otras realidades —el naciente capitalismo y el muriente feudalismo— determinan el entramado social de la época.

fronteriza mexicana.”<sup>347</sup> Por la presión de estas tribus, los apaches y los comanches debieron incursionar hacia el sur “hasta Zacatecas y San Luis Potosí.”<sup>348</sup> Pero en el México del centro y del sur había tribus sedentarias como los mayas, juchitecos, o los grupos indígenas de Sierra Gorda, amén de los otomíes y náhuas. Parte de las tropas se reclutaban de entre estas tribus, lo que mueve a Andrés Reséndez Fuentes a decir: “El garante de la integración nacional, el ejército, resultó ser tan heterogéneo como la sociedad mexicana.”<sup>349</sup> (De lo que mucho se quejaba el general Anaya en 1848).

El fenómeno ideológico religioso recubrió dualmente los contenidos e intereses étnicos. “No obstante, cruzadas religioso-nacionales como las de Taos [en Nuevo México] fueron excepcionales durante la guerra. Más comunes fueron las revueltas como las de Sierra Gorda y Yucatán en las que las divisiones étnicas se impusieron sobre las lealtades nacionales.”<sup>350</sup> La cruzada religiosa nacional de Taos se refiere al levantamiento indígena y criollo que ocurre en Nuevo México contra el gobernador norteamericano Charles Bent y su ejército de ocupación. La religión católica sirvió de ideología unificadora de estas etnias alzadas según un ideal nacional nucleado por lo que ellas tenían por “la verdadera religión”.<sup>351</sup>

Atinadamente, Andrés Reséndez Fuentes se basa en Carlos María de Bustamante en vista de comprender “la dinámica principal entre las regiones del país...: un centro en conflicto con los dos extremos”, el Norte y el Sur. El Norte es antagónico con el centro y el Sur se escinde de él en cuanto a “su poder, su industria agrícola, su riqueza marítima, su perseguido comercio, sus estériles sacrificios, su despreciado [por el centro] valor y generosidad; los separa “del egoísmo, ambición, robo y revoluciones de los segundos, constituidos sin derecho alguno en árbitros de la suerte de todos, en foco de todos los males y en el centro de todas las revoluciones.”<sup>352</sup> Pero esta dinámica es debida no a factores ideológicos ni aun sólo políticos relativos a que la revolución de independencia transcurrió en los estados centrales y los ideales patrióticos permearon a su población (tesis de Andrés Reséndez Fuentes), sino a la *geopolítica interior del país*, determinada por la concentración de fuerzas productivas en el centro y de sus correspondientes relaciones de producción más tupidamente feudales y semicapitalistas.

<sup>347</sup> *Ibid.*, pág. 423.

<sup>348</sup> *Ibid.*

<sup>349</sup> *Ibid.*, pág. 424.

<sup>350</sup> *Ibid.*, pág. 427.

<sup>351</sup> *Ibid.*, pág. 426.

<sup>352</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, tomo II, pp. 183-184.

Esta *geopolítica interior mexicana* de *contraste* y *escisión* resume las contradicciones regionales locales y de castas, clases, etnias, facciones políticas y camarillas caudillescas, ubicando geográficamente el centro despótico que debe regir las escisiones, los contrastes y el acaparamiento mezquino monopolístico tanto feudal como burgués incipiente.<sup>353</sup> ¿Qué tipo de fuerza armada —pues debía serlo— se requería para cohesionar un mundo así?

La guerra anglo-española de 1762 evidenció para España el peligro en que se encontraban sus posesiones coloniales ante el desarrollo del resto de las potencias europeas, con el creciente interés en los dominios coloniales que las caracterizaba. De suerte que desde entonces España propugnó por el “establecimiento del ejército colonial permanente”<sup>354</sup> requerido para responder a eventualidades invasoras o de disputa de territorios con otras potencias coloniales.<sup>355</sup> A tal efecto se instauró el servicio militar obligatorio en la Nueva España, así como la conformación de unidades milicianas autóctonas que coadyuvaban con las unidades de soldados veteranos españoles.<sup>356</sup>

Sin embargo, poco a poco prevaleció el hecho de que la geopolítica interior del país es el factor fundamental para la conformación del ejército y para darle una función global, histórica, al mismo. Una vez que maduró la economía de la Nueva España, ésta produjo su propio ejército en el seno del ejército español colonial feudal habsburgués recién reformado por los borbones.

353 “Las diversas reacciones de los estados frente a la invasión revelaron los intereses profundos de cada región. La hipótesis de Bustamante de un centro en pugna con sus dos extremos se sostiene en términos generales durante los años de la guerra. La falta de contacto entre el centro y las zonas periféricas del país, el proceso de fragmentación y regionalización del poder político desde el período de las guerras de independencia, y sobre todo la permanencia de intereses económicos locales y regionales, hicieron que la resistencia a la invasión se circunscribiera a los estados del centro y del Bajío mientras que algunos proyectos secesionistas proliferaron en el norte y en el sur.” Andrés Reséndez Fuentes, *op. cit.*, pág. 434.

354 Daniel Gutiérrez Santos, *Historia militar de México 1325-1810*, tomo III, pp. 406-439.

355 Josefina Zoraida Vázquez en su “Prólogo” al libro de Daniel Gutiérrez Santos recién citado, señala con tino este punto: “Sorprendente... resulta el hecho de que el nacimiento del ejército sea hasta 1762 y que las causas de su nacimiento sean los problemas extranjeros y no los internos, como podría pensarse.” *Ibid.*, pág. 6.

356 El total del ejército de la Nueva España en 1804 era de 32,196 hombres, de los cuales la tropa veterana sumaba un total de 9,919 mientras que los cuerpos de milicias autóctonas 22,277, según el barón de Humboldt, citado por Daniel Gutiérrez Santos, *op. cit.*, pp. 434-438.

*a.2. El Regimiento de la Reina.  
Cruce económico, político, militar, feudal y asiático*

Observemos el antecedente inmediato del ejército insurgente y que en buena medida le dio cuerpo a éste, pues, como señala Esteban Sánchez de Tagle<sup>357</sup> conclusivamente: “antes que una fuerza que sirviera a Hidalgo en los albores de la Independencia, el regimiento de la Reina [cuerpo de ejército adscrito a San Miguel el Grande] operaba como una corporación de artesanos al servicio del señor De la Canal.”<sup>358</sup> La conformación y financiamiento del regimiento de la Reina se debió “a una sola familia, los De la Canal y Landeta” potentes terratenientes y comerciantes de San Miguel,<sup>359</sup> quienes articularon su dominio político con el Regimiento, ya lograda previamente su reiterada participación en la dirección del Cabildo de la ciudad, así como su amalgama con la Iglesia mediante la refundación de un monasterio por cuenta de la hija mayor, María Josefa de la Canal.<sup>360</sup>

Más aún, la imbricación entre milicia e Iglesia en el México Independiente data de las dificultades que encontró la “modernización” borbónica del ejército. Como los “alcaldes mayores —generalmente criollos— ponían obstáculos al reclutamiento..., el Virrey recurrió a las autoridades eclesiásticas para que los párrocos hiciesen propaganda en este sentido.”<sup>361</sup>

La habilitación del regimiento... de la Reina, es probablemente la del primer cuerpo miliciano en la Nueva España cuya formación no obedece meramente a la fiscalización [por parte de la Corona Española] de recursos existentes en las regiones, como últimamente lo había venido haciendo la corona, sino a la concesión del instrumento de poder político que representaba la organización militar a quienes detentaban el poder económico.<sup>362</sup>

357 Cfr. su “El regimiento de la Reina: ¿el final de las reformas borbónicas?”, pp. 42-56.

358 *Ibid.*, pág. 51.

359 “La actividad de este rico personaje [el criollo Don Manuel Tomás de la Canal] arroja luz sobre la manera como terratenientes y comerciantes contrapuestos en Europa, en la Nueva España no encuentran dificultad en identificarse y vertebrarse en la consolidación de su dominio... Compró además haciendas, casas, animales, fundó el Mayorazgo de la Canal y comenzó de todas formas a arrancar a la recelosa corona, uno a uno, privilegios para la villa, sitio de su imperio económico.” *Ibid.*, pág. 46.

360 *Ibid.*, pág. 48.

361 Danitel Gutiérrez Santos, *op. cit.*, pág. 417.

362 Esteban Sánchez de Tagle, *op. cit.*, pág. 44. Daniel Gutiérrez Santos (*op. cit.*, pág. 428) hace la siguiente observación: “La organización de los cuerpos de milicias, que tuvieron un franco carácter regional fue progresiva y así durante el gobierno de Revillagigedo [1789-1794] se organizó el Regimiento de Dragones de la Reina, y algunas otras unidades, y durante el régimen de gobierno

El ejército colonial borbónico, “cuya fachada moderna [«es decir, la de fuerzas comandadas por militares profesionales, leales exclusivamente a los intereses de la metrópoli y con una organización concebida desde el centro»,] traiciona una y otra vez un subterráneo arcaísmo”;<sup>363</sup> era una fuerza dirigida “contra la autonomía de las colonias”.<sup>364</sup> Pero,

España no fue capaz de mantener por mucho tiempo estas fuerzas. Sus costos y la enorme desertión que sufrían los batallones<sup>365</sup> obligó a la metrópoli a pensar de manera distinta la organización de la tropa. Pensó entonces que, si el comando debía permanecer en sus manos (condición de la reforma), la organización y el pago de la fuerza militar bien podría sufragarlas el poder económico local, los propietarios. [...] El arribo a la Nueva España del ejército regular en 1764, marca el comienzo de las reformas borbónicas; la cesión del comando militar a manos del poder económico local señala en 1794 seguramente su fin.<sup>366</sup>

Este último ejército colonial, en el que las regiones, “al habilitar los ejércitos, marcarán la huella de su propia historia”,<sup>367</sup> es la base del ejército del México independiente;

de ahí en adelante encontraremos regimientos de artesanos, de mineros, de peones de haciendas y no ya de meros vecinos entre 18 y 40 años; batallones comandados por dueños de minas, de obrajes, de haciendas y no ya militares traídos *ex professo* de España; regimientos cuya clientela era reclutada dentro de los linderos de las regio-

del virrey de Branciforte continuó la organización de este tipo de unidades con un sinnúmero de problemas” Estos problemas propiciaron que los criollos se apropiaran crecientemente del ejército.

363 Perry Anderson, *El estado absolutista*, citado por Esteban Sánchez de Tagle, *op. cit.*

364 “Es importante destacar lo anterior porque estas medidas, junto con tantas otras de las reformas, como el fortalecimiento de la burocracia, el monopolio del tabaco, etc., han sido equivocadamente interpretadas como signos de creación de un Estado moderno” (*Ibid.*, p.43), según demuestra puntualmente Esteban Sánchez de Tagle.

365 Bajo el gobierno del Virrey marqués de Croix, el visitador Gálvez “en forma arbitraria organizó compañías de milicias en todos los lugares por los que pasaba, jactándose de que estas unidades no le costaban al erario ya que obligaban a las distintas poblaciones a cubrir sus gastos. Sentó así el precedente de que los ciudadanos cubrirían en lo futuro los gastos de la guerra. Esto no se llevó a efecto en la práctica por ser oneroso para los poblados... Por todos los lugares por donde pasaba organizaba las fuerzas de milicias, pero estas unidades desaparecían tan pronto como se alejaba el visitador Gálvez.” No obstante, pudo fundar presidios y fuertes en el norte para combatir las incursiones de los salvajes. Aunque pronto decayeron por los “malos manejos de sus comandantes”, que agotaban el erario (Daniel Gutiérrez Santos, *op. cit.*, pp. 417-418).

366 Esteban Sánchez de Tagle, *op. cit.*, pág. 44. En el año de 1765 el teniente general español don Juan de Villalba encargó a su mariscal de campo Cristóbal de Zayas “organizar las milicias de las regiones de Querétaro, San Miguel el Grande, Valladolid y San Luis Potosí.” (Daniel Gutiérrez Santos, *op. cit.*, pág. 410)

367 *Ibid.*

nes que las clases propietarias dominaban y no ya obedeciendo al dibujo espacial de un proyecto central de dominio.<sup>368</sup>

En efecto, “la historia de la formación del Regimiento de dragones de la Reina en San Miguel el Grande (hoy de Allende) en 1794, es antes que nada una historia de la política y la sociedad de esta región, y no tan sólo una historia militar.”<sup>369</sup> Y, abunda el mismo autor, “La novedad del regimiento de la Reina está en que concede el poder efectivo, el coronelato, a un particular, a un miembro de la clase propietaria... De hecho, reunía inextricablemente al poder económico con el político, en este caso con la fuerza represiva.”<sup>370</sup>

Los regimientos de caballería de San Luis y el de San Carlos, por ejemplo, fueron conformados siguiendo el modelo del de Dragones de la Reina,<sup>371</sup> de San Miguel el Grande.<sup>372</sup> Los hacendados de la región debían proveer de caballos al regimiento. Ésta y otras dificultades las pudo sortear en San Luis y San Carlos el teniente coronel Félix María Calleja, “militar de gran personalidad” a quien se encargó la tarea. “Presionó a todos los ricos de la región para que dieran donativos con los cuales se pudiese cubrir los gastos de uniformes y otros menesteres.”<sup>373</sup>

Ni el Estado virreinal ni el ejército colonial eran modernos, sino que “la sociedad en esta época vivió una “inegable «militarización»”,<sup>374</sup> base de la militarización prevaleciente en el México Independiente.

Personajes como Allende<sup>375</sup> y Aldama formaban parte del Regimiento de la Reina, e Iturbide de uno homólogo que se habilitó en Valladolid [Morelia]”.<sup>376</sup> “El problema que con los militares heredó el país de la época colonial fue el del replanteamiento del secular ejercicio del dominio.”<sup>377</sup> El balance entre el inci-

368 *Ibid.*, pp. 44-45.

369 *Ibid.*, pág. 45.

370 *Ibid.*, pág. 50.

371 El cual contaba con cuatro escuadrones que en tiempos de paz sumaban 361 hombres, y en tiempos de guerra 617 (Daniel Gutiérrez Santos, *op. cit.*, pág. 437). Esas proporciones se siguieron en los otros regimientos (con el de la Reina, 8 en total). Como el de 1) Santiago de Querétaro, 2) el Príncipe, 3) el Puebla, 4) Nueva Galicia y 5) Michoacán, además de los referidos de San Luis y San Carlos (*Ibid.*).

372 *Ibid.*, pág. 428.

373 *Ibid.*, pág. 429.

374 Esteban Sánchez de Tagle, *op. cit.*, pág. 51.

375 En realidad, Ignacio José de Allende y Unzaga —cuya hermana Manuela estaba casada con José María Ignacio Pedro Regalado de Lanzagorta y Landeta (nacido en 1770)— tenía parentesco político también con los de la Canal, pues Antonio de la Canal Herrán (nacido en 1748) estaba casado con Silveria María Vallejo, por línea materna Unzaga.

376 *Ibid.*, pág. 50.

377 *Ibid.*, pág. 51.

piente capitalismo, el muy extendido asiatismo comunal indígena y el concentrado y preponderante feudalismo criollo y español se alteró profundamente con la ruptura independentista respecto de España, debilitándose el lazo feudal. Pero ya con anterioridad el arraigo regional del ejército —como en el caso del regimiento de la Reina—minó la fuerza española feudal a favor del feudalismo local pero en un contexto social de corte tribal oriental y geográficamente propicio para ello. “La venta del coronelato a Don Francisco de la Canal [nieto de Manuel Tomás de la Canal], significó la devolución del poder político al poder económico local.”<sup>378</sup> Pero también fue el origen de la creación de una *casta militar* en la que se consolidaba la fuerza política de los criollos y de las regiones que dominaban.<sup>379</sup> La creación de esta casta debido al poder político y al prestigio social que deriva para los militares,<sup>380</sup> reúne al mismo tiempo factores que propician la independencia y factores que propician la corrupción del ejército.

Al hacerse cargo del virreinato el Marqués de Branciforte [1794-1798] el aspecto social de la Nueva España había cambiado en forma notable, ya que una nueva clase social había surgido con gran pujanza; ésta era la militar. Fueron tantas las prerrogativas que tuvo que conceder la Corona Española para que los criollos y mestizos aceptasen el servicio del rey, que pronto éstos se acostumbraron a gozar de las libertades que les proporcionaba el servicio de las armas. Como consecuencia de lo anterior, se inició una pugna entre el poder de los ayuntamientos y el poder militar del hacendado, en quien se reunieron el poder económico y el militar, que poco a poco fue avocándose las funciones de los ayuntamientos.<sup>381</sup>

378 *Ibid.*, pág. 50.

379 “El mes de febrero de 1793 llegó a la Nueva España un decreto militar por el cual todos los jueces militares deberían de conocer de todas las causas civiles y criminales, en los que estuviesen inmiscuidos elementos militares veteranos o milicianos. Tal vez este decreto tenía el fin de formar una clase militar o quizás imponer una severa disciplina, pero es el hecho que tuvo repercusiones sociales que en gran parte influyeron en la guerra de Independencia. Fue así como cristalizaron los anhelos de los criollos, los que ricos en su mayoría reunieron las funciones de autoridades civiles y jefes de milicias, creando un fuerte grupo social con gran fuerza política que, apoyados por sus bienes económicos, tomaron parte activa y determinante en la guerra de independencia.” Daniel Gutiérrez Santos, *op. cit.*, pág. 427.

380 “Los beneficios obtenidos en el ejercicio de las armas” propiciaron “verdaderos plagios de individuos que defraudaban al erario real, ya que no prestaban ningún servicio, habiendo sido frecuente que compañías enteras se desbaratasen por este motivo... La repartición de grados militares representó para la Corona Española un gran porcentaje de sus recaudaciones hacendarias, ya que la nobleza criolla se portó generosa al respecto. Pero, en cambio, estos criollos acumularon en sus manos el poder político, económico y militar, llegando al grado de que los comandantes de los regimientos se consideraban en ocasiones con derecho a desobedecer al virrey en cuanto a la administración de sus unidades.” *Ibid.*, pág. 428.

381 *Ibid.*

El carácter de Imperio Tribal de corte asiático del México Independiente se revela tanto más en su dinámica de recurrentes asonadas militares. La reafirmación militar del poder político local dio sustento a esa dinámica. A mi modo de ver, estas ideas pueden ser apuntaladas con las palabras conclusivas de Esteban Sánchez de Tagle a su interesante ensayo sobre el Regimiento de la Reina:

Los poderosos de la colonia —como los de la familia De la Canal y Landeta— habían visto a los políticos de las reformas [borbónicas] minar peligrosamente los sustentos de las instituciones desde las que tradicionalmente ejercían el dominio. Por ello, al apoderarse de la fuerza militar, buscaban el sucedáneo adecuado, no sólo para continuar ejerciendo el dominio, sino para afrontar esta provocada crisis de autoridad. El intento fallido de centralización del control [por parte de los Borbones] provocó una *dispersión* que afectó a la sociedad en su conjunto y que sólo con el poder [militar] en su sentido más estricto pudo ser afrontada.<sup>382</sup>

Paradoja histórica singular fue ésta en la cual el único modo de fortalecer el dominio feudal local fue debilitando su refuerzo español, y pasando con ello a reavivar el efecto del contexto asiático tribal inmediatamente y en mayor medida que al incipiente capitalismo.

*b. Despotismo oriental, desarrollo capitalista y destrucción del feudalismo*

Sinteticemos las dos vertientes del desarrollo histórico que va de la colonia a la conformación de la nación mexicana capitalista hasta aquí expuestas. Tomémosle el pulso, en primer lugar, al atraso y a los obstáculos que se oponían al desarrollo capitalista.

En cuanto a las técnicas de producción, prevaleció “un gran atraso en la gran mayoría de los sectores productivos”.<sup>383</sup> Y si se dio la tecnificación textil y minera, ésta ocurrió sobre la base de “una dependencia total hacia la tecnología foránea”.<sup>384</sup>

Más aún se levantaban fuertes obstáculos para establecer la producción de maquinaria autóctona, según proyectos de Lucas Alamán y Esteban de Antuñano, pues “la escasez de combustible para las máquinas de vapor: el carbón vegetal era más usado que el mineral (importado), y la cuestión del combustible contribuyeron a prolongar la vigencia de las técnicas basadas en la energía humana, animal o hidráulica.”<sup>385</sup>

382 Esteban Sánchez de Tagle, *op. cit.*, pág. 51, cursivas mías.

383 Ciro Cardoso, *op. cit.*, pág. 56.

384 *Ibid.*

385 *Ibid.*

Las inversiones de capital que predominaban no eran industrial-productivas, sino comerciales, especulativas e inmobiliarias: “No existiendo un sistema bancario, y siendo muy escaso el circulante metálico, en las transacciones se emplean medios de pago muy variados: moneda; bonos de la deuda pública, del tabaco, de las aduanas marítimas; letras de cambio con repetidos endosos; tierras y casas; mercaderías diversas.”<sup>386</sup>

“El sistema financiero era arcaico”. La Iglesia y algunas casas comerciales se encargaban del cambio, del crédito y hasta de los depósitos. El crédito, en particular, “era de tipo personal y comercial, frecuentemente garantizado por bienes raíces, y lo caracterizaba la usura y el agiotismo”,<sup>387</sup> con lo cual “los intereses llegaban a ser muy altos, limitando las posibilidades de inversión.”<sup>388</sup> Así, el capital usurario y comercial —en tanto formas antediluvianas del capital— obstaculizaban el desarrollo del capital industrial, conviviendo con las formas precapitalistas previas.

Los capitalistas extranjeros textiles y comerciantes, así como los mercaderes nacionales estrechamente asociados con aquellos, “invertían en Europa buena parte de sus ganancias, debido a la inseguridad crónica reinante en México y a los préstamos forzosos impuestos con frecuencia por gobiernos desfinanciados.”<sup>389</sup>

En el México colonial la forma feudal de dominio se encuentra muy distorsionada por los modos de producción tribales previos, ellos mismos organizados bajo el imperio tribal azteca, etc., y que no perdieron completamente su organización y distribución una vez destruido ese imperio. Además, la concentración de fuerzas productivas necesaria para la estructura feudal faltó en un contexto territorial extenso y semidespoblado. Esta condición prevaleció aún después de la guerra de independencia, de suerte que el feudalismo español retrocedió frente a la conformación de una sociedad imperial tribal de tipo despótico, a la par que en el seno de ésta se desarrollaba el comercio a gran distancia y un magro mercado interno, así como las primeras manufacturas de tipo capitalista y una agricultura capitalista de exportación. Así, entre 1821 y 1850 se sientan tendencias y formas histórico-regresivas,<sup>390</sup> a la par que se desarrollan y emergen for-

386 *Ibid.*, pág. 58.

387 *Ibid.*, pág. 57.

388 *Ibid.*

389 *Ibid.*, pág. 59.

390 Veamos un caso de impacto general. Ciro Cardoso (*op. cit.*) sugiere que luego de la revolución de independencia se suscitó un “relativo debilitamiento político y económico de la ciudad de México y del eje México-Veracruz (aunque éste siga siendo con mucho el más importante) en favor de las oligarquías, ciudades, puertos, sistema de acumulación de capitales y circuitos de comercialización de las provincias o estados. [Y añade:] no existía, pues, un mercado interno integrado” (pág.

mas económicas mercantiles y capitalistas; un retroceso más allá del feudalismo y la emergencia de formas mercantiles y capitalistas de tráfico y de producción evidentemente conviviendo con formas feudales más o menos deformadas.

De tal manera, la nación, el nacionalismo, la patria y el patriotismo prevalentes en México hasta antes de 1857 muestran paradojas extremas expresivas del *contenido* heterogéneo y contrastado que subtiende a la formación política y a las ideologías que aluden a la patria y a la nación.<sup>391</sup> Estas paradojas son índice de los verdaderos contenidos históricos puestos en juego más allá de su apariencia burguesa conservadora o liberal o de aparentes reminiscencias feudales. Los editores del periódico *El Siglo XIX* señalaron el 1º de junio de 1848 que: “en México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional... Sólo hay una simple colección de hombres sin los lazos, los derechos, o los deberes que constituyen a una sociedad.”<sup>392</sup>

José Fuentes Mares dice que “todos los desatinos se han cubierto en México con «el manto soberano de la patria»,”<sup>393</sup> y alude a que hacia 1832-1833, luego de los pronunciamientos liberales que derrocaron al gobierno conservador de Anastasio Bustamante, entraban a la ciudad de México en “carretela engalanada... [los actores de la tragicomedia], Gómez Pedraza y Santa Anna [antiguos rivales] como si hubiesen sido amigos de toda la vida... Eran días sin huella, *al margen del tiempo y de la historia*... Los mexicanos perdían la memoria,”<sup>394</sup> como si vivieran en un mundo faraónico, cíclico, sin tiempo histórico. Fue entonces cuando se decretaron las leyes de la primera reforma contra los fueros militares y la Iglesia (“cesación de la coacción civil para el pago del diezmo eclesiástico”, etc.).

Ante la tormenta provocada por estos decretos, Lucas Alamán dice algo sumamente revelador: “Todo cuanto el déspota oriental más absoluto en estado de demencia pudiera imaginar más arbitrario e injusto, es lo que forma la colección de decretos de aquel cuerpo legislativo.”<sup>395</sup> Y nos debe interesar aquí menos el que se equivoque Alamán al no ver “que gracias a esas medidas pudo el

). A mi modo de ver, el debilitamiento del eje México-Veracruz depende de la ruptura de la relación colonial España-Nueva España a partir de la cual se fortalecía el flujo de salida y entrada al país Veracruz-México, México-Veracruz, de donde la ciudad de México veía magnificado su papel centralizador, coordinador de todo el país a favor de España.

391 *Cfr.* el capítulo final de la parte III de la presente obra libro.

392 *El Siglo XIX* (1º jun. 1848) en Hale, 1957, pág. 155, citado por Andrés Reséndez Fuentes, *op. cit.*, pág. 434.

393 José Fuentes Mares, *Biografía de una nación*, pp. 128-129.

394 *Ibid.*, pág. 128.

395 Lucas Alamán, *Historia de México*, tomo V, pág. 426, citado por José Fuentes Mares, *op. cit.*, pág. 130, sin referencia bibliográfica.

país iniciar su historia moderna”<sup>396</sup> —comenta José Fuentes Mares—, para fijarnos mejor en que lo de despotismo oriental califica *la situación toda*, no sólo la mentalidad del sátrapa o el carácter de las leyes. En efecto, todo ocurre en México como si prevaleciera un modo de producción asiático pero al que se le yuxtapone una *sobreestructura liberal discursiva, política y cultural*, cuya incidencia, por cierto, en esa base asiática, logra conmoverla modelándola a duras penas para sincronizarla con el siglo XIX capitalista que transcurre en Europa y Estados Unidos, así como en las mentes de los mexicanos liberales y conservadores. Esa sobreestructura moderna, liberal/conservadora, aunque formalmente quiere apuntar a otra cosa, se conduce como si fuera un instrumento presente en un modo de producción asiático. El fetichismo del Estado y del déspota en particular *ven redoblada su potencia*.

En este contexto la invasión norteamericana a México en 1846-1848 constituye un cataclismo que destruye buena parte de la estructura económica, social y política previa del país, al tiempo que le cercena más de la mitad del territorio, componente decisivo de su modo de producción y de vida inmediato. A partir de entonces las barreras tecnológicas, económicas, sociales, políticas y psicosociales quedan allanadas para la generalización del desarrollo capitalista, enfrentado a lo que quedaba de asiaticismo y feudalismo. Restos no pocos, por cierto. Por lo tanto, no podía ser sino que la gestión de Juárez se viera retrasada por la dictadura de Santa Anna de 1853-1856, promovido a “Alteza Serenísima”, y luego por el imperio de Maximiliano de Habsburgo.

“La delimitación de una primera gran fase en la historia económico-social del país después de la independencia, fase que se extiende hasta más o menos 1880, se debe a que sólo después de esa fecha las estructuras típicas del capitalismo dependiente o periférico están ya suficientemente visibles y bien establecidas en México.”<sup>397</sup>

Desde 1821 hasta 1854 “las estructuras sociales y económicas de México, si bien sufrieron cambios sustanciales, siguieron conservando muchos de los rasgos esenciales del sistema colonial”.<sup>398</sup>

Sin embargo, ocurrieron

ciertos cambios de peso en relación a la situación colonial: 1) fin del exclusivismo colonial en materia de comercio exterior; 2) disminución (relativa) de la concentración del poder político y económico en la ciudad de México; 3) depresión o estancamiento de la producción de plata, con grandes fluctuaciones de corta duración, pese a

<sup>396</sup> *Ibid.*

<sup>397</sup> Ciro Cardoso, *op. cit.*, pág. 52.

<sup>398</sup> *Ibid.*

que dicho metal permanece —y de muy lejos— como el principal producto de exportación; 4) eliminación parcial del grupo de españoles peninsulares que en la colonia detentaba gran poder político y económico, a través de las leyes de expulsión de 1827 y 1829, o por haberse retirado ellos mismos con sus capitales, durante la guerra de independencia; 5) constitución progresiva de un grupo de comerciantes-prestamistas de nuevo tipo, que, sobre todo a partir de 1850, multiplicarán sus inversiones productivas.<sup>399</sup>

Para medir el magro desarrollo mercantil capitalista de esos años, cabe observar que: “en cuanto a las importaciones, predominan las telas corrientes —en competencia con la producción artesanal y manufacturera mexicana—, mientras que los renglones que tienen que ver con el equipamiento del país en bienes de capital (metales, herramientas, máquinas) ocupan porcentajes muy bajos.”<sup>400</sup>

“En el México azteca floreció el comercio independiente”<sup>401</sup> y durante el México independiente aún más, pero siempre en medida menor que la necesaria para pensar que el desarrollo capitalista es predominante. No obstante, dada la cercanía de Estados Unidos y las continuas interacciones entre ambos países, puede decirse de México y de China, donde el comercio independiente “adquirió grandes proporciones”, que en estos “países hubo grupos importantes que, a la primera oportunidad, podían haber evolucionado en una clase media moderna. Y en algunos existieron formas de propiedad rústica privada que, bajo el impacto de una sociedad industrial, basada en la propiedad privada, podrían haber favorecido el crecimiento de una sociedad moderna multicentrada”.<sup>402</sup>

La “gubernamentalmente sobrecargada” república independiente mexicana<sup>403</sup> continúa el estatismo azteca y luego el colonial. No obstante, “en Méjico, los potenciales de poder y riqueza, inherentes a la carrera burocrática o militar, retardaron más, aunque no bloquearon, la expansión de la empresa privada independiente.”<sup>404</sup>

Otra analogía más:

Aunque temporalmente fragmentada en numerosos regímenes territoriales, dirigidos por señores guerreros-burócratas, China no desarrolló una clase media moderna, y esto sucedió, a pesar del hecho de que no pocas comunidades de hombres de nego-

399 *Ibid.*

400 *Ibid.*, pág. 53.

401 Karl von Wittfogel, *op. cit.*, pág. 478.

402 *Ibid.*

403 *Ibid.*, pág. 483.

404 *Ibid.*

cios indígenas en las concesiones, y fuera de ellas, apoyaron los esfuerzos modernizadores del Dr. Sun Yat-sen.<sup>405</sup>

*c. ¿República liberal como despotismo oriental?*

En tales condiciones, el estatuto de la república liberal federal o aun centralista resulta paradójico y es necesario preguntarse por el mismo e intentar precisarlo.

Lucas Alamán reconoce los desastres que vivió México posteriores a la revolución de independencia y en parte provocados por ella, pero no cree que la independencia fuera algo que se debiera rechazar o prematura: “ni aun prematura hubiera parecido, sino lo hubieran sido mucho las novedades que con ella han querido introducirse”,<sup>406</sup> dice refiriéndose a la *república liberal federal*. Lucas Alamán es partidario de una nación independiente de España pero *monárquica*. Así, pues, sugiere —aunque sin precisarlo— una disfunción fundamental entre la forma política republicana liberal, propia de las sociedades burguesas, y el contenido social y económico no capitalista, no burgués, prevalectante en México.

La referida contradicción se manifiesta aún en la época de la Constitución de 1857. Si bien las leyes de Reforma (1856-1857) fueron un instrumento propio de la *acumulación originaria del capital* mediante el que se expropió a la Iglesia y a las comunidades indias en favor de las haciendas, en las condiciones de México a la sazón, ello no implicó “en todos los casos, el pasaje inmediato a la forma clásica de un proletariado asalariado.”<sup>407</sup>

El proceso económico, tal como se lo quería desarrollar en México, no requería la libertad y la igualdad de derechos acordadas a los trabajadores; por el contrario, las formas de acumulación compatibles con la estructura economicosocial y con los vínculos internacionales suponían la posibilidad de mantener a la mayoría de la población en situación de inferioridad de derechos y sin posibilidad alguna de influir en las decisiones. Por otro lado, la ideología y las instituciones liberales sí proclamaban la libertad y la igualdad: de ahí las ambigüedades y contradicciones del Estado liberal, entre los principios afirmados en la teoría —adoptada de las ideas e instituciones de Europa y de Estados Unidos— y la realidad de la opresión social.<sup>408</sup>

405 *Ibid.*, pág. 487.

406 Lucas Alamán, *Historia de México. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808*, tomo v, pág. 448

407 Ciro Cardoso, *op. cit.*, pág. 62.

408 *Ibid.*

De tal manera, “la reforma liberal significó, desde el punto de vista económico, un reordenamiento profundo de las estructuras del país... [a favor] de ciertos sectores dinámicos de las clases dominantes, en el proceso de montar una producción a gran escala de ciertos productos de exportación... Fue una burguesía que aceptaba conscientemente su ubicación en el sector primario,”<sup>409</sup> agroexportadora e incrustada en la división internacional del trabajo.

A partir de 1857 ocurrió, pues, “una transformación de la sociedad mexicana según los intereses de la burguesía agraria, minera, comercial y ferrocarrilera, y de un poderoso sector financiero, ya bien estructurado bajo el porfiriato. Lo que se contradecía con la forma dada a la Constitución del 57, que incluía “la contención del latifundio y una política viable de fomento a la pequeña o mediana propiedad.”<sup>410</sup>

Hay algo más. Esa disfunción política que para México significa la república provoca la siguiente paradoja: no hay condiciones materiales (fuerzas productivas y relaciones de producción) burguesas, y las que hay son destruidas por la generación de las contradicciones suscitadas por la presencia de esa funesta forma política burguesa. La destrucción de la riqueza nacional debilita al país y lo pone a disposición —si no del capital nacional casi inexistente, sí— del movimiento del capital mundial, en particular de Estados Unidos.<sup>411</sup>

El capítulo XI y último de la *Historia de México* de don Lucas Alamán se acerca al cáliz de la independencia de México,<sup>412</sup> pero como quien diría “aparta de mí este cáliz”, pues su contenido (liberal republicano) pasma hasta la náusea. Y esa náusea —como en la novela de Jean Paul Sartre— no es otra cosa que el

409 *Ibid.*, pp. 61-62.

410 *Ibid.*, pág. 62.

411 El resumen de Lucas Alamán reza así: “Al ver en tan pocos años esta pérdida inmensa de territorio; esta ruina de la hacienda, dejando tras de sí una deuda gravosísima; este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que hayan quedado medios de defensa; y sobre todo, esta completa extinción del espíritu público que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional; no hallando en México mexicanos, y contemplando a una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, sin haber disfrutado más que un vislumbre de la lozanía de la edad juvenil ni dado otras señales de vida que violentas convulsiones, parece que habría razón para reconocer con el gran Bolívar que la independencia se ha comprado a costa de todos los bienes que la América española disfrutaba, y para dar a la Historia de aquella el mismo título que el venerable obispo Casas dió a su Historia general de Indias: “Historia de la destrucción de las Indias”, pues lo que ha pasado en México, se ha repetido con muy ligeras y temporales excepciones en todo lo que fueron posesiones españolas, sintiéndose en México los efectos del desorden de una manera más dolorosa, por tener un vecino poderoso que ha contribuido a causarlos y ha sabido aprovecharse de ellos. Estos funestos resultados han dado motivo para discutir, si la independencia ha sido un bien o un mal y si debió o no promoverse.” *Ibid.*, pág. 448.

412 “El país después de la Independencia” es su título.

vértigo, la angustia de la libertad a la que se abrió desmesuradamente la nación al cortar su condón umbilical con España.

Viendo las cosas desde otro extremo, el de los liberales puros, podría contestársele a Lucas Alamán que esa náusea es tanto peor cuanto más se la retacea, precisamente por todos los poderes constituidos de los propietarios latifundistas, el clero y los privilegios militares con los que Lucas Alamán ha querido confraternizar; esto es, que la inadecuación del país a la forma burguesa republicana no es algo absoluto sino relativo a los obstáculos que oponen los grupos dominantes referidos a la remodelación del país a costa de sufrimientos, miseria y opresión de la mayoría del pueblo.

Y bien, ambos proyectos se han enfrentado reiteradamente hasta desgastarse recíprocamente intentando cada vez ejercer sus designios y terminando cada vez en tragedia o caricatura. Un *tercer factor* parece no ser tomado en cuenta por ninguno de los dos. Uno ve el capitalismo del futuro, otro —Lucas Alamán— observa a los grupos dominantes dados semicapitalistas y busca fomentarlos a costa del “pueblo” y del futuro libertario, para él mera palabrería de los puros, un puro humo. Los liberales refieren equívocamente ese factor existente como “pueblo” y demanda la ampliación de los márgenes de libertad de ese pueblo mediante reformas económicas, sociales y políticas. Lucas Alamán lo toca al inclinarse por la oligarquía existente, pues ese factor se encuentra disuelto en la estructura de dominio despótico que recae sobre el “pueblo”. Para decirlo resumidamente, aunque de modo poco específico es ese tercer factor el despotismo oriental, correlato de comunidades y tribus sometidas.

#### *d. La expresión política múltiple e interrumpida*

En realidad, la destrucción de los poderes coloniales y su refuncionalización dieron por resultado —ésta es la idea que sustento— la creación de una formación social compleja *formalmente* republicana pero similar al *despotismo oriental*, en cuanto a su *contenido* metabólico.

Si el mundo azteca figura una variante de despotismo oriental cuya base no fue destruida por la colonia, en la hora de la destrucción del Estado colonial afloró el asiatismo preponderante de la base, pues aquel Estado no pudo ser sustituido por un gobierno burgués, ni siquiera por uno feudal estable, aunque se intentó. Recuérdese el Primer Imperio, el de Iturbide (1821), muy pronto destronado (1824) y sustituido por un gobierno republicano.

La sociedad mexicana entra en el proceso de formación de la *nación* al mismo tiempo que de una *expresión política* capaz de cohesionar una base material

y social tan heterogénea y amorfa, en la que es predominante la presencia de comunidades aldeanas, solio del mundo azteca.

Luchas de facciones, golpes de Estado constantes, pronunciamientos caudillescos no sólo *interrumpen* la gestión gubernativa y muestran la dificultad — casi imposibilidad— de *expresar* aquella base económica y social a través de un gobierno federal o centralista u otro, no obstante que de todos modos cada una de estas figuras tuviera lugar. La cuestión es más compleja. Consiste en que esa *inadecuada expresión política múltiple* —por eso mismo múltiplemente interrumpida— constituyó la expresión política *propia* de ese mundo. Bajo su cobertura liberal o monárquica o conservadora, etc.; o, más bien, *a través de esas coberturas se realiza* un contenido político de tipo despótico-asiático que cohesionaba a una base socioeconómica parcialmente semicapitalista, parcialmente semifeudal, con emergencias capitalistas industriales aisladas pero mayoritariamente compuesta por pueblos mestizos y, sobre todo, por comunidades aldeanas indígenas, base adecuada de un despotismo asiático en forma.

*e. Ejército e Iglesia componentes del Estado  
y disolución del despotismo oriental mexicano*

Acerca de la configuración general o morfología de la sociedad después de la Independencia, Ciro Cardoso dice lo siguiente: “Las guerras de independencia profundizaron la desarticulación de México en «islas» regionales poco vinculadas entre sí, desarticulación ya esbozada por los efectos de la política económica de los Borbones, del pésimo estado de los transportes internos y de la insuficiencia del cabotaje, y de la existencia de aduanas internas.”<sup>413</sup>

El aislamiento geográfico de los núcleos poblacionales y económicos confrontados regionalmente —que aprovechan los pronunciamientos armados para sacar adelante sus intereses económicos y políticos regionales apoyando al caudillo en turno—, la preponderancia de un caudillo y su facción o su camarilla sobre otras y sobre el resto de la nación, etc., redundan en figurar todo al modo de una guerra entre tribus en la que una prepondera sobre las demás temporalmente hasta ser sustituida por otra. Lo que se configura realmente es un *imperio tribal* con cobertura política e ideológica moderna liberal, conservadora y aun monárquica.

Por lo demás, no se caiga en el error de considerar como expresión política sólo al gobierno elegido o impuesto y al Congreso, etc., sino también a la Iglesia —en tanto “Estado dentro de otro Estado”— y a la casta militar, pues ambos

<sup>413</sup> Ciro Cardoso (coord.), *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*, pág. 53.

cumplen un papel político de gobierno no sólo en tanto entes coexistentes con el gobierno político sino que, fuera de éste constituyen *alienaciones* de él, partes desglosadas suyas que funcionan en tanto *entes políticos gubernativos* a través de ser otra cosa, Iglesia o ejército, etc.

En otras palabras, la Iglesia y el ejército —para decirlo con una fórmula de apariencia hegeliana— son el *ser de otro modo del Estado en tanto Estado*. Tenemos en frente un Estado teocrático-militar es el que, pero en el que la religión no lo imbuye sino que es institución *paralela*, y donde el ejército *semeja* una institución republicana sometida al Ejecutivo y al Congreso sin que en realidad sea así. Es un Estado teocrático-militar de apariencia republicana, como lo demuestra la sucesión de pronunciamientos caudillescos y de contenido despótico-oriental determinado por la base material, tanto social y étnica como tecnológica y geográfica, que ese Estado debe unificar y regir.

La *peculiaridad* de este despotismo asiático mexicano consiste —además de en las apariencias republicanas y los apéndices eclesiástico y militar que contiene— en que los mundos cerrados y autosuficientes que cohesionan y rige no son sólo comunidades aldeanas y pequeños pueblos indígenas y mestizos, sino haciendas feudales y sobre todo semicapitalistas que irán tomando cada vez más fuerza a la sombra de la dinámica de pugnas cuasi tribales que son las asonadas y el avasallamiento militar de unas camarillas y capas poblacionales (etnias, sectores de clase, etc.) por otras. Por supuesto, también existen la minería y otras industrias capitalistas de la época, pero su peso económico y sociológico es muy inferior al de las instancias aludidas.

En todo caso, a la sombra del “despotismo asiático mexicano” —sea con Iturbide, Vicente Guerrero, Guadalupe Victoria, Santa Anna (con sus varios aspectos) o Anastasio Bustamante, etc.— irá creciendo el dominio feudal y sobre todo capitalista sobre la población, porque irán creciendo las haciendas que lo requieren y cuyos productos alimentan al incipiente mercado interno y al comercio internacional. Esto constituirá el principal factor interno para la disolución del despotismo asiático mexicano y su aparente república.

La invasión de Estados Unidos y el cercenamiento de más de la mitad del territorio nacional —la menos poblada y difícil de gobernar desde el centro del país— constituyó un factor de aceleramiento del desarrollo capitalista y burgués del país,<sup>414</sup> primero, porque sustrajo la base territorial en la que el despotismo asiático mexicano aún podía apoyarse, y, sobre todo, segundo, porque al compactar el escenario social, económico y tecnológico nacional, éste se ofreció relativamente más tupido que antes en cuanto a su capacidad productiva. Las fuer-

414 Aunque le resto base territorial a éste para una expansión ulterior.

zas productivas existentes, tanto técnicas como humanas, fueron ahora relativamente más poderosas en comparación con el territorio que debían barrer, lo cual aceleró la conformación de *clases sociales* mejor consolidadas en torno a *relaciones de producción* más desarrolladas en sentido capitalista<sup>415</sup>. Este proceso fue la base de un desarrollo *político e ideológico* liberal que disputaba con el conservador, más virulento y pragmático, por las emergentes clases y relaciones sociales, frente a las que las *relaciones interétnicas* pasaron a planos cada vez menos importantes, después de una abrupta emergencia en la que las reivindicaciones étnicas se imbricaron con la lucha por zafarse el sometimiento semicapitalista. Me refiero a la guerra de Castas acaecida en Yucatán y a los levantamientos de Sierra Gorda, etc.

El contragolpe gubernamental, hacendario y liberal burgués terminó por expropiar las tierras comunales poniéndolas a disposición de los hacendados latifundistas, al tiempo en que se apuntaba a la expropiación de las tierras de la Iglesia. La constitución de 1857 expresó con nitidez este doblete con el cual se asentaba la base jurídica para un desarrollo capitalista en forma, cuyo crecimiento previo fue minando cada vez más y apuntalando cada vez menos a la forma despótica oriental de Estado.

*f. Rasgos de los cuatro tipos de sociedades hidráulicas  
combinadas en el México Independiente*

En el capítulo 10, —“La sociedad oriental en transición”—, de su libro (*op cit*) Karl von Wittfogel considera cuatro tipos de interrelación entre las sociedades hidráulicas y el mundo occidental. Ubica —junto con Perú, Indonesia e India— al México azteca y maya, etc., colonizado por España, en un tercer tipo en el que ocurre una “dependencia simple y completa” de la sociedad hidráulica a la metrópoli europea con base en una “derrota militar completa”.<sup>416</sup>

415 Abundé sobre este aspecto en *1847-1997 Los escritos de Marx y Engels sobre México*. En el mismo texto pueden encontrarse referencias sobre la correlación entre el territorio, las fuerzas productivas técnicas y la política a propósito del desarrollo exclavista en el Sur de E.U, factor decisivo para impulsar la invasión a México. El tema de fondo —territorio, tecnología y relaciones sociales; en especial la medida de capital— lo trato en *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto* y en *Revolución mundial y medida geopolítica de capital*. Puede encontrarse una reflexión sobre este tema en relación al de la hegemonía mundial de E.U., esto es, de la adecuación territorial de E.U. en vista del logro de esa hegemonía, en Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda Marín, *Producción estratégica y hegemonía mundial*. La importancia del tema queda ahí evidenciada, así como las aplicaciones de los conceptos involucrados.

416 El tipo I se caracteriza por “independencia aislada” (Tailandia), el II por su “proximidad e independencia” (Rusia), el IV por “dependencia limitada y múltiple” (China y Turquía otomana) (*op cit.*, p. 476).

Ahora bien, si consideramos al México Independiente —lo que no hace Wittfogel— la cosa cambia, pues de la colonización quedan sólo sus rastros pero ésta es abolida en cuanto a la “sumisión política completa”. Si el México Independiente siguió siendo una sociedad hidráulica gerencial burocrática (despotismo oriental), es caracterizable mediante rasgos de otro tipo de interacción. El México Independiente permaneció —al igual que Tailandia (1)— “más o menos aislado” de Europa y Estados Unidos, así “que tuvo libertad de adoptar o rechazar las instituciones y cultura occidentales”, sobre la base, claro, de la previa colonización que orientó la cultura mexicana durante tres siglos. Pero a partir de 1821 se abre un espacio de elección determinado por aquella herencia, lo que propició grandes equívocos al momento de referir las doctrinas políticas europeas a la realidad despótico-hidráulica mexicana.

De lo anterior también se desprende que la caracterización del México Independiente también se alimenta de un rasgo del tipo II de interacción (Rusia), pues se encuentra “geográfica y culturalmente vinculado a Europa Occidental”. Aclaro: la vinculación cultural es evidente; la geográfica no. Pero la vecindad de México a Estados Unidos resulta análoga a su posible vecindad a Europa. De tal manera, en el México Independiente “un mínimo de interferencia extranjera directa se combinó con un máximo de influencia pacífica”, obviamente hasta antes de la invasión norteamericana de 1846-1848.

A partir de allí, debemos contar con una nueva “derrota militar completa” pero que concluye con el cercenamiento del norte del país al México de entonces, y no con una “sumisión política completa”.

Finalmente, México conservó —como los gobiernos turco y chino (tipo IV)— su ejército y tomó decisiones políticas propias, “aunque [a veces] bajo una gran presión del exterior.”

#### 4. EJÉRCITO Y POLÍTICA EN LA DINÁMICA DEL MÉXICO INDEPENDIENTE COMO UN TODO

##### *a. Ejército insurgente, despotismo y república*

Dadas las heterogéneas y atrasadas condiciones de producción en donde el peso de las comunidades autosuficientes es muy grande tanto por su forma de organización como por su localización geográfica, en el territorio mexicano, en donde la orografía aísla una zona de otra y las altiplanicies se suceden escalonadamente diferenciándose gradualmente climas calurosos y fríos en pocos kilómetros de distancia, no parece posible cohesionar al conjunto sino a través de un gobierno despótico central que someta a la población no obstante dejándola pervi-

vir basándose en sus modos de producción y consumo locales autosuficientes. El gobierno fuerte monárquico propugnado por Lucas Alamán es una de las formas posibles para responder a estas condiciones. La crítica de Lucas Alamán al sistema federal es reveladora de los problemas que éste provoca y de los —ya existentes— que profundiza. De hecho, la república federal implantada en el país debió devenir en una forma de despotismo o ser removida una y otra vez para adecuar la forma general de gobierno a las condiciones específicas de sometimiento y explotación prevaletientes.

Dice Lucas Alamán:

Ha venido a restablecerse el sistema federal, habiendo sido reformada en algunos puntos importantes la Constitución del año de 1824. A las ventajas efectivas que esta forma de gobierno reducida a sus justos límites debiera producir, se ha unido para fomentarla el espíritu de provincialismo, y sobre todo la multiplicidad de empleos que ella proporciona. En un país en que tanto ha prevaletido la ambición de obtenerlos y en que los nativos de él no pueden entrar en concurrencia con los extraños en el comercio y en las demás profesiones productivas, debe tener muchos adictos un sistema que, como decía la audiencia de México desde el año de 1814, hace que “haya tantas Cortes como pueblos, y que sea poco menor el número de gobernadores que el de gobernados”; gobernador, vice, consejeros, un congreso en algunos Estados de dos cámaras, en algunos también un ministerio con ministros de relaciones, guerra y hacienda, tribunales superiores e inferiores, tesoreros, contadores, directores de caminos, inspectores de enseñanza pública, son atractivos muy poderosos y mucho más teniendo la facultad de imponer por sí mismos contribuciones para pagar todos estos sueldos, y de hacer sin oposición todos los gastos que el congreso del Estado quiera decretar. De éstos, algunos han sido invertidos en objetos de utilidad; otros en cosas superfluas y de mera ostentación, en algunos Estados también su gobierno y administración de hacienda se ha organizado satisfactoriamente, de suerte que en cuanto a los Estados en particular, y dejando aparte las revueltas que en ellos mismos ha habido, y las cuestiones suscitadas entre sus propias autoridades, todavía pudiera decirse que este sistema, aunque muy dispendioso, pudiera sostenerse.<sup>417</sup>

El *provincialismo* con el que se implantó el sistema federal recrudece el encierro de cada región respecto de las demás, de suerte que obliga a acciones despóticas redobladas si es que se quisiera coordinar al conjunto. Santa Anna es un sujeto que pudo nadar estas dos aguas tendiendo siempre más al despotismo abierto y corrupto que instauró efectivamente en sus dos últimas presidencias. Uno de los efectos del federalismo es el crecimiento de la burocracia estatal,

417 Lucas Alamán, *op. cit.*, pp. 438-439.

capa improductiva plegada al jefe del Estado o del gobernador estatal, y que, por ende, fomenta el caudillismo. De hecho, el federalismo en México —más allá de su inspiración ideológica— *nació de la reconversión del ejército insurgente en organización administrativa gubernamental*. Esta forma de organización política fomenta un despotismo consumista parasitario bajo la cobertura de liberalismo, mientras que Lucas Alamán quiere un despotismo directo y productivo, además de cuajado de privilegios.

*b. El gobierno político se somete al asiático Atila*

La actitud de Mora (liberal) y la de Alamán frente a Santa Anna son diametralmente opuestas. Enrique Krauze las reseña adecuadamente: “Mora culpó a Santa Anna de dirigir la nación contra las reformas del año 33 y lo llamó el «Atila de la civilización mexicana»,”<sup>418</sup> esto es, aquel caudillo militar y político de corte asiático brutal cuyas correrías destruyeron lo que de racional había sido logro en la construcción estatal de México.

Por su parte, Alamán, proclive a la promoción estatal de la economía a través de un Banco de Avío —como lo hizo siendo ministro del presidente Anastasio Bustamante—, aunque “tenía ideas encontradas sobre Santa Anna”, prevalecía a sus ojos “su poder directo, incontestable; Santa Anna encarnaba la única posibilidad de un gobierno «enérgico y fuerte».”<sup>419</sup>

La cuestión de fondo es ésta: Alamán representa el punto de vista del capital industrial en vista de desarrollarse en concordancia con el poder terrateniente, el militar, la Iglesia (ese otro Estado y terrateniente) y el Estado político. Así que de buen grado se somete al gobierno fuerte de Santa Anna y, por allí, al policía, al militar, cuya virtud dual (para el capital) consiste en proteger y promover al capital articulándolo como copartícipe, con los otros grupos dominantes, de los frutos del sometimiento del pueblo.

*c. Despotismo asiático virtual resultante de la lucha entre liberales y conservadores*

La crítica de fondo de Lucas Alamán al sistema federal es ésta:

El inconveniente gravísimo que él ofrece consiste en las relaciones de los Estados con el gobierno general y entre sí mismos. Las facultades de los congresos y gobiernos de éstos tienen, en algunos casos determinados por la Constitución, cierta limitación y dependencia del congreso y gobierno generales, estando obligados a contribuir a

418 Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 155.

419 *Ibid.*, pág. 155.

los gastos comunes con las sumas que por éstos se les asignen, y aquellos puntos de interés recíproco entre ellos, como el comercio que hacen entre sí, deben ser regidos por el congreso general. Todo esto que aun en mera teoría sería difícil de combinar, ha quedado en la práctica reducido a completa nulidad, no teniendo las autoridades generales medios para hacerse obedecer y habiendo las locales usurpado un poder absoluto: de donde resulta, que con “Estados libres, soberanos e independientes”, no puede haber hacienda, ni ejército, y en suma, ni nación.<sup>420</sup>

Lucas Alamán propugna, pues, por un centralismo despótico, pero lo sugiere como aspiración a construir una nación, pues las condiciones históricas condicionan este *quid pro quo*, dado el asiatismo —por decirlo de alguna manera— prevaeciente en el país. El provincialismo federalista no inventa nada nuevo; sólo preserva y profundiza las formas de poder existentes, legaliza unas satrapías locales y, si estructuralmente debilita al despotismo estatal central, deja un espacio para que el jefe de gobierno —o, en su defecto, el jefe militar— lo implante de facto, por la fuerza o soterradamente. Además, cada poder local deviene absoluto no sólo localmente las más de las veces sino que, en ocasiones, tal o cual camarilla regional se alza y toma en sus manos pasajeramente el poder del Estado validando su acto con alguna ideología de corte más o menos moderno.

Ahora bien, no sólo tenemos al despotismo oriental como *estructura virtual* que tiende a ser realizada en el país sea por federalistas o por centralistas no importa con qué cobertura lo presenten. La forma despótica oriental se vuelve a hacer valer como una *resultante estructural* de la lucha insurgente liberal contra los restos de feudalismo y semicapitalismo en aras de su modernización. De suerte que los ingredientes semicapitalistas y los capitalistas recién germinados y en proyecto —tanto económicos como políticos— se abren paso generando una estructura de dominio despótica oriental y en parcial contradicción con ésta, aunque sea una contradicción que ofrece una apariencia general. Hay que oír la queja de Lucas Alamán contra las reformas eclesiásticas que minaban al mayor señor feudal, la Iglesia, puestas al mismo nivel que la descoordinación técnica entre las ramas de producción de los diferentes estados, así como contra las rivalidades políticas caudillistas regionales.<sup>421</sup> Lucas Alamán se queja de terro-

420 Lucas Alamán, *op. cit.*, pág. 439.

421 “Las circunstancias locales dan también ocasión a rivalidades, que más tarde o más temprano terminarán por hostilidades abiertas, cuando los intereses opuestos entre Estados vecinos vengán a ser de mucha cuantía, como entre los Estados agrícolas y fabricantes, y los mercantiles, según ya sucede en Puebla y Veracruz. Más cuando en alguno se ha emprendido entrar en el campo de las reformas eclesiásticas, o establecer modificaciones en el derecho de propiedad, como en Jalisco y Zatecas; o cuando todos de acuerdo, movidos por un resorte secreto, como la masonería yorquina,

rismo y arbitrariedad a la par que de impiedad religiosa y fanatismo político, todo a un tiempo y confundiendo las cuestiones técnicas con la eficiencia gubernativa y la defensa de ciertos sectores opresores, feudales y semicapitalistas.

*d. Modo de producción asiático  
en el desarrollo histórico del México Independiente*

La conclusión crítica de Lucas Alamán señala al sistema federal como máquina destructiva de la nación porque promueve una racionalidad local dudosa, pero una evidente irracionalidad o anarquía general (cual es el efecto del modo de producción capitalista desarrollado, pero aquí vemos este efecto como resultado de un atraso peculiar, así que disfuncional al desarrollo de la riqueza social, a menos que supure formas emergentes despóticas que lo relativicen. Por aquí el modo de producción asiático y el modo de producción capitalista *coinciden funcionalmente de modo parcial* y durante el tiempo de maduración de las condiciones básicas del desarrollo capitalista. Por supuesto, Lucas Alamán no dice nada de esto sino que deniega al federalismo a favor de un despotismo monárquico abierto que dice no ser despótico). Citémosle:

La federación se ha transformado en una máquina de destrucción, la más poderosa que puede imaginarse, pues su fuerza ha sido representada por el terrorismo y la arbitrariedad más absoluta, multiplicados por una cifra igual al número de los Estados además del congreso general, no habiendo muro, por sólido que sea, capaz de resistir al embate de veinte arietes impulsados por el fanatismo político, o el espíritu de impiedad y como nunca falta algún gobernador que con pretensiones de filósofo aspire a la gloria de reformador, o algún congreso en que se promuevan las mismas especies, de todas estas causas procede que el sistema federal sea el paraíso de los aspirantes y el terror del clero y de los propietarios.<sup>422</sup>

Es evidente en estas líneas en las que Lucas Alamán se queja de los *lapsus* del sistema federal la defensa de las capas propietarias previas (clero y propietarios) como contrarias al crecimiento de la burocracia federalista (“los aspirantes”), el arribismo militar incluido, esto es, de lo que él no quiere pero no puede sino provocar. Lucas Alamán sustituye estas incoherencias por un discurso despótico coherente que apenas encubre de su carácter despótico.

Una vez consolidada la base de desarrollo mínima del capital hacia 1857, cuando formulan leyes que propiciarán ese desarrollo abiertamente, el despo-

han adoptado medidas de persecución, como en 1828 decretando la expulsión de españoles o pidiendo la cabeza del general Bravo.” *Ibid.*, pág. 439.

<sup>422</sup> *Ibid.*

tismo asiático se va diluyendo en el escenario central gubernativo —que es también el representativo de los estados del centro de la república— aunque no así en los cacicazgos locales. Y aun el gobierno central de la federación deberá desplegarse de modo dictatorial, sea por parte de Juárez o luego, de Porfirio Díaz.

*e. Los poderes despóticos reales (iglesia, ejército y hacienda):  
el capitalismo como sobreestructura*

Entre 1810 y 1857 el capitalismo en México es una mera *sobreestructura* de la civilización material prevalescente, y el liberalismo político una *apariencia*. Las formas feudales predominan en el centro de la república en medio de un creciente mercado interior semicapitalista y de pequeños productores de mercancías. Pero la presencia de la *Iglesia* excede la medida feudal, no obstante ser —o precisamente por la medida en que es— el mayor señor feudal. Lo mismo el *ejército* excede las proporciones feudales o burguesas. La dinámica del conjunto es análoga a un modo de producción asiático no consciente de sí y que se contraviene a cada paso para restablecerse a través de sus contravenciones que le detienen el aliento; más aún, es un despotismo oriental que intenta darse luces a través del liberalismo así como de la filosofía política burkiana de Alamán.

La Iglesia se ocupaba de los nacimientos, las muertes y matrimonios. Por todo ello cobraba, así como por sus restantes servicios.

La educación de niños y jóvenes era su atribución casi exclusiva, lo mismo que la celebración pública de las alegrías y el alivio de las penas. Por un lado convocaba a los fieles a las fiestas del santoral, por otro les prestaba protección, atención, auxilio, consuelo, en caso de cualquier desgracia: hambres, orfandad, viudez, terremotos, pestes, enfermedades, indigencias. De la iglesia dependían monasterios, cofradías, capellanías, obras pías y muchas otras prácticas y organismos.

La Iglesia atendía sus deberes con el otro mundo, pero lo hacía con los pies bien plantados en éste: poseía directamente una quinta parte de la riqueza nacional. El clero regular era el principal terrateniente, ejercía funciones bancarias, recogía impuestos en forma de diezmos y sostenía una compleja burocracia económica y política provista de tribunales propios. Para los liberales, la Iglesia constituía un Estado dentro de otro. El de la Iglesia, centenario, patriarcal, marcadamente improductivo, arraigado en el pueblo, estaba estructurado con solidez sobre la base de una legitimidad sagrada; el segundo, el Estado laico, estaba en plena formación y por ello era frágil, minoritario, disperso en las delgadas clases medias del país y se construía con

dificultad a partir de una legitimidad secular. Era casi inevitable que esas dos entidades combatieran entre sí.<sup>423</sup>

Ahora bien, la cuestión decisiva es ésta: el combate entre la Iglesia y el Estado secular, de estos dos Estados, daba por resultado salidas despóticas de uno y otro lado que tenían efecto no sólo sobre el oponente y sus defensores sino sobre un mar de gentes al margen de la política, organizadas autosuficientemente, fuera en comunidades indias o mestizas. El efecto de despotismo oriental a través de pronunciamientos caudillistas en favor del liberalismo o de la Iglesia no se hacía esperar.

Unas palabras sobre ese mar de gentes:

El problema de la tierra era tan antiguo como la historia de México. Desde el siglo XVI, la intrusión española en el territorio de las comunidades indígenas había provocado en ellas un repliegue defensivo que, por una parte, afianzó la unidad íntima y sustancial del hombre con la tierra que las caracterizaba, y por otro, favoreció el particularismo y exclusivismo de las unidades políticas llamadas “pueblos”. A lo largo de la época colonial, los indios y los pueblos lucharon por sobrevivir frente al continuo acoso de las haciendas españolas mediante diversas estrategias legales, extralegales y, por excepción, violentas. “Podía haberse cubierto el territorio de la Nueva España con los expedientes de los litigios a que la distribución de la tierra dio lugar”, escribiría Justo Sierra. Tenía razón, pero la existencia misma de esos litigios durante tres siglos era prueba de que el sistema judicial novohispano seguía teniendo un cierto peso. En 1810, solamente en la zona central del país, cuatro mil pueblos indígenas habían sobrevivido.

La desaparición del Estado tutelar español en 1821 había afectado directamente a los pueblos mestizos y a las comunidades indígenas porque los privó de su protección o de la esperanza de su protección. En la medida en que el nuevo Estado había nacido débil y pobre, los poderes locales y regionales se fortalecieron hasta convertirse en feudos que actuaban impunemente contra las comunidades y los pueblos. Éstos comenzaron a reaccionar con violencia en casos aislados desde los primeros años de la independencia, pero el fenómeno se intensificó a partir de la década de los cuarenta y llegó a su límite luego de la guerra con los Estados Unidos. Era como si las comunidades y los pueblos hubiesen advertido que su centenaria querrela por la posesión de la tierra no podía resolverla un Estado nacional en plena desintegración, y que su única alternativa, ante el vacío de poder, era tomar las armas.<sup>424</sup>

423 Enrique Krauze, *op. cit.*, pp. 159-160.

424 *Ibid.*, pág. 173.

Las haciendas feudales españolas prosiguieron o se reeditaron después de la independencia sobre todo en manos criollas; pero también se modernizaron sin perder su carácter feudal. Pero la combinación regional de las mismas con las comunidades tribales y los pueblos dio por resultado formas locales de despotismo oriental diseminadas en todo el territorio. El desarrollo capitalista y la estructura de autosubsistencia, sometimiento y dependencia de tipo parental y personal conviven. Y la *hacienda* se configura como unidad económica híbrida, continente de relaciones sociales y políticas propias en un mundo semicerrado, de suerte que es otra isla más entre las islas comunitarias indígenas y esas otras islas que son los pueblos y aldeas mestizas, etc.

*f. El ejército y la cohesión del conjunto*

De tal manera, por razones políticas contrapuestas, por razones económicas de afianzamiento de poderes regionales, o por razones rebeldes contra la variada opresión, brotan aquí y allá levantamientos armados. El papel del ejército se diversifica y decanta en el curso de los 40 años posteriores a 1810, año de inicio de la revolución de independencia.

Carlos María de Bustamante, en el contexto de su crítica a Santa Anna por la derrota de Cerro Gordo, hace una reflexión de fondo entorno del sistema político mexicano y la opresión del centro sobre los estados, en especial de la capital sobre la valiente Veracruz (en 1847), así como de la historia del sistema militar. La extensa cita que sigue no tiene desperdicio, por lo que me fue obligado mostrarla íntegra al lector:

Para que no me creas injusto, escucha, ejército, los recuerdos que hago de tus servicios. Desde la independencia hasta la fecha has consumido quinientos millones: ¡qué ricos seríamos si así no hubiera sido! Tú sólo has consumido el producto de las rentas de la nación, y por tí hemos padecido mil trastornos, y se ha derramado mucha sangre, casi toda inocente, sin que supiera por lo que peleaba. Desde aquella fecha has obedecido ciegamente la voz de cualquier caudillo, que con cualquier pretexto, te ha guiado á derrocar gobiernos, á disolver congresos, á cambiar personas, á trastornar las cosas, á contrariar las leyes, á sofocar la opinión y á ser en fin el único aprovechado del botín de las revoluciones, sin dar jamás cuentas á la nación de lo recibido y lo gastado. En los pronunciamientos militares siempre has invocado las leyes y has tomado la voz del pueblo que ha sufrido hasta esta burla, siendo siempre él paciente, y mirando que en su nombre y por su salud, de la que ni siquiera se ha quejado, lo dejabas en cueros, cojiéndote su caudal para medicinas que ni tomaba, ni necesitaba, ni había solicitado. Estos pronunciamientos los has hecho siempre con la seguridad de ganar un premio, que, cuando menos, era el empleo inmediato; y por el contrario,

los pueblos, á su vez, como en 1844, ganando pierden, porque son estériles sus sacrificios, y quedan expuestos á la venganza militar. Los militares ya defiendan al gobierno y á las leyes, ó ya los ataquen, todos ganan iguales, y algunos con el vencido y el vencedor, porque el gobierno, para contar con la fidelidad, tiene que comprarla, y premia antes de caer á los que le defienden; lo mismo que premia la infidelidad, después de triunfar el que lo ataca.

El ejército en la campaña de Tejas [en 1836] marchó victorioso hasta San Jacinto, y allí perdió todo lo ganado, todo lo gastado, todas las esperanzas de la patria, y por último, el Estado entero, tan sólo por salvar la vida de un hombre, que no supo morir como un valiente, y se prostituyó hasta el grado *de dar él mismo la orden de retirada* que el ejército no debió obedecer. ¿Cuántos millones importaron estas pérdidas, los donativos, las contribuciones, los subsidios, y tantos caudales que se han perdido sin fruto alguno, en el abismo que todo lo absorbe, y tantas vidas sacrificadas en el Alamo y demás puntos? Y todo esto junto que se apreció en menos de la vida de un prisionero, ¿no pesará nada en la consideración del general Santa-Anna, que á cada paso nos hecha en cara sus ponderados servicios, demasiado recompensados y sin que él lo haya agradecido?

En Veracruz [en 1838], unos cuantos marinos de la escuadra francesa, sorprendieron la plaza; pusieron en fuga á la guarnición, se hicieron dueños de la ciudad y de sus baluartes, clavaron los cañones y se retiraron llevándose una piecinita de campaña; en cuyo tiempo sabedor Santa-Anna que se retiraban, porque se lo avisó D. Francisco Orta, que lo fué á buscar al Matadero [hacienda de Santa Anna], en donde estaba, vino á la ciudad sin encontrar un enemigo hasta llegar al muelle: allí fué herido por la metralla de nuestro mismo cañón, en los momentos ya de irse las lanchas. Esta derrota nuestra, esta huida vergonzosa, ¿quién la pagó sino el pobre pueblo que tuvo que abandonar sus hogares, que desde entonces le presentan á cada paso *un hueso*, al que casi se ha pretendido que se le rinda adoración?

En la batalla de Angostura, el solo nombre de triunfo con que adornó su parte el general Santa-Anna, costó á la nación mas de dos millones de pesos gastados en alistarse para ir á ella, dos mil muertos y heridos, seis mil dispersos, otros tantos fusiles perdidos, mas los que quedaron en el campo, mil empleos de paga dados en premio, muchas bandas verdes, una retirada en desórden, precipitada y desastrosa, el abandono á fuerzas inferiores, del campo y de muchos heridos, no haber obtenido ventaja alguna conocida, y haber sufrido el general en jefe, que en público y por la imprenta, lo trataran de embustero, con desdoro de su carácter como jefe, y de su honor como militar; porque le han probado con datos incontestables que mentía.

Esto es lo principal de este parte, pues lo demas contiene burletas contra Santa-Anna y dicharachos de gente ruin y valadí. La pérdida de Scott fué grandísima, no se

atrevió á fijarla, pero se puede asegurar que en dos acciones como ésta se queda sin ejército.<sup>425</sup>

La cuestión de fondo es ésta: la cohesión del conjunto de la sociedad mexicana debe ocurrir por la fuerza y la amenaza, pues las leyes no bastan para ello sino que apenas sobrevuelan a un conjunto materialmente ordenado de modo heterogéneo, de que manera la cohesión debe ser replanteada una y otra vez ante la constante producción de rupturas en cuanto a la forma unilateral de cohesión operada cada vez. La producción de cohesión militarmente operada espiga cada vez más como *gran labor colectiva imprescindible*.

No son las fuerzas productivas técnicas sino las fuerzas productivas destructivas —las armas, la guerra, la coerción violenta— los instrumentos predilectos y necesarios, el *Instrumentum* que emerge como efecto geopolítico general en vista de operar la *producción de cohesión forzada*, función constructiva a la vez política, social y económica. Esta función total, frente a las formas económicas simples, parece ser sólo simplemente destructiva. Tan equívoco instrumento no podía sino ser personificado por alguien como Santa Anna, quien incluso —en cuanto a equívocidad— excedió con creces a este objeto directo de su personificación.

#### *g. Los cuatro grandes trabajos colectivos del asiaticismo*

En el despotismo oriental los trabajos hidráulicos y agrícolas generales —presas, canalizaciones, etc.— constituyen el trabajo colectivo potestad del centro regulador estatal y sacerdotal en vista de fomentar el desarrollo de las comunidades agrarias cerradas sobre sí mismas. En las condiciones mexicanas este trabajo agro-hidráulico sigue siendo, por supuesto, necesario pero en compañía del trabajo militar productor de cohesión forzada del conjunto nacional y productivo.

La situación es dual respecto de estos dos grandes trabajos colectivos —trabajos hidráulicos agrícolas y la guerra— en lo referente al estatuto de las relaciones capitalistas en el entramado nacional. El modo de producción capitalista no es dominante, sino que durante mucho tiempo —no sólo en el campo— será un aspecto de un modo de vida previo con el cual se contrasta y con el cual asiente y se amalgama. La hacienda es el mejor exponente de esta situación. Más aún, precisamente la emergencia del capitalismo y de sus expresiones políticas republicanas ideológicas liberales más o menos adecuadas es el factor que suscita un efecto *redoblado* de conjunto como si todo fuera un modo de produc-

425 Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, tomo II, pp. 185-186.

ción asiático peculiar en el que descuella como *labor colectiva el ejercicio de las armas*.

Se trata ciertamente de un asiatismo peculiar, pues administra su propia disolución<sup>426</sup> mediante la fuerza militar promotora, entre otras cosas, de la producción capitalista, aunque interrumpe una y otra vez la vida productiva del país, y aunque esa misma fuerza militar sea la labor emblemática de este asiatismo y lo apunte una y otra vez, por supuesto, al lado de los trabajos hidráulicos generales; sin olvidar el trabajo general de cohesión religiosa operado para la Iglesia sobre la base de una estructura metabólica básica de carácter tribal, autosuficiente y étnica y regionalmente escindida. El sistema federalista, al incrementar la burocracia gubernamental —correlato del ejército insurgente—, generó esta otra labor colectiva general apuntalante del despotismo y la corrupción.

Por su parte, el trabajo eclesiástico religioso en otro contexto podría ser feudal, pero aquí completa el despotismo oriental. No es casual que la Iglesia creciera desmesuradamente también como potencia económica y política; así acompaña a los trabajos hidráulicos, a la burocracia gubernamental y a la gran labor militar colectiva.

La defensa contra el invasor extranjero capitalista y contra las facciones políticas y los caciques<sup>427</sup> interiores, semicapitalistas pero enfrentados excluyentemente como propietarios privados, así como el poder necesario para apuntalar al gobierno en medio de esos antagonismos entre lo viejo y lo nuevo, lo exterior y lo interior, suscitan una y otra vez desde la Independencia la necesidad de una casta militar, misma que se engrana en las luchas de facciones aderezándolas con pronunciamientos locales de generales caudillescos. *La guerra se convierte en el gran trabajo colectivo* con el que se especifica la situación general del país secularmente y que el déspota debe dirigir. Esta función enmascarada de presidencia ora liberal ora conservadora, o de dictadura abierta y semimonárquica, la cumplió Santa Anna por más de treinta años. La función guerrera pervivirá

426 A propósito del desarrollo capitalista en Rusia hasta antes de la revolución de 1917, Karl von Wittfogel habla de “una atmósfera de despotismo decreciente”, que es lo que puede constatar en el México Independiente, según he querido sugerir.

427 En su *Caudillos y caciques*. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez (edición citada), Fernando Díaz y Díaz pulsa magistralmente la condición del cacique en el caso de Juan Álvarez, de quien dice, por ejemplo, que “después de haber sido creado el Estado de Guerrero, Álvarez aceptó el cargo de primer gobernador, porque consideró ese honor como un merecido reconocimiento a su labor a favor del mismo. Empero, él sabía —como se demostró luego, por ejemplo en 54 y 55— que, con o sin aquella investidura, su autoridad era reconocida, e indiscutible su categoría de primer señor de la región. Así, en el cacique la fuerza de la dominación tradicional fue tanta que la costumbre no necesitó en este sentido de la ley.” (p. 345, cursivas mías).

cada vez modificada en particularidades hasta la revolución mexicana de 1910. Y aun entonces no será abolida sino refuncionalizada —cada vez más sólo contra el interior—, dando por resultado, con la conformación de un partido de Estado en los años veinte y treinta de este siglo, una estructura sociopolítica en la que se promedian las contradicciones para que no estallen y el desarrollo capitalista —cada vez más potente y exigente— pueda mantener continuidad. Pero el déspota seguirá siendo necesario continuamente, lo que se eslabona durante todo el siglo XX como presidencialismo mexicano.

En efecto, el partido de Estado concentró en la persona del presidente todavía el poder militar en tanto labor colectiva, pues la organización partidaria de administración de las cuotas de poder estatal vino a sustituir a los pronunciamientos militares caudillescos. La militancia partidaria se constituyó, así, en el nuevo trabajo colectivo general —articulado con la burocracia estatal— a través del cual se apuntaló el despotismo cada vez menos asiático y más burgués. Pero el partido de Estado —y su presidencialismo orgánico— no dejó de ser tampoco la máquina a través de la que se administra a cuentagotas la disolución de todo el engranaje despótico asiático y aun, según pretende, el capitalista. Esta máquina pretendidamente omnímoda no podía sino querer validarse apta también para esa tarea, aunque ello ocurra, cada vez más, como sorpresa para ese mismo partido y, entonces, como tendencias hacia su propia disolución. Es lo que hoy se vive como aspiración a la “transición a la democracia” aún dentro del Estado burgués pero sin PRI, o con un PRI tan modificado que ya sería democrático, según se expresa el fetichismo de Estado y de partido en esta última vuelta electorera de cara al 2000, con el *dedazo* supuestamente abolido y cuatro precandidatos de partido de los cuales uno fuera elegido por las bases del mismo para convertirse en el candidato del PRI a la presidencia de la república. La nominación final de Francisco Labastida (el 7 de noviembre de 1999) apenas encubre el dedo que lo engendró como candidato, como el Dios a Adán, como el que “en el cielo” escribió “el eterno destino” de la Patria, según recayera sintomáticamente González Bocanegra —autor de la letra del himno nacional— en eso del dedo asociándolo a Dios, precisamente durante la onceava presidencia de Santa Anna.

No es de extrañar en un contexto así que Santa Anna sea pieza clave del fetichismo estatal, y que su figura se reproduzca y se recree como fenómeno de “larga duración” tanto en la realidad como en la representación colectiva.

## PARTE II

### SANTA ANNA EN EL SENTIDO COMÚN, LA LITERATURA Y EL CINE

#### PRESENTACIÓN

##### 1. SENTIDO COMÚN, LITERATURA Y CINE

La literatura y el cine se dirigen a un amplio público; los placeres democráticos que ofrecen arraigan en la semiótica del sentido común. El sentido original de la palabra “novela” es: una pequeña novedad, así que, con base en el sentido común, comparte un uso extraordinario, a veces extremo, del mismo. El cine lo desarrolla igualmente pero de modo omnilateral, no sólo discursivamente.

Esa omnilateralidad apunta, desde las *nociones* del sentido común, a configurar un *concepto*, pero esta empresa es siempre frustrada por esa omnilateralidad sensible que a su vez la persigue. Todo se desliza hacia una imagen fuertemente troquelada que especula al concepto, en el sentido de volverlo especular al mundo de luz conceptos idealistas hegelianos de pronto uno tiene ante sí una idea por percibir, así lo colorea a la vez que lo abandona para pretenderse presencia más que por pensar. Como pez en el agua, el sentido común nada en la novela y en el cine, a veces hasta ahogarse.

El uso ideológico sometiente del sentido común de ambas formas artísticas es recurrente en gracia al desarrollado discurso de sentido común que de cualquier forma las constituye. Pero no dejan, por ello, de permitirle al sentido común que tome conciencia de sí pues le ofrecen su propia imagen magnificada bajo una forma fascinante y desplegada. Por ello, partiremos del sentido común (capítulo 1) y proseguiremos con la literatura (capítulo 2) y el cine (capítulos 4 y 5).

La imagen de Santa Anna en estos ámbitos, siendo la de una personalidad muerta hace más de 100 años, es una herencia del pasado. Pudo quedar olvidada, pero el trabajo de la historiografía, en mayor medida que la tradición oral

ha codificado el recuerdo de Santa Anna evitando su olvido. El sentido común recibe así —por ejemplo, a través de la escuela— un mensaje de la ciencia histórica y la codifica a su vez. Por ello, primero vimos a Santa Anna en la historiografía (parte 1). Es posible analizar la psicología de esta codificación como parte de la historia de la producción y desarrollo del significado Santa Anna para desmontar este fetiche decisivo de la conciencia nacional mexicana. Esto es lo que haremos en los capítulos siguientes. Evidentemente cabe la posibilidad de utilizar de modo inverso la psicología, por lo que cabe prevenirnos.

## 2. LA PSICOLOGÍA PARA FORTALECER MITOS EN LUGAR DE PARA ANALIZARLOS (AD. ENRIQUE KRAUZE)

“¿Cuál es la raíz psicológica del liberalismo de Mora?”,<sup>428</sup> pregunta en un cierto momento Enrique Krauze, y en otro, sin formular la pregunta, se interesa por los resortes psicológicos de Santa Anna o del público seducido por él, etc. En el presente libro también nos hemos ocupado de motivaciones psicológicas, sean de Santa Anna, del sentido común actual, de Agustín Yáñez o de otros, pues la psicología es ingrediente decisivo en la demostración histórica y en la actuación política. Sobre todo si lo que se discute es el papel del individuo en la historia, siendo, un caso en un individuo principal como lo fue Santa Anna. Pero así como Federico Nietzsche discute intempestivamente los usos que se le da a la historia,<sup>429</sup> debemos advertirnos de que se le pueden dar usos a la psicología en relación con la historia que en lugar de ponerse al servicio de ésta la someten, la distorsionan y encubren su sentido. Sugiero que ese efecto resulta de la intervención de Enrique Krauze. Psicologiza a Santa Anna y a Lucas Alamán para no definir política, económica y clasistamente las teorías y actos de aquellos o en sustitución de esas definiciones. Usa la psicológica como enroque.

Así, por ejemplo, Enrique Krauze ve como mera “nostalgia” la definición política de Lucas Alamán en favor de la colonia española y la iglesia.<sup>430</sup> El uso

428 Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, pág. 157.

429 Cfr. Federico Nietzsche, *op. cit.*

430 “Mora, por supuesto, carecía de esa vena nostálgica de Alamán; además, no creía que el pasado colonial encerrase ningún cúmulo de tesoros y lecciones. Lo consideraba, al menos en el período de los Habsburgo, francamente «teocrático». No obstante la vindicación que hace de la raíz hispánica del carácter de México en México y sus revoluciones no es muy distinta de la de Alamán, y menos aún su opinión sobre Hernán Cortés: «El nombre de México está íntimamente enlazado en la memoria de Hernán Cortés... Mientras él exista no podrá perecer aquella.» Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 154.

de la psicología favorece aquí al conservadurismo y le cubre la espalda al traidor Santa Anna.

Otras veces Enrique Krauze no hace intervenir el análisis psicológico o siquiera la perspicacia cuando debiera; por ejemplo, si cita a Santa Anna o a Lucas Alamán simple y llanamente pretende que se les crea. Así, por ejemplo, según Enrique Krauze los retiros de Santa Anna a su hacienda no forman parte de un chantaje psicológico y político sino que están —como él mismo dice— encaminados a restablecer su salud. Bien, no hay que creer que la dictadura propuesta por Lucas Alamán lo fuera ya que él dice que está muy alejado de querer eso, etc.

### 3. PUBLICIDAD COMERCIAL E HISTORIOGRAFÍA SOMETIDA

Vance Packard denunció en *Los artificios de la propaganda* (1957) el uso del psicoanálisis de Freud —“psicología de lo profundo”— en los “análisis en profundidad” de los diseñadores de la publicidad, pues en lugar de revelar los nudos del inconsciente ante el yo para liberar la personalidad íntegra del individuo utilizan el conocimiento freudiano sobre esos nudos para mejor atar al yo a una marca comercial o a un candidato político. De entonces a la fecha el consumo de significados culturales se ha visto crecientemente enajenado más allá del área publicitaria, ocurriendo el sometimiento del discurso historiográfico a través de un psicologismo análogo al de los artífices de la propaganda, incluyendo su aplicación al efecto emocional telenovelesco del texto en el lector.



## CAPÍTULO I

LAS ECUACIONES QUE SUSTENTAN  
AL SENTIDO COMÚN MEXICANO SOBRE SANTA ANNA

## 1. EXPLORACIÓN GENERAL DE LAS ECUACIONES

*a. Tres versiones de Santa Anna en el sentido común*

La percepción de Santa Anna que tiene el sentido común mexicano 150 años después de la invasión norteamericana es *predominantemente* hostil a él. Lo tacha de traidor “por la venta de más de la mitad del país a Estados Unidos” y, lo que es peor, a “precio irrisorio”.

En primer lugar, valdría la pena indagar qué proporción de la población *no sabe quién fue* Santa Anna. De cualquier forma, se ofrece también una opinión *minoritaria*, —alrededor de 10% de la muestra—<sup>431</sup> que señala que Santa Anna es un mito de la historia de México, mito polarizado maniqueístamente que señala al personaje bien como traidor o bien como alguien que tuvo que hacer lo que hizo, esto es: “vender la mitad del territorio mexicano”, etc., pero que para decidir el caso se requiere una investigación científica más a fondo.

Una tercera postura también minoritaria (2%) opina que Santa Anna *no fue traidor*, que para realmente entender a Santa Anna debe hacerse en conexión con su época. El territorio vendido a Estados Unidos, se dice, en realidad estaba poblado por gente que, dada la lejanía con el centro de México, y dadas las promesas y ventajas que esperaban del gobierno de Estados Unidos, los *tejanos* decidieron formar parte de aquel país. En fin, Santa Anna *tuvo* que vender pues la defensa era imposible.

La primera opinión —que es predominante— ofrece una información básica y con base en ella decide, la segunda pide mayor información para decidir, la tercera ofrece información adicional y decide de modo opuesto a la primera.

<sup>431</sup> Cuatrocientas personas de diferentes edades, nivel socioeconómico y educativo, encuestadas por un grupo de alumnos de Psicología Social de la UAM-I en 1997.

Pero más allá de las diferencias entre todas y de la apariencia *tendenciosa y de carácter elemental* de la primera, de *escéptico-científica* de la segunda, y de *científica y justa* la tercera, todas participan del mismo horizonte, son variaciones de una misma problemática, de la misma matriz del sentido común.

*b. Las ecuaciones del mito de Santa Anna.*

Esta matriz se define por *tres ecuaciones o falsas identificaciones* en las que se sostiene. Una explícita, otra implícita y específica del caso, y una tercera implícita, remota y sorprendente. Veamos:

*b.1. ¿1835=1847?*

La ecuación implícita y específica consiste en el hecho de que las tres posiciones confunden dos épocas históricas distantes entre sí por poco más de diez años, caracterizadas por dos sucesos diferentes y en los que Santa Anna participó de modo diverso. Una es la guerra de Texas ocurrida en 1835, la otra es la invasión de Estados Unidos a México acaecida en 1846-1848 en gracia a la cual México pierde la mitad de su territorio.

En la guerra de Texas México rechazó enérgicamente el pronunciamiento texano de formar parte de Estados Unidos y la resolución del Congreso de ese país de anexarse tal territorio. Esta negativa mexicana conduciría 10 años después a la invasión norteamericana y, entonces, a realizar el proyecto expansionista norteamericano respecto de México —más allá en apoyarse de lo que les permitía la declaración de los texanos— apropiándose Nuevo México, la Alta California, Arizona, Oregón, y no sólo Texas, e, incluso, que la anexión previa de la Louisiana hasta Florida quedara definitivamente consolidada.

Así pues, el sentido común identifica 1835 con 1846-1848, esto es, identifica a la guerra de Texas con la invasión de Estados Unidos a México.

*b.2. ¿Venta=traición?<sup>432</sup>*

432 Tal vez el origen de que en el sentido común actual prevalezca esta ecuación se debe a que el padre Jarauta “en su Manifiesto de Lagos (1º de junio de 1848) protestó porque «más de la mitad de la república se vendió al enemigo invasor por una suma despreciable; el resto de nuestro territorio quedará ocupado por los mismos soldados norteamericanos, convertidos en guardias del traidor [se refiere a Santa Anna] para sostener el crimen más atroz que vieron los siglos.” (Citado por José Emilio Pacheco, en “¿Dónde está el padre Jarauta?”). Debe señalarse la profunda raigambre que tuvo en México este valiente clérigo, luego de que acaudilló a alrededor de ochocientos hombres en la rebelión popular contra los ocupantes yanquis de la ciudad de México.

Pero el sentido común lleva a cabo otra identificación falaz, ésta sí explícita, ya no un olvido sino una afirmación que subyace en la idea de que Santa Anna es traidor *porque* vendió la mitad de México, o bien en la de que no es traidor porque esa venta no fue traición sino una acción forzada por las circunstancias.

La ecuación falaz es, pues, venta = traición; esto es, que lo que define la traición es el contenido venta. Así que si se demuestra que no fue traición vender, Santa Anna queda exculpado, no captándose otras acciones que serían traición. Amén de que Santa Anna *no* vendió ese territorio.<sup>433</sup>

### b.3. ¿Santa Anna = Judas?

Finalmente existe la ecuación falaz sobre la que se amarra la anterior. Resulta extraño que al sentido común le parezca evidente, al pronunciar la crítica a Santa Anna, que éste es traidor *por* vender, pues todo mundo compra y vende; cierto que no países, pero sí —entre otras cosas— terrenos, etc.

De tal suerte, para que la venta fuera traición deben concurrir circunstancias adicionales que no se dicen. No obstante, parece evidente que vender es traicionar. Tal parece que un sustrato previo del sentido común trabaja con esa evidencia y transfigura el juicio sobre Santa Anna.

Cabe preguntar: si no fue Santa Anna el traidor, ¿quién fue traidor por vender? La respuesta es Judas. Él fue quien vendió a Jesucristo por treinta monedas a los romanos para que éstos lo apresaran; esto es, lo entregó al enemigo; en esto consistió la traición. Y circunstancialmente esta entrega ocurrió mediando dinero. Cambió persona por dinero, persona sagrada por dinero profano; hizo

433 “El 21 de abril de 1836 tuvo lugar la derrota de Santa Anna por el ejército de Sam Houston y la firma de los famosos Tratados de Velasco. En ellos Santa Anna no vendió la provincia de Texas, sino que aceptó la derrota de San Jacinto y sus consecuencias: en México a través de los siglos pueden consultarse los documentos [Enrique Olavarria, *México a través de los siglos*, vol. IV, pp. 372-380]. El general aceptaba retirarse de la contienda, gestionar el reconocimiento de la independencia de Texas por parte del gobierno mexicano y aceptar la frontera del nuevo país en el río Bravo del norte. El Congreso mexicano declaró nulos los tratados y recordó a los texanos que habían sido firmados bajo amenaza y sin la aprobación del Congreso tal como la propia Constitución estadounidense lo exigía.

“La venta de Texas por Santa Anna es una elaboración de los federalistas. Sorprende que siga formando parte de la historia oficial cuando existen documentos que lo desmienten. En el archivo de Lucas Alamán, que se encuentra en la universidad de Texas, puede leerse la relación del retorno de Santa Anna después de San Jacinto. El antiguo secretario de Relaciones dice, refiriéndose al rumor de que Santa Anna había vendido Texas... «su llegada [la de Santa Anna] ha sido como un rayo de luz que ha disipado felizmente la oscuridad. Ahora sabemos con seguridad que no hubo la venta de Texas.» Fue una rendición incondicional del territorio y una aceptación incondicional de los tratados. Texas adquirió su independencia por derecho de conquista.” Ángela Moyano Pahissa, *México y Estados Unidos: Orígenes de una relación 1819-1861*, pp. 83-84.

equivalentes dos objetos inconmensurables, traicionó la naturaleza sagrada del sujeto al cambiarlo por la cosa dinero.

En todo caso, como aquí venta sí involucra traición, resulta fácil decir que Santa Anna es traidor ya no por haber trabajado para el enemigo de México y en contra de los mexicanos sino por el simple acto de vender el territorio de Texas.

Resulta de ello la doble ecuación falaz: Judas = Santa Anna; Jesucristo = Nación mexicana, finalmente crucificada

El patriotismo mexicano no sale así del martirologio y de la órbita de la tragedia y crucifixión cristianas. Por ende, está derrotado de antemano. Y señalar como sagrada a la nación comunicándola con la persona sagrada de Jesús no le quita la derrota de antemano. Y como Santa Anna es igualado a la nación mexicana, configúrase la ecuación Jesucristo = Santa Anna.<sup>434</sup>

### c. *¿Santa Anna soy yo?*

El sentido común mexicano presenta una dualidad interna. Debido a ello pasa de la posición 1 a la 2 y, luego, a la 3, opuesta a la 1, etc.

La dualidad interna consiste en que manifiesta un enérgico rechazo, repugnancia y crítica a Santa Anna como traidor, pero que, a su vez, no tiene fuerza argumental para sostenerse. Así que, en un posible juicio a Santa Anna, éste resultaría inocente mediante una defensa relativamente fácil.

*Enérgico rechazo pero débil sustento.* Rechazo meramente exterior que fácilmente llega a perdonar o a tener que perdonar o a retractarse o a dudar de la acusación y luego revertirla, por despecho, contra el país.

Esta dualidad interna demuestra cierta secreta identidad del sentido común con Santa Anna, si bien al sentido común le repugnaría cometer un acto como el que realizó Santa Anna, aunque se ve tentado a ello, así que más enérgicamente lo rechaza, pero sin *convicción sustentada*, aunque sí emocionalmente amarra-

434 Una sorprendente confirmación de este secreto recóndito subyacente en la percepción de Santa Anna por el sentido común actual la tenemos en la novela de Enrique Serna, *El seductor de la patria*. La forma novela en tanto tematización y desarrollo del sentido común logra hacer manifiesto lo que en éste se halla latente. Por ello podemos encontrar que hasta los cargos de traición a la patria en contra de Santa Anna —en ocasión de la instauración del imperio de Maximiliano de Habsburgo en México— su abogado defensor exclama ante el tribunal juarista: “abogado: ¡Crucifiquenlo! ¡Crucifiquenlo! Así gritaba la turbamulta convocada por Pilatos en el juicio a Jesucristo Nuestro Señor. Y así grita el señor fiscal, pidiendo la cabeza del insigne patriota que ha escrito con sangre las páginas más brillantes de nuestra historia. Señores jueces: no cometan el mismo error del populacho judío. Los documentos presentados contra el general Santa Anna son de muy dudosa autenticidad y en modo alguno bastan para sustentar el cargo de traición a la patria.” (pp. 496-497).

da. Esta *dualidad interna y secreta identidad con Santa Anna*, entonces, se apoya también en la ecuación falaz explícita: venta = traición.

Porque si se ataca fieramente a Santa Anna con este argumento él o su defensor repelen fácilmente la acusación dejando al acusador la tarea de dudar, retractarse o aun negar la acusación de lo que antes responsabilizaba a Santa Anna, pasando a responsabilizar al país, a las circunstancias.

*d. Las circunstancias trágicas del destino mexicano*

Retomando lo recién dicho preguntaríamos: ¿qué se hace en *circunstancias tan escasas y contrarias* sino lo que hizo Santa Anna? Estamos predeterminados, somos uno con Santa Anna *ante* las circunstancias y debido a que el devenir de esas circunstancias nos ha formado como somos. Así que *por* las circunstancias también nos identificamos con él. De ahí la ecuación falaz yo = Santa Anna, pero que conduce pronto a aquella otra: México = Santa Anna, y aun a la más compleja: Jesús = Santa Anna = Judas = Yo.

Ahora bien, una vez constituida esta ecuación cuádruple con base en la presencia y en la captación de esa presencia, esto es, la de México como país desventurado, crucificado, así que identificado con Jesucristo, de donde la ecuación Santa Anna = México resulta en tener a Santa Anna por Jesucristo, el sufriente, el crucificado. Sobre esta base se erige el captar a Santa Anna como salvador, como el elegido, como el *Mesías*: Jesucristo en su aspecto ascendente, mejor que en su sufriente ocaso. Así lo vió el editorialista del periódico *El Universal*, Don Lucas Alamán, en 1853:

“Todo espera su remedio del general Santa Anna... Venga pues, como lo ha anunciado... llamado de nuevo por la providencia divina al noble encargo de salvar a México de su ruina”. Enrique Krauze, arrobado con la imagen propuesta por Lucas Alamán y por la paradoja histórica, explicita la idea completa de éste: “En 1821 [triumfo de la guerra de independencia de por medio], al concluir su ciclo histórico, el México criollo había estallado en loas para Iturbide. En 1853, al concluir su ciclo, a Santa Anna se le recibía [para su onceava y última presidencia de la república] de nueva cuenta como el Mesías.”<sup>435</sup>

De hecho, desde 1847 Carlos María de Bustamante ironizó en su *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* (tomo II, p. 47) a Santa Anna así: “La venida de Santa Anna se aguardaba como la del Mesías... venir...ver... y disiparse la fuerza de los enemigos que los amenazaba.”

No está por demás fijarnos en la estructura cíclica en la que Lucas Alamán enclaustra la historia de México, correlato del ciclo de la Pasión de Cristo; con su aurora y su ocaso, al modo del recorrido diario del sol. Más allá de los orígenes paganos de la conformación cristiana de la vida de Jesús, resalta el carácter de mito solar que resume en ella, así como en la aventura política de Santa Anna.

<sup>435</sup> Enrique Krauze, *op. cit.*, pág. 183, donde se cita el pasaje de Lucas Alamán que transcribí más arriba.

La perspectiva cristiana humanista desde la que se forja el mito de Santa Anna como Judas, Jesucristo crucificado y Mesías no alcanza a superar el naturalismo del mito solar, toda vez que el mito Santa Anna se alimenta también de una corriente mercantil dineraria, metalizada y cosificadora de las relaciones sociales, para las cuales el naturalismo solar es útil, así que lo reactualiza, impostándolo de paganismo griego, asiático y romano así como de la religión náhuatl precortesiana.

*e. Dialéctica y alternativas del sentido común*

Como se ve, el sentido común afirma, niega, duda, investiga y aporta, pero no por ello sale del sentido común si su arraigo es una identificación falaz (por ejemplo, venta = traición). Pero el sentido común no sólo desatina; también puede atinar. En este caso se sale del sentido común atinando no sólo inmediateamente sino aun de modo más desarrollado y articulado. Así que no es la forma de proceder discursivo (atinar, no atinar) lo que caracteriza al sentido común, sino el *contenido* del discurso, *contenido cierto* totalizador: crítico-científico. El punto de vista del sentido común también puede ser totalizador pero aún no tematizado o totalizado, aunque generalmente es inmediateista y, por lo tanto, particular y unilateral. Así que, aunque atinado fácilmente muta en falso, en mito. Fácil pero no irremisiblemente.

El sentido común puede tener, por ejemplo, un contenido como el de postular que la traición de Santa Anna no es lo mismo que venta, o bien que no se trata de un héroe desesperado, finalmente crucificado por las circunstancias. Por aquí la crítica del sentido común a Santa Anna estaría mejor sustentada, de suerte que no se quebraría ni regularía. Más aún, la mayoría de los individuos no temería secretamente identificarse con Santa Anna, vista su singular actuación en los acontecimientos fuera de la generalidad “vendió al país cuando las circunstancias lo obligaron a ello”.

Sólo un *contenido* diferenciador de los términos rompería estas ecuaciones falaces y sólo él nos sacaría del mito del sentido común sobre Santa Anna. Así, fortalecería al nacionalismo mexicano crucificado *por* Santa Anna y *en* él.

Por lo demás, el desarrollo del sentido común puede no sólo correr hacia su liberación. La capacidad de tematización de los tópicos del sentido común que posee la forma novela da como para, en una de sus vueltas de tuerca, reinventar o descubrir variantes sorprendentes de los paradigmas falaces básicos. Variación de Jesucristo en su infortunio es tomar a Santa Anna por Don Quijote. Queda implícito que luchó denodadamente por el engrandecimiento y la salva-

ción de la Patria, su máxima ilusión, como Don Quijote contra molinos de viento.

*El seductor de la Patria* —título que remite a otra percepción del sentido común hipererotizado actual; así sirve mejor al consumismo—, esta novísima novela sobre Santa Anna, renueva, al inventarlos por cuenta propia, los viejos y recónditos lugares comunes. En ella, Manuel María Jiménez, secretario particular de Santa Anna en sus postreros días, refiere en una carta de dos páginas toda una telenovela, en la que encontramos el siguiente garbanzo de a libra:

Encontré a don Antonio en un estado tan deplorable, que me habría echado a llorar si no supiera cuánto le disgusta inspirar piedad. Enfermo de diarrea crónica, debe de haber perdido diez kilos o más desde que huyó de mi casa, y ahora se asemeja al Caballero de la Triste Figura. Apenas entré en su habitación advertí con molestia que Dolores no había limpiado su bacinica, ni lo aseaba con la debida frecuencia, porque tenía costras de mierda hasta en las uñas del pie. Considere usted mis dificultades para ayudarlo en sus abluciones con la única mano que Dios me dejó. No me quejo por esos trabajos, ni lo mande Dios: ningún sacrificio me parece demasiado gravoso cuando se trata de servir a un hombre de su talla.<sup>436</sup>

Y así seguido, *ad nauseam*.

*f. Función de Santa Anna: cómplice del poder del PRI*

Las referidas tres ecuaciones falaces nos vuelven *débiles* frente al enemigo extranjero pero también *condescendientes* frente a la acción de los jefes militares o civiles nacionales que no actúen como debe de ser pero lo aparenten. Nos vuelven cómplices, en fin, de nuestra propia derrota. Criticar fieramente a Santa Anna pero sin argumentos significa desarmar a la crítica a Santa Anna. Se trata de una contradicción que se reparte para no estallar. Así que el sentido común sigue repudiando a Santa Anna mayoritariamente pero no al santanismo, pues convalida actos traidores cometidos no por Santa Anna sino por otros en situación análoga a Santa Anna (lo inverso también ocurre —por ejemplo, en Felipe Cazals—:<sup>437</sup> repudiar al santanismo pero no a Santa Anna).

Por aquí descubrimos que la dualidad interna del sentido común mexicano respecto de Santa Anna cumple la función de apuntalar y asimilarse en cualquier momento a la ideología dominante, en particular la gubernamental, acerca de cómo administrar al país y qué relaciones mantener con los países extranjeros. Desde los libros de texto de primaria se nos enseña a repudiar a Santa Anna pe-

<sup>436</sup> Enrique Serna, *op. cit.*, pág. 475.

<sup>437</sup> *Cfr.* el capítulo 3 de la parte II del presente libro.

ro con poco fundamento. Más adelante, la historiografía mexicana y la norteamericana, en promedio, ocultan las pistas que nos descubrirían al verdadero Santa Anna

*g. Santa Anna como sujeto responsable y transformador*

Finalmente, la ausencia de diferenciaciones críticas en la representación que se tiene de Santa Anna polariza nuestras nociones acerca de la historia y de la realidad.

En efecto, o bien atribuimos responsabilidad al *sujeto* Santa Anna sin ver las circunstancias en las que ocurren sus actos, o bien sólo vemos al objeto-circunstancias sin responsabilizar a Santa Anna o a otro sujeto.<sup>438</sup> Ya no hay sujeto ni responsabilidad históricos. Deja de verse el papel que Santa Anna puede tener para conformar de modo *específico* circunstancias *generales*, miserables si se quiere, pero que no tenían de suyo el aspecto homogéneo, trágico y repugnante que tuvieron después de *su* intervención.

Así pues, no se ve la posibilidad:  $S_1 \rightarrow O_1 \rightarrow O_2 \rightarrow S_1 \dots S_n$ .

Santa Anna ( $S_1$ ) aplicado a circunstancias *generales* ( $O_1$ ) produce circunstancias *específicas* ( $O_2$ ) que condicionan los actos de Santa Anna y del resto de sujetos ( $S_n$ ). Presentando ya todo el conjunto un *panorama desolador y aparentemente destinal*.

## 2. LA ECUACIÓN SANTA ANNA = MÉXICO EN SU ARQUETIPO

1. La *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, escrita por el entonces santanista de hueso colorado<sup>439</sup> Juan Suárez Navarro entre 1848

438 Cfr. esta figura en la historiografía mexicana en capítulos 2, 3 y 4 de la parte I del presente libro.

439 Fernando Díaz y Díaz en su *Caudillos y caciques* (pp. 234 a 243) señala a Juan Suárez Navarro como posterior detractor de Santa Anna. Asimismo, Vicente Fuentes Díaz, prologuista del libro de Suárez Navarro, lo retrata en su tropo de corifeo a detractor por despecho en su *El general Santa Anna burlándose de la Nación en su despedida fecha en Perote*. Fernando Díaz y Díaz describe a Suárez Navarro como resentido porque Santa Anna en su última presidencia no le dio “los entorchados de general” y porque eligió apoyarse en Lucas Alamán mejor que en él. Pero la cosa es distinta, en realidad Suárez Navarro denuncia como traidor a Santa Anna, mismo al que él encubrió —en su *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*— porque él mismo fue luego objeto de la traición de aquél, ya que la revolución de Jalisco de 1852 —preparada, entre otros, por Suárez Navarro— y que exigiría que Santa Anna fuera presidente, era liberal; pero Santa Anna la traicionó aliándose con el partido conservador de Lucas Alamán e instituyendo una dictadura. Es equivocado creer que Juan Suárez Navarro actuó sólo por resentimiento. Fue motivado, más bien, por la enormidad de los actos santánicos. Así, Suárez Navarro dice: “un hombre oscuro [dice refiriéndose a sí mismo], movido por un sentimiento noble, extraordinariamente desinteresado, se afanó en rehabilitar su nombre [el de Santa Anna], abrazó su defensa con un entusiasmo digno de mejor causa, afrontó todo género de peligros, peleó en el campo de batalla y arrojó la muerte, entonces el dictador juraba por el cielo y la tierra su buena fé, sus sanas intenciones”, etc. (*El general Santa*

y 1850 —año de su publicación— reúne una gran cantidad de documentos históricos originales sobre los dos temas que enuncia su título, además de ofrecer información testimonial de su autor. Sin embargo, su intención apologético-reivindicativa de Santa Anna sitúa la línea argumental del libro a nivel de una papilla vulgar de sentido común —pero santaniano— frecuente en su época y hoy casi olvidada y repelente, pero pasible de ser retomada por perspectivas políticas o literarias que persiguieran la reivindicación del corrupto dictador y traidor.

Suárez Navarro sólo concluyó el primer tomo de una obra prevista en dos, toda ella encaminada a refutar amplia y puntualmente la acusación del diputado Ramón Gamboa, y no cumple este cometido, pues este primer tomo de 431 páginas sólo contesta una tesis de Gamboa, la relativa a la “versatilidad” o volubilidad reconocida de Santa Anna en cuanto a principios y amistades. Suárez Navarro se ocupa para ello de la actitud de Santa Anna ante Iturbide, a quien primero apoyó y contra quien luego se pronunció en el plan de Veracruz (capítulo 1). Lo que sí logra es troquelar la más perfecta versión enciclopédica de la ecuación Santa Anna = México, misma que subyace a la conciencia frustrada del sentido común resentido contra Santa Anna y en la que recaen, pero sólo aquí y allá, diversos historiadores favorables a Santa Anna. Y es que la idea completa de Gamboa es que esta volubilidad —sustrato caracteológico posibilitante de la traición a la patria pues primero lo fue ante los amigos y los principios políticos. — ha sido factor para producir inmensos descalabros a México. Por lo que Juan Suárez Navarro quiere refutar a Gamboa reconstruyendo la historia de México de 1821 a 1832, situando allí los verdaderos factores funestos para la Patria. El principal de estos según él, es el enfrentamiento político faccioso entre yorquinos y escoceses, luego devenido en el que se dio entre liberales y conservadores, etc. (capítulo II y siguientes), lo que exculpa al militar y hombre práctico Santa Anna y culpa —he aquí dos tesis clásicas del sentido común reaccionario— a la sucia política y a los nefastos pensadores (a los que Ramón Gamboa pertenecería).

En la misma línea vemos tartamudear de ira a Juan Suárez Navarro al profetizar denuestos contra Carlos María de Bustamante y contra los quince autores de los célebres *Apuntes*. Dice —mostrándonos su cultura clásica y no falta de ingenio— antes de enmudecer por echar espuma verde por la boca: “estas obras

*Anna burlándose de la Nación*, pág. 12) Mientras que en otro pasaje nos relata cómo fue perseguido y desterrado por el dictador, y cómo este destierro le causó la muerte a su esposa, etc.

pueden ser comparadas con la estatua de Polifemo, a quien se le arrancó el único ojo que le habían dado los dioses.”<sup>440</sup>

El segundo tomo de la obra de Juan Suárez Navarro debía cubrir los años de 1832 a 1848 o 50. En los que vemos a Santa Anna en la guerra de Tejas (1836), en la dictadura de 1842-1844, y en la guerra contra los Estados Unidos (1846-1848), todos eventos comprometedores que Juan Suárez Navarro promete presentar a favor de Santa Anna, y que afortunadamente no redactó, pues sería embarazoso amén de redundante y humillante verlo hacer malabares para lograr la escenificación que promete. Y digo afortunadamente también por otro motivo.

En efecto, si bien nos fijamos, su primer tomo es bastante convincente, si no contra Gamboa sí en cuanto a favorecer a Santa Anna. Pues habla de un período en el que aún no se verificaban sus traiciones ni se mostraba francamente su tendencia dictatorial, además, de ser los años del triunfo de Santa Anna en Tampico sobre Barradas, etc., que tanta gloria le redituara.

Juan Suárez Navarro trata el período de 10 años que narra con gran acuciosidad y amplia documentación, así que el lector que tiene esa muestra en las manos puede colegir que daría un tratamiento similar al período que llega hasta el 48. Con lo que sin haber discutido puntualmente a Gamboa, pero habiendo prometido hacerlo y con sólo haber empezado esa labor, ya hasta parece que discutió y batió en toda la línea a Gamboa. El, mínimo modo, como las faldas largas de las mujeres se reputan de dejar la mayor parte a la imaginación y por eso avivar el erotismo: no por lo que muestran sino por lo que ocultan; el *quid pro quo* de la contribución santánica de Juan Suárez Navarro consiste en que convence más por lo que no argumenta, porque lo que muestra es casi opuesto a lo que oculta, pero sugiere que es similar: una fase más del ascenso del sol que fuera aquel gran caudillo en su carrera por el cielo.

Todavía en la Introducción discute en general a Gamboa sugiriendo que es él el traidor a la patria porque al difamar a Santa Anna le hizo sin querer un servi-

440 Juan Suárez Navarro, *op. cit.*, pág. v. Este autor atina contra los Apuntes cuando denuncia el procedimiento de éstos de escribir la historia por mayoría de votos cuando no hay acuerdo entre los autores (*Ibid.*, pág. vi); ver en el mismo mi crítica al Prólogo de éstos en contraste con la complacencia de Josefina Zoraida Vázquez ante tal procedimiento, mismo que sirvió para moderar la crítica a Santa Anna; pero a Juan Suárez Navarro hasta esa crítica moderada lo enardeció. Atina, asimismo, en denunciar inconsistencias de Carlos María de Bustamante en su labor periodística y política. Como, por ejemplo, cuando denunció en falso como infundio la invasión de Barradas, la cual sí ocurrió y fue combatida triunfalmente por Santa Anna y el general Mier y Terán (*Ibid.*, pág. 138, nota 2).

cio al enemigo.<sup>441</sup> Y que si bien lo hizo fue no porque él mismo (Gamboa) fuera mal mexicano sino por empecinarse en ser “vengador de los agravios pasados”, esto es, por despecho. Ambos argumentos —sugerirlo traidor involuntario y político despechado del pasado— los hemos visto esgrimidos por Roa Bárcena,<sup>442</sup> quien evidentemente los aprendió de Juan Suárez Navarro y en vista de complementarlo, pues Roa sí contraargumenta a Gamboa acerca de los actos de Santa Anna durante la guerra del 47. Que ambas obras encajan una con la otra para complementarse a propósito de la contestación a la acusación del diputado Gamboa a Santa Anna por traición, es más creíble por cuanto Roa no se ocupa de contestar la crítica de Gamboa a Santa Anna por su “versatilidad reconocida”. Esa tarea ya la cumplió cabalmente —debe creerlo Roa—, al parecer, Juan Suárez Navarro.

2. La ecuación Santa Anna = México, e incluso lo mejor de México, queda remachada en la obra de otro santanista, las *Memorias del Coronel Manuel María Giménez. Ayudante de Campo del General Santa Anna. 1796-1878*.<sup>443</sup> Aquí la ecuación se sedimenta tanto más como expresión del sentido común por tratarse de unas memorias que se permiten —pues no es su obligación lo contrario— tratar superficialmente los temas históricos.

El colmo es el relato de la batalla de la Angostura; no hay tal sino la referencia a que Santa Anna impulsó el ascenso de Giménez por que éste condujo las carretas de víveres a la Hacienda de Agua Nueva, donde la tropa estaba a punto de la muerte por inanición. Esto es, en lugar de la descripción de la batalla de la Angostura tenemos la del ascenso de Giménez. Ahora bien, Santa Anna no recomendó a otros oficiales que se señalaron en la batalla por su valentía sino a Giménez.<sup>444</sup> Y éste ha tenido que salir a defenderse y defender a Santa Anna ante aquellos que vieron parcialidad e injusticia en el proceder de aquel.

Así las cosas, en apariencia un poco estúpidamente, concluye el capítulo. Pero, si bien nos fijamos, Giménez ha logrado dejar bien firme la idea de que la tropa moría de hambre... y precisamente el no tener víveres fue el pretexto de Santa Anna para no haber batido finalmente a Taylor. Cosa que Giménez no dice, pero, sin decirlo, sustenta la justeza del ascenso de Giménez recomendado por Santa Anna aparentemente injusto. Pero es que eso del hambre era muy re-

441 “Sin sentirlo ni conocerlo, ha tomado servicio bajo las banderas enemigas de México” (*Ibid.*, pág. VIII)

442 En *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)*, tomo II, capítulo XXVII, “La opinión respecto de la paz”, pp. 355-378.

443 En Genaro García (comp.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, tomo XXXIV.

444 *Ibid.*, pág. 99.

al, y más todavía porque Santa Anna ya lo había dicho, aunque aquí no se diga pero todos saben que ese fue el pretexto que dio.

Otra vez el mismo procedimiento: se convence por lo que no se dice estableciendo una implícita complicidad de sentido común con el lector y obligando al que quiere verdades y análisis que los avance él porque aquí, en el mundo ingenuo de la verdad testimoniada, todo es evidente.

De modo más raudo aún pasa Giménez por la derrota de Padierna. Ni siquiera por implicación alude al fondo problemático de la batalla, como lo hizo a propósito de la Angostura. Sobre Padierna no dice nada acerca del general Valencia.<sup>445</sup> Pero dedica varias páginas al relato de un golpe de Estado del que iba a ser víctima el general Santa Anna<sup>446</sup> después de la derrota de Cerro Gordo y antes de su arribo a la capital. No dice, más bien, que el general Anaya — inculpado aquí personalmente por Giménez—, a la sazón presidente interino, intentó con otros quitarle de encima a la nación al traidor, vistas las derrotas escandalosas de las batallas entregadas por Santa Anna.

Esto es, el evento puede verse de ambos modos, y deben darse pruebas en un sentido u otro para ver cuál es la perspectiva que le es propia y cuál la ficticia. Pero Giménez no hace nada de eso; ni siquiera alude a la posibilidad segunda de general conocimiento, sino que ofrece la versión de los santanistas como algo evidente por sí mismo, como un hecho, no como una versión sobre un hecho, esto es, hace chisme sobre el hecho para inclinar al sentido común a favor de Santa Anna.

3. Vista en su versión arquetípica, la ecuación fetichista y encubridora constitutiva del mito Santa Anna —misma que somete al sentido común—, cabe ahora hacer referencia de aquel aspecto opuesto y que le da fuerza al sentido común para criticar y repudiar a Santa Anna y al encubrimiento de sus traiciones y corruptelas, etc. En más de 150 años todas las artimañas que giran en torno a aquella ecuación falaz y que se han visto tematizadas en la mayor parte de las historiografías mexicana, norteamericana y chicana sobre el tema están lejos de haber podido anular este núcleo crítico del sentido común mexicano. Así pues, tomémosle el pulso a lo que puede ser denominado *el rumor y la certeza duraderos de la traición*.

El coronel santanista Manuel María Giménez dice haber combatido a los pe-  
riódicos que después de la derrota de Cerro Gordo iniciaron una campaña —

<sup>445</sup> *Ibid.*, pág. 111.

<sup>446</sup> *Ibid.*, pp. 108-110.

según él de mentiras— contra Santa Anna, llamándolo inepto, traidor y cobarde.<sup>447</sup> En especial, dice haber impugnado al *Boletín democrático*.

Por su parte, el santanista anónimo que redactó el folleto *México en 1847. Por un mexicano* censura el 10 de julio de 1847 de antipatrióticos —porque fustigaron a Santa Anna— al periódico *El republicano*, a *El Monitor Republicano* y al referido *Boletín*.<sup>448</sup>

Poco después irrumpe en la escena de la opinión pública de la época la acusación a Santa Anna por traición a la patria, redactada y presentada por el diputado Ramón Gamboa ante el Congreso de la República. Pronto se levantaron las plumas santanistas para combatirlo, por ejemplo, la de Juan Suárez Navarro (*op. cit.*), pero no fueron suficientes para aplacar a la conciencia popular, no sólo de la época. Esta acusación fue conocida y rumoreada, y aquellos periódicos críticos de Santa Anna y combatidos por los santanistas pudieron dejar tan honda imagen en la opinión pública de entonces porque la gente tuvo ante sí y sufrió en carne propia eventos desconcertantes y funestos en los que Santa Anna interviniera, y cuya lógica sólo podía corresponder a la de la traición.

De hecho, si todavía a 150 años de la guerra del 47 —no la historiografía mexicana pero sí— el sentido común mexicano guarda oscura noción de Santa Anna y mantiene una virulenta repugnancia por su traición —así sea apoyada en una oscura noción de la misma—, es debido a la fuerza con que en su momento se levantaron contra el traidor las voces de aquellos periódicos y de Gamboa y de otros. La alarma debió ser generalizada, habiendo pasado de boca en boca entre los soldados en los campos de batalla, según refiere Heriberto Frías (capítulo 16 del presente libro) y llegando a las ciudades hasta convertirse en clamor y letra impresa. Quedó allí codificada para, así, pasar a arraigar en la opinión pública. Y una vez que Santa Anna abandonó la capital a los yanquis, y que se desencadenó la resistencia popular contra aquellos, la dolorosa certeza chisporroteó como hierro candente en el sentir nacional.

447 Manuel María Giménez, *op. cit.*, pág. 107. En este mismo sentido lo cita Fernando Díaz y Díaz (*op. cit.*, pág. 204), deplorando el descrédito del que fuera objeto Santa Anna, así que se dedica a reivindicarlo convirtiéndose en vocero de la línea de Giménez 125 años después de la guerra del 47, pues el libro de Díaz y Díaz fue publicado en 1972.

448 *México en 1847 por un mexicano*, pág. 5.



## CAPÍTULO II

MITO CALEIDOSCÓPICO: FETICHISMO REALIZADO  
(AD. ENRIQUE SERNA)

## 1. EL CINE Y LA NOVÍSIMA NOVELA SOBRE SANTA ANNA

En Hollywood el cine dio en llamarse “*the silver screen*”, la pantalla de plata, analogándolo al brillo de la luna llena con su magia evidente. Sin lugar a dudas el cine constituye en el mundo actual la *expresión plástica espectacular suprema*, todavía por encima de la televisión, de eficacia masiva cotidiana. Pues el cine retiene la dimensión artística y excepcional y, con ello, la solemnidad necesaria para consagrar un mito. Actualmente, un fetichismo cultural llega a su cima una vez que ha devenido obra cinematográfica.<sup>449</sup>

Desde su existencia generalizada, el cine pudo influir en la forma de estructurarse otras expresiones artísticas: teatro, pintura, danza y la literatura en general, etc. A propósito de Santa Anna, en 1999 se anuncia el intento de rodar una película —según dijimos— y en la primera semana de septiembre ha aparecido una novísima novela: *El seductor de la Patria*, de Enrique Serna. No es casual que la estructura de esta novela deba mucho al modo de exposición cinematográfico.

## 2. ENRIQUE SERNA FRENTE AL MITO SANTA ANNA

Pues bien, ¿cómo ha decantado la exposición del fetiche Santa Anna en esta novísima novela? Además de seguirse la narración a través de un epistolario ficticio entre Santa Anna y su hijo Manuel, atinada licencia estilística de gran eficacia en novelas históricas —como *Los Idus de marzo* de Thornton Willer o *Juliano el apóstata* de Gore Vidal, entre muchas otras—, Serna eligió expresar los

<sup>449</sup> Ya dijimos que esa cima puede ser la ocasión para radicalizar la crítica del fetichismo en cuestión (*cf.* Introducción).

sucesos nacionales desde el punto de vista de un Santa Anna despechado,<sup>450</sup> cual fue muy posiblemente un sentimiento al que éste fuera proclive. De suerte que los sucesos históricos vistos desde perspectiva tan peculiar como la de Santa Anna —y más si es en sus momentos despechados— no puedan sino lucir equívocos y cargados hacia el melodrama.<sup>451</sup> Enrique Serna registra este efecto espontáneo en el lector, registrado por Enrique Serna pero que lo deja de ver al justificarlo del siguiente modo:

Aunque hay lectores que le han dicho que en un momento sienten compasión por él [Santa Anna], “en su caso no quise hacer una apología, pero el simple hecho de explicar su situación política y militar ya se vuelve reivindicatorio, la gente que siente compasión por él también tiene momentos para condenarlo [...] [A su vez] quiso que su novela fuera para el lector una suerte de “archivo secreto” al que se acercara y desde el cual tuviera varias visiones de un mismo hecho: la del propio Santa Anna y la de sus detractores.”<sup>452</sup>

He aquí la erección de una pantalla de plata, si se quiere, de brillos contrastados, ora compasivos ora contradictorios.

### 3. LA OPINIÓN PÚBLICA Y EL MITO SANTA ANNA

Si hasta aquí Enrique Serna resana una debilidad de su novela equilibrándola con una virtud correspondiente, ambiciona ir más allá, pues pasa a hacer la apología de su novela aparentando no hacerla. Así, con la mejor buena fe, nos revela el sentido que quiso imprimirle: “El autor comenta que quiso que su novela fuera para el lector una suerte de «archivo secreto» al que se acercara y desde el cual tuviera varias visiones de un mismo hecho: la del propio Santa Anna y la de sus detractores.”<sup>453</sup>

La elección de Enrique Serna en cuanto a la estructura de su novela no deja de ser laudable, pero vista desde el lado de la generación de mitos sociales, su trazo apunta a magnificarlos.

450 Le “interesó que el dictador recordara su vida ya sintiéndose derrotado, con un gran despecho en contra de la población mexicana que le volvió la espalda, porque eso le daba un tono que le permitía ser más sincero”, Enrique Serna, entrevistado por Cynthia Palacios Goya, en la sección “Cultural” de *El Universal*, México, 7 de septiembre de 1999, pág. 2.

451 Dice Enrique Serna: “Fue en 1994 cuando Fausto Zerón Medina me invitó a escribir una telenovela histórica sobre su vida [de Santa Anna] que luego se canceló, pero como había investigado mucho decidí escribir esta novela.” (*Ibid.*, pág. 1). La novela resultante aún retiene algo del élan de las telenovelas.

452 *Ibid.*, pág. 2.

453 *Ibid.*, pág. 2.

En efecto, el resultado melodramático ya establecido redundante —una vez puesto como archivo secreto del público— en el “cada cabeza es un mundo”, esto es, en privatizar el mito público de Santa Anna para así matizar su efecto en la cabeza de cada cual sin levantar el hecho de ser un mito o por lo menos contrarrestar este efecto, puesto que el sentido melodramático domina estructuralmente la narración y porque la opinión de Santa Anna se contrasta con la opinión de sus detractores de modo que hace que nos movamos en el mundo de la mera opinión, de la *doxa*, sin que nada esencial o verdadero se alcance jamás.

Toda opinión es inesencial, así que podemos permitir que todas se expresen pues no las vamos a tomar en serio, dice el democratismo manipulador actual. Santa Anna sigue en pie, y su traición parece no serlo o parece no ser punible.

Aunque no sea en el planteado escenario cinematográfico, con esta novela tenemos ante nosotros la construcción de un *mito facetado* muy en correspondencia con el objeto del que es mito. Santa Anna, el “héroe de las mil caras”. El mito Santa Anna se ha desarrollado a la fecha hasta corresponder con su esencia, podemos decir con el Hegel de la *La fenomenología del espíritu*.

#### 4. CALEIDOSCOPIO Y CRÍTICA DEL FETICHE SANTA ANNA

Para mejor señalar el efecto confusionista de un *mito facetado* cuya función es *privatizar la opinión pública* —en acuerdo con la privatización de la economía, la política y la cultura que se vive en México— para así aislar a cada persona y obstaculizar el que se pueda llegar a una *coincidencia frentista*, digamos, contra un enemigo común, diré que se trata de la promoción del mito Santa Anna en un *mito caleidoscópico* (no de una mera pantalla de plata). Por otro lado, el movimiento crítico desfeticizador y reductor de mitos intenta que logremos captar la *unidad* de lo múltiple y caleidoscópico inherente al fetichismo —lo cual en el mito Santa Anna se ha logrado escenificar con plenitud— para desde ella establecer el *sustrato esencial y concreto* que le corresponde y que limita su poder embaucante, sometiente.

Otra cosa muy distinta es hacer de lo uno (sea este uno Santa Anna) algo múltiple, o de lo dual —que ya es Santa Anna (héroe, villano, etc.)— hacer algo no sólo múltiple sino caleidoscópico.

#### 5. EL INCONSCIENTE SOCIAL Y SANTA ANNA HOY

Profundicemos más aún. Más allá de la intención de Enrique Serna, se encuentra el *efecto psicosocial de la novela* en el inconsciente de sus lectores, según que el autor recurre a la ficción de que Santa Anna manda una serie de cartas íntimas a su hijo quejándose despechado del pueblo mexicano y señalando las dificultades financieras, militares, materiales y morales que tuvo que sortear para servir a la patria, no con éxito. Y “ahí tienes hijo mío que éste me critica de esto y esto otro, y aquél me representa tal cual, etc., pero que no ven la falta de víveres y de parque, y las pugnas entre las facciones, etc.”.

En otros términos, si un Santa Anna ficticio le manda unas cartas ficticias a su hijo, en realidad es el lector de la novela el destinatario. ¡Es Santa Anna el que le escribe! El lector se convierte simbólicamente en el hijo de Santa Anna.

Ahora bien, si tu padre te escribe unas cartas en las que se queja y refiere haber sido criticado por éste o aquél y les responde, etc., tú como hijo asumes de inmediato la actitud de reivindicar a tu padre. Esas cartas te heredan la obligación de lavar la afrenta al padre y al honor familiar. Y las respuestas justificatorias del padre ante sus destinatarios tienen en tu mente un peso simbólico muy superior a su valor probatorio objetivo.

No sólo, sino que las cartas te culpabilizan para redoblar su efecto persuasivo. ¿Cómo?

Ciertamente, tú no eres hijo de Santa Anna sino un lector mexicano cualquiera, y ahí tienes que Santa Anna está resentido contigo hasta el despecho, te culpa de trato injusto y malagradecido. Pero, a la vez, simbólicamente tú eres el hijo que lee las cartas que su padre le envía, siendo su asinceramiento y su queja una velada encomienda de venganza contra el pueblo mexicano o, por lo menos, de reivindicación de la memoria de nuestro padre Antonio López de Santa Anna. En fin, si esto último no es posible, todavía cabe ir directamente contra ese pueblo. Pero esperemos que acepte las razones de peso que da nuestro padre.

Así las cosas, si no quieres ser culpable deberás esforzarte por zafarte de tu identidad como mexicano y refugiarte en la identidad simbólica de “hijo de Santa Anna”, pues así deberás pasar a reivindicar a tu padre, lo que ya lava la culpa que en tu otra identidad te lastraba. Tú eliges, nadie te obliga. Tienes a la vista las opiniones de los detractores de Santa Anna y de sus detractores. Tú eliges.

## 6. LA EFICACIA DE LA IDEOLOGÍA DOMINANTE Y SANTA ANNA HOY

Durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari la telenovela histórica *Los caudillos* (guión de Enrique Krauze) nos presentó a un Porfirio Díaz en todos sus lados buenos, al punto en que debimos reconocer la injusticia de que lo hicimos objeto en la memoria histórica nacional basados en evidencias tan enredadas como los relatos de Kenneth Turner sobre Valle Nacional, las tiendas de raya y la injusticia social, etc. Pues bien, en el quinto año de gobierno de Ernesto Zedillo —y muy avanzado el proceso de privatización y extranjerización del patrimonio nacional— ¿se trata de reivindicar la memoria histórica de un personaje corrupto y mal administrador —a diferencia de Porfirio Díaz— pero no obsesionado por el poder, como don Porfirio, sino amante de la gloria? Por lo demás, el amor a la gloria es pasión que se disculpa por sí misma, por lo que la tarea parece casi lograda.

Honestamente, pienso que un cometido así está muy alejado de lo que se propuso con su novela Enrique Serna; más aún, le es opuesto.

Hablo más bien de que un cometido tal sería interés de la ideología dominante en la actual coyuntura. Y digo que tal ideología *rige* el contexto ideológico todo, por lo que debemos cuidarnos de su eficacia. Pues todo lo que digamos puede ser usado en nuestra contra. Quiero decir que nos puede ser alienado y redundar contrafinalísticamente en otra cosa que la que intencionábamos.

#### 7. MITO CALEIDOSCÓPICO EN PASAJES SEÑALADOS DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

Una vez entendida esta forma compleja de la fetichización de la conciencia según se ofrece en la literatura como forma desarrollada del sentido común, podemos reconocerla estructurando eficazmente a la historiografía. Cabe el ejemplo del pasaje en el que Fernando Díaz y Díaz<sup>454</sup> argumenta a favor de Santa Anna a propósito de la acción de la Angostura.

Digo que este autor argumenta en forma caleidoscópica porque comienza con la descripción que Roa hace del esforzado y heroico combatiente Santa Anna; luego da la opinión de Alcaraz *et. al.* en sus *Apuntes*, donde se halaba “su arrojo de soldado” y se censura “su conducta como general”, con lo que se lo sugiere inepto pero se lo encubre como traidor; a renglón seguido remacha lo anterior con el juicio de Zamacois<sup>455</sup> de que sólo faltó “dirección metódica” para lograr el triunfo; acto seguido, Fernando Díaz y Díaz ofrece otra faceta del

454 Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*, pp. 199-200.

455 Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, pág. 611 (citado por Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*).

caleidoscopio al dar por hecho su propia opinión de que “nadie más que el general en jefe ansiaba una refulgente victoria; [así que] no se puede entonces poner en duda su conducta patriótica”,<sup>456</sup> sobre todo después de que Fernando Díaz y Díaz nos lo prohíbe. De hecho, aunque tan tajante en su *dictum*, él tampoco lo cree suficiente y pasa a ofrecer una nueva faceta del caleidoscopio, aludiendo a Manuel Balbontín<sup>457</sup> no precisamente cuando éste critica a Santa Anna con la prueba de los *hechos* aquella disculpa de que el general abandonó la batalla de la Angostura por falta de víveres, sino cuando Balbontín intenta entender la psicología de Santa Anna por haber abandonado, y “nos explica que quizás Santa Anna se alarmó por las «grandes pérdidas» que el ejército sufrió el día 23; dudó del resultado de un nuevo encuentro [y] no teniendo otro ejército [...] la invasión se llevaría a efecto sin ninguna resistencia”<sup>458</sup> (cuando que Santa Anna todavía teniendo un ejército de 9000 hombres no apoyó la resistencia popular que se levantó contra los invasores ya ocupantes de la ciudad de México). Dentro del escenario caleidoscópico que monta Fernando Díaz y Díaz, éste tiene el buen tino de poner el antes después y el después antes, esto es, se atreve, como aprendiz de mago, a jugar con los tiempos históricos. Hay que reconocer que no le sale del todo mal el lance, cuando dice “más tarde —a manera de justificación—, el propio Santa Anna afirmaría que optó por el retiro de sus fuerzas en atención a la revuelta que se había iniciado en la capital”.<sup>459</sup> Pero véase que eso de que Santa Anna dijo más tarde quiere decir en 1849, o en sus memorias póstumas —todo lo cual fue escrito después de 1847, ciertamente. Pero no “más tarde” que 1883, año de publicación del libro de Balbontín, de quien a renglón seguido se encontraba hablando Fernando Díaz y Díaz. Más bien la cosa es como sigue.

Primero Santa Anna escribió su parte de batalla (1847), luego contestó la contestación de Gamboa (1849), finalmente escribió sus memorias, que quedaron inéditas. Y en esos lugares dio sus justificaciones, la de la carencia de víveres y la de la necesidad de sofocar la rebelión de los polkos en la capital. Y sólo una vez conocidas estas justificaciones, *después* y de hecho mucho “más tarde”, Manuel Balbontín publicó en 1883 su crítica a la justificación por carencia de víveres, justificación que, una vez desbancada, lo llevó a intentar explicar el abandono del campo de batalla intentando interpretar la psicología del traidor Santa Anna pero como si no fuera traidor. Y ello sobre todo porque Balbontín —él sí bien sentado en una postura y una perspectiva positivas— “tras aquella

456 Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*, pág. 199.

457 Cfr. su *La invasión americana, 1846 a 1848*, pág. 100.

458 Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*, pág. 199.

459 Santa Anna citado en *Ibid.*, pp. 199-200.

batalla, Santa Anna pudo haber sido para la República lo que fue en 1829 [el salvador de la patria frente al invasor español Barradas]”, mientras que “la retirada de la Angostura fue su muerte política”.<sup>460</sup> Y como un espejo frente a otro dentro del caleidoscopio, Fernando Díaz y Díaz convalida esta certera hipótesis de Balbontín dentro de una perspectiva patriótica; pero es justamente eso lo que está en cuestión en el caso de Santa Anna. Lo convalida pero no por ello deja completamente cerrada la cuestión, sino que el caleidoscopio muestra un trasfondo: en nota a pie de página Fernando Díaz y Díaz alude a Fuentes Mares cuando éste denuncia el pacto de Santa Anna con Alex Slidell MacKenzie en La Habana y señala que a partir de entonces Santa Anna quedó —dice ambigua aunque inteligentemente Fuentes Mares— como el “héroe fallido, que renunció inconscientemente a la victoria, o el traidor que conscientemente se apartó de ella”.<sup>461</sup> De suerte que este ambiguo resplandor del caleidoscopio le permite a Díaz y Díaz operar un nuevo sesgo luminoso, ahora sí conclusivo, y que consiste en no decir nada nuevo de lo que ya dijo, pero repetirlo en otro orden contestándole a Fuentes Mares para de las dos posibilidades que éste señala escoger la que no implica traición por parte de Santa Anna. Así, dice en letra muy pequeña: “prometió Santa Anna, es verdad, muchas cosas a los norteamericanos, pero ninguna cumplió” (tan cierto como que el encargado de entregárselas a éstos hubiera sido Díaz y Díaz y no les dió nada, así que con base en eso tenemos la certeza de que mi general no cumplió). Pero, por si fuera poca cosa esta certeza tan absoluta, Díaz y Díaz dice que “además, ansiaba la gloria, la buscaba con empeño y a ella sacrificaba todo”. Por donde ya sabemos cuál es el secreto político de que se insista en que Santa Anna no gustaba del poder sino sólo de la gloria; porque a lo mejor por ansia de poder sí que hubiera traicionado. ¿Y no hubiera traicionado por obtener más gloria y duradera —una vez terminada toda la transacción con los norteamericanos y ya repuesto él en el poder— que por la gloria efímera de una sola batalla, perteneciente a una guerra que él de antemano creía perdida? Pero hay cosas que dentro del caleidoscopio no se ven, pues éste está ahí para que no se vean. Así que Díaz y Díaz —después de casi abrir la pregunta recién formulada por mí con la contundente afirmación sobre el santánico afán de gloria— cierra redondamente el caleidoscopio con aquello de que “no le faltó a Santa Anna honradez patriótica de soldado, le faltó, sí, la sabiduría militar de general”.<sup>462</sup>

460 Manuel Balbontín, *op. cit.*, pág. 101.

461 José Fuentes Mares, *Aurora y ocaso de un comediante*, pp. 219-229.

462 Fernando Díaz y Díaz, *op. cit.*, pág. 200, nota 70.

No es extraño que la luminosa gloria sirva de centro a un escenario caleidoscópico, a un mito caleidoscópico y a un argumento caleidoscópico. Pero desde la perspectiva de Santa Anna, que si no era completamente realista por depresiva sí que era la de quien tenía todos los hilos del problema en la mano — así que no tenía la mirada unilateral de los autores que luego han intentado encubrirlo sin mirar el cuadro de conjunto—; la gloria, estando los norteamericanos dentro del país era cosa muy dudosa; sobre todo creyendo que igual se perdía la guerra. Santa Anna entrevió desde La Habana —y por eso pactó y luego cumplió— que sólo podía obtener firmemente el *poder* y la *gloria* de héroe desesperado (que no fallido) si cumplía con Polk, de suerte que después de ello Estados Unidos dejara en paz al país. Por eso rechazó el ofrecimiento de la presidencia de la república que a fines de 1846 le hicieron los liberales puros y ya estando los ejércitos norteamericanos en Veracruz y cerca de Saltillo, y Santa Anna en la ciudad de México, recién retornado de La Habana.

A propósito de los arreglos secretos de paz de Santa Anna con el general Scott en Puebla, Fernando Díaz y Díaz —por cuanto que se resiste a creer que Santa Anna es traidor— se ve llevado de nueva cuenta a pergueñar otra escena caleidoscópica en la que comienza por exaltar el arrojo y la confianza de López de Santa Anna, quien aunque preparándose para la guerra, sabiamente “confiaba en que la paz podía aún lograrse”. Luego nos lo muestra en las gestiones secretas de paz. Secretas porque el Congreso mexicano se negaba a esas negociaciones, aunque Díaz y Díaz dice que sólo aparentemente (“la aparente negativa del Congreso mexicano”) para que no se vea tan feo el que Santa Anna tomara por su cuenta, contra el Congreso, dichas negociaciones de paz. La siguiente faceta consiste en presentar a Roa Bárcena afirmando que Scott tenía asignados “tres millones de pesos para los gastos que demandara” obtener la paz, de los cuales Santa Anna “solicitó un millón” para comprar a los congresistas (“para vencer resistencias, principalmente en el Congreso”). Pero luego —he aquí la siguiente faceta— “el recelo y la desconfianza inquietaron a los negociadores norteamericanos”, dice Roa. Y Fernando Díaz y Díaz cita además a Carlos E. Castañeda,<sup>463</sup> y la referencia es importante porque este autor es quien avanzó la hipótesis de que estos arreglos Santa Anna más bien intentaba una estratagema para hacer perder tiempo a los norteamericanos y obligarlos a aproximarse a la capital pidiendo ellos la suspensión del fuego y no los mexicanos, etc., de suerte que José Fuentes Mares le atribuye a Santa Anna el apelativo de “zorro jalapeño” (según vimos en el capítulo 11 de la parte 1 del presente libro). Pero la escena caleidoscópica se complica en su aparente sencillez, como veremos.

463 Carlos E. Castañeda, “Relations of General Scott with Santa Anna”, pág. 467.

Díaz y Díaz no dice que Carlos E. Castañeda sugirió la hipótesis referida, sino que da por hecho lo que éste sólo propone hipotéticamente. De ahí la formulación de Díaz y Díaz: “fue entonces cuando Scott cayó en cuenta de la estrategia utilizada por el presidente mexicano.”<sup>464</sup> Cuando que a lo más debió decirse que Scott *creyó* ver una estratagema, y no prosiguió las negociaciones. Pero Díaz y Díaz remacha lo de que aquello fue un hecho y no un recelo de Scott, y una hipótesis de Castañeda, precisamente porque es opinión de Roa Bárcena, quien piensa que Santa Anna tenía por fin “adormecer... la actividad del invasor”, y Díaz y Díaz añade: “y si bien [Roa] califica de hábil el plan, afirma que era «inmoral» e «indecoroso»” (epítetos que quizás no sean del gusto de Díaz y Díaz).<sup>465</sup>

La última vuelta de tuerca es la siguiente: José Fuentes Mares sí califica a Santa Anna de traidor a la patria por estos manejos, dice Díaz y Díaz citando el *Santa Anna, aurora y ocaso de un comediante* de Fuentes Mares; pero este mismo autor reconoce la argucia de Santa Anna ya por aquello de apelarlo “zorro jalapeño”. O sea que, si en realidad hubo argucia, cuanto más inmoral y más zorra, menos traición pudo haber. Y si no la hubo, de regreso, la estratagema no puede ser señalada de indecorosa e inmoral; porque ¿qué más alta moral que la del servicio a la patria? Ahora bien, desde el “o sea que” nada de eso es dicho por Díaz y Díaz pero queda sugerido, igual que desde la cámara de un caleidoscopio es imposible la simetría de todo lo que parece estar del otro lado del espejo.

Aclaro que Fuentes Mares en la obra citada por Díaz y Díaz no señala a Santa Anna por estos manejos como traidor a la patria, pero sí lo nombra zorro jalapeño porque asume la hipótesis de Carlos E. Castañeda. Hipótesis que no hecho, porque si lo creyera un hecho y no una mera hipótesis no hubiera logrado José Fuentes Mares modificar su postura con toda honradez en una obra posterior (*Biografía de una nación*), en la que discute la hipótesis de Castañeda y ahora sí señala a Santa Anna como traidor a la patria y ya sin lo de zorro, según dejamos expuesto en el capítulo 11 del presente libro. Al cual remito para las referencias pertinentes.

<sup>464</sup> *Ibid.*, pág. 211.

<sup>465</sup> *Ibid.*



## CAPÍTULO III

FETICHISMO DE ESTADO Y EL FETICHE SANTA ANNA  
EN EL CINE: *SU ALTEZA SERENÍSIMA*, DE FELIPE CAZALS,  
Y LA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE SANTA ANNA

1. Mi amigo David Moreno me hace notar que en la historia de México y en la historia del cine nos topamos con una extraña paradoja: no se ha filmado una película seria sobre la vida de Santa Anna y sus coetáneos. Ante la entrega evidente del país a Estados Unidos, la opinión pública mexicana es rondada cotidianamente por el fantasma de Santa Anna. De suerte que una película sobre él ya no puede ser cosa cómica, pues dialoga con el sentido común nacional en torno a los destinos del país. A contrapelo, Felipe Cazals quiere rodar, a partir del 5 de enero del 2000, “Su Alteza Serenísima”. Al respecto, dice Cazals que Santa Anna siempre ha sido interpretado como una “caricatura... Lo que quiero es que el público se reencuentre con sus odiados personajes, de los que siempre murmura, de los que habla mal.”

¿Se trata de que el público deje de hablar mal de Santa Anna o de que lo haga abierta y consistentemente en lugar de sólo murmurar? ¿O se trata de que el pueblo limpie su corazón del oprobio santaniano que lo enturbia? En todo caso, la imagen mítica del cine se confronta con la imagen mítica de Santa Anna en el imaginario nacional. ¿Coincidirán, se abrazarán, se reforzarán una a otra; o se enfrentarán hasta el odio o, quizá, para aprender una de la otra?

2. El hecho no carece de interés. Una poderosa razón de fondo para que no se hayan hecho películas sobre Santa Anna anida en los recovecos del sentido común mexicano, mismo que hoy necesita interpretar a su fantasma como medio para cuestionarse a sí mismo. Así que esta necesidad autocuestionante debe enfrentar un nudo interior del sentido común según el cual está proscrita la imagen de Santa Anna y, por ende, también una película sobre Santa Anna.

Ahora bien, la imagen de Santa Anna está proscrita porque Santa Anna es cordialmente repudiado. Sin embargo, el rechazo en bloque es superficial y, por lo tanto, no ha logrado profundizar en la crítica a Santa Anna. Para criticarlo a fondo —y no sólo repudiarlo en bloque— es necesario tenerlo presente, presentificar la imagen de Santa Anna para analizarla. Sólo entonces puede surgir en

el público la necesidad histórica de una película sobre Santa Anna. No obstante, la imagen —y el cine como sistema de imágenes— nada en la apariencia, así que bien puede aparentar crítica y más bien promover de nuevo la superficialidad, y aun convertirla en fascinante para mejor detener la tendencia crítica que intenta abrirse paso.

El juego de apariencias se corresponde con unos nudos del sentido común y con prohibiciones implícitas a criticar a fondo a Santa Anna, prohibiciones encubiertas en el impulso a sólo repudiarlo irreflexivamente. Por este camino se ha creado un fetiche, el fetiche Santa Anna.

A diferencia del fetiche mercancía o el fetiche dinero —fetiches del metabolismo económico de la sociedad que circulan permanentemente para mejor influir— el fetiche Santa Anna —fetiche político y cultural mexicano— contiene en su código de construcción la regla de no circular constantemente ni de modo masivo y consistente para poder prevalecer como fetiche político estatal, pues así se sustrae al análisis y a la crítica. Por el contrario, la inmediatez y naturalidad cotidianas con las que tratamos a la mercancía y al dinero preservan a éstos de ser analizados y criticados a fondo; allí también se parapeta su poder alienante.

3. Santa Anna es una vergüenza para México, según el sentido común. De ahí que su modalidad de ser fetiche ocurra sustrayéndose de la circulación cotidiana de mensajes. El esfuerzo historiográfico comienza, a partir de este punto, iniciando y dando impulso a una circulación de la imagen de Santa Anna que supera a la del sentido común.

Sin embargo, los historiadores mexicanos están inmersos en el horizonte geopolítico y en el sentido común de todos los mexicanos. De tal suerte, la superación de la imagen de este sentido común no ocurre fácilmente a cabalidad sino sólo difícil o parcialmente. Por ejemplo, no obstante la abundancia de notas sobre Santa Anna que reúna un historiador o que lo haga a partir de fuentes históricas primarias o comparando críticamente fuentes, etc., puede aún prevalecer la impronta del sentido común que fetichiza a Santa Anna, así que ahora habrá en la historiografía un segundo fetiche Santa Anna que engrana con el primero, si se quiere en el contraste pero engrana.

Para que Santa Anna siga siendo un fetiche en la historiografía, esto es, que ésta no pueda desarrollarse científicamente a propósito de Santa Anna, se requiere que de un modo u otro Santa Anna siga siendo una vergüenza para México y también para la historiografía. Pues esa actitud culpable original es la del sentido común para simultáneamente ocultar a Santa Anna, repudiarlo y fetichizarlo acríticamente. “De un modo o de otro” significa aquí no sólo que se

lo denosta porque nos mancha, sino que Santa Anna es asumido como vergüenza para México hasta cuando se reivindica su imagen. Pues esta reivindicación supone la vergüenza. José C. Valadés representa este extremo en su origen y Enrique Krauze de manera más desarrollada.

Vergüenza es también secreta fascinación. Hoy los secretos íntimos se publican, según la ley estética impuesta por Madonna en la posmodernidad.<sup>466</sup>

4. La única salida es lograr que Santa Anna se avergüence de sí mismo, volverlo responsable de su propia vergüenza, ponerle un espejo para que se reconozca; así, que tengamos frente a nosotros una imagen nítida de Santa Anna para analizarla y contrastarla con la imagen mítica que poseíamos. El cine bien podría ser un instrumento de desarrollo de la conciencia del pueblo mexicano a este respecto si no se embebe en su propia imagen sin lograr entregar toda la vergüenza que le corresponde a Santa Anna.

Ahora bien, este juego de espejos tiene la dificultad consistente en que muchos políticos mexicanos actuales presentan rasgos santánicos y fincar su responsabilidad parece estar prohibido por las reglas del sistema de partido de Estado. Pero fincar las responsabilidades históricas de Santa Anna para entregarle su vergüenza a él para que ya no manche a México alza un índice de fuego también para establecer la responsabilidad histórica de los actores del presente histórico. De ahí que, de rechazo, se haya dificultado una y otra vez desde 1848 fincar la responsabilidad histórica de Santa Anna.

5. A propósito de Santa Anna la cuestión de la responsabilidad histórica se imbrica con las del mito y del fetiche Santa Anna, de ahí que no tengamos más remedio que tratarlas simultáneamente. Ni qué decir que el libro que el lector tiene en las manos profundiza en ambos temas hacia la destrucción —previa denuncia— del fetiche Santa Anna y el establecimiento de la responsabilidad histórica de éste. La conciencia nacional mexicana no podrá liberarse a sí misma mientras los muertos —en especial Santa Anna— le succionen el seso desde una culpa pretérita que se imbrica con una amenaza y con una prohibición promovidos por el presente santánico.

Por lo demás, aunque aquí nos ocupamos de analizar la trayectoria histórica de Santa Anna y de su imagen, no debe olvidarse ni por un momento que ningún Santa Anna significa algo históricamente si no es imbricado con Estados

466 *Cfr.* mi “Madonna o la ética y la estética posmodernas”.

Unidos y que la vergüenza de Santa Anna<sup>467</sup> mancha no a México sino a Estados Unidos.

La opinión de Mario Gill respecto de la rebelión de los polkos, auspiciada por el clero en combinación con Moses Y. Beach (1846) —enviado confidencial del secretario de Estado norteamericano James Buchanan—, es contundente: “No había arma ni recurso por infame que fuese que no estuviera dispuesto a emplear el gobierno yanqui para lograr sus propósitos. Para ello ha contado siempre en México con la complicidad de la Iglesia Católica y de los vendepatrias de la casta de Santa Anna.”

467 “El general Terrés revistaba su tropa, cuando en la penumbra se destacó en su caballo blanco la siniestra figura de Santa Anna. Vio a Terrés, se acercó a él y le fue teo en la cara.

“—¡Cobarde! ¿Por qué huyó de la garita de Belén?

“—No huí, mi general. Salvé la artillería. Y allí murió un hijo mío.

“—¡Cállese, cállese! —y violentamente bajó de su caballo, le arrancó las charreteras y lo despojó de su espada al anciano general Terrés, que apenas pudo murmurar:

“—¡Lástima que la disciplina me impida matarlo!

“Santa Anna seguía representando su comedia. Trataba de ocultar su inepticia o su traición con gestos que pareciesen enérgicos y patrióticos, castigando en los demás sus propias culpas. Asumía actitud de ofendido a fin de justificar sus fracasos. Trataba de excusarse ante la opinión, como la esposa delante de su marido, cuando airada les echa la culpa a sus criados de haber roto el costoso bric-a-brac; siendo ella quien lo rompió”. Leopoldo Zamora Plowes, *Quince uñas y Casanova aventureros*, tomo II, pág. 229.

## CAPÍTULO IV

PELÍCULA NORTEAMERICANA  
SOBRE SANTA ANNA Y TEXAS

En la película *Two for Texas* (1998) (titulada en México *Todos por Tejas*) dirigida por Rod Hardy y basada en una novela de James Lee Burke— se relata la guerra entre tejanos y mexicanos durante 1836-1837, en especial la batalla de El Álamo, masacre perpetrada por el joven Santa Anna —personificado por Marco Rodríguez— contra los tejanos, ninguno de los cuales quiso rendirse (188 muertos), y la de San Jacinto, donde los tejanos vencieron al ejército mexicano, tomado por sorpresa a la hora de la siesta. La batalla duró 18 minutos y hubo 630 muertos mexicanos y 9 tejanos. Santa Anna —quien aparece como un hombre doble, soberbio, vil, rastrero e irresponsable, además de mujeriego o, mejor, en razón de serlo— no tomaba siesta sino que se revolcaba con una señorita.

El ejército mexicano bajo sus órdenes acampaba en un recodo del río San Jacinto, prácticamente encajonado, pues la única salida era un angosto puente para cruzar el río, y fue volado por los tejanos, quienes posteriormente masacraron a los mexicanos —“esos bastardos”— en venganza de El Álamo.

Sam Huston (actuado por Tom Skerritt), general del ejército tejano, aparece como un padre justo y sabio, que reúne un ejército de americanos aventureros, convictos y forajidos, y hace de ellos hombres de bien, valientes y buenos soldados a los que promete 640 acres de tierra gratis al término de la guerra.

*Santa Anna*: “Nadie más salvaje que él”; *tejanos*: “Todos quieren la libertad”.

Sam Huston arenga a su tropa antes de la batalla de San Jacinto: “Recuerden El Álamo..., que ésta sea su plegaria. Recuerden El Álamo.”

Santa Anna escapa, pero a los dos días es detenido en las inmediaciones. Acepta rendirse y reconoce tácitamente en esa rendición la independencia de la república de Tejas.

La recreación de los hechos narrados por el film es histórica, pero peca, en primer lugar, de maniqueísmo favorable a los heroicos americanos y denigra a los mexicanos, asumiendo a Santa Anna por modelo de los mismos y a él mismo desfigurándolo moralmente pues en 1836 no era lo que después fue. Además, en la película se lo personifica como mestizo —y era criollo— con la

clara intención de volverlo más repulsivo para una mirada racista, de suerte que las bajezas morales con que se lo caracteriza quedan amalgamadas plásticamente con los rasgos étnicos mestizos. Ciertamente, la película cae también en el vicio de teleologismo, pues injerta en la mente de los personajes una conciencia histórica imposible para ellos, que amaneció sólo más tarde y, por cierto, en las mentes de los estrategas norteamericanos pero no de los soldados de línea, y ni siquiera de Sam Huston. Así, Jim Bowie (personificado por Peter Coyote) muerto con David Crockett en El Álamo dice antes de partir rumbo a la batalla: “Tejas es la parte más importante del país en este momento”, refiriéndose a los Estados Unidos. “Y estamos del lado justo. Estamos haciendo historia. La historia nos observa.”

Moralmente todo queda justificado *a priori* sobre la base de la bajeza moral con la que son presentados Santa Anna y los mexicanos frente a los altos ideales de los tejanos. Los personajes principales de la película son dos convictos que se unen al ejército de Huston: Hug Allison (Kris Kristofferson) y Son Holland (Scott Bairstow). En realidad, todos los americanos están nimbados del hálito glorioso del “Destino Manifiesto” en una versión multilateral y no evidente, sino encarnada en cada acto y gesto cotidianos, que los hace superiores respecto de otras razas (indios, mexicanos y franceses) y aun superar sus propios vicios.

## CAPÍTULO V

PELÍCULA DE HOMENAJE  
AL BATALLÓN DE SAN PATRICIO

1. Título en español *Héroes o traidores*. El título en inglés es extraído de una oración dicha por John Riley (Tom Berenger), capitán del batallón: “el héroe de un hombre es el traidor de otro”, por donde la película terminó llamándose: *One man’s hero* —dirigida por Lance Hool y (lo que es más importante en el caso de ésta que es una película histórica) el autor del guión fue Milton S. Gelman— (1998). Se encamina desde un principio a establecer el carácter heroico de los sanpatricios; esto es, a reestablecer la verdad histórica, podría decirse, en el curso de una contraargumentación aparentemente justificatoria de los irlandeses pero, en verdad, denunciante del injusto asesinato cometido contra ellos por el ejército norteamericano, en particular por el general Scott, quien ordenó la ejecución de los sanpatricios sobrevivientes a la batalla de Churubusco.

En efecto, estos soldados irlandeses no podían ser *traidores* a Estados Unidos porque si bien se les prometió la ciudadanía norteamericana si se enrolaban en el ejército aún no se les concedía y no eran, por ende, ciudadanos norteamericanos sino súbditos británicos. *Desertores* sí fueron, pero obligados por el mal trato humillante, racista, y fundamentalista anticatólico de que fueron objeto a punta de latigazos, torturas y encarcelamientos por parte de sus superiores americanos protestantes (la película ofrece escenas notables al respecto). Y dadas las circunstancias no tuvieron más opción que cruzar la frontera rumbo a México. A algunos ya ahí los sorprendió la guerra y tuvieron que enrolarse en el ejército mexicano; otros se pasaron de este lado en plena contienda por las razones antedichas. Todos ellos—así como algún polaco y otro alemán que venía con ellos, también católicos— encontraron en los católicos mexicanos no sólo hermanos de confesión sino un pueblo similar en sentimiento e idiosincracia, el cual recién se había sacudido la secular colonización española, mientras que los irlandeses sufrían aún desde siglos atrás la colonización británica.

De tal manera, lucharon con denuedo por su nueva patria, México. Después de la batalla de Churubusco debieron ser tratados como prisioneros de guerra, no como traidores. Y debió llevarse a cabo un juicio que observara las condiciones en que ocurrió su desertión. Pero Scott tenía intereses políticos vengati-

vos contra ellos. Ordenó su asesinato pretextando un castigo ejemplar, incurriendo así en otra de las mil injusticias que la invasión imperialista perpetró en el suelo mexicano.

2. Como parte de este argumento histórico, político y jurídico impecable, esta excelente película ofrece una semblanza de la personalidad, talante e intereses políticos esclavistas de Scott, y, por contraste, de Taylor, para diferenciar el estilo de ambos invasores. Este último no es cruel, ni maquiavélico, ni favorable a la invasión. Aunque sí un poco fanfarrón, pues afirma que batió e hizo huir a Santa Anna en la batalla de la Angostura (o Buenavista), cuando que el triunfo era del ejército mexicano y Santa Anna no lo consumó abandonando el campo de batalla como parte de su plan traidor favorecedor de los yankees.

Aunque la película escenifica varias batallas se echa de menos que no escenifique la de la Angostura. Así que es difícil contrastar las afirmaciones de Taylor con la realidad.

En otra parte del film los soldados irlandeses resumen el derrotero de Santa Anna. Errores y misterios que conducen siempre a perder las batallas, y se sugiere su traición cuando se enuncia el colmo: que en Angostura aquél con 20 mil hombres y Taylor con 7 mil no se sabe ni cómo ni por qué Santa Anna tuvo que huir. “Parece que a ese general [Santa Anna] le gusta perder”. La traición es sugerida, aunque en lo no dicho podría caber también que es inepto. “Inepto o traidor” es la disyuntiva de la película, al modo en que Leopoldo Zamora Plowes la troqueló en su novela (cfr. el capítulo 16 del presente libro). Las escenas de combate tienen la virtud de mostrar a ejércitos hombre por hombre similares en destreza, fuerza, bravura y arrojo, así como bastante similares armas en cuanto a eficacia, no obstante sus diferencias. Así que las derrotas mexicanas quedan acotadas por un halo sorprendente, incomprensible a menos que... estén siendo entregadas a propósito.

El hecho de que el batallón de San Patricio esté formado por soldados enlistados originalmente en el Norte americano refuerza la noción de la similitud de las fuerzas combatientes y de que las derrotas se deben a razones externas al campo de batalla pero instrumentadas en éste.

3. En realidad los sanpatricios son testigos de calidad de las atrocidades traidoras de Santa Anna, según lo demuestra la película. Así, por ejemplo, debieron defender el puente del río Churubusco topándose con que no coincidía el calibre del parque con el de las armas. Y la pregunta queda en el aire: ¿por error, por descuido, por desorganización o por traición? Santa Anna, por lo demás, no los auxilió en esa batalla (aunque se echa de menos otra vez que la película nada diga al respecto). Testigos de tantas *derrotas forzadas*, entienden que la de Chu-

rubusco también será una batalla perdida, entregada al enemigo. Pero no abandonan sus puestos. Defienden a México y combaten a los invasores, sus humillantes esbirros y pretendidos soberbios amos protestantes esclavistas, quienes los colgarán —ellos lo prevén— si los cogen prisioneros.

4. Los sanpatricios se vieron —como todo el ejército mexicano— atacados a dos fuegos, el de los americanos y el de Santa Anna. Pero en ellos la tensión dramática llega al *clímax* porque deben elegir su posición en el tablero histórico, no sólo la sufren como los mexicanos. Y la conciencia de la traición santánica redobla en su caso el dramatismo humano de su trágica elección. El sufrimiento y desventura de todo el ejército *mexicano* adquiere en ellos aspecto visible, conmovedor y universal.

El patriotismo de estos irlandeses no es el de una clase que nació vieja y de una nación decadente como las de los criollos mexicanos, es un patriotismo ejemplar; es el de un pueblo sin tierra que lucha por alcanzarla y no perderla, que lucha por su liberación del yugo colonial e imperialista. Es un patriotismo que no sólo echa su suerte con el pueblo mexicano sino que se hermana y espejea con éste, traicionado por Santa Anna y los grupos dominantes.

John Rilley sobrevive a las torturas ordenadas por Scott, y cuando las tropas norteamericanas abandonaron México en 1848 se reunió con el amor de su vida, una bella mestiza del norte de México, habitante del poblado llamado “Pesadumbre” y ella misma ostentando el nombre de Dolores (Daniela Romo),<sup>468</sup> quien para Rilley es la viva encarnación de su madre, sufridora y ya finada, así como de la patria mexicana. Al final de la película los vemos internarse en la sierra mexicana alejándose de bajas pasiones e intereses políticos y económicos enlodados. Por eso es que se pierden las noticias del último sanpatricio.

468 Casi desde el inicio de la película Rilley deberá rivalizar el amor de Dolores con un caudillo guerrillero liberal apellidado Cortina, quien, valiente y romántico, termina por cederle caballerosamente —aun contra su propia voluntad y pasión— a Dolores. Personaje ficticio del film, no obstante que efectivamente existió en el norte del país un paladín guerrillero defensor de los mexicanos contra los anglos llamado Juan “Chano” Cortina, también enfrentado contra la dictadura mexicana pero alrededor de 30 años después, durante la dictadura de Porfirio Díaz, y ya bien asentados los norteamericanos en el territorio arrebatado a México. Véase al respecto la referencia de este caudillo en el capítulo 24 de la parte 1 del presente libro.



### PARTE III

## EL PROLETARIADO FRENTE AL SOMETIMIENTO DE LA NACIÓN

### PRESENTACIÓN

El fetichismo del Estado —del que el fetichismo o mito Santa Anna constituye una singularización o instrumento de efectuación— tiende a identificar a la nación con el Estado así como al estadista Santa Anna con la nación; asimismo, tiende a suspender el carácter de sujeto —especialmente de sujeto histórico o transformador de las relaciones sociales existentes— a los seres humanos, comenzando —paradójicamente— con Santa Anna. Pues, si por un lado queda exaltado como presunto demiurgo de la nación, de otro lado, al quedar identificado con su producto —esa misma nación— se absorbe en la objetividad premial y en la resultante. De tal manera, la época, la nación y el ser sujeto histórico constituyen los sustratos estratégicos que el mito Santa Anna somete y a cuyo sometimiento éste se estructura. Por ello, en los capítulos precedentes cada vez que redondeábamos un aspecto de la crítica al fetichismo Santa Anna debimos reponer las cosas en su lugar; así, hablamos de qué clase de sujeto fue Santa Anna (capítulo 5, parte I) y de la época que lo hizo posible (capítulo 16, parte I). El sometimiento de la nación por parte del fetichismo del Estado y del mito Santa Anna resalta no sólo en la estructura sometida del sentido común nacional (parte II) sino en la suerte de los mexicanos que quedaron atrapados en aquella parte del país que los Estados Unidos le arrebatara a México: los actuales chicanos. Por ello, cabe ahora liberar a la nación de esta prisión y hablar del auténtico nacionalismo; y como el sujeto histórico específico que le interesa al capitalismo neutralizar —y entonces al fetichismo del Estado y de Santa Anna— es al proletariado revolucionario, tenemos que el sustrato básico de todos los sometimientos aludidos, esto es, aquello que debe quedar aplastado bajo el peso de los mismos, es ni más ni menos que la relación activa entre el nacionalismo y el proletariado. La puesta en claro de esta relación redondea, por ende, la crítica al fetichismo Santa Anna.



## CAPÍTULO I

## NACIONALISMO Y PROLETARIADO

La reivindicación de la nación por parte de la burguesía es, en general, un hecho evidente dado el arraigo de la burguesía a la propiedad privada, base de cualquier segmentación del planeta Tierra. No es el caso del proletariado, personificación de la negación de la propiedad privada. De ahí la necesidad de reflexionar la relación del proletariado con la nación y el nacionalismo. *La intervención de Santa Anna en la historia de México puso radicalmente en cuestión el significado del ser nacional y del nacionalismo*, no digamos para el proletariado y las clases subalternas en general, sino aun para la burguesía y otras clases dominantes que conformaban la oligarquía de los primeros treinta años del México Independiente. Procederemos a reflexionar la relación entre el proletariado y el nacionalismo, base a su vez de la relación entre el pueblo en general y el nacionalismo. Va implícita la relación entre la burguesía y éste; por ende, en las páginas que siguen no explicitaremos su tematización.

1. EL INTERNACIONALISMO REVOLUCIONARIO,  
CONDICIÓN POLÍTICA BÁSICA PROLETARIA

Para que el capital industrial explote a la clase obrera es imprescindible que ésta carezca de los medios de producción necesarios para reproducirse y, por ende, que exista *enajenada* de toda la riqueza material. Su salario es el medio para mantenerla sobreviviendo pero a la vez perpetuando su sometimiento;<sup>469</sup> por todo ello, la clase obrera deviene en clase radicalmente revolucionaria.<sup>470</sup> Su estructura en tanto sujeto rebelde se completa al organizar sus respuestas ante el resto de maneras de sometimiento, extorsión y esquilamiento a que la someten las restantes formas de capital, es decir el capital comercial y el usurario, el terateniente y el estatal, así como el capital social en tanto Estado.

<sup>469</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo I, sección séptima, capítulo XXI, "La reproducción simple de capital".

<sup>470</sup> *Ibid.*, capítulo XXIII, "La ley general de la acumulación".

La clase obrera se encuentra, pues, totalmente expropiada por el capital.<sup>471</sup> De aquí deriva la condición *básica* de ser *revolucionaria internacionalista sin patria*. Se trata del proletariado en tanto fuerza de trabajo, esto es, en tanto *abstracción histórica* construida prácticamente por el modo de producción capitalista sobre el cuerpo del proletariado y sobre las estructuras de su reproducción sexual, familiar, cotidiana.

## 2. LA SUSPENSIÓN CAPITALISTA DE LA POLITICIDAD PROLETARIA BÁSICA

No obstante, el proletariado es irreductible a tal abstracción, pues sólo es fuerza de trabajo en tanto que es fuerza vital, esto es, no sólo laboral sino también consumtiva, así como gestora/testificadora de *su ciclo reproductivo de producción/consumo*, de suerte que está en disposición de direccionarlo y elegir *formas* diversas de realizarlo. Esta capacidad electiva global de sí es la que constituye la politicidad básica del proletariado, la que lo define como sujeto humano, no sólo como un viviente.<sup>472</sup>

Así, la condición básica y fundamental del proletariado se complementa con otra que lo especifica suficientemente y que deriva de su condición de fuerza viva, a la vez que específicamente humana y que lo determina como sujeto capaz de proyectar su futuro.<sup>473</sup> Y no podía ser sino que esta condición *suficiente* de existencia del ser proletario fuera sometida por el capital, lo mismo que su condición *básica* de ser fuerza de trabajo o de importarle al capital sobre todo en tanto fuerza de trabajo, así que una y otra vez tiende a reducirlo a eso.

## 3. LA NACIÓN PROLETARIA COMO RESIDUO CAPITALISTA

En tanto *sujeto vivo*, el proletario habita un espacio y un tiempo determinados en condiciones materiales precisas, tanto de paisaje como de instrumentalidad y, por ende, de usos, costumbres, lenguaje, moralidad y cultura. Es un congénere de otros seres humanos, proletarios y no proletarios, con quienes interactúa. Coetáneo y coterráneo que nace, crece, se reproduce y muere interactuando socialmente. Es parte de una generación en medio de otras, en fin, de un conjunto de nacidos, nativos, nacionales; y todos ellos son una *nación*, esto es, un conglomerado humano organizado para nacer y producir nacimientos en vista de reproducirse y perdurar arraigados concretamente en un territorio en un tiempo

471 Cfr. Karl Marx y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*.

472 Cfr. Bolívar Echeverría, "La forma natural de la reproducción social", pp. 33-46.

473 Cfr. Karl Marx, *op. cit.*, capítulo V, "Proceso de trabajo".

y con formas de vida determinadas. Esto es lo que constituye básicamente una nación. Y el proletariado, aunque expropiado de medios de producción y de tierra, no deja de pisarla y de respirar sobre ella,<sup>474</sup> ni de interrelacionarse con valores de uso determinados para reproducirse celularmente, así como con otros sujetos para reproducirse moral y sexualmente.

Desde el consumo se verifica un arraigo terrenal de los sujetos sociales así sea como proletarios, esto es, en tanto expropiados y producidos como abstracción práctica, tendencialmente reducidos a mera fuerza de trabajo.

#### 5. LA NACIÓN PROLETARIA, LA JUDÍA Y LA NACIÓN ESENCIAL

La condición de la *nación proletaria* bajo el capitalismo, en tanto desvinculada de la tierra y sin tenerla como premisa propia, a la vez que constituyéndose con base en la organización *procreativa* y de *consumo* de bienes cotidianos en torno a los que se erigen una moral y unas costumbres concretas, una *segunda naturaleza*, una segunda tierra nutricia en la que germinan los nacimientos, es análoga a la del *pueblo judío* en la diáspora, en tanto pueblo sin tierra pero como nación con tradiciones y solidaridades referidas a una organización patriarcal comunitaria. Nación que pervivió por siglos en el seno de diversos países de Europa resistiendo condiciones de humillación xenofóbica.

Además, *la nación sin tierra* es la nación en su especificidad, en su fundamento específico. Y si el capitalismo la ha realizado para toda la humanidad proletarizada, el pueblo judío la ejemplificó dentro del precapitalismo, tan arraigado a la tierra.

#### 4. LA TERRITORIALIZACIÓN DE LA NACIÓN, CONDICIÓN PARA SOMETER LA NACIÓN PROLETARIA A LA CAPITALISTA

Es evidente que el capital requiere, para apuntalar la explotación de la fuerza de trabajo obrera, crear instrumentos institucionales que sometan al obrero en tanto sujeto vivo más allá de la fábrica, en el consumo y la procreación, en la moral y la cultura toda.

Debe, pues, someter las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y desde la base territorial sobre la que ésta se asienta,<sup>475</sup> y de ahí hasta la cúspide ideológica según la cual se orienta. La territorialización de la ideología de

474 Cfr. Karl Marx, "Crítica a la filosofía y a la dialéctica hegeliana en general", en *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, tercer manuscrito.

475 Cfr. Karl Marx, "La renta del suelo", en *op. cit.*

sometimiento es el *nacionalismo* y el *patriotismo* burgueses impuestos a toda la población, incluso al proletariado, no obstante que éste carezca de tierra y de todo medio de producción.

De hecho, el capital industrial requiere someter al proletariado territorialmente independientemente de este efecto ideológico sometiente del patriotismo. La politicidad o capacidad de elección de *forma* de ser —y, entonces, de gestionar su libertad— del sujeto viviente que es el proletariado debe quedar orientada a la defensa de las condiciones de reproducción del capital y éstas *coinciden* con el territorio nacional en el interior del cual el capital explota a la clase obrera.<sup>476</sup> Por lo tanto, también en este punto aludimos a una condición general de la existencia del capitalismo.

Así, la condición básica de reproducción del capital (el territorio) coincide con la del proletariado, y con ello el capital logra —sin proponérselo— establecer su territorio propio de explotación y, simultáneamente, sesgar la orientación del sujeto vivo en el sentido de la defensa de su condición territorial de existencia, la cual coincide con ser propiedad del capital y ante la que el proletariado se encuentra expropiado pero necesitante, así que tiene al territorio nacional como permanente *esperanza* de lograr (como zanahoria que intenta adquirir en medio de la faena en el zurco), a la par que como condición *dada* real pero formalmente ajena.

## 6. LA NACIÓN CAPITALISTA ES TERRITORIALISTA Y ESTATALISTA

El capital requiere un territorio para emplazar sus medios de producción y sus empresas, en las que ubica la explotación de la fuerza de trabajo.<sup>477</sup> Ésta, además, requiere fuera de la fábrica un lugar en dónde vivir y un espacio urbano en el cual convivir con otro.<sup>478</sup> El capital —transformado en terrateniente—<sup>479</sup> también se adueña de los espacios y de las construcciones erigidas sobre ellos. El capital social estatal es el primer terrateniente y cede títulos de propiedad territorial a particulares, sean capitalistas u obreros, etc., mediando algún tipo de pago en dinero.

476 Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*. El capitalismo requiere siempre territorio para emplazar las máquinas mediante las que explota a la fuerza de trabajo. La apropiación privada del territorio por el capital es la base de la nación burguesa. Pudiendo ser ésta tan pequeña como Andorra o tan grande como el mundo.

477 Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo 13, “Maquinaria y gran industria”.

478 Cfr. *Ibid.*, capítulo 23, “La ley general de la acumulación capitalista”, parágrafo 3, “Ilustración de la ley”.

479 Cfr. Karl Marx, *op. cit.*, tomo III, sección sexta, “La renta del suelo”.

La *nación capitalista* es un conglomerado de empresas capitalistas emplazadas en un territorio, al lado de éste existe otro territorio en el que habita la fuerza de trabajo sin ser propietaria de ese terreno sino que su propietario es el capital bajo otra forma que la que adquiere para explotar la fuerza de trabajo. Este capital terrateniente también esquilma a la clase obrera al venderle o rentarle terreno y casa.<sup>480</sup>

La *nación capitalista* es necesaria y básicamente una *nación territorializada*<sup>481</sup> en gracia al carácter preponderantemente tecnológico, objetivo y económico del capital. Esto la diferencia de la *nación proletaria* y humana en general, preponderantemente procreativa y sólo complementariamente territorial,<sup>482</sup> sobre todo en lo que se refiere a la propiedad territorial formal jurídica.

Esta condición básica de la nación capitalista —necesidad de un *territorio* cualquiera en propiedad del capital para emplazar los medios de producción<sup>483</sup> que monopoliza, y mediante los cuales puede explotar plusvalor a la fuerza de trabajo— se completa con otra suficientemente. Esta última condición consiste en que el capital se emplaza concretamente no en *cualquier* terreno sino en territorios *específicos*, con ventajas y desventajas comparativas respecto de otros, lo cual posibilita una explotación más fácil o mayor de plusvalor en este territorio que en otro, etc. La condición básica deriva del concepto de capital; la condición suficiente le es extraña a éste, pero éste se topa con ella y la aprovecha al ser lo propio del territorio en tanto valor de uso. Así pues, cada territorio y en general cada país ofrece ventajas comparativas para explotar la fuerza de trabajo nacional que los capitales de esa nación cuidan celosamente y el capital social

480 *Cfr. op. cit.*, capítulo 23, “La ley general de la acumulación capitalista”, párrafo 3, “Ilustración de la ley”.

481 La primera vez que expuse la diferencia entre nación capitalista territorialista y nación en general, en particular la nación proletaria procreativa, fue en el ensayo titulado “Nación y capitalismo”, que presenté como ponencia en el Primer Encuentro Sobre Industrialización de la Cultura y Formas de Resistencia Cultural, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la unam, el 17 de enero de 1985.

482 Decir “complementariamente territorial” no pretende negar la obvia necesidad de los seres humanos de habitar con los pies puestos sobre la tierra. Pero ésta no necesariamente debe ser objeto de apropiación privada, territorialmente segmentada. De suerte que el territorio y la tecnología, así como cualquier dimensión material, es de interés para la existencia del proletariado una vez que asume el poder y antes, tanto a nivel local, regional, nacional e internacional. Esto es decisivo en el contexto de la crisis ecológica mundial. Aún más que al capital, al proletariado le interesa existencialmente la gestión del medio ambiente, mientras que al capital sólo por razones técnicas y económicas. La condición radicalmente procreativa del sujeto social proletario implica para su sobrevivencia la consideración técnica no falaz de una economía ecológicamente sustentable.

483 *Cfr. Karl Marx, op. cit.*, “Maquinaria y gran industria”.

estatal de esa nación es el encargado de garantizar para todos.<sup>484</sup> La nación se estataliza.

Esas ventajas comparativas arrojan plusganancias y plusvalor extra<sup>485</sup> que cada Estado preserva para el sector de capitales que integra en nación. Así que los distintos países capitalistas compiten entre sí territorialmente por las *plusganancias* nacionales, al modo de los múltiples capitales que compiten en torno a la *ganancia media*<sup>486</sup> en el interior de una sola nación. De ahí el nacionalismo burgués tan marcadamente territorializado y envidioso hasta la xenofobia por arraigado a la propiedad del territorio específico. La competencia entre empresas transnacionales —así llamadas por su operación en distintos territorios nacionales— constituye un aspecto particular de lo dicho; por ende, lo confirman. Pues cada una de estas empresas está adscrita jurídicamente a un territorio nacional. Así, tenemos que unas empresas transnacionales son alemanas (Bayer, Volkswagen, etc.) mientras que otras son estadounidenses (General Food, Ford, etc.) o de algún otro país.

6.1. Dadas las falsas apariencias y efectivas “nuevas realidades” que se generan en el curso de la internacionalización del capital y de la actual globalización capitalista, es necesario que *resumamos* las perspectivas esenciales que hemos de-

484 Cfr. Karl Marx, *op. cit.*, sección sexta, “El salario”, capítulo XX, “Diferencias nacionales de salarios”.

485 Cfr. Bolívar Echeverría, “El problema de la nación. Desde la «Crítica de la Economía Política»”, en *El discurso crítico de Marx*, pp. 179-205. Las deudas de mi perspectiva con las ideas de Bolívar Echeverría sobre el tema son múltiples y decisivas. La diferencia esencial es la siguiente. En el artículo recién citado Bolívar Echeverría diferencia pertinentemente entre “nación” (la nación del Estado) y la “nación” (del pueblo). Piensa a la nación del pueblo y, por ende, del proletariado en la clave del conjunto de los valores de uso necesarios para la reproducción de la gente, valores de uso entre los que el territorio es priorizado políticamente. Idea en la que lo sigo. Pero pienso que pone demasiado énfasis en la dimensión territorial de la nación proletaria debido a no criticar radicalmente el carácter territorialista de la nación burguesa, de la nación del Estado. Y así lo hace, según yo, porque carece del concepto de fuerzas productivas procreativas bien definido. Por lo que me di a la tarea de perfilarlo a partir de las tesis de Marx de la *Ideología alemana* (1846) y de Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1885) (cfr. mi “El materialismo histórico en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*”). Bolívar Echeverría intenta compensar esta carencia pensando a la nación en clave culturalista, complemento de su territorialismo de base. No ve que la cultura forma parte de las fuerzas productivas procreativas, y que las dimensiones básicas (sexuales, procreativas, sociales y políticas) de éstas arraigan terrenal y materialmente al proletariado y su nación sin que el territorio específico deba ser aquello que los ancle al globo terráqueo. Por terrenal el proletariado no es territorialista.

486 Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo III, sección segunda, “La transformación de los valores en precios de producción”.

finido aquí para *demostrar su pertinencia* también respecto de esas nuevas realidades y para *destruir sus falsas apariencias*.<sup>487</sup>

Según dijimos, la nación burguesa o capitalista es territorialista y estatalista; o, como dice Bolívar Echeverría agudamente, es la Nación *del* Estado (capitalista). Y debido a que el capital industrial —en vista de explotar al proletariado— requiere forzosamente del Estado para cohesionar coercitivamente a la sociedad, el Estado capitalista requiere forzosamente de la *forma Nación territorialistamente entendida*. Porque la exacerbación o hipóstasis del territorio frente a los sujetos humanos es el modo en que el capital asume al espacio, al territorio —en tanto condición tecnológica general que es—. La forma Estado nacional es consustancial al modo capitalista de producción y no será abolida sin antes subvertirlo. ¿Por qué?

Por el doble arraigo *tecnológico* del capital al territorio. En efecto, los medios de producción o fuerzas productivas técnicas son el *cuerpo del capital* desglosado en fuerzas productivas técnicas estrictas que se deben *asentar* en un espacio determinado y *materias primas* que se localizan en territorios precisos. Esta doble determinación territorial del capital arreglada tecnológicamente lo arraiga para que sea en *ese* espacio donde explote a la clase obrera. Por un lado, los medios de producción son objetos *materiales* que requieren de un *sopORTE* espacial. Por otro lado, las materias primas se encuentran distribuidas de modo heterogéneo en el globo terráqueo, y su localización es decisiva para los costos de producción del capital. La tasa de ganancia depende, pues, del *emplazamiento territorial del capital para explotar* plusvalor a la clase obrera.<sup>488</sup>

El cuerpo del capital, por ser *tecnológico*, es territorialista, ya que la relación capitalismo proyecta sobre el territorio su impronta privatizante; mientras que el cuerpo humano es *biológico genérico* y, por ende, su arraigo es terrenal sin que, como el castor u otro animal, se restrinja a un nicho ecológico espa-

487 Agradezco la sugerencia de mi amigo Andrés Barreda Marín para que yo explicitara lo que sigue.

488 A diferencia del pensamiento que puede abordar de modo totalizador o integral a su objeto y sólo sobre esta base lo analiza parte por parte, la praxis humana ataca al objeto de transformación por partes y no omnilateralmente. Así que si tenemos el proyecto de construir una mesa, este fin se encuentra íntegro en nuestra conciencia; mientras que su realización práctica va por partes. Por ello es que original u ontológicamente —o más allá de la determinación capitalista, pero también incluyéndola— el control del territorio ocurre enceldado; comienza por el control de territorios finitos continentes de valores de uso limitados y concretos. Así se originaron los emplazamientos humanos que luego dieron origen a las naciones capitalistas, cada una en posesión de unas ventajas naturales e históricas determinadas a partir de las cuales compiten con los demás. El enceldamiento territorial praxiológico es la condición original que el capitalismo retuerce hasta presentarla como propiedad privada excluyente y como nación extrañada de las demás.

cialmente limitado, sino que tiene a toda la tierra por objeto, en acuerdo a la universalidad genérica de los seres humanos.<sup>489</sup>

6.2. Ahora bien, ciertos fenómenos capitalistas recientes *parecen* desterritorializar al capital y, por ende, apuntar a la remoción del Estado nacional como forma de administración político-espacial de la riqueza capitalista cuyo desarrollo actual se ofrece como internacionalización del capital, “transnacionalización de la economía” y, en fin, globalización (sobre todo de la hegemonía estadounidense).

Es el caso de la así llamada “fábrica mundial”, empresa que desglosa las fases de su proceso de producción en distintos territorios nacionales según conveniencias de costo y regímenes jurídicos, etc. Así que una parte es producida en Taiwan, otra en el norte de la república mexicana, otra en Alemania y así seguido hasta efectuarse el ensamblaje completo en otro sitio. Lo que tenemos aquí es la confirmación del doble arraigo territorial tecnológicamente arreglado del capital, sólo que *repetido* o subrayado en el hecho de que las conveniencias productivas de cada aspecto del proceso tecnológico son emplazadas en sitios adecuados a cada aspecto. Pero aquí la territorialización tecnológica del capital *no coincide* con la adscripción nacional de la forma original y hacia donde refluyen las ganancias producto de la realización de las mercancías producidas por esta empresa. El origen nacional de la empresa estuvo territorial y tecnológicamente determinado y hoy es “fábrica mundial” debido a un doble arraigo territorial tecnológicamente *complementario* del anterior, por lo que esta nueva determinación no desterritorializa al capital sino que lo *aferra* redoblada y nítidamente a segmentos territoriales que le son adecuados para explotar plusvalor y oprimir a la clase obrera y a la humanidad. Por supuesto, su Estado nacional de origen lo protege, garrote en mano, en su aventura territorializante.

Otro caso más simple es el de la así llamada circulación de fábricas o fábricas trashumantes o que circulan. Estas empresas agotan las condiciones ventajosas de un emplazamiento territorial local o nacional y pasan a arraigar temporalmente en otro, y así seguido. La multilateralidad territorial *simultánea* que muestra la “fábrica mundial” la vemos ahora en *secuencia*, así que la empresa que “circula” ocupa distinto territorio por vez. De tal suerte, *en cada ocasión* su relación con el Estado Nacional es doble: con su Estado nacional de origen, el que protege su aventura y hacia cuyo país refluyen las ganancias, y con el Estado Nacional en el que ancla cada vez sus naves de producción. Las contradicciones que pueden derivar de aquí —como las que derivan del emplazamiento

489 Cfr. Karl Marx, “El trabajo enajenado” y “Crítica de la filosofía y la dialéctica hegelianas” en *Manuscritos económico-filosóficos*, partes del primer y del tercer manuscritos, respectivamente.

de la “fábrica mundial”, se añaden a las contradicciones capitalistas previas que refuerzan una y otra vez la gestión y neutralización estatal-nacional de las mismas, según veremos más abajo.

Un tercer caso, más complejo que los dos anteriores, es el de la red satelital situada *fuera* del globo terráqueo y la del Internet, situada en él, pero no arraigada tecnológicamente en ningún país en particular sino en todos los de sus usuarios. Aquí tenemos medios de comunicación y no de producción directa de objetos, como en los dos casos previos, pero el espacio sigue siendo su campo de juego. Lo digo aunque resulte obvio ya que los efectos ilusorios de la tecnología virtual hacen creer que se abole el espacio, no digamos algo tan poco esencial para la humanidad —aunque tan esencial para el capitalismo— como es el Estado-Nación.

Si bien los satélites giran fuera del globo terráqueo, su uso es terrestre y la propiedad de los mismos corresponde a capitales nacionales definidos. La puesta en órbita y la protección de los mismos depende de Estados nacionales determinados y las ganancias producto de su operación refluyen hacia países definidos. En el caso de Internet el arraigo territorial tecnológico es múltiple y mundial, aunque concentrado sobre todo en el territorio de los Estados Unidos, mismo hacia el cual refluyen las ganancias obtenidas por su funcionamiento. A no dudar, es el Estado norteamericano el que se encarga de intervenir diplomática o militarmente en caso necesario si se obstaculizan las operaciones de Internet o el reflujo de las ganancias correspondientes. Ahora bien, Internet y la red satelital, además de la serie de “nuevos materiales” y nuevas tecnologías producto de la revolución tecnológica de los ochenta y los noventa son los vehículos actuales de la expansión del capitalismo norteamericano, así como del ejercicio de su creciente hegemonía sobre el globo terráqueo,<sup>490</sup> así que al resto de capitales y de Estados nacionales avasallados se les presiona con la otra mano para que instauren políticas económicas neoliberales tendientes a debilitar las diversas instancias protectoras de la soberanía nacional de cada país a nivel estratégico, tecnológico, económico, político y cultural, o bien, eufemísticamente dicho, se las insta a “liberalizarse”. Pero toda esta presión, doble juego, avasallamiento y sometimiento aparecen tecnológicamente promovidos, así que en la dinámica tecnológica correspondiente —por ejemplo, el presunto acceso ilimitado a la información a disposición de los usuarios de Internet en sus carreteras y plazas de luminosa libertad virtual—, sí, en la tecnología, queda ocultado y transfigurado el ejercicio de la hegemonía capitalista norteamericana, precisa-

490 Cfr. Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda Marín (coordinadores), *Producción estratégica y hegemonía mundial*.

mente con aspecto de disolución de los límites, la opresión, los fundamentalismos, las contradicciones, el Estado y hasta el capital.

Lo que realmente ocurre es la trituración, molienda y disolución sólo relativa de los Estados nacionales a favor de la mejor digestión, integración y fortalecimiento del Estado norteamericano, cuya territorialización estratégica es la que se globaliza. Mientras, para que esto suceda, la globalización *semeja* un clima, un avance general, un sentimiento de euforia potenciada universal.

Por aquí aparece otra ilusión fantasmagórica consolatoria —¿quién dice que se ha llegado al fin de las ideologías y de las utopías, cuando que el capitalismo las fabrica en serie ya sólo por funcionar?—, una ilusión consistente en que parece palpable la disolución de los estados nacionales, de suerte que el espacio productivo del capital pasaría a ser todo el globo terráqueo.

6.3. En principio, puede pensarse posible la disolución de los Estados nacionales... menos uno, el gran Estado capitalista hegemónico total. Al modo en que en los años veinte surgió la idea (entre Hilferding y otros) de la abolición de la competencia de los múltiples capitales en el interior de una sola nación y la consiguiente conformación de un gran *cártel general* planificador de la economía nacional.<sup>491</sup>

Hoy la “regionalización” de la economía internacional en el bloque del NAFTA o en el de la Comunidad Europea, etc., sugiere la desaparición de las naciones, sin ver que, a lo más, ello apunta a crear *nuevas territorializaciones* nacionales *acordes* con la nueva medida acrecida de los grandes capitales concentrados a la sombra de las fronteras nacionales previas en vista de ser competitivos a nivel internacional ante capitales extranjeros de medida acrecida. “Regionalización” es, en verdad, *reterritorialización* de los capitales toda vez que la *medida del capital* es la clave de la medida de la nación.

Así que respecto a la utopía de la disolución de los Estados nacionales, podemos decir que su meta real apunta —en todo caso— a que se abole la pluralidad pero no al Estado nacional en cuanto tal. Éste crece hasta ocupar un territorio de extensión mundial. Estado capitalista territorializado al extremo que evidencia ahora su carácter *excluyente* y *despótico* de modo redoblado, inherente a su función de organización de la explotación de la fuerza de trabajo mundial, más allá de la ilusión de que el Estado está allí para defendernos de un ataque extranjero, aunque ya está lista la ideología pentagonista de *Godzilla* y del *Día de la Independencia*, donde el Estado norteamericano (cuasi Estado mundial) defiende al mundo de un ataque alienígena.

491 Para la crítica del cártel general *cfr.* Henryk Grossmann, *La ley de la acumulación y el derribo del sistema capitalista*.

6.4. Ahora bien, así como existe una ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia que rige el funcionamiento de los múltiples capitales ensarzados en una virulenta competencia que los lleva a destruirse unos a otros y a ser absorbidos por el más fuerte y cada vez mayormente monopolístico, del mismo modo —y por esa misma ley— se tiende a la conformación de un *Estado capitalista despótico total* globalmente territorializado. Esta tendencia es la que actualmente se abre paso.

No obstante, parte integrante de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia —y de su correlato, *la ley de la eficacia decreciente de la cohesión coercitiva del Estado capitalista sobre la sociedad*, decrecimiento que lo lleva a endurecerse y a expandirse para compensar su deficiencia—, parte integrante, decíamos, de la ley general del *desarrollo* histórico capitalista, son sus *contratendencias*. Bien conocidas en el caso de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia; tales como la depresión del valor de la fuerza de trabajo, el desarrollo tecnológico que acrecienta la tasa de explotación de la clase obrera y el abaratamiento de las materias primas y de todo el capital constante, etc.<sup>492</sup>

La primera contratendencia que se enfrenta al sometimiento de cada vez más territorios bajo *un solo* Estado nacional es *técnica* y emana de las dificultades que opone todo lo concreto a su homogeneización formal. La expansión de un Estado por conquista hacia territorios vírgenes o más atrasados ilustra el caso. El Estado español conquista y coloniza a América en el siglo XVI pero en el XIX ve emerger guerras de independencia en los territorios americanos que darán por resultado la fundación de naciones independientes en curso de devenir capitalistas. En el siglo XVII Inglaterra coloniza norteamérica, pero pronto *las condiciones de existencia singulares del nuevo territorio manifiestan sus ventajas comparativas* frente a la tendencia homogeneizadora y sometiente inglesa; emerge la revolución estadounidense que vencerá a los ingleses y logrará fundar el primer Estado capitalista puro, mismo que hoy extiende su hegemonía por todo el orbe capitalista.

Por lo demás, los modernos estados nacionales no sólo se oponen unos con otros como entes extraños y aun enemigos. En realidad, todos ellos constituyen directamente *formas transfiguradas del capital industrial*<sup>493</sup> operante en sus respectivos países. Pero siendo que el capital industrial se articula internacionalmente en un capital social internacional y aun mundial, los diversos estados nacionales son mediadamente particularizaciones de este capital social, son

<sup>492</sup> Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo III, sección tercera, capítulo XIV, “Causas contrarrestantes”.

<sup>493</sup> Cfr. Jorge Veraza Urtuzuástegui, “Plan, estructura y objeto del libro III de *El capital*”.

*correas de transmisión* del capital social *total* (*Gesamtkapital*) al que más allá de rebabas singulares se opone la clase obrera mundial, el obrero total (*Gesamtarbeiter*).<sup>494</sup> Estas correas de transmisión organizan segmentadamente la explotación de ese obrero total a favor del *Gesamtkapital* o capital total. El sometimiento de un Estado nacional por otro más poderoso, como es el caso de los Estados latinoamericanos por el Estado norteamericano ilustra el caso, pues, con el tiempo, estos Estados semejan cada vez más *anclajes* del Estado norteamericano en territorios no norteamericanos puestos ahí en vista de lograr la explotación de plusvalor a favor del capital norteamericano.<sup>495</sup> Este fenómeno ha sido llevado al extremo por la globalización neoliberal finisecular haciendo surgir la apariencia de que los Estados nacionales serán superados, abolidos o disueltos.

Pero los diversos estados nacionales, en tanto *correas de transmisión* y *enclaves* del capital total para organizar territorializada y segmentadamente la explotación de los pueblos y de la clase obrera, cumplen una función social y política imprescindible *para* el capital. Pues al *distribuir* la explotación por países y segmentarla territorializadamente neutralizan, difieren y aun *suspenden* relativamente el enfrentamiento del obrero total contra el capital total y su Estado, el Estado capitalista total, precisamente al *segmentar* a la clase obrera —que aparece aquí en tanto otra *condición técnica objetiva más*, propia de un territorio determinado—, sí, al segmentar a la clase obrera, la *debilita* en su enfrentamiento contra el poder capitalista total; además, le *encubre* el enemigo o se lo presenta *transfigurado*. Por si fuera poco, en cuarto lugar, procede a *oponer un segmento nacional obrero contra otro*. Aún más, el Estado capitalista nacional retiene los rasgos nacionales del segmento territorial y poblacional que administra, por donde parece estar desligado del capital pero ligado al territorio y a la cultura nacionales, por donde incluso la lucha obrera contra el capital nacional se ve sometida al Estado —y, por allí, al capital— y el nacionalismo proletario se trueca en burgués. Es difícil, por no decir absurdo, pensar que el capital mundial gustaría de prescindir de estas ventajas.

Toda tendencia disolutoria de los Estados nacionales por la fuerza del capital industrial y de los Estados capitalistas más poderosos se abre paso hasta el punto en que pone en peligro el debilitamiento/encubrimiento de la clase obrera y de la conciencia histórica y de clase de ésta contra el capital. *En ese punto* la te-

494 Para los conceptos de *Gesamtarbeiter* y *Gesamtkapital*, *cfr.* Karl Marx, *El capital*, tomo I, sección quinta, “La producción de plusvalía absoluta y relativa”, capítulo 14, “Plusvalía absoluta y relativa”.

495 Jorge Veraza Urtuzuástegui, “Dominio capitalista y revolución en la relación México-Estados Unidos hoy”, capítulo xv y último de mi tesis de doctorado.

territorialización estatalista segmentada reamanece ya no sólo como *contratendencia territorial concreta* sino como *contratendencia sociopolítica* cara al capital social.

Veamos levantarse otra *contratendencia*. Los distintos territorios segmentados por fronteras políticas defendidas por estados nacionales capitalistas soberanos, unos frente a otros, ven emerger en su seno no sólo tasas de ganancia correspondientes sino niveles salariales acordes con las condiciones morales o acostumbradas específicas de reproducción de la clase obrera del país.<sup>496</sup> Estas diferencias nacionales de salarios y de ganancias son custodiadas por los Estados nacionales a favor de los capitales del país. Si capitales extranjeros mayores logran arrebatarse a aquéllos tajadas de plusvalor y gozar de las más benignas condiciones para la explotación de la fuerza de trabajo que rigen en el país, la ventaja es indudable para esos capitales. Pero abolir la barrera nacional estatal por completo —en vista de engullir todo el plusvalor y no sólo una tajada— tiende a homogeneizar las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, lo cual elevaría los salarios de las zonas atrasadas y deprimiría los de las zonas más desarrolladas, con la consiguiente oposición de la clase obrera de éstas. Lo peor para el capital social total aquí consiste en que esta *promediación práctica* daría por resultado un nivel salarial general más alto que el que arrojaría la mera *promediación aritmética* o imaginaria de distintos niveles salariales nacionales. Todo ello en detrimento de la tasa de explotación y de ganancia. En otras palabras, el *capital total* explota más a fondo a la clase obrera —facilitándose además la emergencia de condiciones de sobreexplotación— al obrero total mundial, si éste se encuentra segmentado nacionalmente, en gracia a los niveles salariales diferenciales que prevalecen en tales condiciones históricas. Sí, más a fondo que si no existieran niveles salariales integrados nacionalmente, a veces presionados en aras del *sacrificio* por la nación con base en un ficticio pacto de amigos o de caballeros entre explotados y explotadores por ser co-nacionales. Otras veces, simplemente más bajos porque han sido alcanzados con base en una lucha desplegada por clases obreras débiles, inexpertas, poco numerosas y poco desarrolladas.

En síntesis, una vez que las ventajas de la transgresión de la barrera estatal nacional dejan de dar de sí, estas barreras vuelven a mostrar su razón histórica específicamente capitalista o favorable a la explotación de plusvalor de ser. Se abre paso la *contratendencia* histórica que las restablece. Resulta, entonces, me-

<sup>496</sup> Cfr. Karl Marx, *op. cit.*, tomo I, sección sexta, “El salario”, capítulo XX, “Diferencias nacionales de salarios”.

por que abolirlo tener al Estado nacional sometido al capital extranjero o en general a los requerimientos del *capital total*.

6.5. No obstante, sepamos valorar en su justo peso la emergencia histórica de un fenómeno como la recién descrita y discutida *pseudodisolución del Estado nacional*. Este hecho reúne sobre sí las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo dadas en cada nación con las exigencias del capital extranjero de llevarse una tajada cada vez mayor de plusvalor. El Estado nacional en tanto correa de transmisión del *capital total* interviene para coercionar redobladamente a la clase obrera y al pueblo en general ante la crisis y situación de emergencia nacionales. La sobreexplotación de la clase obrera adquiere entonces dimensiones generales; se constituye en norma histórica coyuntural de existencia de la humanidad. La explotación salvaje de la clase obrera es la condición civilizatoria posmoderna del planeta.

Pero no sólo ocurre esto, ya que el interés del capital extranjero no sólo es de tajadas de plusvalor sino aún de capital constante y de condiciones jurídicas y políticas y territoriales favorables. Por aquí, la *pseudodisolución del Estado nacional* fomenta y hace germinar la proclividad de los dirigentes políticos de un pueblo a *traicionar* a su nación por creer que el Estado nacional será superado; y qué mejor, pues era —se cree falazmente— condición coercitiva y de retraso a la modernización y a la liberación de la humanidad. Se producen entonces los Santa Annas que el caso requiere para servir al capitalismo norteamericano hegemónico, etc.

## 7. NACIÓN BURGUESA Y NACIÓN PROLETARIA

La *nación capitalista* es predominante sobre la *nación proletaria* y la somete a su orientación expropiando su perspectiva específica, comenzando por territorializar xenofóticamente la idea de nación, así que el nacionalismo burgués, conservador o revolucionario, tiende a someter y a confundir al nacionalismo proletario revolucionario por la vía de validarse como nacionalismo sin más. La clase obrera, si quiere o requiere ser nacionalista, lo hace plegándose a la ideología burguesa, y si rechaza ser nacionalista lo hace rechazando al nacionalismo proletario revolucionario, dimensión que concreta a la conciencia de clase revolucionaria internacionalista y desterritorializada. Por este rodeo acepta la interdicción de la ideología burguesa y por un rodeo antinacionalista recae en la ideología burguesa en tanto asume de buen grado su abstracción e incomplitud. Acepta su reducción a mera fuerza de trabajo y el olvido de su ser sujeto vital, viviente y terrenal como lo más propio y no como su negación sino como lo

más positivo y *per se* revolucionario. Cuando que se trata más bien del auto-arrinconamiento reflejo del arrinconamiento práctico que el capital le aplica al proletariado. Así que el proletariado queda conforme con el destino que el capital le diseña, al tiempo en que cree que se le opone; hace su rabieta y, embeorrinchado, arriba a una actitud fijista, cerrada, que no le da posibilidad de pensar fluída, dialécticamente tampoco otros temas de la conciencia de clase.

La nación capitalista territorialista se impone a la nación proletaria y humana en general procreativa, y el nacionalismo burgués al proletario, imponiendo la estatalización de la politicidad proletaria. De tal modo, la liberación del proletariado pasa por la crítica del nacionalismo burgués. Y ésta es posible sólo con base no en la condición del proletariado como fuerza de trabajo —pues por allí apenas comienza esta crítica—, sino en tanto fuerza vital de un sujeto concreto desde la cual redundan en la consolidación de un nacionalismo proletario.

De otro lado, las condiciones materiales de opresión imponen prácticamente a la nación burguesa sobre la proletaria. En este caso la lucha proletaria antes de lograr una revolución comunista triunfante debe lograr postular una posición proletaria nacionalista. La lucha proletaria debe considerar como parte suya la lucha nacional, la lucha por la nación: primero contra el enemigo extranjero; segundo contra la burguesía nacional que tiende a imponer el programa nacionalista burgués de modo pleno.

#### 8. OBLIGATORIEDAD DE LA LUCHA POR LA JORNADA LABORAL Y DE LA LUCHA POR LA NACIÓN

Mientras la lucha proletaria no derroca a la nación burguesa en la que ocurre la disputa proletaria por la nación no trasciende hacia el socialismo, pero es la *mediación concreta* para realizar el nacionalismo proletario pleno coincidente con su internacionalismo.

Esta disputa por la nación es *disputa por la nación burguesa*, de suerte que se ofrece en analogía, en tanto lucha política, con la lucha económica por el salario y por la longitud de la jornada de trabajo.<sup>497</sup> Son luchas obligadas para el proletariado por el modo por el modo en que está construido el modo de producción capitalista y su modo de *explotación* de la fuerza de trabajo y de la *enajenación* de la fuerza vital de la sociedad toda, en particular del proletariado.

<sup>497</sup>Cfr. Karl Marx, *op. cit.*, capítulo VIII, “La jornada de trabajo”.

El triunfo de una lucha tal no trasciende al sistema sino que apuntala las condiciones de enajenación y explotación de la fuerza de trabajo,<sup>498</sup> análogamente al hecho de que el resultado de la lucha por un mejor salario no destruye las relaciones capitalistas de explotación sino sólo modifica una cota cuantitativa de las mismas a favor del proletariado, pero, por un rodeo, reapuntala las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, amén de situar la línea de explotación en un nivel viable para que el capital no agote la fuerza de trabajo existente sino que ésta se preserve para seguir siendo explotada. Esta lucha (laboral y salarial) constituye, pues, un mecanismo de regulación de la *explotación económica* del capital, así como la disputa proletaria por la nación burguesa constituye un mecanismo de regulación de la *enajenación política* del capitalismo. Regular la explotación se convierte, así, en interés proletario de supervivencia ante la disyuntiva de que ocurra la explotación salvaje sin regla ninguna. Es, pues, una lucha obligada para el proletariado.

La regulación de la explotación económica —que impone la lucha del proletariado por la jornada de trabajo— regula la *relación básica constitutiva* del modo de producción capitalista, la *relación capital-trabajo*. La regulación de la enajenación política del capitalismo —que impone la disputa proletaria por la nación burguesa— regula la *relación suficiente constitutiva* del modo de producción capitalista, la *relación capital-capital* en su figura concreta. En efecto, el modo concreto de la relación capital-trabajo es la *oposición de clases internacionalmente constituidas*, la burguesía y el proletariado incluso mundiales; mientras que el modo concreto de la relación capital-capital es la oposición entre naciones capitalistas, esto es, de *capitales nacionalmente constituidos* y enfrentados entre sí internacional y aun mundialmente. De ahí que la clase proletaria no pueda devenir de clase en sí en clase para sí, capaz de enfrentarse al capitalismo como un todo, sin pasar por la lucha por la nación, sofrenando primero el proyecto respectivo del capital y luego arrebatándose y sustituyéndolo por otro proyecto de nación.

#### 9. LA FORMACIÓN Y RESISTENCIA DEL PROLETARIADO ANTE LA DISPUTA POR LA NACIÓN BURGUESA

¿Qué gana el proletariado en la disputa por la nación burguesa? Primero, iniciarse en la lucha nacional en vista de lograr *concretar la lucha por la nación proletaria*, ya que en la historia se aprende algo sólo ejercitándose en algo aná-

<sup>498</sup> Cfr. Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, primer manuscrito: “El salario”.

logo, al modo en que “se aprende a nadar nadando” (Hegel). En segundo lugar, el nacionalismo revolucionario proletario que se va conformando en el curso de la lucha por la nación burguesa y que permite esbozar la lucha por la nación proletaria constituye la base que permite *llenar de contenido concreto al internacionalismo proletario*. De otra suerte, éste vaga en el aire sin fundamento *útil, sexual, procreativo y emotivo*, etc., pues son estos los contenidos fundamentales de la nacionalidad.

Ambos puntos (primero y segundo) alimentan al *proyecto* de un nacionalismo proletario revolucionario; los que vienen arraigan en la condición de existencia *presente* del proletariado.

Pues, en tercer lugar, el proletariado no sólo garantiza al capital el territorio en el que explota al proletariado una tasa y en condiciones dadas, sino que preserva o defiende sus propias formas de ser y reproducirse (sus usos y costumbres dentro de esa nación). Son usos y costumbres económicos, políticos, sociales, culturales, religiosos, alimentarios, lingüísticos, sexuales..., en fin, el *sistema concreto de valores de uso y necesidades*<sup>499</sup> mediante los que reproduce su vida. Sistema en primer lugar por defender frente al embate del valor, y sólo en segundo lugar a transformar en vistas del logro de un mejor valor de uso.

En cuarto lugar —que se desglosa del anterior— el proletariado *logra mantener su condición ciudadana dentro de la nación capitalista dada*, pues el sometimiento capitalista extranjero añade a la *explotación* de plusvalor el colonialismo, el cual significa la humillación, maltrato y sobajamiento del proletariado, su trato como ciudadano de segunda. Esta condición moral se convierte en palanca para redoblar la explotación obrera, como bien lo ilustra la historia de los chicanos.

#### 10. EXPLOTACIÓN MUNDIAL DE LA FUERZA DE TRABAJO, COLONIALISMO Y NACIONALISMO

La explotación de la fuerza de trabajo mundial a través de la explotación nacional es más intensa que si no ocurriera la diferenciación nacional del proletariado y del capital, primero, porque éste pone a su favor las ventajas comparativas de cada país para elevar la tasa y la masa de plusvalor; luego, porque enfrenta a unos obreros con otros desde su “arraigo domiciliario” a ciertos sectores territoriales y climáticos, etc., poniéndolos a competir entre ellos; tercero, la competencia entre capitales llevada a nivel de naciones los lleva a competir por

<sup>499</sup> Sobre el concepto de “sistema de necesidades” cfr. G. F. Hegel, *Filosofía del derecho*, así como Agnes Heller, *El sistema de necesidades en Marx*.

mercados,<sup>500</sup> a arrebatarse los rebaños de fuerza de trabajo,<sup>501</sup> a conquistar territorios y a *colonizar* a las poblaciones ahí asentadas,<sup>502</sup> con la posibilidad de explotar a la fuerza de trabajo colonizada de modo redoblado, a la par que, cuarto, por ello, el capital está en posición de explotar más intensamente a la clase obrera no colonizada del propio país al ponerla a competir con la colonizada.

Asimismo, la colonización capitalista es un método potente para despojar de sus tierras y medios de producción a los habitantes del territorio colonizado, así que simultáneamente es un método de acumulación originaria de capital<sup>503</sup> y para proletarianizar a esa gente. El caso de la fuerza de trabajo chicana en Estados Unidos también es aleccionador al respecto.

Así pues, cuando el pueblo defiende su nación, en particular por lo que toca al sector proletario de ese pueblo, si bien defiende la *nación territorialista del capital*, defiende *en todos los casos* mejores condiciones políticas, sociales y aun económicas de existencia. Pues los invasores capitalistas —si bien pueden traer consigo un relativo progreso— entran a sangre y fuego, como *máquinas de humillación, racismo, hipocresía, deslealtad y explotación* más intensa.

#### 11. ANTICAPITALISMO, ANTICOLONIALISMO, INTERNACIONALISMO Y NACIONALISMO

La clase obrera es revolucionaria internacionalista *anticapitalista* por ser explotada por el capital industrial y el resto de formas de capital nacionalmente determinadas. Pero es además nacionalista revolucionaria por ser *anticolonialista* (y antiimperialista), y contraria al despojo y a la explotación que opera el capital social de un país sobre el proletariado de otro.

Ahora bien, la condición para que este *nacionalismo revolucionario proletario* sea auténtico consiste en que la alianza que el proletariado lleve a cabo con la burguesía nacional o sus sectores nacionalistas auténticos contra la expansión colonialista imperialista —alianza relativamente afirmativa de la patria burguesa— sea la condición para afirmar la nación proletaria —esto es, *la red de relaciones procreativo-culturales garantes del sujeto social proletario y popular en general*— así como que de ninguna manera esa alianza se ponga en primer lugar o suplante el carácter anticapitalista de la clase obrera. Pues la contradicción principal que enfrenta el proletariado jamás puede ser la que se verifica con el

500 Cfr. Ivan Ilich Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

501 Cfr. Fritz Sternberg, *El imperialismo*.

502 Cfr. Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo XXV, “La teoría moderna de la colonización”.

503 Cfr. *Ibid.*, capítulo XXIV, “La acumulación originaria del capital”.

capital extranjero —la cual ciertamente redundaría en posiciones proletarias anticolonialistas y antiimperialistas— sino la que ocurre entre el trabajo y el capital, en primer lugar el capital nacional que explota directamente a la clase obrera.

La defensa obrera contra el capital nacional es en primera instancia una lucha económica por disminuir la explotación de *plusvalor* o lograr el pago del *valor* de la fuerza de trabajo, mientras que la defensa obrera contra el capital imperialista es en primera instancia una lucha política por *defender un sistema de valores de uso* (usos y costumbres y una forma de reproducción; en síntesis, un valor de uso total) a través del cual se garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo en condiciones óptimas dentro de la situación de explotación. Evidentemente la lucha contra el capital nacional deviene en una lucha análoga, y la desplegada contra el imperialismo deviene en lucha económica por disminuir la tasa y la masa de explotación de plusvalor y por mantener el pago de la fuerza de trabajo a su valor, según dijimos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Rodolfo, *América ocupada: los chicanos y su lucha de liberación*, Ediciones ERA, México, 1976.
- Alamán, Lucas, *Historia de México*, tomo v, Publicaciones Herrería, México, 1852.
- Alcaraz, Ramón y otros, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.
- Almaraz, Félix D., *The Role of the Mexican American in the History of the Southwest*, Editorial Inter-American Institute, Pan American College, Edinburg, Texas, 1969.
- Anderson, Perry, *El estado absolutista*, Siglo XXI Editores, México, 1980.
- Anónimo, *México en 1847. Por un mexicano*, Tipografía de R. Rafael, calle de Cadena #13, México, 1847 (sábado 10 de junio)
- Aricó, José, *Marx y América Latina*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1982 (primera edición 1980, Lima).
- Artaud, Antonin, *Heliogábalo, el anarquista coronado*, Editorial Fundamentos, Barcelona, 1972.
- Balbontín, Manuel, *La invasión americana, 1846 a 1848*, México, tip. de Gonzalo A. Esteva, 1883.
- Bancroft Schlesinger, Andrew, "Las Gorras Blancas. 1889-1891", *Journal of Mexican History*, primavera de 1971.
- Bancroft, Hubert Howe, *History of Arizona and New Mexico*, Editorial The History Co., San Francisco, 1889.
- Bell Blawis, Patricia, *Tijerina and the Land Grants*, International Publishers, Nueva York, 1971.
- Benítez, Fernando, *Historia de la ciudad de México*, Salvat Editores, Barcelona, 1984.
- Bloch, Ernst, *Avicena y la izquierda aristotélica*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1966.
- Bloch, Ernst, *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1965.
- Bancroft, Hubert, *History of North Mexican States and Texas*, San Francisco, 1884-1889, 2 vols.
- Bustamante, Carlos María de, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* (1847), Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico/Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, México, 1994.

- Calvo Berber, Laureano, *Nociones de historia de Sonora*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1958.
- Callcott, Wilfried H., *Santa Anna. The story of an enigma who once was Mexico* (1936), Norman, 1936.
- Canales, José T. y Cortina, Juan N., *Presents his Motion for a New Trial*, Artes Gráficas, San Antonio, Texas, 1951.
- Cardoso, Ciro, (coordinador), *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*, Editorial Nueva Imagen, México, 1983.
- Ceceña, Ana Esther y Barreda Marín, Andrés (coordinadores), *Producción estratégica y hegemonía mundial*, Siglo XXI Editores, México, 1995.
- Cervantes Tomás, Jorge, *México, historia de un pueblo*, coedición SEP/Editorial Nueva Imagen, tomo 8, México, 1980.
- Clark, Víctor S., *Mexican Labor in the United States*, U.S. Department of Commerce Bulletin, U.S. Government Printing Office, Washington, D.C., 1908.
- Chamberlain, Samuel E., *My confessions*, Harper & Brothers, Nueva York, 1956.
- Delgado, Jaime, *La monarquía en México*, Editorial Porrúa, México, 1990.
- Díaz y Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, Ediciones de El Colegio de México, México, 1972.
- Dogzhansky, Theodosius, *Genética del proceso evolutivo*, Editorial Extemporáneos, México, 1975.
- Dutschke, Rudi, *Intento de poner a Lenin sobre sus pies*, Ediciones Viejo Topo, España, 1979.
- Echeverría, Bolívar (coordinador), *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, UNAM/El Equilibrista, México, 1994.
- , “La forma natural de la reproducción social”, en *Cuadernos Políticos*, número 41, México, julio-diciembre, 1984.
- , *El discurso crítico de Marx*, Ediciones Era, México, 1986.
- Engels, Friedrich, “Discurso ante la tumba de Marx” (1883), en Marx, Karl; Engels, Friedrich, *Obras Escogidas*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- , *Antidüring* (1878), Editorial Crítica, Colección OME, número 35, Barcelona, 1979.
- , *Del socialismo utópico al socialismo científico* (1880) en Marx, Karl; Engels, Friedrich. *Obras Escogidas*, tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- , *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1886), Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1975.
- Fanon, Franz, *A dying colonialism*, Grove Press, Nueva York, 1965.

- Friend, Llerena B. "W. P. Webb's Texas Rangers", *Southwestern Historical Quarterly*, enero de 1971.
- Fuentes Mares, José, *Biografía de una Nación. De Cortés a López Portillo*, Ediciones Océano, México, 1983.
- , *Santa Anna, el hombre*, Editorial Grijalbo, Colección autores mexicanos, México, 1982.
- , *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*, Editorial Jus, México, 1959 (2ª. edición).
- Gamboa, Ramón, "Impugnación al informe del Exmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna y constancias en que se apoyan las ampliaciones de la acusación del Señor Diputado D. Ramón Gamboa.— 15 de julio de 1849" en Antonio López de Santa Anna, *La guerra de Texas*, UAM, México, 1983.
- García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, Editorial Patria, Colección "México en el siglo XIX", México, 1950.
- García, Genaro (comp.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, editados por la librería de la Vda. de Ch. Bouret, México, 1911, tomo XXXIV.
- Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada*, SEP/Siglo XXI Editores, México, 1986.
- Gayón Córdova, María, *1847-1848. La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México*, Sección 9-SNTE/Organización revolucionaria del trabajo/Semanario Corre la voz, México, 1997.
- Gill, Mario, *Nuestros buenos vecinos*, Editorial Azteca, México, 1964.
- Goffmann, Erwin, *Presentación de la persona en la vida cotidiana*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1972.
- Gómez-Quiñones, Juan, *Al norte del río Bravo (pasado lejano) (1600-1930)*, Siglo XXI Editores/Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, colección "La clase obrera en la historia de México", vol. 16, México, 1981.
- , *Roots of Chicano Politics, 1600-1940*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1994.
- González Pedrero, Enrique, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, vol. I, "La ronda de los contrarios".
- González, Nancie, *The Spanishes-Americans of New Mexico: A Heritage of Pride*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1967.
- Greenwood, Robert, *The California Outlaw: Tiburcio Vásquez*, The Talisman Press, Los Gatos, California, 1960.
- Grossmann, Henryk, *La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1984.
- Gutiérrez Santos, Daniel, *Historia militar de México 1325-1810*, Editorial Ate-neo, México, 1961.

- Hegel, G. F., *Filosofía del derecho (1830)*, UNAM, México, 1970.
- Heller, Agnes, *El sistema de necesidades en Marx*, Ediciones Península, España, 1974.
- K., Jonathan, *La capital: historia de la ciudad de México*, Javier Vergara Editores, México, 1988.
- Korsch, Karl, *Karl Marx*, Editorial Ariel, México, 1983.
- , *La concepción materialista de la historia y otros ensayos. Una controversia con Karl Kautsky*, Editorial Ariel, Barcelona, 1980.
- Kosik, Karel, “Dialéctica de la moral o moral de la dialéctica”, en VV. AA., *El hombre nuevo*, Ediciones Martínez Roca, 1970, pp. 85-103.
- Kossok, Manfred, “El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina”, en *Historia y sociedad*, México, 4 de junio de 1974.
- Krauze, Enrique, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, Tusquets editores, España, 1994.
- Labardini, Jorge, *José Guadalupe O'Hara. El brujo de Churubusco*, Miguel Angel Porrúa Editor, México, 1999.
- Lamar, Howard R., *The Far Southwest, 1846-1919*, Yale University Press, New Haven, Conn, 1966.
- Lawson, *Essay on the Literature of the Mexican War*, 1882.
- Le Bon, Gustavo, *Psicología de las multitudes*, Editorial Divulgación, México, 1962.
- Lenin, Ivan Ilich, *El imperialismo, fase superior del capitalismo (1914)*, Editorial Progreso, Moscú, 1965.
- López González, Valentín, *Cuernavaca, capital de la República. Fin del santanismo 1855*, Fuentes documentales del Estado de Morelos, editadas por el Instituto Estatal de Documentación de Morelos, Cuernavaca, Morelos, 1999.
- López y Rivas, Gilberto, *La guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1976.
- Lord, Walter, “Myths and Realities of the Alamo”, *The American West* 5, mayo de 1968.
- Lowen, Alexander, *Bioenergética*, Editorial Diana, México, 1977.
- Lukács, Geórg, *El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista*, Editorial Grijalbo, México, 1963.
- , *Historia y conciencia de clase*, Editorial Grijalbo, México, 1969.
- , *Thomas Mann*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1969.
- Martínez de Castro, Rafel, *Julia. Novela histórica y de costumbres*, Nabor Chávez, México, 1874-1875.
- Marx, Karl, “Bolívar y Ponte” (1858) en Marx, Karl; Engels, Friedrich. *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980, pp. 76-93.

- , “Diferencias entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro” (1841) en Marx, Carlos; Engels, Federico. “Escritos de juventud” en *Obras Fundamentales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- , “Introducción a la filosofía del derecho y del Estado de Hegel” (1843), Editorial Grijalbo, OME 5, Barcelona, 1978.
- , *18 Brumario de Luis Bonaparte* (1851), Editorial Progreso, Moscú, 1973.
- , *Capítulo vi inédito*, Siglo XXI Editores, México, 1978.
- , *El capital*, tomos I y III, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- , *Héroes del destierro* (1856), Editorial Domés, México, 1981.
- , *Herr Vogt* (1860), Juan Pablos Editor, México, 1977.
- , *Introducción general a la Crítica de la Economía Política/1857*, Cuadernos de Pasado y Presente, número 1, Córdoba, 1971.
- , *La ideología alemana* (1846), Ediciones Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1973.
- , *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, Editorial Grijalbo, OME 5, Barcelona, 1978.
- , *Teorías sobre la plusvalía* (1861-1866), Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI Editores, México, 1980.
- , *La Sagrada Familia o la crítica crítica de Bruno Bauer y consortes* (1845), Editorial Crítica, Barcelona, 1978.
- , *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), en Marx Karl; Friedrich Engels, *Obras Escogidas*, tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- Mattick, Paul, “Anton Pannekoek” en Anton Pannekoek, *Lenin filósofo*, Cuadernos de Pasado y Presente, número 42, México, 1973.
- , “Karl Korsch” en Varios autores, *Karl Korsch o el nacimiento de una nueva época*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1973.
- Matute Aguirre, Álvaro, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1999.
- McMurry, Larry, *In a Narrow Grave*, Editorial Encino Press, Austin, Texas, 1968.
- McWilliams, Carey, *Al norte de México*, Siglo XXI Editores, México, 1968.
- , *El conflicto entre ‘anglos’ e ‘hispanos’*, Siglo XXI Editores, México, 1972.
- Moore, Joan W., *Mexican American*, Editorial Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1970.

- Mora, Juan Miguel de, Gatuperios y omisiones, mitos y mentiras de la historia oficial, Siglo XXI Editores, México, 1993.
- Moyano Pahissa, Ángela, *México y Estados Unidos: Orígenes de una relación. 1819-1861*, Secretaría de Educación Pública, México, 1987.
- Muñoz, Rafael F., *Santa Anna*, México, Edición del autor, 1937.
- Mussacchio, Humberto (director), *Gran diccionario enciclopédico de México*, Andrés León editor, México, 1989, tomo II.
- Olmeda, Mauro, *El desarrollo de la sociedad. I Base económica*, Mauro Olmeda Editor, México, 1964.
- , *Sociedad precapitalista II. Las fuerzas productivas y las relaciones de producción en las sociedades precapitalistas*, Mauro Olmeda Editor, México, 1960.
- , *Sociedades Precapitalistas. Introducción a las sociedades preclásicas*, Mauro Olmeda Editor, México, 1961.
- Pacheco, José Emilio, “¿Dónde está el padre Jarauta?”, en *Proceso*, México, 19 de diciembre de 1999, número 1207.
- Pacheco, José Emilio, Andrés Reséndez Fuentes y José Manuel Villalpando César. *Crónica del 47*, Editorial Clío, México, 1997.
- Palacios Goya, Cynthia, Entrevista a Enrique Serna, en *El Universal*, 7 de septiembre de 1999.
- Park, Joseph F., *The History of Mexican Labor in Arizona during the Territorial Period*, University of Arizona Press, Tucson, 1961.
- Payno, Manuel, *El pistol del diablo*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuantos”, n° 80, México, 1985.
- , *Los bandidos de Río Frío*, Editorial Porrúa, colección “Sepan cuantos”, número 3, México, 1986.
- Peguero, Raquel, Entrevista a Felipe Cazals, en *La jornada*, 25 de agosto de 1999.
- Perrigo, Lynn Y., *The American Southwest*, Editorial Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1971.
- Pesqueira, Fernando, *Documentos para la historia de Sonora*, Segunda Serie, Tomo III. Manuscrito en la Biblioteca de la Universidad de Sonora, Hermosillo, Sonora.
- Pitt, Leonard, “The Foreign Miner’s Tax of 1850: A Study of Nativism and Anti-Nativism in Gold Rush California”, Tesis de maestría para la Universidad de California en Los Angeles, 1955.
- Plejánov, Jorge, *El papel del individuo en la historia* (1898), Editorial Grijalbo, Colección 70, México, 1969, número 35.
- Poston, Charles, *Overland Monthly*, n. 24, agosto de 1894.
- Price, Glenn W., *Orígenes de la guerra con México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

- Reich, Wilhelm, *La psicología de masas del fascismo*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1970.
- Remy, Carolina, "Hispanic Mexican San Antonio: 1835-1961", *Southwestern Historical Quarterly*, abril de 1968.
- Rendón, Armando B., *Chicano Manifesto*, Ollin and Associates Inc. Publications, Berkeley, 1971.
- Reséndez Fuentes, Andrés, "Guerra e identidad nacional", en *Historia mexicana*, Colegio de México, México, octubre-diciembre 1997, número 186, volumen XLVII.
- Reyes Heróles, Jesús, *Liberalismo mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Rippy, J. Fred, "A Ray of Light on the Gadsden Treaty", *Southwestern Historical Quarterly*, n. 24, enero de 1921.
- Robledo Esparza, Gabriel, *El desarrollo del capitalismo mexicano. Un análisis marxista*, edición del autor, México, 1975.
- Roswell Sabine, Ripley, *The war with Mexico*, vol. 1-2, New York, 1849.
- Ruiz, Ramón Eduardo, *The Mexican War: Was it Manifest Destiny?*, Editorial Holt Rinehart and Winston, Nueva York, 1963.
- Ryal Miller, Royal, "Los san patricios en la guerra de 1847", en *Historia mexicana*, número 186, El Colegio de México, 1997.
- Sánchez de Tagle, Esteban, "El regimiento de la Reina: ¿el final de las reformas borbónicas?", en *Historias*, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, octubre-diciembre de 1982, número 2.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *Filosofía de la praxis*, Editorial Grijalbo, México, 1967.
- Sartre, Jean Paul, *Crítica de la razón dialéctica* (1960), Editorial Losada, Buenos Aires, 1963.
- , *El ser y la nada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1953.
- Semo, Enrique, *Historia del capitalismo en México. Los orígenes: 1521/1763* (1973), Editorial Era, México, 1980.
- Serna, Enrique, *El seductor de la Patria*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1999.
- Sobarzo, Alejandro, *Deber y conciencia. Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la Guerra del 47*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Sternberg, Fritz, *El imperialismo* (1929), Siglo XXI Editores, México, 1980.
- Suárez Navarro, Juan, El general Santa Anna burlándose de la Nación en su despedida hecha en Perote, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1856.
- , *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1850.

- Tannenbaum, Frank, *Peace by revolution: an interpretation of Mexico*, Nueva York: Columbia University Press, 1933.
- , *The mexican agrarian revolution*, New York: Mc Millan, 1929.
- Terán, Oscar, *Aníbal Ponce: ¿El marxismo sin nación?*, Siglo XXI Editores, Cuadernos de Pasado y Presente, número 98, México, 1983.
- Tide, Tom, “Chicanos Won’t Miss Ranger”. *New Chronicle*, Editorial Thousand Oaks, California, 4 de noviembre de 1970.
- Toussaint, Manuel, *Folklore de Puebla y los poblanos*, Ediciones del Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Cultura, Puebla, 1987.
- Trotsky, León, *Joven Lenin*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- , *Stalin*, Plaza & Janes, Barcelona, 1960.
- Valadés, José C., *Alamán, estadista e historiador*, José Porrúa e hijos, México, 1938.
- , Breve historia de la guerra con los Estados Unidos, Editorial Diana, México, 1980.
- , *México, Santa Anna y la guerra de Texas*, Editorial Diana, México, 1979.
- Valdez, Armando, “Insurrection in New Mexico: The land of Enchantment”, *El Grito*, otoño de 1967.
- Vázquez, Josefina Zoraida (coord.), “La guerra de 1847”, en *Historia mexicana*, El Colegio de México, número 186, volumen XLVII, octubre-diciembre de 1997, número 2.
- , *Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma*, Centro de Estudios Históricos de México Condumex, México, 1987.
- , *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, Ediciones Ateneo, México, 1967.
- , *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776-1993)*, FCE, México, 1995.
- Velasco Márquez, Jesús, “Regionalismo, partidismo y expansionismo. La política interna de Estados Unidos durante la guerra contra México” en *Historia mexicana*, número 189.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto*, Editorial Itaca, México, 1998.
- , “1847-1997. Los escritos de Marx y Engels sobre México. (Su coherencia y vigencia en confrontación con el Marx y América Latina de José Aricó)”, Tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.
- , “El materialismo histórico en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*”, en *Itaca*, número 2, México, invierno 1984-85.
- , “Nación y capitalismo”, que presenté como ponencia en el Primer Encuentro sobre: Industrialización de la cultura y formas de resistencia cul-

- tural, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, el 17 de enero de 1985.
- , “Plan, estructura y objeto del libro III de *El capital*”, ponencia presentada en el ciclo de mesas redondas *A cien años de la publicación del libro III. El proceso global de la producción capitalista. 1884-1994*, organizado por el Seminario de “*El capital*”/Facultad de Economía-UNAM, 9 de diciembre de 1994.
- , *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, Editorial Itaca, México, 1997.
- Weber, Max, Russlands Übergang zum ScheinKonstitutionalismus (El paso de Rusia por el pseudoconstitucionalismo) (1906), Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, tomo v.
- Wittfogel, Karl A. Von, *Despotismo oriental*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1966.
- Xénopol, Alexander Dimitriu, *Teoría de la historia. Segunda edición de “Los principios fundamentales de la Historia”*, traducción de Domingo Vaca, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1911.
- Yáñez, Agustín, *Santa Anna, espectro de una sociedad*, Ediciones Océano, México, 1982.
- Zamacois, Niceto de, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, 20 vols., Barcelona, 1876-1882.
- Zamora Plowes, Leopoldo, *Quince uñas y Casanova aventureros*, Editorial Patria, México, 1984, 2 tomos.
- Zavala, Lorenzo de, *Obras. El Historiador y el Representante Popular. Ensayo crítico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, Editorial Porrúa, México, 1969.
- , *Obras. El periodista y el traductor*, prólogo, ordenación y notas de Manuel González Ramírez, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa 32, México, 1966.